



SECRETARIA DE CULTURA  
DIRECCION GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL  
INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS  
DIRECCION GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL  
SECRETARIA DE CULTURA

AÑO III

NÚM. XXXIV.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÈS

# ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÈS

OCTUBRE—1891

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÈS

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

à cargo de D. Agustín Avrial,

SAN BERNARDO, 92

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# LA CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN

CON LA

RELACIÓN DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÈS

**L**a carta de que vamos á ocuparnos y que refiriendo sumariamente su viaje, escribió Cristóbal Colón á bordo de la carabela *Niña*, entre los días 15 y 18 de Febrero del año 1493, encontrándose en las aguas de las Azores, no pudo ser conocida en Europa antes del 4 de Marzo, en que fué despachada desde Lisboa á Barcelona, á poco de haber dado fondo la carabela en la embocadura del Tajo.

La rapidez con que se repitieron las ediciones de esta carta de Cristóbal Colón en el mismo año en que fué escrita, saliendo á luz con intervalo de pocos meses en castellano, en latín y en italiano, demuestran con evidencia la prontitud con que se propagó la nueva; el

interés grandísimo, extraordinario, frenético, si así puede decirse, que en todas partes despertó el descubrimiento del Nuevo Mundo, el ansia que hubo por tener noticias ciertas del fabuloso viaje, no bastaban á calmarla las copias, más ó menos extractadas, que de los despachos del Almirante á los Reyes Católicos empezaron á circular profusamente, ni las comunicaciones de los Embajadores á sus soberanos. Se quería relación auténtica, indudable, y de ahí la repetición de los impresos en diferentes lenguas, siendo las más numerosas las del texto latino, idioma casi oficial y que en todas las naciones era conocido.

Las primeras ediciones españolas fueron impresas, al parecer, y se-

gún las mayores probabilidades, en Sevilla y en Barcelona en el mes de Abril del año 1493. Por los ejemplares de aquélla remitidos con urgencia á Roma para conocimiento del Pontífice, hizo en seguida su traducción Leandro ó Alejandro Cosco, y la trabajó tan atropelladamente que la había concluido el 25 de Abril; é inmediatamente dió á la estampa en casa del impresor Franck Silber, que había latinizado su nombre en el de *Eucharius Argenteus*, por lo que juzgamos que aquella primera impresión debió darse á luz en el mes de Mayo. Y confirma esta conjetura la circunstancia de que el 26 de Junio terminó su traducción en verso italiano el canónigo de Florencia Juliano Dati, que hizo su arreglo sobre la versión latina de Cosco, según dice él mismo al fin de su obra.

Estas ediciones primeras de la interesantísima epístola, son verdaderas curiosidades bibliográficas, á tanto extremo, que de alguna de ellas solo se conoce un ejemplar conservado como verdadera joya en la Biblioteca *Ambrosiana* en Milán, en la *Colombina* de Sevilla, y en el *British Museum*; mas como quiera que hoy tanto se discute sobre sus textos entre los historiadores de América, y aumenta su interés la proximidad del cuarto centenario del descubrimiento, juzgamos que

es hacer un servicio á los estudiosos el darlas á conocer reunidas, y colocándolas en el lugar que á cada una corresponde en el orden de publicación.

#### TEXTOS ESPAÑOLES

*Editio princeps.* — Impresa en Sevilla, en los primeros días del mes de Abril por Menardo Ungut y Ladislao Polono, impresores alemanes que tres años antes, por lo menos, habían establecido su taller en Sevilla. Lo demuestran de una manera indudable la filigrana del papel y la letra usada en la carta, iguales ambas cosas á las que emplearon los mismos impresores en el *Floreto de San Francisco*, libro rarísimo que estamparon en 1491, y del que tenemos á la vista un precioso ejemplar.

Con notoria perspicacia decía el notable colombista M. H. HARRISSE, que solamente podría verse con claridad donde se había impreso ese precioso ejemplar, que guarda la Biblioteca *Ambrosiana*, cuando pudieran examinarse las primitivas ediciones de la imprenta de Sevilla, Valencia y Barcelona. Los impresos de Ungut y Polono han venido á concluir la cuestión y desatar la duda.

Consta la carta de cuatro hojas

en 4.º de treinta renglones, aunque Harrisse dice que consta compuesta cada página de treinta y dos á escepción de la última que sólo contiene veinticinco. La letra es *gótica, un poco picuda*, y el papel grueso, tiene en la filigrana *una mano abierta, y del dedo del centro sale un corto bastón terminado por una flor ó estrella.*

El *único* ejemplar conocido se conserva en la Biblioteca *Ambrosiana* y fué dado á conocer por primera vez en su texto íntegro con un facsimile de su principio y fin, en Milán, tipografía de Pietro Agnelli. — G. Daelli é Comp., editori, en 1863. (Tomo XVI de la *Biblioteca rara.*)

En 1866 reprodujo la carta íntegra, por medio de la foto-litografía, el marqués d'Adda, con este título:

«*Lettera in lingua Spagnuola*  
»*diretta da Cristoforo Colombo á*  
»*Luis de Santangel (15 Febraio 14*  
»*Marzo 1493), riprodotta á fac-*  
»*simile ed illustratta per cura di*

»*Gerolamo d'Adda, da l'unico*  
»*esemplare á stampata finora co-*  
»*nosciuto che si conserva nella Bi-*  
»*bliotheca Ambrosiana.*»

Da descripción de ella M. Henry Harrisse en su *Bibliotheca Americana Vetustísima* (núm. 7), colocándola, sin que se nos alcance por qué razón, después de las seis ediciones que describe de la traducción latina de Leandro Cosco, que se hizo indudablemente sobre la de Sevilla. El texto del ejemplar de la Biblioteca *Ambrosiana* fué reimpresso fielmente por el mismo M. Harrisse en su libro *Christophe Colomb* (París. — Lerroux, 1885) y en mi obra *Cristobal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.* (Barcelona. — Espasa, 1887-91.)

El texto de esta edición de Sevilla empieza sin título ni encabezamiento alguno, la letra primera ocupa un espacio cuadrado que corta los cinco renglones corriendo ya el texto á todo el ancho de la plana, en esta forma:



Eñor porque se que aureis plazer de la grand victoria que nro señor me ha dado en mi viaie vos escribo esta por la ql. sabreys como a xxxiiij dias pase alas indias cola armada que los illustrissimos Rey i reyna nros señores me dieron donde yo falle muy muchas Islas pobladas con gēte syn numero. &

Menardo Ungut y Ladislao Polono, alemanes, debieron venir á

establecerse en Sevilla con todos los útiles necesarios para imprimirse

en el curso del año 1490; pues según consigna el P. Mendez en su *Typografía*, terminaron ya en 20 de Octubre de 91 la impresión de *Las Siete Partidas*, en dos grandes volúmenes *in folio*, á dos columnas, que hicieron en competencia con la edición que del mismo célebre Código trabajaron otros compañeros alemanes, Paulo de Colonia, Joannes Pegnicer de Nuremberga, Juan Magno y Tomás Favario, y concluyeron «en XXIIIJ días de Diciembre» del mismo año 1491.

Y se comprueba que debieron llegar á establecerse en Sevilla, en la indicada fecha, ó quizás antes, porque se conserva en el Archivo municipal de esta ciudad (*Tumbo*, tomo III., fol. 396) una carta de franqueza, fechada en 14 de Marzo de 1491, por cuyo contexto se sabe que los artífices habían venido llamados por los Reyes Católicos, y hacía algún tiempo se encontraban en la ciudad.

Dice así este curioso documento:

«El Rey é la Reyna. Por fazer  
»bien y merced á vos Menardo Un-  
»gut é Estan Yolán alemanes ym-  
»presores de libros estantes en esta  
»cibdad de Sevilla, *acatando como*  
»*por nuestro mandado é por nos*  
»*servir vosotros venistes con vues-*  
»*tros aparejos del dicho oficio á lo*  
»*usar en esta dicha cibdad*, nuestra

»merced é voluntad es, que agora  
»é de aquí adelante en quanto esto-  
»vierdes en esta dicha cibdad é  
»usardes del dicho oficio, seades  
»esentos de contribuir en los re-  
»partimientos que en ella se fizie-  
»ren para la guerra de los moros.  
»E que non se den huéspedes en  
»las casas de vuestra morada, nin  
»saquen dellas ropas para ninguna  
»parte. E por esta nuestra carta  
»mandamos al Consejo, asistente,  
»alcaldes, alguacil mayor, veynte  
»é quatro, caballeros, escuderos,  
»jurados, oficiales é omes buenos é  
»á otras cualesquier personas que  
»tienen ó tovieran cargo de fazer  
»los dichos repartimientos de la  
»guerra, é á los nuestros aposenta-  
»dores é del príncipe é ynfantas  
»nuestros muy caros é muy amados  
»fijos é á otras cualesquier perso-  
»nas que tovieren cargo de aposen-  
»tar en esta dicha cibdad, que vos  
»non empadronen nin repartan co-  
»sa alguna de aquí adelante en los  
»dichos repartimientos, nin de  
»huéspedes en las casas de vuestra  
»morada, nin saquen dellas ropa  
»para otra parte alguna segund di-  
»dicho es, é que vos guarden é fa-  
»gan guardar esta merced que vos  
»nos fazemos en la manera que di-  
»cho es, sin vos poner en ello ym-  
»pedimiento alguno. E los unos nin  
»los otros non pagades nada al so-  
»pena de la nuestra merced é de



»diez mill maravedis á cada uno  
 »que lo contrario fiziere para la  
 »nuestra camara; fecha en la cibdad  
 »de Sevilla á catorce dias del mes  
 »de Marzo de noventa é un años.  
 »Yo el Rey.—Yo la Reyna.—Por  
 »mandado del Rey é de la Reyna  
 »Iohan de Parra.»

SEGUNDA EDICIÓN. — Según todas las probabilidades, la carta de Colón fué tan codiciada en Barcelona como en Sevilla; había necesidad de enviarla á muchas personas y á las cortes extranjeras, y en la imposibilidad de hacer copias en tan gran número, aunque muchas debieron hacerse en aquellos días, tanto por orden de los Reyes Católicos en las oficinas de sus Secretarios, como por el cuidado de los particulares, el trabajo era mucho, no podían quedar satisfechos todos, y probablemente el mismo Tesorero *Gabriel Sánchez* hubo de dar un traslado para que se multiplicase por medio de la imprenta. Por razones análogas, aunque no tan decisivas como las que demuestran quienes fueron los impresores de Sevilla que estamparon la *edición príncipe*, de que nos hemos ocupado, parece que imprimieron la segunda *Pere Bru*, *savoyench*, y *Pere Posa*, *preuere*, que habían estampado la traducción de la *Vida de Alejandro*, de Quinto Curcio, hecha por

Luis Fenollet en 1481, y otras obras con letra muy semejante.

Había vehementes indicios de que en Barcelona se hubiera hecho nueva impresión de la *Carta*, á la llegada del Almirante, ó tal vez antes, mientras venía de camino, y algún erudito llegó á indicar se hubiera estampado allí la edición sevillana, por ser entonces la única conocida. Hace poco tiempo, la casa *J. Maisonneuve*, de París, en su catálogo de obras sobre América (1889) anunció como *editio princeps*, una impresa «*in folio, diferente de las dos ediciones in 4.º conocidas hasta ahora. Ejemplar único, recién descubierto en España.*»

Esta es la breve noticia que se ofrece acerca de la procedencia de tan raro impreso, que se valúa en 65.000 francos, y luégo se añade: «*Este rarísimo documento, está precedido de algunos fragmentos y de una página manuscrita en latín por ambos lados—recto et verso—de letra del siglo XV. Esta pieza parece proceder de la curia romana bajo el pontificado de Alejandro VI. Se lee en ella la fecha de 1497.*»

Por las circunstancias antedichas, y en cuanto puede juzgarse por la perfecta reproducción heliográfica que tenemos á la vista, este desconocido impreso es la codiciada edición de Barcelona.

Consta de cuatro páginas en caracteres góticos, sin lugar ni año de impresión, tamaño folio pequeño, conteniendo cuarenta y siete renglones en las tres páginas completas y diez y seis en la última.

No tiene portada, ni encabezamiento, título ni dirección alguna, y empieza con una letra inicial dentro de un cuadrado grabado que corta cinco renglones en esta forma:



EÑOR porque se que aureis plazer de la grand vitoria que nuestro señor me ha dado en mi viaie vos escriuo esta por la q̄l sabreys como en veinte dias pase A las idias cō la armada q̄ los illustrissimos Rey e Reyna nros señores me dieron dōde yo falle muy muchas Islas pobladas cō gente sin número y dellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregon y uade ra rreal estendida y non me fue cōtra dicho A la primera q̄ yo falle puse nombre sant saluador a comemoracion de su alta mages &<sup>a</sup>.

Del cotejo de estos dos textos impresos resultan algunas variantes, casi siempre favorables á la edición en 4.º, que demuestran proceden de diferentes copias, y no una de otra, debiendo notarse que en la de Sevilla la postdata se encabeza *Nyma que venía dentro en la carta*, y en la de Barcelona, tal vez por no comprender la palabra se pone *Anima*, que nada significa; aunque en las dos se dice igualmente «fecha en la calauera sobre las islas de Canaria, á xv días de Febrero de 1493 años.» Desde los primeros renglones la edición in 4.º aparece hecha más cuidadosamente, ó por original más correcto: *sabreys*

como en *xxxiiij días pasé á las Indias*, dice en ella. La otra in folio, que creemos estampada en Barcelona, consigna *en veynte días pasé á las Indias con la armada*; que es equivocación manifiesta. Desde el día 8 de Septiembre, sábado, en que, según el *Diario de su navegación*, comenzó á ventar Nordeste, y abandonaron las carabelas las aguas de las Islas Canarias, y tomó su via y camino al Oeste, hasta el 11 de Octubre inmediato, mediaron justamente los treinta y tres días que señala la edición príncipe. Verdad que tanto en éste como en otros muchos lugares hay que comprobar cuidadosamente las fechas,

que Cristóbal Colón escribía en números romanos, bastante confusos á veces, y los amanuenses interpretaban equivocadamente y sin fijarse para acabar pronto.

TERCERA.—Texto antiguo en el Archivo de Simancas.—Lo dió á conocer el Sr. D. Martín Fernández Navarrete en el tomo primero de su *Colección de viajes y descubrimientos*; y aunque es muy importante, parece que debe tenerse por una de las muchas copias que en el mismo tiempo circularon, y que sirvieron de originales á los impresos antes mencionados.

CUARTA.—Texto de un manuscrito procedente, según parece, del Colegio Mayor de Cuenca. Lo adquirió, con otros varios papeles de la misma procedencia, el Sr. F. A. de Varnhagen, y lo dió á la imprenta en Valencia, bajo el seudónimo de Genaro H. de Volafan, en la casa de José Mateu Garín, 1858.—Es un folleto in 4.º cuidadosamente impreso en papel de hilo, con X, 25 páginas, y del que se hicieron muy pocos ejemplares. Lleva una introducción del editor con curiosas noticias; y en la impresión se puso al pie del texto castellano del manuscrito que se sigue, la traducción latina de Cosco, tomándola de la edición de Roma, de que en se-

guida vamos á ocuparnos. Por el texto de este manuscrito se aclaran algunas expresiones oscuras ó equivocadas en los anteriores.

Años después, en el de 1869, el Sr. Varnhagen hizo nueva *edición crítica* de la carta de Colón, en un precioso tomito en 8.º (Viena.—Tip. I. y R. del E. y de la Corte), tirada de 120 ejemplares, de los que sólo la mitad se pusieron á la venta; y en ella, después de conocida por el crítico la edición sevillana existente en Milán, se decide á amenguar la importancia del manuscrito del Colegio Mayor de Cuenca, juzgando que puede ser copia de aquella. Nosotros, sin embargo, creemos de sumo interés el impreso de Valencia, porque en su texto se encuentran correcciones que nada tienen de arbitrarias.

Lo que no podemos asegurar, porque no tenemos ocasión de confrontar estos cuatro textos, es si los manuscritos proceden de los impresos, ó por el contrario sirvieron de originales para éstos. El del Colegio Mayor de Cuenca ciertamente es posterior; el de Simancas parece ser más antiguo; pero de cualquier modo importa el conocimiento exacto de todos ellos.

#### TRADUCCIÓN LATINA.

En el mismo año de 1493, según

ya hemos dicho, en que Cristóbal Colón escribió su carta, y fué publicada en España, aparecieron en Roma diferentes impresiones de ella, cuyo texto había sido traducido en latín por Leandro, Alejandro ó Leonardo Cosco. Estudiando esas diferentes ediciones hemos creído que no es exacto el orden en que las coloca en su libro el docto autor de la *Bibliotheca Americana Vetus-tissima*; por lo cual vamos á ponerlas en el que deben tener según el resultado de nuestras observaciones, dando la razón en que se funda el orden que seguimos.

1.<sup>a</sup> *Epistola Christofori Colom: cui etas nostra multum debet: de | Insulis Indie supra Gangem nuper inuetis. Ad quas per quiren | das octauo antea mense auspiciis et ere invictissimorum Fernandi | ac Helisabet Hispaniarum Regu missus fuerat: ad Magnificu dum | Gabrielem Sanchez: eorumdem serenissimorum Regum Tesau | rariu misa: Quam generosus ac litteratus vir Leandro de Cosco ab | Hispano idiomate in latinu couertit: tertio Kalen Maij M.cccc. | xciiij. Pontificatus Alexandri Sexti Anno Primo. |*

Cuatro hojas en 4.<sup>o</sup>, tres impresas con cuarenta líneas en cada página y la cuarta blanca.—Colofon. © Impressit Rome Eucharius Argenteus, Anno Dñi M.cccc.xciiij.

2.<sup>a</sup> *Epistola Cristofori Colom: cui etas nostra multu debet: de | Insulis Indie supra Gangem nuper inuetis. A quas pergrem | das octauo antea mense auspiciis et ere invictissimor Fernadi et | Elisabet Hispaniar Regu missus fuerat: ad magnificum dum | Gabrielem Sanchez eorunde serenissimor | Regum Tesaaurariu | missa: qua nobilis ac literatus vir Leander de Cosco ab Hispa | no idiomate in latinum couertit tertio Kal's Maii M.cccc.xciii | Pontificatus Alexandri Sexti Anno primo. |*

Cuatro hojas en 4.<sup>o</sup>, sin lugar, año ni nombre de impresor, con treinta renglones en las páginas llenas.

Aunque igual á la del número anterior se conoce á primera vista que es edición diferente, por la distribución de los renglones del encabezamiento, y las diferentes abreviaturas que en ambas se notan. La narración es exactamente la misma en las dos, y libre de los errores que se encuentran en las dos que siguen.

3.<sup>a</sup> *Epistola Christofori Colom: cui etas nostra multu debet: de | Insulis Indie supra Gangem nuper inuentis. Ad quas perqui | rendas octaus antea mense auspicijs et ere inuitissimi Fernan | di Hispaniarum Regis misus fuerat: ad Magni-*

*ficum dum Ra | phaelem Sanxis: eiusdem serenissimi Regis Tesaurarii missa: | quam nobilis ac literatur vir Aliander de Cosco ab Hispano | ideomate in latinum conuertit tertio Kal's Maij. M.cccc.xciij. | Pontificatus Alexandri Sexti Anno primo. |*

Cuarto pequeño. Cuatro fojas de impresión sin lugar, ni año, ni nombre de impresor, con treinta y cuatro renglones en la página completa.

Esta edición es una de las más notables y dignas de atención, no tan sólo por las adiciones que lleva, sino también y más principalmente por las alteraciones que el editor se permitió hacer en el encabezamiento.

Carece de colofón, y por lo tanto no se sabe quién fué el impresor que la estampó; y aunque se admita de buen grado la conjetura de que fué impresa por Stephanus Plannck, por la semejanza con otras impresiones suyas, todavía no encontramos razón para decir que esta fué la *edición príncipe* de la traducción de Cosco.

Parece, por el contrario, mucho más probable que las ediciones primitivas, las que procedieron directamente de los manuscritos comunicados á los impresores, ó de las impresiones de Sevilla ó Barcelona, eran aquéllas en que aparecen pues-

tos con exactitud los encabezamientos y sin las equivocaciones que llevaron las posteriores.

Las dos que dejamos anotadas con los núms. 1.º y 2.º, expresan que el viaje de Colón fué emprendido bajo la protección y con los fondos de los invictos Reyes de España, D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, y nombran Gabriel Sánchez al Tesorero á quien la carta va dirigida. Esto supone un original auténtico.

Pero la edición primera de Silber, y aun la segunda, que suponemos repetición de aquélla, es de creer que fueran consumidas, agotadas en muy pocos días, y el deseo de obtener igual venta movió á Plannck á salir con una nueva impresión, y para que no pareciera igual, introdujo en ella algunas variaciones. Es de sospechar, que el literato que dirigió la edición de Stephanus Plannck era algún aragonés, ó devoto por lo menos del Rey don Fernando, y por eso de intento, y con el ánimo de que la gloria del descubrimiento recayera únicamente sobre aquel reino, suprimió el nombre de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel en la cabeza y en el texto. El trueque del nombre de Gabriel por Rafael, sólo indica, en nuestro concepto, la precipitación con que se trabajó esta edición tercera para satisfacer los pedidos y lograr buena venta.

Otra razón, y no menos atendi-

ble, para considerar esta edición como posterior á las de Silber, encontramos en el epigrama del Obispo de Montepalucio con que salió adicionada. Ciertamente, si el *Epigramma* hubiera aparecido en la primera edición, no se hubiera suprimido en las siguientes, y todo induce á creer que no se publicó sino en esta tercera.

Su epígrafe es el siguiente:

© *Epigramma R. L. de Corbaria, Epi. Montispaluzij. Ad In | victissimum Regem Hispaniarum.*

Al leerlo, al observar que su alabanza se dirige exclusivamente al Rey D. Fernando de Aragón, casi estamos en la tentación de creer que el Obispo Corbaria fué el que dirigió la edición de Planck, y el autor de las alteraciones del texto, no sólo por su afecto á la corona de Aragón, sino para diferenciarlo del de Cosco, del que ya circulaban dos ediciones.

4.<sup>a</sup> *De Insulis innuentis. |*

*Epistola Cristoferi Colom (cui etas nostra | multu debet: de Insulis in mare Indico nup | inuetis. Ad quas perqui rendas octauo antea | mense: auspicijs et ere Inuictissimi Ferdinandi | Hispaniarum Regis missus fuerat) ad Mag | nificum dum Raphaelis Sanxis: eius de sere | nissimi Regiis Thesarariu missa quam nobi | lis ac litterat vir*

*Alejandro d' Cosco: ab His | pano ydeomate in latinu conuertit: tertio Kal's | Maij. M.cccc.xcxiij Pontificatus Alexandri | Sexti Anno primo. |*

Esta edición es curiosísima por los grabados en madera que la adornan y que un escritor italiano supone hechos por dibujos del mismo Cristóbal Colón.

El docto HARRISSE describe así este rarísimo folleto, que pudo examinar en New-York: «Es in 8.<sup>o</sup> »sin lugar ni año de impresión; »diez hojas con veinte y siete renglones cada una en página llena, »con ocho grabados que representan: el primero el escudo de Castilla y León, en el recto de la hoja »primera; y en el verso, un buque »con estas palabras en lo alto: *Oceanica classis*; en el verso de la »segunda hoja hombres desembarcando y la letra *Insula hispana*; »en el verso de la hoja tercera una »especie de mapa, con los nombres: »*Fernanda, Isabella, hispana, saluatorie, conceptionis marie*, y una »carabela; en el recto de la hoja »quinta se repite el grabado de la »vuelta de la segunda; al verso de »la hoja sexta una torre ó fortaleza »en construcción, con las palabras »*Insula hispana*; en el recto de la »hoja décima, retrato de cuerpo entero del Rey Fernando, que tiene »en la mano derecha el escudo de

»armas de Castilla y León y en la  
 »izquierda el de Granada, con la  
 »letra *Fernands rex hyspania*; en  
 »el verso, emblema aislado de las  
 »armas de Granada, con la inscrip-  
 »ción *Granata*. El papel no tiene  
 »filigrana.»

Este que describe el autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima* es, al parecer, el único ejemplar completo que se conoce. El que se guardaba en la Biblioteca Brera de Milán, y hoy no se encuentra, sólo constaba de nueve hojas, según la noticia que se contiene en el tomo XVI de la *Biblioteca rara* (Milán.—G. Daelli, 1863), donde se reprodujeron cuatro de los grabados.

Según Brunet (*Manual du libraire*, tomo II, pág. 165), no se conocen más que tres ejemplares de esta edición, todos incompletos: el de M. Grenville, cuya hoja final está hecha á facsímile, el citado de Milán, y el que describe M. HARRISSE, pues se ignora dónde se conserva el descrito por HAIN al núm. 5.491 de su *Repertorium*, que sólo tenía ocho folios, faltando el primero y el último, que fué según toda probabilidad, el que sirvió de original para el *facsímile* publicado en París por FRANCK en 1858.

5.<sup>a</sup> *Epistola de Insulis de | nouo repertis. Impressa | parissiis in capo gaillardii* | 4.<sup>o</sup> sin año, cuatro

hojas de treinta nueve renglones en la página completa; letra gótica. Al fin, dice: *Christoforus Colom Oceane classis Prefectus*.

6.<sup>a</sup> *Epistola de insulis noui | ter repertis. Impressa parissiis In campo gallardi*.

Debajo de estos dos renglones, viñeta con la marca del impresor, en la que figura su nombre *Guyot Marchant*.

En 4.<sup>o</sup>, sin año, cuatro hojas con treinta y nueve renglones en la página completa. A la vuelta de la hoja primera hay un grabado que representa la Anunciación del ángel á los pastores. Al final carece del renglón que dejamos copiado en la anterior.

Lo mismo Brunet que HARRISSE, juzgan que estas dos ediciones fueron hechas por Guyot Marchant, aunque sólo la segunda lleva su empresa; y los dos célebres bibliógrafos creen también que de la primera no existe más que un ejemplar conocido, que perteneció á M. TERNAUX, y luego pasó á poder de John Carter Brown, encontrándose hoy en la biblioteca de un aficionado de Providence.

M. Taillandier, en el tomo XIII de las *Memorias de la Sociedad de Anticuarios*, hace la descripción de la empresa de Guyot Marchant en estos términos:

«Guyot Marchant, que vivía en *Champ-Gaillard*, gran hotel de Navarra, había escogido para marca las dos notas musicales *sol*, *la*; debajo de ellas estaban las iniciales G. M., y luego más abajo la fe, representada por dos manos entrelazadas, para aludir á las palabras del himno *Pange Lingue*: «*Sola fides sufficit.*»

TRADUCCIÓN ITALIANA.

No es menos notable y digna de ser estudiada, ni son menos raras sus ediciones que las de la traducción latina de Leandro Cosco, por más que haya sido menos conocida y su influencia en el mundo científico haya sido más corta, primero porque la lengua latina era entonces universal, y segundo porque estando hecha en verso la traducción italiana no parecía tener la importancia histórica que la primera.

Sus ediciones, sin embargo, son rarísimas: de las dos que se hicieron en Florencia, la una en caracteres góticos, en 25 de Octubre de 1493, y la otra en letra redonda en 26 del mismo mes, no se conoce, según Brunet, más que un ejemplar de cada una, que son los únicos que ha podido examinar el autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, existentes en el *British Mu-*

*seum*, y aun el primero consta sólo de las hojas primera y última, faltándole las dos del centro.

El mismo M. Harrisse da noticia de otra tercera edición de 26 de Octubre de 1495, hecha también en Florencia, tomándola de Cancellieri (*Dissertazioni epistolari bibliografiche*. Roma, 1809, pág. 153.)

1.<sup>a</sup> La edición primera de las conocidas hasta ahora, y cuyo ejemplar único se guarda en la *Biblioteca colombina de Sevilla*, es una preciosidad bibliográfica, curiosísima bajo más de un concepto. Consta de cuatro hojas en 4.<sup>o</sup> á dos columnas, conteniendo en cada una de éstas cinco octavas. En el recto de la primera hoja hay un grabado que la ocupa por entero, rodeado de orla en fondo negro, resaltando en blanco las figuras. En la parte superior hay dos liebres entre ramaje, perseguidas por un galgo; á los lados pilastras de adorno, y en la parte baja de la lámina un escudo con cuatro ángeles, en cuyo centro hay una regla estriada y tres cabecitas puestas en escala ó diagonal. En el grabado aparece al lado izquierdo una figura sentada en un trono, en cuyo zócalo se lee F. REX. En primer término una costa, al parecer de España, y luego el mar con tres carabelas; en la mayor de ellas se ve en la popa otra figurita,



que puede indicar á *Colón* recibiendo órdenes del Rey. En el fondo, y sobre el lado derecho, un bosque hacia el cual huyen muchos indios desnudos.

Más detallada descripción de este rarísimo opúsculo, con inserción de algunas de sus octavas, puede verse en el *Catálogo de la Biblioteca Colombina* (tomo II, pág. 141), minuciosamente hecha por el doctor D. Simón de la Rosa.

Al pie de la página última, que sólo contiene cuatro octavas en cada columna, dice á renglón entero:

LAUS DEO.

*Finita la storia della inventione delle nuoue insule di Channaria in | diane tracte d una pistola di Xpofano Cholombo e per messer giuliano | dati traducta di latino in uerso vulgari a laude della celestial chorte e a | consolatione della xpiana religione e a preghiera del magnifico chaua | liere messer Giovan filippo de lignamine domestico familiare dello il | lustrissimo Re di Spagna xpianissimo a xv de giunio M.cccc.xciii. Roma.*

De letra de D. Fernando Colón hay después una nota manuscrita en estos términos:

*Este libro costó en Roma un quattrin por Octubre de 1512. — (Está registrado. — 3.907.)*

2.<sup>a</sup> La segunda edición, cuya descripción tomamos de la *Biblioteca Americana Vetustissima*, empieza así:

*Questa e la hystoria della inventione delle diete Isole di Cannaria In | diane extracte duna Epistola di Christofano Colombo e per messer Giu | liano Dati traducta de latino in uersi uulgari a laude e gloria della cele | stiale corte e a consolatione della Christiana religione e apreghiera del ma | gnifico Caualiere miser Giouan filippo Delignamine domestico familia | re dello sacratissimo Re di Spagna Christianissimo a di xxv doctobre | M.cccclxxxiii.*

Al fin se lee esta nota:

*Joannes dictus Florentinus.*

Esta es la edición cuyo único ejemplar conocido está en el *Museo Británico*, falto de las dos hojas del centro.

3.<sup>a</sup> Notable y curiosísima es también esta edición, que calificamos de tercera porque lleva fecha un día después que la anterior, lo cual ya es circunstancia rara, y va impresa en caracteres redondos ó romanos, cuando la anterior lo está en letra gótica.

En el recto de la primera hoja dice:

© *La lettera dellisole che ha tro- uato nuouamente il Re dispagna.*

Y ocupa lo demás de la plana un grabado que parece ser copia del que hemos descrito en la edición príncipe, aunque al copiarlo se han introducido algunas variaciones dignas de atención. El trono con la figura del Rey se encuentra colocado en la parte de tierra que está en la parte baja de la lámina, y así representa mejor el territorio de España con su soberano, faltando la inscripción F. REX que tiene la antigua. Las carabelas son mayores y están más claramente dibujadas, y la capitana tiene, á más de la figura de *Colón*, las de otros tripulantes que parece van á hacer el desembarco en las islas, por lo cual huyen los indígenas.

Son cuatro hojas en 4.º, de letra romana, según hemos dicho, y con igual distribución que en la edición príncipe, á diez octavas por página y ocho en la última.

Concluye con la misma nota que la primera, pero á la terminación dice:

*a di. xxvi doctobre 14.93.—Florentie.*

Muy dudosa es para nosotros la existencia de esa otra edición de Florencia hecha en 1495, que cita Francesco Cancellieri. La circunstancia de ser el colofón de xxvi de Octubre nos hace sospechar que hubiera equivocación en la cita del año. Sin embargo, suspendemos el

juicio, porque en la octava final que copia Cancellieri notamos algunas variantes. Tal como se cita á la página 154 de las *Dissertazioni*, dice así:

Questa ha composta de Dati Giuliano  
A preghiera del Magno Cavaliere,  
Messer Giovan Filippo Ciciliano  
Che fu de Sixto Quarto suo Scudiere,  
Et Commesario suo, et Capitano  
A quelle cose, che fur di mestiere,  
A laude del Signor si canta, e dice,  
Che ci conduca nel suo Regno felice.

El mismo Cancellieri dice, refiriendo las portadas de otras obras del mismo autor, que Giuliano Dati fué Doctor en Florencia, y Penitenciario en San Juan de Letrán; y M. H. HARRISSE, refiriéndose al libro *Italia sacra* de Vghelli, añade que nació en Florencia el año 1445, y murió siendo Obispo de San León en la Calabria en 1524. Parece que Dati compuso un *Segundo canto* sobre la India, en que trataba de sus producciones, que no hemos logrado ver.

Y podemos concluir con una observación general que viene á confirmar la que hacíamos en el principio. Las ediciones españolas de la *Carta de Colón* no pudieron imprimirse en Sevilla y Barcelona hasta los primeros días de Abril de 1493. La edición latina de *Eucharis Argentus* es del mismo año, porque así lo expresa el colofón; pero la

traducción estaba terminada por Leandro Cosco en 25 del mismo mes de Abril, *tercio kalendas Maii*, y como la versión italiana hecha en octavas por Giuliano Dati se concluyó por éste en 15 de Junio, habiéndola trabajado sobre un ejemplar de la latina, *traducta di latino in versi volgari*, puede asegurarse casi con evidencia que la edición primera de la de Cosco salió al público en el mes de Mayo de 1493.

En tres meses sucesivos se hicieron, pues, y publicaron ediciones en castellano, en latín y en italiano, y de todas ellas hubo que repetir, por el gran pedido que se hacía, demostrando, como decíamos, la curiosidad que en todas las naciones del Continente despertaron los descubrimientos y el interés con que se procuraba tener noticias verdaderas de aquel gran acontecimiento.

Oportuna ocasión es la presente, de que se comprenda también cuánta importancia tiene el conocimiento de estos documentos inapreciables, y que no es tan sólo una curiosidad de bibliografía el estudiar el orden sucesivo de sus publicaciones y las condiciones en que se hicieron. De esto depende el mayor ó menor crédito que puede concederse á cada uno, y apreciándolos debidamente se evita caer en errores

y no se da ocasión á discusiones inútiles.

Hace algunos meses salió á luz en Cádiz de las prensas de J. Benítez Astudillo, un folleto que tenía este extraño título:

### ¿LA SALIDA DEFINITIVA DE COLÓN

#### DESDE LA PENINSULA

PARA EL

PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO - MUNDO

NO FUÉ DE PALOS SINO DE CÁDIZ?

Delatábase en seguida por autor el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro, individuo correspondiente de la Real Academia Española, el cual no sabemos si habrá dado el pase y aprobación á tamaño título; pero á la verdad, y prescindiendo de él, la pregunta era por sí tan peregrina, que no necesitaba respuesta para cualquiera que medianamente estuviera versado en los sucesos de Cristóbal Colón, y en la historia de su descubrimiento.

¿En qué se fundará tan infundada paradoja?—decía un doctísimo colombista;—y nuestro asombro fué grande cuando leído el folleto encontramos que se reduce á un sempiterno cucú, cucú y más cucú, como decía D. Bartolomé José Gallardo. Toda la argumentación estriba en que el traductor de la epístola del Almirante á Gabriel Sán-

chez, Leandro Cosco, había comenzado su versión poniendo *trigessimo tertio die postquam á Gadibus dicesi*.—Pero, dígame V.—preguntaba yo á mi vez—¿á quién se le ocurre ir á buscar argumentos en una traducción, cuando existe la obra original? ¿No sabemos todos, y debe saberlo D. Adolfo de Castro que, tanto ha leído, que Leandro Cosco hizo su traducción mal y de prisa, para lograr la ganancia sin que otro se le anticipara? ¿No sabe que en ninguno de los textos castellanos, impresos ni manuscritos existe mención de Cádiz? Colón escribió: «*Sabréis como en treinta y tres días pasé á las Indias con la Armada...*» sin meterse en decir de dónde había salido, porque eso bien lo sabía Gabriel Sánchez y cuantos en la Corte estaban enterados del viaje.

Pero si el estímulo del amor patrio, de campanario, como hoy se dice, hizo al antiguo historiador de Cádiz fijarse en la frase ingerida por el traductor, quizá con el intento de dar claridad al concepto, porque Cosco no sabía ciertamente de qué punto de España habían salido las carabelas, si Castro, digo, se sintió conmovido por las palabras de Cosco, á la mano tenía muchos historiadores de Colón para desvanecer su error si era necesario, y como testigo de mayor excepción al mismo Almirante, cuyo

*Diario de navegación* en aquellos primeros días no extractó, sino copió á la letra el P. Fray Bartolomé de las Casas, que poseyó el original.

Al abrirlo, y antes de la primera singladura, en esa *Introducción, In nomine Domini Nostri Jesu Christi*, que tan interesante es por muchas razones, dice Colón terminantemente: «vine á la villa de Palos, »que es puerto de mar, adónde yo »armé tres navíos muy aptos para »semejante fecho; y *partí del dicho »puerto* muy abastecido de muy »muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar á tres días del »mes de Agosto del dicho año, en »un viernes, antes de la salida del »sol con media hora, y *lleve el camino de las islas de Canaria* de »Vuestras Altezas en la dicha mar »océana.» Parece que el texto es claro, y no deja lugar á que entre el amor patrio á interpretarlo. Pero la confirmación es aún más terminante:

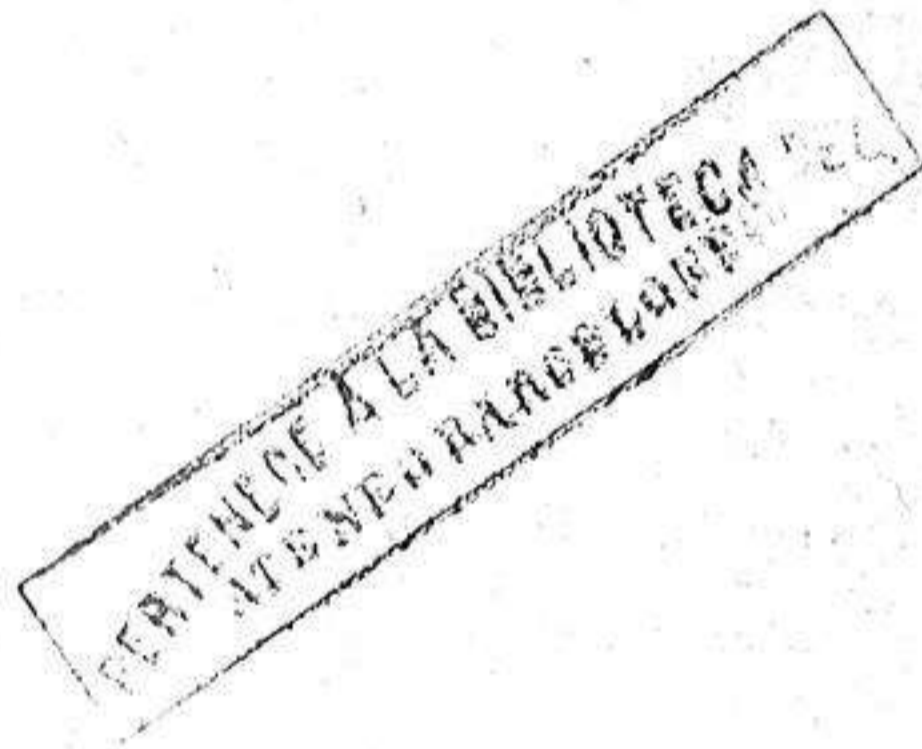
«Viernes 3 de Agosto.—*Partimos »viernes tres días de Agosto de 1492 »años, de la barra de Saltes á las »ocho horas; anduvimos con fuerte »virazón hasta el poner del sol hacia »el Sur sesenta millas, que son »quince leguas, después al Sudoeste »y al Sur cuarta del Sudoeste, que »era el camino para las Canarias.»*

Juzgue ahora el más apasionado. Los dos impresos castellanos de la

carta y los textos manuscritos, no contienen mención alguna de Cádiz; D. Fernando Colón en sus *Apuntes* (Historie) y el P. Las Casas que conoció á los descubridores y poseyó sus papeles; dicen que del puerto de Palos pusieron el rumbo las carabelas *directamente* á las Canarias... Mucha obcecación se necesita para escribir como lo hace el Sr. Castro: *Conste, pues, que Colón escribió al Tesorero del Rey que de Cádiz fué su partida.*

Pero volvamos á nuestro tema. ¿Hubiera escrito el Sr. D. Adolfo de Castro ese folleto, que tal vez pueda inducir en error á algunos indoctos, si hubiera conocido bien la traducción *mediocre* de Aliander Cosco, y las circunstancias en que se hicieron las primeras ediciones de ella? ¿Cómo había de atreverse nadie á sostener que Colón escribía lo que no consta en sus originales y añadió la ignorancia de un traductor?

JOSÉ M. ASENSIO.



# EL FAUSTO EN LA MÚSICA

## IV Y ÚLTIMO

### ESCENAS DEL «FAUSTO» DE GOETHE

**R**oberto Schumann pertenece, como Héctor Berlioz, á la titánica generación de los artistas románticos. Su fama, cual la del músico francés, ha ido creciendo á la sombra de la muerte. Ahora se extiende, como la irradiación de un foco, desde Alemania por los demás países, á pesar de la resistencia que le opone la masa del público. Schumann no puede ser músico popular; la ola democrática rodará indiferente delante de su pálida figura, para llevar á otros el aplauso ensordecedor de las muchedumbres. Suelen los bocados más exquisitos, las trufas y las ostras, por ejemplo, des-

agradar de primera intención; pero apenas se civiliza el estómago, quien antes los desdeñaba y hacía ascos, pensando en las ocasiones perdidas, dice: ¡Qué majadero he sido! Y aún hay muchos que jamás vencen la primitiva repugnancia. Lo propio sucede con la música de Schumann. Reunid un grupo selecto de aficionados; congregadlo en sitio y ocasión donde únicamente se busquen emociones estéticas y encomendad la ejecución de las piezas del gran Roberto á artistas verdaderos, y veréis cuántos diálogos de extasiadas miradas, cuántos apretones de trémulas manos, cuántas lágrimas, provocan

esas obras que son como flores de extraños, sutiles y penetrantes aromas, flores que, acaso, aprisionan y guardan las más embriagadoras fragancias entre los pétalos que, á la vista, parecieron lacios y descoloridos.

Schumann es el más alemán de todos los compositores alemanes; reúne, muy concentrados, varios de los rasgos de su raza: inteligencia simpática de las cosas, soñadora idealidad, sentimiento panteístico de la naturaleza, imaginación poderosa y soberana, quiero decir, libre de los cánones y reglas de la razón razonante, sensibilidad hiperestésica y vibradora, modificados y exaltados por la nota personal de su genio sombrío é infeliz. Ahí están sus obras que lo ponen de manifiesto: la sinfonía grandilocuente de *Julio César* que tiene toda la majestad del poder romano, soberbia portada musical labrada en la tragedia de Shakespeare, dando voz y acento al orgullo cesáreo, á la ambición política, á los afectos familiares, á los presagios y augurios, al tumulto del pueblo; el *talismán* árabe «*Dios gobierna el Oriente*,» rígida expresión de monoteísmo, semejante al solemne *Allahu Akbar* del almuédano; *Los dos granaderos*, conmovedora expresión del culto napoleónico, que comienza por las tristezas de la elegía y acaba por

el entusiasmo viril de la *Marsellesa*; *El Paraíso y la Peri*, que reproduce las primorosas ternezas del ruiseñor y la rosa cantadas por los poetas persas, á una con los reflejos de la luz y del cielo orientales. De la naturaleza ha visto y sentido cuanto hay en ella y cuanto en ella ponen nuestra fantasía y nuestra sensibilidad, pudiendo aplicarse á algunas de sus composiciones la frase de Amiel «un paisaje es un estado de alma»: la suave aparición del hada de los Alpes, cuya blanca túnica se confunde con los ventisqueros y á quien saludan los ecos prolongados y tranquilos del *ranz* de las vacas (1); la personificación de sus fuerzas elementales que atraen y fascinan ilusionando los sentidos (2); su íntima colaboración en el desarrollo de nuestros personales sentimientos (3); la impregnación de las cosas por los afectos humanos (4); la impresión de los paisajes desiertos y agrestes, asombrados por tétricas leyendas (5); el silencio sereno de las no-

(1) *Manfredo*.

(2) *La Bruja* (melodía canto y piano).

(3) *En el bosque* (melodía canto y piano), *Noche de primavera* (íd.), *El Jazmín* (íd.), *Recogimiento* (íd.), *Deseo* (íd.), *El Pájaro-profeta* (piano solo).

(4) *Mis lágrimas hacen brotar* (melodía, canto y piano), *¡Oh flores, delicias mías!* (íd.), *Suleika* (íd.)

(5) *El Valle maldito* (piano solo).

ches estrelladas (1); la adormecedora melancolía de la luna (2). Pero sobre todo, Schumann narra con viveza y energía insuperables el drama interno, el espectáculo que el alma conturbada ofrece á la propia conciencia, el conflicto del hombre interior, la pasión reconcentrada que extiende las raíces por la esencia misma del sér y lo dilacera y desgarrar con su atroz ramificación. Alguna vez el júbilo vino á posarse, pajarillo canoro, en las ramas de ciprés de sus melodías (3). Cantó, más veces que otro cualquier afecto, el amor: en cuanto estático sentimiento de adoración, en cuanto divino hechicero de la vida (4); y la tristeza de sus recuerdos (5), la ternura de sus quejas (6), la amargura del despecho (7), la in-

consolable congoja del presagio (1), la magnanimidad del corazón que, aun desesperado, perdona (2). Y ahondó y cavó todavía más, puesto que no ya en las tormentas del amor, sino también en la pesadumbre y desolación que agobian el ánimo y lo truecan en seca rama que jamás se cubrirá de hojas ni de flores, tocó, algunas veces, los puntos extremos, estremeciéndonos con el escalofrío de la muerte que apaga y desvanece nuestras personas en el olvido (3), atenaceándonos, nuevo Hamlet, con preguntas sin contestación (4), desatando el hervoreante tumulto de trágicas é ilimitadas pasiones (5), entonando el canto, insuperablemente triste, de aquel «dolor sin nombre, dolor sin voz, dolor sin forma que lo infinito exhala» y ha de extenderse, como un sudario, sobre el yerto cadáver de los mundos (6).

(1) *La hora del misterio* (piano y canto). En esta admirable melodía se verifica la paradoja de oírse el silencio.

(2) *Loto místico* (melodía piano y canto).

(3) *El vino* (melodía piano y canto), *Escancia, preciosa* (íd.), *Nadie* (íd.), *Escenas de Carnaval* (piano solo), *Allegro molto vivace* de la sinfonía en *si b. mayor*. *Vivace*, de la sinfonía en *re menor*.

(4) *La rosa, la aurora, el lirio* (melodía canto y piano), *Cuando mis ojos se sumerjen en los tuyos* (íd.), *Cuando el alba renace* (íd.), *A orillas del Rhin, Colonia...* (íd.), *¿Por qué loca juventud?* (íd.), *A mi prometida* (íd.).

(5) *¡Oh canción suave y tierna!* (melodía, canto y piano).

(6) *Si os hablase de mis penas* (melodía para canto y piano).

(7) *Un hombre ama á una mujer* (melodía para canto y piano).

(1) *Mis ojos, en sueños, lloraban* (melodía para canto y piano).

(2) *He perdonado* (melodía para canto y piano). Muchas de estas melodías figuran en la deslumbrante colección titulada *Los amores del poeta* (el famoso *Intermezzo* de Heine); ella sola basta para dar materia á un estudio que pudiera titularse: «De la expresión del amor en la música».

(3) *A lo lejos* (melodía, canto y piano).

(4) *¿Por qué?* (piano solo).

(5) Overtura de *Manfredo*.

(6) *Lento* de la sinfonía en *do mayor*.

Mis citas son de ejemplos que me parecen característicos, sacados de las obras más conocidas. Pudiera haber aumentado mucho mi lista.



Mas esta tensión, realmente neurótica de la sensibilidad, prontamente desmaya y se agota. Así es que las obras más características del genio de Schumann son las breves. Y aun las composiciones largas reflejan cumplidísimamente la sucesión de estados de alma del compositor que, en cuanto suben á cierto grado de exaltación, descargan en soberbias frases, á modo de chispazos deslumbradores, brotados del seno de grisienta y undivaga nube.

Nada, pues, suele parecerse menos, de ordinario, á las de los clásicos, que las composiciones de Schumann; pues así como aquellas proponen los motivos y luego los glosan, comentan, estiran, repiten y varían hasta lo infinito, de suerte que la melodía en sus manos es sustancia protéica y materia ondulante, fundiéndolos y encadenándolos unos á otros por medio de bien trazados nexos, difícilmente fáciles y fluidos, Schumann, atento á la manifestación directa é inmediata de la emoción, conserva á las frases su forma pristina, ó á lo sumo las altera en la medida de la modificación ulterior del afecto, sin cuidarse de desarrollar combinaciones bellas, y pasa de unos motivos á otros según el impulso y movimiento de la pasión capital, pues no le refrenan y contienen la aspereza y

dureza de las transiciones repentinas, las cuales—aunque compatibles con el buen efecto estético, ya que el contraste y oposición pueden ser rasgos de belleza, empleados diestramente—corren el riesgo de que las atribuyan á inexperiencia ó impericia técnicas.

Pero argüiría apasionamiento inexcusable ó inexcusable ignorancia tiznar el nombre de Schumann con semejantes imputaciones; bien acreditado tiene en determinadas obras que no vivió ayuno de *vis clásica*, y en la mayor parte de ellas, tanto las combinaciones y juxtaposiciones de ritmos como el colorido de la orquesta y la valentía y novedad con que modula y la destreza con que maneja las voces, demuestran que sabía al dedillo todos los recursos y primores de su arte. Y si no los apuró más á menudo, fué porque el verdadero artista es, primero que todo, una personalidad, y la de Schumann evolucionó constantemente en dirección de otorgar el primado de honor al drama psicológico.

Eligiendo poesías, reveló siempre la finura de su gusto literario. Era lector asiduo de la obra épica del poeta de Weimar. Al morir dejó escrita una ilustración musical de ella, bajo el título de *Escenas del Fausto, de Goethe*, en tres partes. Esta vez no se trata de un arreglo,

sino del texto mismo original, cuyos pasajes y situaciones comenta el compositor, después de elegidos libremente.

La overtura, como el mayor golpe de las de Schumann, está dividida simétricamente, quiero decir, consta de varias frases que constituyen una parte, la cual se une á la siguiente, idéntica á la primera (salvo variaciones de detalle) por medio de una frase episódica, terminando la pieza con una breve peroración. La simetría de esta overtura es tan estricta que la repetición se hace dentro del mismo tono, sin salir á los relativos. De esta suerte, las modulaciones á mayor del final parecen más briosas, tras una tonalidad tan prolongada. Esta overtura es como las joyas de Eibar: sombría y centelleante. Nótase una frase que, con insistencia, sube, moviéndose como á saltos, á lanzar su nota aguda que llega á diferentes alturas de la escala en las diferentes veces. Oleadas clamoreantes, ahora tristes, ahora imperiosas, pero siempre saturadas de misterio, la ocultan y anegan; pugna por salir y momentáneamente se yergue, chorreando su nerviosa musculatura las aguas del diluvio, para sumergirse de nuevo; las negras ondas reinan y dominan, pero la frase emerge, sobrenada, se empina en asediado peñasco y vistiendo alas

vigorosas, se remonta por encima de las espumantes olas y penetra en el azul remotísimo del cielo: pintura sorprendente de la vida de Fausto.

La primera parte consta de tres escenas; la heroína de toda ella es Margarita. Los amantes se pasean. «Fausto: ¿De suerte que me reconociste, angelito, apenas entré en el jardín?—Margarita: ¿No lo habéis visto? Bajé los ojos.—Fausto: ¿Me perdonas la libertad de que usé contigo, y el acto que me inspiró mi audacia, días pasados, cuando salías de la iglesia?—Margarita: Me sentí toda turbada, etc. (1).» Un hálito de pasión abrasada y profunda agita el diálogo musical compuesto de frases que unas veces se extienden resonando y otras se quiebran y rompen como la palabra entrecortada por la emoción: el arrobamiento del alma y la embriaguez de los sentidos se suceden, mezclan y confunden; la melodía se pasma y palpita como el seno de la virgen perturbado por las caricias. La escena siguiente es muy distinta: concluyó el idilio y comienza el drama. Margarita, ante la imagen de la Dolorosa que hay en un nicho de la pared, coloca tiestos de flores: —«¡Ay, dignate descender hasta mí, imagen del dolor!—exclama.» Esta

(1) Goëthe. *Faust*, primera parte.

canción expresa sóbriamente el desconsuelo y el espanto que, según el texto de Goëthe, conjuntamente atormentan el alma de Margarita. Después viene la escena de la catedral, única ocasión en todo el poema que nos presenta al diablo como personaje dramático: Goëthe lo designó bajo al nombre de «Espíritu Maligno,» de donde cabe deducir que no sale á plaza Mefistófeles, cuyo carácter se desmentiría al transformarse tan impensadamente. La escena musical está compuesta amplia, grandiosa y magistralmente; las invectivas é imprecaciones del diablo son sañudas, ásperas y sombrías; el espanto y la congoja de Margarita, extremos; la vemos tiritar con el escalofrío del terror; el coro del *Dies iræ*, vigorosamente ritmado, rueda con peso abrumador sobre la frente pálida de la infeliz; la masa coral hincha, levanta y extiende sus clamores por la bóveda gótica; la queja, el lamento que momentáneamente se deja oír, tenue neblina en la vertiente abrupta de la montaña, queda sepultado y soterrado bajo el cántico vengador, y quien lo profería cae anonadada sobre las losas del templo.

La segunda parte es el punto culminante del *Fausto* de Schumann. Sus tres escenas son soberbias: la tercera, aunque contiene bellezas de subidísimos quilates, es, acaso, me-

nos uniformemente hermosa que las dos precedentes. La primera de ellas es obra maestra que ha de colocarse tocando á las que con más apurada perfección han pintado la naturaleza y sus relaciones con el espíritu del hombre. Fausto, acostado en el césped florido, pretende conciliar el sueño. Es la hora del crepúsculo vespertino; los Elfos revolotean á su alrededor; Ariel, cuyo canto acompañan las arpas eólicas, les incita á que aplaquen el desasosiego y el cansancio de Fausto: «Vosotros que entorno de esta frente, trazando aéreos círculos, torbellineáis, mostrad la noble condición de los Elfos; templad el agudo dolor del corazón; arrancad las flechas del agudo remordimiento; purificad su alma del recuerdo de las desgracias pasadas...» Los Elfos cantan alternativamente, á duo y en coro; sus estrofas describen la serena faz del crepúsculo, la esplendidez de la noche estrellada, el alborear del nuevo día. «Desea desear; aspira á las magnificencias de la luz; las cadenas que te aprisionan son frágiles; el sueño es la corteza, rómpela, y lánzate, brioso, á la acción...» Un estruendo formidable anuncia la aproximación del sol. Ariel la celebra con entusiastas acentos: «¡Escuchad, escuchad! La tempestad de las horas resuena ya en el oído de los espíritus; ya nació el nuevo día;

las puertas de roca chirrían y mugen; las ruedas de Febo, al rodar, crugen. ¡Qué estrépito trae consigo la luz! El redoblar del tambor, el sonido de la trompeta. Suspéndese la vista, maravillanse los oídos: no es posible escuchar lo inaudito.» El gracioso enjambre de los espíritus se esconde, ahuyentado por la ensordecedora explosión. Fausto despierta; la virtud reparadora de la naturaleza reanima su energía. «Ya el mundo entreabre los vapores del crepúsculo — dice; — el bosque resuena con mil voces; en los valles, disuélvense las nieblas; inunda la claridad del cielo las hondonadas; ramas y hojas ébrias de rocío, emergen del abismo nebuloso donde dormían... Levanta la cabeza y mira. Las cumbres de las gigantescas montañas anuncian, de antemano, esta hora de júbilo. La eterna luz que más tarde bajará hasta nosotros, inundalas hace ya rato. La nueva claridad resbala por las verdes laderas de los Alpes, lo invade todo, reina sobre todo. ¡Ay de mí! Deslumbrado, aparto los ojos heridos por sus ardientes flechas.» Siempre la limitación física ó la carcoma interior que impiden saciar las renacientes y mudables aspiraciones. En vano se exalta y extasía Fausto; la imagen del arco iris que brota del despeñado torrente, sugiérole melancólica

reflexión: la vida es un reflejo de mil colores (1).

Esta inmortal poesía ha pasado, toda, á la música de Schumann. La adaptación y transposición artísticas son acabadas; apenas si en los dos primeros tiempos, como casi imperceptibles máculas, cabe señalar alguna armonía enjuta ó dura, algún encogimiento en la cadencia de la melodía. El primer tiempo es lento, de ritmo ternario; acordes arpegiados de arpa, subrayan, de vez en cuando, con sus notas titiladoras, el plácido y elegante canto de Ariel que se desarrolla con muelles ondulaciones de wals. Truécase el ritmo en binario; la melodía adquiere suave majestad, pero la frecuente interurrencia de tresillos le conserva su primitivo carácter risueño. Acelérase algo el movimiento y comienza *pianísimo* un nuevo canto de exquisita melodía, que modula primorosamente á menor y después de una inesperada modulación á mayor que, durante algunos instantes, mantiene la incertidumbre tonal, reaparece francamente en su tonalidad primitiva. Sigue un movimiento vivo de *scherzo*; los Elfos revolotean y juegan en el claro y límpido aire teñido por los primeros fulgores de la mañana. Ya los espíritus anuncian y saludan la pur-

(1) *Faust*, segunda parte, acto primero.

purina irradiación de la aurora; enriquecese la instrumentación, complícase el acompañamiento que unas veces tremola y otras marca con armonías plaqueadas el ritmo airoso de la melodía, ó se extiende cimbreándose en grupos de tresillos, combinando, al fin, ambos tipos. Pasa el ritmo á binario; establécese un trémolo que suena *fuerte* en los primeros compases y se prolonga luego *pianísimo*; sobre aquel fondo vibrante, se dibujan y señalan misteriosas sonoridades; redobles oscuros de timbal: notas opacas de trompas, lejanas llamadas de clarín, y la melodía de Ariel pura como la luz que llega. Con movimiento moderado torna el ritmo ternario, el aire *scherzoso*; pero estos graciosos juegos se van dramatizando paulatinamente y adquiriendo grandioso carácter descriptivo. Las sonoridades brumosas de la cuerda y madera, hasta ahora oídas, van reforzándose con todos los instrumentos de la orquesta y parece como que flamean, fulguran y estallan; la gradación intensiva de matices es continua; por bajo del trémolo, ascienden en progresión, vigorosos diseños cromáticos, por encima esparcéense notas agudas que también dirigen á lo alto sus vuelos: son las voces de la naturaleza, los ruidos de la creación; rumor de los bosques, mugido de

los torrentes, gorgéo de las aves, esquila de los rebaños que se funden y abisman en un trémolo general, donde alternan y se suceden los *pianos y fuertes*, semejándose á las vibraciones de la luz, trémolo que al fin se apaga y extingue llevándose en sus moribundos ecos á los genios gentiles del aire. Fausto despierto, ya y entusiasmado por la contemplación del paisaje, prorrumpe en una melodía de arrebatadora vehemencia, cuyos bríos pasageramente refrena y temple cierto melancólico decaimiento de ánimo.

Desde esta escena á la siguiente, transcurre casi toda la segunda parte del poema. Fausto, viejo, está asomado una noche al balcón de su castillo. Cuatro mujeres vestidas de color gris se adelantan, flotando por el aire como espectros: «Yo me llamo el Desamparo.—Yo me llamo la Deuda.—Yo me llamo la Zozobra.—Yo me llamo la Necesidad.» Ni el Desamparo, ni la Deuda, ni la Necesidad pueden penetrar en el palacio de un rico, por más que lo rodeen y asedien: en cambio la Zozobra se cuela por el ojo de la cerradura. Los tres espectros se alejan, diciendo: «Las nubes corren, palidecen las estrellas, allá, detrás, en el cielo, lejos, muy lejos. Ya llega, ya viene nuestra hermana la Muerte.» Fausto se retira del balcón y dice: «Cuatro vinieron,

sólo tres se van. En vano quise comprender el sentido de sus discursos. He percibido alguna palabra semejante á zozobra, remordimiento; después, una rima sombría..., la muerte. Este discurso sonaba á hueco; la voz, como de fantasma, ahogada. Aunque lo procuro no puedo serenarme. ¡Oh magia! cuánto daría para apartarte de mi camino, y olvidar, completamente, tus fórmulas! Naturaleza, si yo pudiera ser nada más que un hombre delante de tí. ¡Oh, entonces valdría la pena de vivir!» Rechina la puerta, y Fausto atemorizado conoce que alguien invisible ha llegado hasta él. Comienza el diálogo con la Zozobra; pondera ésta su poder; jactase Fausto de la circunspección y prudencia que van enseñoreándose de su vida, del criterio *positivo* que ha de guiar sus acciones: la Zozobra implacable, traza, en valientes pinceladas, el cuadro de sinsabores que sabe provocar y que muchas veces había padecido Fausto; éste se impacienta, exaspera y encoleriza, y lleno de orgullo acaba por exclamar: «En cuanto á tí ¡oh Zozobra! por grande que sea tu poder, no lo acato.» La Zozobra le sopla en la cara y Fausto queda ciego. «Espésase más y más la noche—dice—pero dentro de mí una claridad serena me alumbra. Se cumplirán mis proyectos; solamen-

te la palabra del amo es eficaz. ¡Levantáos de la cama servidores! realizad con gloria mi atrevido pensamiento. A trabajar todos con el azadón y la pala...» (1).

Esta magnífica escena parece estar escrita expresamente para el genio de Schumann. Un *scherzo* de colorido fantástico y sombrío, acompaña la aparición de las cuatro mujeres. Entre opacas y veladas sonoridades la melodía dibuja su siniestro culebreo: rasgos quebrados de grisiento fulgor sobre fondo negro. Nada más tétrico que la denominación que de sí mismas hacen las importunas visitantes. El resto de la escena está escrito en ritmo binario. Fausto manifiesta su espanto en una melopea sóbria, pero cuya expresión, realmente, hiel. Anúdase el diálogo con entonación shakespiriana, acelerándose el movimiento hasta llegar al fogoso canto de Fausto, acompañado por toda la cuerda en el que resume su vida y declara sus nuevos rumbos. Este canto, forma vivísimo contraste con el de la Zozobra; susurrante, pero trágica ponderación de su poder. Espoleada por el desdén prosigue repitiendo «sus letanías malhadadas»; por un momento lo llena todo, alzándose como un gigante. Solemnes y desoladas harmo-

(1) *Faust. Medianoche* (segunda parte).

nias denuncian la ceguera de Fausto; el acompañamiento sincopado marca, hábilmente, la persistencia del anhelo; estas sonoridades de borrosos contornos se van disipando. Una frase enérgica y breve, como de llamada de clarín, varias veces repetida, afirma su imperio, y por último, después de un silencio de medio compás, rompe brioso el canto de Fausto por ella preludiado, con todo el fuego interior de su espíritu. En las postreras repeticiones de la frase inicial, la distribución de su primer miembro en tresillos de negras que llenan las dos partes últimas del compás, combinada con una alteración del ritmo del acompañamiento, produce cierto retardo y martilleo que le comunica extraordinario vigor.

La Muerte, anunciada por el Desamparo y sus lúgubres hermanas, llega para apoderarse de Fausto; éste es el asunto de la tercer escena. En el patio central del palacio que oscilantes antorchas iluminan, Mefistófeles, convertido en celador de obras, llama á los Lemures, espectros cuya forma es la del esqueleto. Creen ellos que van á trabajar según el proyecto concebido por Fausto de robarle terrenos al mar, pero Mefistófeles les dice: «No tratamos aquí de trabajos artificiales: guardad las reglas ordinarias. Que uno de vosotros se tire á lo

largo en el suelo y los demás caven el césped á su alrededor. Como en tiempo de nuestros padres, abrid un agujero largo y cuadrado. Desde palacio, á la estrecha mansión: he aquí el estúpido acabamiento de todas las cosas.» Los Lemures comienzan á cavar, relatando en irónicas estrofas, el decurso de la juventud á la vejez. Fausto llega á tientas; el ruido de los azadones le alegra; imagínase ya al mar regolfado; Mefistófeles, disimuladamente, se ríe: «Con tus diques y muelles, á nuestro favor trabajas; prepara un gran festín para Neptuno, el demonio de las aguas». Fausto á nada atiende, sino es á gozar con las perspectivas imaginarias de su proyecto grandioso: Crear un nuevo paraíso á orillas del mar: «...En medio de los peligros que les rodeen, aquí el niño, el hombre y el anciano pasarán varonilmente su vida. ¿Por qué no me ha de ser dado contemplar semejante actividad, vivir en tierra libre, rodeado de un pueblo libre? Entonces le diría al instante que transcurre: detente; ¡eres tan hermoso! El rastro de mis días terrenos jamás se borraría. Por el presentimiento de esta felicidad sublime, esta es, para mí, la hora inefable de la dicha.» Fausto cae y los Lemures colocan su cuerpo en la huesa.—Mefistófeles: «Ningún deleite le sacia, ninguna bienan-

danza le satisface. ¡Siempre tras de inasibles formas! Aún ese último momento menguado y vacío, procuró retenerlo. A quien me resistió valerosamente, venciólo el tiempo. ¡El viejo yace sobre la arena; el reloj se para!—El Coro: Se para después de la primera campanada de media noche.—Mefistófeles: Se calla, todo se ha consumado.—El Coro: Todo ha concluido» (1).

Componen esta escena los mismos elementos que la precedente: lo fantástico y lo dramático, sombrío aquél, noblemente exaltado éste. La escena comienza de un modo soberbio; el apóstrofe de Mefistófeles «¡Venid á mí; entrad, tardos Lemures!» y el coro de esqueletos, escritos en forma de marcha, son inspiradísimos. El tema principal es una modificación, ampliada, de uno de los motivos característicos de la overtura, y la segunda frase, de más triste colorido, guarda tan íntima relación con la primera, dentro de su diferencia, que parece emanación de ella: ambos temas combinados entre sí, variados diversamente y enlazados por frases incidentales y episódicas, constituyen este número, en el que son de admirar, no sólo la belleza de la melodía, sino también las al-

teraciones de su forma y de su carácter expresivo, obtenidas las de esta última clase, principalmente, por la rica y diestra variación del acompañamiento que, unas veces, arrastra al canto convirtiéndolo en ráfaga que atemoriza, y otras, lo encadena y comprime en sonoridades misteriosamente tristes. Fausto sale; sus primeros acentos respiran serena y melancólica grandeza. Ordena prosigan los trabajos; el canto expresa su indomable energía; luégo comienza á fantasear su proyecto que ha de conducirle, como por la mano, á la aspiración pura y absoluta de lo bueno. Este canto, aunque notable, resulta inferior á la situación: le falta el hábito del deseo infinito, el supremo aleteo, allá, en medio de los resplandores de la eterna luz. Los momentos de la muerte son magníficos; el susurrante *trémolo* que en su desarrollo pasa por tétricas disonancias y los acordes tenidos que pronto adoptan la forma sincopada, anuncian el acontecimiento de la tremenda postrimería; la cuerda se despeña en escalas cromáticas, con dantesco desconsuelo; apágase el *trémolo*, absorbido por los moribundos ecos de un acorde tenido: reina breve silencio y siguen unos cuantos compases cuyas extrañas cadencias y armonías causan, como diría Victor Hugo, un efecto «ma-

(1) *Fausto*, segunda parte.



cabro»; no es posible llegar á más, en cuanto á impresión dramática. Realmente ha muerto un personaje sobrehumano. La pieza remata con una serie de tristes y solemnes melodías harmónicas.

Schumann terminó su espléndida ilustración del Fausto, con el epílogo en el cielo, creación mística, á ratos transparente y á ratos enigmática, pero siempre sutil, alta, profunda y bella del genio de Goëthe. La metafísica y la poesía se dieron las manos para construir ese edificio, adonde tuvo la audacia de penetrar Schumann y la suerte de codearse, á veces, con el poeta.

Los ángeles habían conseguido arrebatarse á Mefistófeles y sus infernales cohortes el alma de Fausto, á raíz de su muerte (1). Primeramente atraviesan un lugar montañoso, habitado por los santos anacoretas que allí purifican sus almas de toda herrumbre terrestre: *Pater Extáticus*, *Pater profundus* y *Pater Seraphicus*, personificaciones de las órdenes religiosas y de la filosofía escolástica, cantan y ponderan el eterno y divino amor. Fausto al pasar, oye sus ardientes cánticos. En seguida llegan á otra esfera superior que los Niños Bienaventurados, los Angeles Novicios y los Angeles Completos habitan. Duncio

Escoto, el doctor Mariano, famoso apologista del adorable Misterio de la Inmaculada Concepción en la Edad Media, divisa la aparición de las Santas Mujeres y prorrumpe en un extático himno de adoración á la Virgen María, cuyas alabanzas canta, igualmente, el coro de las Penitentes. La Magdalena, la Samaritana y María la Egipciaca, imploran de *Mater Gloriosa* la remisión absoluta de las culpas de Margarita, y ésta, á su vez, la de Fausto. Los cielos se abren, y Fausto, rodeado de los Niños Bienaventurados, entra en las radiantes salas, siguiendo la estela de Margarita; el doctor Mariano, prosternándose, pondera, con trémulo labio, la hermosura y bondad insuperables de María. El coro místico resume el poema con arcanas palabras: «Lo Temporal, lo Percedero, símbolo y parábola son. Cumplióse lo Indecible é Inexplicable. El Femenino eterno nos lleva al cielo (1).»

Si algún asunto de la poesía se presta á ser tratado sinfónicamente es el epílogo del *Fausto*. El mismo Goëthe parece como que insinuó el procedimiento al revestir la súplica de Margarita del mismo metro y rima empleados en la plegaria á la Dolorosa. Yo me imagino este epí-

(1) Esta escena la omitió Schumann.

(1) *Fausto*, segunda parte.

logo compuesto con un *leit-motiv* del amor divino, dotado de la flexibilidad necesaria para ir tomando forma adecuada al pasar por los labios de los anacoretas, Niños Bienaventurados, Angeles y doctor Mariano. Este motivo debería de encadenarse con otro del amor profano, sacado de algún episodio de la vida de Margarita, que paulatinamente fuese purificándose, idealizándose y sublimándose á través de los cánticos de las Penitentes, hasta fundirse ó combinarse con el primero. En la ampliación polimórfica de los dos motivos principales cabría, muy bien, intercalar en calidad de diseños, adornos y áun breves incidentes, mediante la labor de marquetería propia de la escuela wagneriana, otros motivos característicos del drama lírico. De esta suerte el epílogo musical, además de producir mucho efecto, sería perfectamente lógico.

Pero Schumann no es el sinfonista á propósito para seguir este plan: buscó y creó bellezas por otros caminos. Miró á la individualidad de los episodios del epílogo, objetivando la interna identidad de espíritu que les anima, mediante la similitud de las formas melódicas empleadas en varios de ellos. Por otra parte, las escenas que anteriormente había puesto en música, tampoco podían suministrar moti-

vos adecuados para una rapsodia final.

El primer coro á dos voces *El bosque se agita tembloroso*, con su canto frecuentemente encomendado á las graves, sus disonancias, modulaciones y progresiones, con su prócer melodía distribuída por ambas secciones del coro que al responderse y continuarse producen efectos de eco, es de gran belleza. El solo de tenor *Hoguera eterna de delicias, candentes ligaduras de amor*, marca, gracias al tierno carácter de su melodía y á los sinuosos y como atormentados diseños del acompañamiento que lo velan y oprimen, el deliquio amoroso y el ansia de mortificación que dominan al Padre Extático. El número siguiente lo tengo yo por uno de los mejores de la tercera parte. La robusta y religiosa melodía del Padre Profundo, escrita para voz de bajo *Cual si se abriese un insondable abismo á mis pies* llena el espacio grandiosamente, como los fenómenos naturales que describe y enumera; el Padre Seráfico le contesta, terminando suavemente alguna de sus frases interrumpidas, y á su vez, el pensamiento de éste lo acaban y perfeccionan las voces infantiles de los Niños Bienaventurados. Por tanto, la melodía va desarrollándose fragmentariamente, en réplicas y contraréplicas, variando

sus timbres, con acompañamientos igualmente variados, hasta que se condensa y concentra en un espléndido *tutti*. Semejante extratificación de la melodía (en ésta y otras piezas posteriores), ingeniosamente nos pinta la imagen del agrupamiento y suspensión de los personajes del epílogo en las diversas regiones, baja, media y superior de los espacios celestes.

Después de una breve introducción de sabor religioso, los ángeles, llevando el alma inmortal de Fausto, cantan las estrofas *Se ha salvado el miembro del Mundo de los Espíritus*; el tema á dos tiempos, propuesto por un soprano solo y recogido en coro por los demás, se adorna con la sencillez clásica de un tema de Haydn; á modo de episodio lo interrumpen unos pocos compases del *tutti* final del número anterior; los Angeles Completos entonan una frase incidental de carácter grave; luego, después de un retorno del tema, los Angeles Novicios cantan un coro, cuyo motivo hemos de oír más tarde, pero con el ritmo alterado; en este coro producen efecto muy original ciertos compases que ostentan mordentes circulares. El coro siguiente de los Niños Bienaventurados, en menor, es muy suave y se contrapone á las sonoridades del coro general inmediato, construido con una fra-

se concisa y enérgica que, en sí misma, nada ofrece de particular, pero que por su repetición insistente, modulaciones progresivas y retardos de su resolución, se levanta á la grandeza de las masas y extensiones monótonas. Esta impresión meramente física, se nos muestra aquí combinada con un sentimiento vago de expectativa que la frase jadeante produce. Desde la región más elevada desciende, como un rayo de luz, el himno del doctor Mariano, acompañado por la voz purísima de las violas: las estrofas suben en alas de místico arrobamiento.

El número inmediato debiera ser el más brillante de la tercera parte, y á mi juicio es el más mustio; *Mater Gloriosa*, aparece en el centro de inflamadas nubes, coronada de estrellas; como espirales de incienso, hacia ellas suben los actos de adoración, las letanías de alabanzas, las tiernas plegarias de las Penitentes que piden misericordia, luego; pero aunque en la música cabe señalar algunos trozos muy inspirados, el conjunto resulta frío: ni el aire incorruptible del cielo, ni la luz sideral, ni la compasión de las almas, ni el éxtasis de los espíritus logran calar, abrasándola é iluminándola, aquella maciza mole de coral protestante. La idea de poner en música el coro místico que cie-

rra el poema, en sí misma, es descabellada; sobre las ideas puras y abstractas carece de jurisdicción ese divino arte; la música más peregrina ninguna relación guardará con las palabras, como no sea la indefinible expresión de misterio y solemnidad por ellas provocada. El *leit-motiv* de los Angeles Novicios, rítmicamente alterado, es el tema de este coro, cuya aérea orquestación y explanamiento de sus sonidos en matizadas gradaciones y vivos contrastes, parece que imita cierto centelleo de piedras preciosas, á ratos ocultas y á ratos patentes por el vaivén de célicos vapores. Los últimos versos del texto goethiano *Lo femenino eterno nos atrae al cielo*, están desenvueltos en un número que tiene la forma de coral; su animadísimo estilo fugado no deja de dar idea de la soberana fuerza atractiva que encareció el poeta; el motivo final—sacado del coro de anacoretas, *El bosque se agita tembloroso*, y bien preparado por un *crescendo*—henchido de ternura y pasión suavísimas, realmente vuela en dirección del centro que es imán de los corazones y luz de los ojos.

Nada se diferencia tanto como el cielo de Schumann del de Arrigo

Boito; los separa el genio de dos razas; hay en éste más sensaciones y en aquél más sentimientos. Los colores del italiano son el rojo, el verde esmeralda, el azul oscuro, el amarillo de oro: la gama entera de la paleta meridional. El cielo de Schumann es alemán, quiero decir, un cielo descolorido, brumoso, cuyos mayores encantos estriban en los delicados matices que toman los vapores cuando por ellos se filtra la luz, descomponiéndose y quebrándose en mansas claridades.

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 Otros músicos, además de los nombrados, escribieron sobre el poema de Goëthe, y otros escribirán en lo sucesivo, pues de suyo, es el asunto *sugestivo* como pocos y de inagotable materia. A todos se les podrá aplicar la sentencia de Berlioz: «Cuanto á los músicos que han hecho cantar á los personajes del célebre poema, hay que perdonarles mucho porque amaron mucho» (1).

ARTURO CAMPIÓN.

(1) *A propos d'un ballet de Faust.*

## ELEGÍA

A LA MEMORIA DE MI HIJA CARMENCITA.

**T**ú, que mi sér con tu recuerdo llenas,  
Y muerta, eterna en mi memoria vives,  
Y con tus breves días circunscribes  
Mis horas venturosas y serenas!  
Suspenso un punto apenas  
El vivo curso de mi acerbo llanto  
Que toda el alma en su raudal desprende,  
A tí en efluvios íntimos asciende  
Roto en gemidos mi doliente canto.

¡Cuán desierto mi hogar! ¡Qué densas brumas,  
Reparo eterno al sol de la alegría,  
Sobre su cielo derramó tu ausencia!  
¿Dónde aquella opulencia  
De su triunfante lumbre, inmenso día,  
Que allá en el fondo de mi sér reía,  
Y ciñó de esplendores mi existencia?  
¡Contigo se extinguió! Sola y obscura,  
Testigo de mi enorme desventura,  
Quedó ya para siempre esta morada  
De que tú eras encanto y alegría.  
Sus ámbitos vacíos  
Sólo el lamento de tu nombre llena,  
Que exhalan sin cesar los labios míos,  
Al sentir sobre el alma desolada

La ausencia de tu límpida mirada,  
La sensación de que tu voz no suena.

¡Oh! Cuando absorto en mi dolor inmenso,  
Mi mente evoca tu infantil figura,  
Tu dulce hablar, tu timidez graciosa,  
Y entre el cabello de oro y fresca rosa,  
El resplandor de tu pupila obscura;  
Y surge en mi recuerdo,  
Región de angustia en que infeliz me pierdo,  
El tiempo en que dichosa te veía  
A mi lado crecer, besarme, ufana  
Gorjear por la mañana,  
Y brotar de tus ojos mi alegría:  
Siento me invade un estupor profundo,  
Una ansia horrenda, un bárbaro tormento,  
Una amargura interminable; siento  
Que está en mi alma agonizando un mundo.

¡Todo aquí te recuerda hora por hora,  
Todo en el culto de tu amor se inflama,  
Todo en silencio con dolor te llama,  
Todo tu ausencia inconsolable llora!  
¡Aquí entre risas de tu edad gozabas,  
Alegre y bulliciosa aquí corrías,  
Y á mí tus ojos cándidos volvías,  
Y todo el corazón me iluminabas!  
Si se entreabre una puerta,  
Si mueve el viento una cortina acaso,  
Parecen darte paso,  
Y que á favor de la penumbra incierta,  
Surges como evocada,  
Trayendo en brazos tu muñeca amada.  
Mas ¡ay! que así, anheloso y febriciente,  
Con recobrar su dulce soberano  
Soñando siempre en vano,  
Te aguardará mi hogar eternamente!

Desde el día fatal de tu partida  
Mi lento paso por el mundo llevo  
A modo de sonámbulo, y la vida  
A la región del sacrificio elevo.  
Tal vez un punto mi dolor refrena  
La inmensa voz del mundo, y excitado  
Por su estruendo y bullicio, hablo y sonrío;  
Mas es tregua fugaz, que, desolado,  
Siempre que vuelvo á mí, vuelvo á mi pena;  
Que tornando infecunda  
Mi alma á toda dicha honda y serena,  
A todo alegre brío,  
Rodando va con ímpetu bravío  
La ola amarga que en dolor me inunda.

¡ Con qué empeño tenaz mi pensamiento,  
Renovando sin fin las ansias mías,  
Torna al lugar de tus postreros días,  
Do se apagó tu vida y mi contento!  
¡ Solitaria mansión, donde en la infancia  
Aspiré la fragancia  
De los frescos efluvios campesinos,  
Donde crecí feliz, y la inocencia  
Me bañó en la azulada transparencia  
De sus mansos raudales cristalinos!  
¿ Quién me dijera entonces, hija mía,  
Que en esta misma patriarcal morada,  
Do tantas veces resonó vibrante  
Mi júbilo infantil, un torvo día  
La desventura helada  
Te pondría en mis brazos expirante?  
En ella aún algo al sentimiento mío  
Le queda de tu sér, como la estela  
De luz que deja tras de sí el navío  
Cuando en el seno de las ondas vuela.  
¡ Tráenme el eco de tu voz las brisas,  
Las flores dan tu delicado aroma,

Y en las estrellas tu mirada asoma,  
Y brillan en los aires tus sonrisas!

El tiempo en tanto seguirá su curso  
Con serena indolencia,  
Haciéndome entrever siempre más lejos  
Los pálidos reflejos  
De la adorada luz de tu existencia.  
Empero, aunque la suerte  
Cruel se goce en prolongar mi vida  
En una edad remota, aún en ella  
Te llevaré cual luminosa estrella  
En el cielo del alma suspendida.  
¡Eternamente el pensamiento mío  
Verá en mi triste mesa  
Un asiento vacío!  
Y á través de la muerte y la distancia,  
En blando sueño y en tenaz vigilia,  
Siempre irá á tí nuestro doliente anhelo,  
Y tu recuerdo, en silencioso vuelo,  
A completar vendrá nuestra familia.

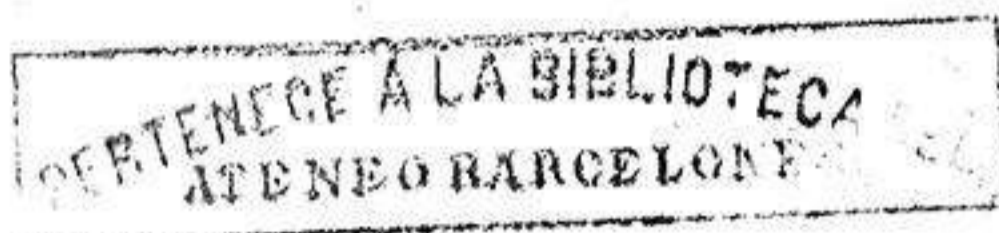
¡Ah, si al menos pudiese en mis canciones  
Darte vida otra vez! ¡Y respiraras,  
Y con lumbre inmortal triunfante entraras  
En todos los ardientes corazones!  
Que si la mente mía no concibe  
Consuelo alguno á mi mortal quebranto,  
Dulce tributo en mi delirio creo  
A tu memoria dar, cuando deseo  
Que al ver tu tierna imagen en mi llanto,  
Todos en su recuerdo te atesoren,  
Todos, sensibles, con mi amor te quieran,  
Todos sin fin con mi dolor te lloren!

CALIXTO OYUELA.



# SITIO DE GIBRALTAR

POR EL SEGUNDO CONDE DE NIEBLA



«No dedes causa á Gibraltar que faga  
»En sangre de Reyes dos veces estrago.»

*Juan de Mena.*

**E**ra notorio el daño que causaba á la Península Ibérica la dominación de los árabes en Gibraltar, desde que D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, manifestara á los monarcas Sancho el Bravo y Fernando el Emplazado, *que mientras las plazas del Estrecho estuviesen en poder de los infieles y reunidos en agrupaciones con siderables los africanos continuasen sus sangrientas incursiones, desembarcando en ellas y reforzando los moros españoles, ningún pueblo de la Península estaba seguro de este torrente devastador*, instaba, por lo tanto, quitarles la facilidad de repetir impunemente expediciones tan peligrosas.

Gibraltar había vuelto al violento yugo de los benimarines, veinticuatro años después que el insigne defensor de Tarifa lo conquistó á los granadinos, y aunque el Infante D. Pedro obligó á retirarse á Gra-

nada al Rey Ebu-Nasir, que lo cercó en 1315, teniendo por Alcaide un caballero gallego llamado Vasco Pérez de Meira, tras prolongado asedio (1333) tuvo que rendirse al Infante Abul-Malik de Fez, que seguidamente se tituló Rey de Gibraltar.

En vano uno de los monarcas más ilustres de Castilla (Alfonso Onceno) intentó recuperarlo dos veces: cubierto de los lauros del Salado perdió la vida en el último asedio, después de la gloriosa rendición de Algeciras, á causa de la peste que infestaba sus reales, y transcurrieron ochenta y seis años sin que ninguno de los Reyes que le sucedieron intentase reconquistar la llave del Estrecho.

Llegó la minoridad de Juan II, y movido el segundo Conde de Niebla D. Enrique de Guzmán del peligro común cuanto del daño particular que recibían sus dominios é inco-

modidades y cautiverios que se ocasionaban en sus Almadrabas del Conil y Zaara, acompañando á su primo el Infante D. Fernando, sostuvo en Córdoba en las conferencias sobre la dirección que debía darse al ejército (no determinada aún), la opinión de acometer la empresa de cercar á Gibraltar, no sólo por la gloria de recobrar tan fuerte plaza, cuanto porque su cercanía á la costa de Africa facilitaba á los infieles diarios refuerzos y prolongaba el término de una guerra desastrosa y de exterminio.

Prevaleció, no obstante, el dictamen de cercar á Antequera, en cuyo sitio tuvo la gloria el Conde de combatir la puerta principal de la ciudad, á pesar de la herida grave que recibió en la tala de Cartama y Ajarquia de Málaga, ganando la torre más principal de la demarcación y enarbolando en ella su bandera el 16 de Septiembre de 1410, concluyendo tan brillante campaña con el combate de los castillos de Xebar y Amalmájara que rindió con sus huestes.

Muchos años después (1433) y á pesar de su avanzada edad, dejándose llevar el Conde de Niebla del deseo en que siempre había vivido, con aquella firmeza de carácter demostrada en todos sus actos, determinó acometer la empresa de cercar por su cuenta á Gibraltar, parecién-

dole (dice Barrantes en sus *Ilustraciones*), «que si la ganaba haría un gran servicio á Dios, al Rey y al país, y si muriese en la demanda era muerte más bien empleada de la que él pudiera escoger, é cometiendo esta intención con algunos caballeros de Sevilla é de Jerez de la Frontera, hombres sabios y experimentados en la guerra, y exponiéndoles el provecho que resultaría al Andalucía y á toda la cristiandad si franquease á las naciones cristianas el paso y comunicación del Estrecho, todos juzgaron de á él antes que á otros señores de España ser lícito aquella jornada por vengar la muerte de su bisabuelo el Rey D. Alonso Onceno que murió allí, é por cobrar la ciudad que su otro bisabuelo Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno había ganado é porque si aquel pueblo se ganase á los moros, quitándoles aquella bahía é surjidero de naos y galeras que allí tienen aseguraba mucho las villas de Bejer, Chiclana, Conil é las Almadrabas que el Conde de Niebla tenía en la frontera de Gibraltar (1).»

(1) Estando cercado de moros al pie de Sierra Elvira el gran Maestre de Calatrava D. Luis de Guzmán, señor de Andújar, llamó el Rey D. Juan II al Conde de Niebla y le dijo: «Conde, id á socorrer á vuestro primo.» Salió el Conde con sus huestes y cercado á su

Ofreciéronse todos á tan gloriosa jornada, y áun cuando se sigiló cuanto fué posible, pronto se divulgó la fama de ella, concurriendo voluntarios muchos caballeros de Córdoba, Ecija y Jerez, á más de los que en Sevilla y Andalucía llevaban acostamiento del Conde, quien juntó dos mil caballos y tres mil peones de sus estados, en Sanlúcar donde tenía aparejada su flota y embarcándose con dos mil hombres y los caballeros más principales, dispuso que los señores que se se le ofrecían con la caballería y mil peones restantes, fuesen á cercar á Gibraltar por tierra mandándolos su hijo D. Juan Alonso de Guzmán.

Al tiempo de salir, algunos hombres de mar experimentados y gente de guerra, vieron señales de esas que se tenían por malas entre los supersticiosos, y trataron de disuadir al Conde y estorbar la partida; pero éste no hizo caso ni quiso darles crédito, sino que ordenó la salida, y pasando por delante de Cádiz y de las costas de sus estados de Conil, Bejer, Barbate y Zaara, embocando el Estre-

cho con buen viento llegaron á la bahía de Gibraltar.

Era la hora de la menguante del mar ó baja marea y formaba una playa algo extensa cerca de la puerta de Madurra, cuando arribaron las naos y el Conde hizo desembarcar algunas tropas en ella para escaramucear, viniendo allí después con cuarenta caballeros de los más principales. Estaban los moros apercebidos y reforzada la plaza con muchas gentes de la serranía, armas y municiones; pero por de pronto ningún obstáculo opusieron al desembarco de los cristianos, deteniendo cautelosamente la escaramuza, que comenzó con encarnizado tesón por los sitiadores á los que ayudaban las naos disparando su artillería.

Tan pronto como la marea comenzó á subir contestaron, con igual ardor los sitiados, arrojando saetas, piedras y combustibles, á la vez que los de Niebla, estrechados por las olas iban aproximándose á la muralla, embarazados cada vez más con las crecientes y el gran destrozo que hacían en ellos los disparos de las lombardas, en términos que apenas podían manejarse.

Entró el Conde de Niebla animando á los que peleaban con su presencia y con su ejemplo, y aunque fueron triunfos los que obró su valor haciendo esfuerzos sobrehu-

vez por las numerosas fuerzas que salieron de Granada le aconsejaron que se retirase; no quiso cejar, contestando: *Morir puedo yo, mas no volver la cara á los moros*, dando lugar con su tenacidad y valor indomable, á ser socorrido y que los moros fuesen derrotados. (Barrantes).—N. DEL A.

manos por sacar á los suyos del peligro en que estaban metidos, arreció el combate, cargando los moros con vigor y desembarazo donde notaban mayor agrupación, haciendo pedazos á los más diligentes, dejando á las aguas el cuidado de sepultar los menos animosos: fué tod entonces confusión y aturdimiento.

Horrorizaban el bramido de las olas y los discordes disparos, los acentos de ira, imprecaciones, gemidos y lágrimas, mezclados con las voces de los que llamaban á Dios en el último trance y sonaban donde no era posible acudir. La situación se hizo ya insostenible y el Conde de Niebla dió la orden de que la gente se recogiese á las naos y con gran dificultad entró él en una barca para dirigirse á la suya.

Importunábanle los gritos y lamentos de algunos que quedaban con el agua á la lengua y oyéndose llamar por su nombre conoció á un caballero de su casa, que suplicaba con ecos lastimosos lo librase de una muerte segura: tanto instó que movido á compasión ordenó que volviesen á recogerlo pero, fué tanta la gente que cargó, unos entrando y otros cogiéndose al borde de la barca, que se anegó con el gran peso, ahogándose el Conde D. Enrique con cuarenta caballeros más.

Don Juan Alonso de Guzmán

combatía la ciudad entre tanto, cuando le llegaron las tristes nuevas de la desgracia y dejando el combate se vino para socorrer á su padre, más cuando llegó ya estaba ahogado y comenzaban las galeras á retirarse por lo que tuvo que hacer lo mismo.

Recogieron los sitiados el cadáver del Conde y aun cuando su hijo trabajó dispendiosamente por recobrarle ofreciendo crecido rescate, no pudo vencer la obstinación de los moros, quienes como para terror y escarmiento le colocaron en una caja en las almenas de una torre, donde permaneció hasta que algunos años después conquistó la plaza á su costa el ya primer Duque de Medina-Sidonia, é hizo colocar los restos en una caja de acero en una capilla que erigió y dotó en la Calahorra, no queriendo trasladarlos al enterramiento de los Guzmanes en Santi-Ponce, para perpetua memoria del honroso cuanto infausto suceso; gozando siempre de tanta veneración y honor estos restos que la segunda cosa porque se toma homenaje á los Alcaldes de Gibraltar es por los huesos del Conde de Niebla que no los consentirán sacar de allí (1).

La noticia de la muerte del Con-

(1) Fué D. Enrique de Guzmán el Bueno y Castilla uno de los más nobles y excelentes

de y del fracaso de la empresa conmovió toda España. Sobró valor y medios para conseguir el intento, faltando conocer sus dificultades y peligros y el haber introducido previsor recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera de empresas militares, porque indica los ánimos al descuido para entregarlos á la turbación.

La inscripción que para el sepulcro del Conde hizo Barrantes Maldonado, dice así:

«Aquí están los huesos del excelente Príncipe D. Enrique de Guzmán el Bueno y Castilla, Conde de Niebla, señor de Sanlúcar, etcétera, el cual en liberalidad,

»modestia, esfuerzo, magnanimidad, clemencia é piedad fué extremado; en la milicia é guerra diestro; de la paz amigo en virtud é religión, é grandeza de renombre aventajado de otros. Viniendo para conquistar la ciudad de Gibraltar fué muerto en la conquista. ¡Oh bienaventurado Conde que viviste para morir en tu ley, y moriste para perpetuamente vivir con tu Dios: tus obras te dieron la fama é tu muerte la gloria!»

El famoso poeta castellano Juan de Mena, canta la muerte del Conde desde la copla 147 hasta la copla 186; entresacamos de ellas lo siguiente:

»Aquél que en la barca parece sentado  
 »Vestido en engaño de las bravas ondas,  
 »En aguas crueles ya más que no hondas  
 »Con mucha gran gente en su mar anegado,  
 »Es el valiente no bien fortunado  
 »Muy virtuoso perínclito Conde  
 »De Niebla, que todos sabeis bien á donde  
 »Dió fin al día del curso ha dado.»  
 »Y los que le cercan por el derredor,  
 »Puesto que fuesen magníficos hombres,  
 »Los títulos todos, de todos sus nombres,

príncipes de su tiempo y el de mayores Estados en Andalucía. Nieto del Rey de Castilla D. Enrique II, por parte del linaje Real, era primo hermano de los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, y primo segundo por parte del linaje de Guzmán y fué casado primero con Doña Teresa Suárez de Figueroa, Señora de Escamilla, hija del Gran Maestre de Santiago, D. Lorenzo; y después con Doña Violante de Aragón hija del Rey de Sicilia D. Martín.

Su grandeza y autoridad demuestran las dos estrofas que subsiguen tomadas de un

romance del Archivo de San Isidro del Campo (Santi-Ponce).

»No quiero gozar de Niebla  
 »Ni enterrarme en San Isidro  
 »Entre jaspes y alabastros  
 »De pórfido y mármol fino.»  
 »Ni que me lleven los grandes  
 »En sus hombros ni que vivo  
 »Me visiten otros grandes  
 »Como á mayor y muy rico.»

.....  
 .....

»El nombre los cubre de aquel su Señor,  
»Que todos los hechos que son de valor,  
»Para se mostrar por si cada uno,  
»Cuando se juntan é van de consuno  
»Pierden el nombre delante el mayor.»

.....  
.....  
»¡Oh piedad fuera de medida!  
»¡Oh ínclito Conde! Quisiste tan fuerte,  
»Tomar con los tuyos antes la muerte  
»Que con tu hijo gozar de la vida.  
»Si fé á mis versos es atribuída  
»Jamás la tu fama, jamás la tu gloria  
»Darán en los siglos eterna memoria  
»Será la tu muerte por siempre plañida.»

JOSÉ DE GUZMÁN EL BUENO Y PADILLA.

# MARIDO Y MUJER

## SEGUNDA PARTE

### I

**L**os días, las semanas, dos meses enteros de una vida retirada en el campo corrieron insensiblemente para mí, porque los sentimientos, las emociones y la felicidad que me dieron esos dos meses bastarían para llenar toda una vida.

Nuestro modo de vivir no se ajustó ni remotamente á los planes que trazamos de antemano Serguei y yo; pero aquella existencia no era inferior en nada á la que habíamos soñado; era simplemente otra.

¿Dónde estaban el trabajo riguroso, el cumplimiento del deber, el espíritu de sacrificio, la vida de abnegación que había yo soñado de novia? En su lugar reinaba un sentimiento egoísta de amor mutuo, el deseo de cada uno de ser amado, una

alegría sin fin y sin causa, un olvido absoluto de todo lo que no era él ó yo.

Cierto que á veces Serguei entraba en su despacho á trabajar, ó iba de negocios á San Petersburgo, ó se ocupaba de sus haciendas; pero yo veía lo que le costaba abandonarme. El mismo confesaba al volver que todo lo que no se refería á mí ó le alejaba de mí le parecía tan insignificante que no valía la pena de ocuparse de ello.

Lo mismo me pasaba á mí; iba sosteniendo mi música, me ocupaba de mi suegra, daba lecciones á los niños de la aldea; pero todo ello lo hacía por merecer su aprobación, y porque todas esas cosas se referían á él. Así, en cuanto una ocupación no se relacionaba con el deseo de darle gusto, mis manos se negaban

al trabajo. Me hubiese parecido una cosa muy extraña pensar que fuera de él existiese nada en este mundo.

Quizá ese sentimiento era malo y egoísta, y, no obstante, me hacía dichosa, me elevaba sobre mí misma, y sobre todo. Para mí, sólo él existía en el universo entero, y lo era todo, el mejor, el más perfecto de los hombres; por eso no podía vivir más que para mantenerme á sus ojos tal y como me creía.

Para él era yo la mejor y más hermosa de las mujeres; para él, estaba dotada de todas las virtudes; y por mi parte me esforzaba en seguir siendo la más perfecta de las mujeres en la estima del mejor de los hombres.

Una vez entró en mi cuarto cuando yo rezaba mis oraciones. Dirigí una ojeada hacia él sin interrumpir mi rezo. Serguei se sentó cerca de la mesa para no estorbarme. Creí sentir sobre mí su mirada, y no pude menos de volver los ojos hacia él.

Sonrió; yo me eché á reir, y no pude continuar.

—¿Y tú has rezado ya?—le pregunté.

—Sí, continúa; yo me marchó...

—Pero tú acostumbras á rezar ¿verdad?

Se levantó para salir, sin responderme, pero yo le detuve.

—Querido mío, reza conmigo por darme gusto.

Se arrodilló junto á mí, y, uniendo las manos con un aspecto cohibido y un semblante serio, empezó á rezar después de alguna vacilación. A cada momento se volvía hacia mí, en busca de aprobación y animaciones.

Cuando acabó, me eché á reir, besándolo.

—¡Siempre la misma, siempre la misma!... Como si yo no tuviese más que diez años—dijo besándome las manos.

La casa en que habitábamos era una de esas antiguas casas de campo en que desde varias generaciones viven los miembros de una misma familia en el amor y el respeto mutuos. Por todas partes se encontraban buenos y honrados recuerdos de los ascendientes, que vinieron á ser mis propios recuerdos desde que ingresé en aquella mansión.

Tatiana Semionovna, mi suegra, seguía dirigiendo la casa, y todo se hacía allí á la usanza antigua. No puedo decir que todo fuese bonito y elegante, pero todo, desde el mobiliario hasta los servidores, era abundante, útil, sólido, ordenado é imponía respeto.

La sala estaba adornada de retratos; el suelo cubierto de alfombras y de taburetes bordados á mano; los muebles estaban dispuestos con simetría.

En la pieza de los divanes se en-



contraba un piano antiguo y delante de los divanes, veladores de incrustaciones adornados de latón.

Tatiana Semionovna había reunido en mi cuarto los muebles mejores de la casa, de estilos diversos y épocas distintas, algunos con varios siglos de existencia. Había entre otros un espejo viejo, que en los primeros tiempos no podía mirar sin sonrojarme, pero que después llegué á considerar como un antiguo amigo, que se me hizo muy caro.

Jamás se veía á la dueña de la casa, y, no obstante, todo marchaba como un reloj á pesar del número excesivo de criados. Todas aquellas gentes llevaban calzado ligero, y no se las oía.

Para Tatiana Semionovna el ruido de las suelas y los tacones era la cosa más inconveniente del mundo; sus servidores parecían muy orgullosos de su posición, temblaban delante de la señora, nos miraban á mi marido y á mí con cierto airecito de protección, y, al parecer, cumplían sus quehaceres con un placer extraordinario.

Todos los sábados se fregaban los suelos y se sacudían las alfombras; el primero de cada mes se decía una misa para la bendición del agua. En todo ese pequeño reino se celebraba el cumpleaños de los amos; aquel otoño llegó por primera vez mi turno.

Mi marido no se mezclaba nunca en las cosas de la casa; no se ocupaba más que de las faenas del campo y de los *mugiks*. Esa inspección le daba mucho que hacer. Mañanaba mucho, aun en invierno; cuando yo me despertaba, estaba ya en sus trabajos. Volvía á tomar el té conmigo, y todas las mañanas, cuando regresaba aliviado de una parte de sus tareas, se encontraba en ese regocijo que mi hermana y yo llamábamos «su alegría salvaje.»

Yo le preguntaba á menudo lo que había hecho, y entonces se divertía en tejer relatos fantásticos tan graciosos, que teníamos que apretarnos los ijares á fuerza de reir: á veces reclamaba yo un informe más serio, á lo cual reprimía él una sonrisa, y me contaba todo lo que había pasado aquel día.

Yo miraba sus ojos y seguía los movimientos de sus labios sin comprender lo que me decía, pero gozaba viéndolo y oyéndole la voz.

Cuando terminaba su relato, me decía:

—¡Bueno! Ahora repítame lo que te acabo de decir.

Y yo me quedaba parada, sin comprender que pudiese hablar de otra cosa que de él y de mí: como si todo lo extraño á nosotros fuese indiferente.

Hasta mucho más tarde no em-

pecé á interesarme en sus asuntos y á entenderlos.

Mi suegra permanecía en su cuarto hasta la hora de comer; tomaba el té sola y mandaba á su doncella á saber de nosotros.

A lo mejor, en medio de nuestros holgorios, veía aparecer la mensajera de Tatiana Semionovna; se paraba en un rincón grave y respetuosamente, y yo no podía tener la risa, cuando nos declamaba, cruzadas las manos y con una voz seria que desentonaba del más extraño modo en medio de nuestras conversaciones.

«Tatiana Semionovna me manda á saber cómo han dormido ustedes después del paseo que dieron ayer tarde, y participa á ustedes que á ella le ha dolido el costado y que el estúpido perro de la aldea no le ha dejado dormir ladrando de la noche á la madrugada. La señora me manda también preguntar á ustedes cómo han encontrado esta mañana los panecillos, porque hoy no los ha hecho Tarass, sino Natacha para irse ensayando; á la señora le parece que los panecillos no son malos, pero que los bizcochos están demasiado tostados.»

Hasta la hora de comer mi marido y yo rara vez nos encontrábamos juntos. Yo tocaba el piano ó leía; él escribía ó volvía á salir. Hacia las

cuatro, hora de la comida, nos reuníamos todos en el salón; mi suegra salía de su cuarto; después llegaban dos ó tres damas nobles sin fortuna y mujeres que iban en peregrinación á los santos lugares; siempre había dos ó tres en la casa.

Todos los días, invariablemente, mi marido ofrecía el brazo á su madre para pasar al comedor; ella exigía que me ofreciese el otro; y todos los días, no menos invariablemente, tropezábamos con los dos lados de la puerta, y, estrechándonos, entrábamos á la desbandada.

Presidía la mesa mi suegra. La conversación era reposada, sensata y hasta solemne. Las pocas palabras que cambiábamos por lo bajo mi marido y yo interrumpían agradablemente la monotonía de aquella larga sesión de la comida.

A veces se entablaba entre madre é hijo una discusión jovial, divirtiéndose cada uno en llevar la contraria al otro, y yo disfrutaba mucho oyendo aquellas bromas que revelaban más que nada, el profundo cariño que unía á Tatiana Semionovna y Serguei Mikhailovich.

Después de comer, nuestra madre se instalaba en un gran sillón de la sala, y pulverizaba tabaco ó cortaba las hojas de los libros nuevos; mi marido y yo leíamos en alta voz ó pasábamos á la pieza contigua donde estaba el piano.

Durante los primeros meses de matrimonio leímos mucho juntos; pero donde encontrábamos nuestra mayor delicia era en la música, que cada día despertaba nuevas fibras de nuestro corazón, y parecía revelarnos más completamente el uno al otro.

Cuando yo tocaba sus piezas favoritas, Serguei Mikhailovich iba á sentarse en el diván más distante del piano donde apenas podía yo distinguirlo; por una especie de pudor de sentimiento, se esforzaba en ocultar la impresión que le producía la música; pero muchas veces cuando menos lo esperaba me levantaba del piano en puntillas, y, cogiéndolo de improviso, sorprendía en su semblante huellas de emoción y el brillo húmedo de sus ojos que en vano trataba de ocultarme.

Mi suegra solía desear vernos al piano, pero, temiendo estorbar, se contentaba con atravesar la sala gravemente, sin mirarnos y afectando una profunda indiferencia; bien sabía yo, no obstante, que nada la obligaba á entrar en su cuarto en aquel momento y á volver tan de prisa.

Por la noche todo el mundo se reunía en el gran salón, y yo era la que servía el té. No sin cierta timidez presidí durante mucho tiempo á la distribución de las tazas bajo la égida del samovar. Me pa-

recía siempre que no era digna de aquel honor, que era aún demasiado joven y aturdida para dar vuelta á la llave de una tetera y para poner las tazas en la bandeja que sostenía Nicolás, diciéndole:

—Esta para Pedro Ivanovich; esa para María Minichna.

Después tenía que preguntar á cada uno:—¿Está bastante dulce su té de V.?—y dejar finalmente terrones de azúcar para la *niania* y los servidores que habían merecido esa distinción.

Cuando concluía, exclamaba mi marido:

—Muy bien, muy bien ¡enteramente como una persona mayor!

Y esa observación acababa de turbarme.

Después del té mi suegra reposaba un momento ú oía las predicciones de María Minichna que le echaba las cartas; luego nos besaba, hacía la señal de la cruz sobre nosotros, y nos retirábamos á nuestro cuarto.

Las más de las veces nos quedábamos hablando hasta después de media noche, y era el mejor momento del día. Serguei Mikhailovich me contaba su pasado, trazábamos planes, filosofábamos á veces, y nos esforzábamos en hablar bajo, muy bajo, para no ser oídos y evitar que fuesen á Tatiana Semionovna con el cuento de que an-

dábamos de charla, cuando ella nos había mandado acostarnos temprano.

A veces teníamos hambre é íbamos callandito á la alacena, y gracias á la complicidad de Nikita conseguíamos hacernos con una cena fiambre que nos llevábamos apresuradamente á mi habitación para devorarla á escondidas á la luz de una sola vela.

Vivíamos como extraños en aquella casa vetusta y espaciosa donde reinaba el austero espíritu de los pasados tiempos y de Tatiana Semionovna. No sólo ella me imponía respeto con su sola presencia, sino que todo cuanto la rodeaba—sus criados, las solteronas nobles, los muebles, los retratos de los antecesores—me inspiraba una especie de temor y me hacía sentir que no estábamos enteramente en nuestro puesto en aquella morada, y que había que conducirse con mucha prudencia y circunspección.

Cuando ahora me traslado á aquella época, veo cuán modesto y embarazoso era el orden inmutable y tiránico de la casa, el número excesivo de gentes curiosas y desocupadas y otras muchas cosas más; pero entonces todo eso no servía sino para estimular nuestro amor.

Serguei Mikhailovich no pare-

cía contrariado tampoco por aquel estado de cosas. Al revés, hacía la vista gorda á todo lo que hubiese podido disgustarlo.

Así al ayuda de cámara, Dmitri Sidoroff, le gustaba mucho fumar en pipa, y todos los días después de la comida, cuando estábamos en el salón de los divanes, se escurría al despacho de mi marido y le robaba tabaco de los cajones. Había que ver la cómica alegría con qué Serguei Mikhailovich se acercaba á mí de puntillas aparentando un miedo terrible, y, guiñando los ojos y amenazando con el dedo, me enseñaba al ladrón, muy ageno de ser observado.

Y cuando Dmitri Sidoroff salía del despacho sin apercibirnos, mi marido, contentísimo de ver lo bien que habían salido las cosas, me besaba diciéndome: «¡Eres una perla!»

A veces me desagradaba aquella calma, aquella mansedumbre rayana en la indiferencia, y, sin sin advertir que yo flaqueaba por el mismo lado, juzgaba á mi marido débil de carácter.

«Una criatura enteramente, que no se atreve á dar pruebas de voluntad», me decía á mí misma.

Un día que le reconvenía su exceso de indulgencia me respondió:

—¡Ah, amiga mía! ¡Puede uno disgustarse por nada, cuando es tan feliz como yo! Es más fácil

ceder que doblegar á otros á nuestra voluntad; he hecho ese descubrimiento ha ya mucho. No hay situación en que uno no pueda ser dichoso. Y nosotros somos tan felices que me es imposible enfadarme; en este momento no puedo encontrar mala nada: no veo más que el aspecto raro de las cosas, y me hace reír. No olvidemos sobre todo que *lo mejor es enemigo de lo bueno*. ¿Me creerás si te digo que, cuando oigo un campanillazo, cuando recibo una carta, cuando me despierto, me echo á temblar... me echo á temblar, por tener que vivir, porque puede suceder algo que altere mi vida, siendo así que no puede haber nada preferible al momento presente.

Yo lo creía por su palabra, sin comprenderlo; yo era feliz, pero me parecía que todo el mundo lo era una vez en la vida de la misma manera que yo, y que, sin embargo, existía otra felicidad, no más grande sin duda, pero otra al cabo.

Así pasaron dos meses; luego vino el invierno con sus fríos y sus nieves, y poco á poco empecé á sentirme sola, por más que mi marido estuviese siempre conmigo; parecía que la vida se repetía, que no encontraba ya nada nuevo en él ni en mí, sino que, antes bien, volvíamos sin cesar sobre nuestros pasos.

Serguei Mikhailovich consagraba á sus asuntos más tiempo que antes, y por segunda vez creí descubrir en su alma un mundo aparte en que no quería dejarme penetrar.

Su calma inalterable me excitaba. Mi afecto por él no había disminuído, su amor seguía siendo mi dicha; pero mi sentimiento no ganaba en intensidad, permanecía estacionario, y empezó á apuntar en mi alma, al lado del amor, un deseo que me preocupaba.

El placer de amar no era ya suficiente; no me bastaba ya aquella vida tranquila; necesitaba movimiento, mi amor tenía sed de emociones, de peligros, de sacrificios.

Tenía un excedente de fuerzas que no encontraba empleo en aquella existencia sosegada; ora caía en crisis de tedio que me esforzaba en ocultar á Serguei Mikhailovich como una cosa mala; ora me acometían accesos locos de ternura y de alegría que asustaban á mi marido.

Se fijó antes que yo en ese extraño estado, y me propuso pasar el invierno en la capital; pero yo le supliqué que no alterásemos en nada nuestra manera de vivir por temor de destruir nuestra dicha.

Yo era feliz, en efecto; pero sentía que esa felicidad no me costase ningún esfuerzo, ningún sacrificio, cuando se agitaban en mí energías que reclamaban trabajo y destino.

Amaba á mi marido y sabía que lo era todo para él; pero hubiera querido ver al mundo entero oponerse á mi amor para que mi amor triunfase de todos los obstáculos. Mi espíritu y mi corazón estaban satisfechos; sin embargo, fermentaba dentro de mí una savia de juventud, una necesidad de actividad que no encontraba satisfacción.

—¿Por qué me ha propuesto ir á la ciudad—me decía.—Si no me hubiese hecho esa proposición, yo hubiese comprendido quizá que estos locos deseos que me atormentan son un peligro, y que el sacrificio que reclamo se presenta á mí bajo esta forma: ahogar todos esos sentimientos perturbadores. Pero, á pesar mío, me dominaba la idea de que sólo una estancia en la ciudad podría salvarme del enojo, aún cuando me avergonzase la consideración de que por satisfacer mi capricho iba á arrancar á Serguei Mikhailovich á todo lo que amaba.

En medio de estas vacilaciones pasaba el tiempo, la nieve cubría nuestra casa de una capa cada vez más espesa, y nosotros permanecíamos encerrados, viendo cada cual delante de sí constantemente las mismas personas; mientras allá, entre el brillo y el bullicio de las ciudades, vivían, sufrían y desapa-

recían muchedumbres de seres sin reparar en nuestra ignorada existencia.

Dolíame sobre todo ver que la cadena del hábito nos clavaba más fuertemente cada día á esa vida monótona vaciada en un molde que nada podía modificar, y que nuestro mismo amor se tornaba esclavo de ese orden de cosas tranquilo é inmutable.

Así, por la mañana estábamos alegres; á la comida tomábamos una actitud respetuosa, y la noche pertenecía á la ternura.

Yo pensaba en mí misma: «Que tal vida sea buena y honrada, como él dice, bien lo veo, pero sobra tiempo para llevar esta existencia, mientras que nuestras fuerzas actuales reclaman otra vida.»

Tenía necesidad de luchar, quería que mi vida fuese inspirada por mis sentimientos, y no que mis sentimientos fuesen resultado de mi manera de vivir.

Hubiese querido coger á Serguei Mikhailovich de la mano, llevarlo al borde de un precipicio, y decirle: «Un paso más, y ruedo al abismo; un solo movimiento y estoy perdida,» y que él, completamente pálido, me levantase en sus brazos robustos, me sostuviese por cima del abismo hasta que se helara mi corazón, y que después me llevase adonde le pareciese.

El estado moral influyó en mi salud, quebrantando mis nervios.

Una mañana me sentía más excitada que de costumbre, cuando Serguei Mikhailovich volvió de su gira campestre bastante malhumorado, cosa que rara vez le sucedía. Lo noté al punto y le pregunté que había pasado; pero me respondió que no valía la pena de contarse.

Supe más tarde la causa de su disgusto: el *ispravnik* (el jefe de la policía rural), mal dispuesto respecto de mi marido, había mandado convocar á nuestros aldeanos para exigirles tributos que no tenía el derecho de reclamar. Serguei Mikhailovich estaba vivamente contrariado, pero no quería enojarme con el pormenor de sus asuntos. Yo creí que no quería hablarme de eso, porque me consideraba una niña incapaz de comprender lo que le interesaba.

Me volví sin desplegar los labios, y fui á invitar á Minichna, que estaba de visita en la casa, á tomar el té con nosotros. Acabé en seguida el desayuno, y me llevé á mi amiga á la sala de los divanes, donde me puse á charlar con ella de futilidades sin interés.

Serguei Mikhailovich se paseaba impaciente, y de vez en cuando nos dirigía una mirada. Aquella mirada producía un extraño efecto sobre mí: me excitaba á hablar y á

reír con más fuerza cada vez. Me reía de todo lo que decía yo y de las expresiones más insignificantes de María Minichna.

Mi marido, sin decir nada, entró en su despacho y cerró la puerta. En cuanto lo perdí de vista, toda mi alegría se desvaneció; mi interlocutora me preguntó, asombrada, la causa de ese cambio.

Sin responderle, me senté en un diván, con un deseo de llorar irresistible.

Me decía: «¿Por qué viene con esos aires tan graves? Una nada le parece un asunto de Estado, y, si me dijese lo que tiene, le probaría en seguida que se apura sin motivo. Pero su señoría cree que yo no lo comprendo. Es menester que me humille con su gran calma, y que siempre tenga razón. ¡Pues bueno, yo también tengo razón, cuando me aburro, en querer vivir, obrar, y no permanecer clavada en el mismo sitio, viendo volar los años! Quiero marchar hacia adelante todos los días, á todas horas; quiero novedades, continuas novedades, y él no desea sino permanecer en el mismo sitio y tenerme allí inmóvil... Y, sin embargo, ¡si él quisiese! Ni siquiera necesitaría llevarme á la ciudad; le bastaría observar una conducta sencilla, cosa que no hace... Siempre me dice que sea sencilla, y no me

da el ejemplo... ¡No, él no es sencillo!»

Me subían las lágrimas del corazón, y comprendía que estaba muy enojada con mi marido. Espantada de ese movimiento de cólera, entré en su despacho.

Estaba escribiendo en su mesa. Oyó mis pasos, me miró un instante con expresión tranquila é indiferente, y prosiguió su trabajo.

Aquella mirada me irritó, y, en vez de acercarme á Serguei Mikhailovich, me detuve cerca de su mesa y me puse á hojear un libro.

Alzó de nuevo los ojos, dirigiéndolos hacia mí.

—¡Mariquita, no estás de buen humor! —dijo.

Respondí con una mirada fría que significaba: «¿A qué vienen esas preguntas? Ya sé á qué atenerme en punto á la amabilidad de V.»

Movió la cabeza y me sonrió con cariño.

Por primera vez quedó sin respuesta su sonrisa.

—¿Qué ha pasado hoy?—pregunté.—¿Por qué no quieres decírmelo?

—¡Bagatelas!... Un disgustillo —respondió—ahora puedo hablarte de ello... Dos *mugiks* han ido á la ciudad...

Pero yo lo interrumpí:

—¿Por qué no me contaste todo eso esta mañana, al tomar el té, cuando te pregunté?...

—Porque estaba muy irritado, y hubiese dicho una porción de tonterías.

—Pero entonces es cuando yo deseaba saber lo que había pasado.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no crees tú jamás que yo pueda darte un consejo?

—¡Pues no lo he de creer!—contestó soltando la pluma.—Sé que no puedo vivir sin tí. No sólo eres mi consejera, sino quien lo decide todo... ¿Qué has dado en cavi- lar?—añadió riendo.—Yo no vivo más que por tí... Tu presencia es la que hace que todo me parezca aquí excelente...

—Sí, sí, ya comprendo; soy una niña bonita á quien se trata de contentar—repliqué con un tono tan extraño, que me miró con asombro, como si me viese por primera vez.—No participo de tu calma—proseguí—tú tienes bastante con los dos...

—Bien, pues voy á explicarte todo el caso—dijo precipitadamente, para impedirme expresar sin duda lo que me pesaba en el corazón.—Luego darás tu parecer.

—Ahora ya no me importa saberlo—respondí—aunque en realidad tenía ansia de oirlo, pero gozaba más aún en turbar su tranquilidad.—No quiero esta apariencia de vida—continué—quiero vivir de veras, como tú...



Su semblante, donde se reflejaban tan vivamente las impresiones, expresó el dolor y una atención forzada. Yo continué:

—Quiero vivir como un igual tuyo...

No tuve valor de seguir viendo cuánto le afligía. Callé un instante.

—Pero ¿en qué no eres igual á mí?— preguntó.—¿Es por ser yo el que tengo que habérmelas con el *ispravnik* y con los campesinos borrachos?

—No es solamente en eso— repliqué.

—Por favor— continuó—entiéndeme, amiga mía: yo sé todas las molestias que dan los negocios; he vivido bastante para aprender á conocerlo. Te amo, y deseo evitarte esas preocupaciones. Mi amor por tí es toda mi vida; yo te digo á mi vez: no me impidas vivir.

—Tú siempre tienes razón— contesté sin mirarlo.

Me disgustaba ver su alma serena y tranquila de nuevo, mientras á mí me invadía el despecho y un sentimiento próximo al arrepentimiento.

—¡Mariquita! ¿Qué tienes?— dijo.—No se trata de saber quién de nosotros tiene razón... ¿Qué es lo que te indispones conmigo? No me respondas en seguida; reflexiona, y confíame todos tus pensamientos.

Tú estás enfadada, y tendrás tus razones, pero hazme ver cuáles son mis faltas.

¿Cómo hubiera podido abrirle mi corazón? El hecho de que él hubiese comprendido inmediatamente que era aún una niña y de que yo no pudiese hacer nada sin que adivinara mis intenciones me irritaba más cada vez.

—No tengo nada contra tí— exclamé—me aburro pura y simplemente, y me gustaría más no aburrirme. Pero tú me aseguras que debe ser así, y naturalmente tú tienes razón en eso, como en todo.

Al pronunciar estas palabras, dirigí los ojos hacia él, y ví que había conseguido mi objeto: se había desvanecido su tranquilidad, y todas sus facciones expresaban la pena y el espanto.

—Mariquita—dijo con una voz dulce, pero alterada.—No es ya una broma; se trata de decidir de nuestra suerte. Te ruego que me escuches antes de responderme: ¿Por qué te gozas en atormentarme?...

Le interrumpí:

—Sé de antemano que tendrás razón. No me digas más—repuse friamente como si no fuese yo la que hablaba, sino el espíritu del mal por mi boca.

—¡Si supieses lo que haces!...—dijo con voz trémula.

Me eché á llorar y me sentí ali-

viada. Se sentó cerca de mí sin decir nada. Yo lo compadecía, y me avergonzaba de mi conducta; no me atrevía á mirarlo. Me pareció que me estaría contemplando con severidad y asombro; pero, cuando ví sus ojos, los tenía fijos en mí con una expresión dulce y cariñosa, que parecía pedir perdón.

Cogí su mano diciendo:

—¡Perdóname! No sabía lo que decía.

—Sí, pero yo lo sé, y decías la verdad.

—Pero ¿qué he dicho?

—Que debemos marcharnos á San Petersburgo; ahora ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Será como tú quieras—respondí.

Me abrazó y me besó las manos.

—Perdóname—me dijo.—Soy muy culpable para tí.

La noche de aquel mismo día toqué todo mi repertorio, mientras él se paseaba, hablándome á media voz, según costumbre.

Yo le preguntaba á menudo lo que decía, y, después de un momento de reflexión, me lo repetía siempre; la mayor parte del tiempo recitaba versos; á veces pensaba alto, ensartando extravagancias en que yo reconocía su humor del momento.

—¿Qué murmuras hoy?—le pregunté.

Se detuvo, meditó un instante, sonrió, y me recitó estos dos versos de Lermontoff:

Y pide el insensato una borrasca  
Cual si la paz morase en la tormenta.

«La verdad es que es todo un hombre—me dije á mí misma.—Para él no hay nada oculto; ¡todo lo sabe! ¿Cómo no amarlo?»

Me levanté del piano, cogí su brazo, y me puse á andar junto á él, esforzándome en seguir su paso.

—¿Sí?—dijo interrogativamente, y me miró sonriendo.

—Sí—murmuré.

Y de repente nos acometió á los dos un loco acceso de alegría; reían nuestros ojos y se alargaban nuestros pasos desmedidamente, agrandándose y aligerándose más cada vez.

Y sin dejar ese paso de gigante, con gran escándalo de Gregorio y con asombro de mi suegra, que reposaba en la sala, recorrimos todas las piezas hasta el comedor: allí nos paramos, y, después de mirarnos á los ojos, prorrumpimos en una alegre carcajada.

Dos semanas más tarde estábamos en San Petersburgo para las fiestas.

## II

**E**l viaje, una semana en Moscou, el camino, las ciudades desconocidas, la llegada á San Petersburgo, las visitas á nuestros parientes, la instalación en nuestro nuevo domicilio, todo eso se deslizó como un sueño. Era tan variado, tan nuevo, tan alegre y aparecía tan cálidamente iluminado por su presencia, por su amor, que nuestra vida tranquila en el campo me hizo el efecto de una cosa pasada hacía mucho y enteramente insignificante.

Con gran sorpresa mía, en vez de la frialdad y de la acogida alta-nera que esperaba encontrar en la sociedad, fuí recibida en todas partes con una cordialidad tan franca y expresiva, que no parecía sino que todos mis nuevos amigos sólo esperaban mi llegada para ser completamente felices. Encontré esa afable solicitud, no sólo en mis parientes, sino de parte de personas completamente extrañas.

También mi marido encontraba á cada momento, de la manera más imprevista, muchos amigos de que no había hablado nunca; y lo que

me sorprendió y desagradó mucho fué que expresaba á menudo juicios muy severos sobre personas que me parecían la misma bondad.

Me asombraba verlo tratar secamente ó evitar á muchos sujetos que me agradaban. A mí me parecía que cuantas más personas amables conociese uno, tanto mejor; y para mí todas eran á cual mejores.

Antes de nuestra marcha del campo me había dicho Serguei Mikailovich:

—¿Quieres saber cómo nos instalaremos en San Petersburgo? Aquí pasamos por pequeños Cresos, y allí figuraremos entre los más pobres; por lo mismo, no deberemos permanecer hasta más allá de Pascuas, y tendremos que abstenernos de frecuentar la sociedad, ó nos veremos en más de un apuro; luégo que para tí me gustaría más...

—¿A qué frecuentar la sociedad? —exclamé.—Iremos un poco al teatro, oiremos buena música en la ópera, haremos algunas visitas á nuestros parientes más próximos, y antes de Pascuas estaremos de vuelta en el campo.

Pero, apenas llegamos á San Petersburgo, se olvidaron todos esos planes. Yo me encontraba transportada súbitamente á un mundo de placer enteramente nuevo para mí, me hallé arrastrada de repente por ese alegre torbellino, y se me

ofrecieron tantos intereses ignorados hasta entonces, que olvidé de pronto todo mi pasado, y, sin darme cuenta de ello, renuncié á todos los planes que tanto había acariciado en otros días. «Todo lo que he conocido hasta aquí—pensaba—no era más que una niñería. ¡Esta es la vida verdadera, y apenas empieza ahora! ¿Quién sabe lo que me reserva el porvenir?»

De esta suerte discurría. La inquietud y el comienzo de hastío que me atormentaban en el campo se desvanecieron como por arte de magia. Mi amor á mi marido revistió un carácter más tranquilo, y ya no volvió á cruzarme por las mientes la idea de preguntarme si él me amaba menos.

¿Cómo dudar de su cariño cuando adivinaba todos mis pensamientos, participaba de todos mis sentimientos y prevenía mis menores deseos?

Su calma había desaparecido, ó, por lo menos, ya no me excitaba; luego veía que en ese nuevo medio no era menos querida y me admiraban más.

Muchas veces, al volver de una visita, después de una presentación, ó cuando tenía gente en casa, y temblaba interiormente ante la idea de no cumplir bien mis deberes hospitalarios, me decía él:

—¡Bravo, hija mía! ¡ánimos!...

¡te aseguro que te las arreglas muy bien!

Y me quedaba tan contenta.

Poco después de nuestra llegada escribió á su madre y me llamó para poner una postdata á la carta, negándose á dejarme leerla; pero yo insistí hasta que me la entregó.

Decía á su madre: «No conocería V. á Mariquita; yo mismo la desconozco. ¿Dónde ha aprendido esa noble y graciosa seguridad, esa afabilidad, esa bondad y ese arte del mundo? Y á todo esto tan sencilla, tan natural, asociando á esas cualidades tanto corazón... Aquí todo el mundo está encantado de ella; yo mismo no me canso de admirarla, y, si fuese posible, la admiraría más aún.»

«¡Cómo!—pensé.—¡Esta mujer soy yo!», y se apoderó de mí una alegría loca; me pareció que nunca había amado tanto á mi marido.

Estaba muy lejos de esperarme el éxito que alcancé cerca de nuestros parientes. Por todas partes me decían, ora que mi tío estaba encantado conmigo, ora que mi tía no hablaba más que de mí, ó que no se hallaría otra igual en todo San Petersburgo, y hasta una señora me aseguraba que, con sólo quererlo, sería la más exquisita de todas las mujeres de mundo.

Una prima de mi marido, la princesa D..., ya entrada en años,

se declaró enamorada de mí y me dijo tantos piropos que acabó por trastornarme la cabeza.

Cuando esa prima me invitó al baile por primera vez, se dirigió á mi marido. Serguei se volvió á hacia mí, y me preguntó con cara solapada sonriendo maliciosamente.

—¿Tienes ganas de ir al baile?

Asentí con una inclinación de cabeza, poniéndome muy colorada.

—¿No tiene todas las trazas de un criminal que canta de plano?— exclamó con una sonrisa bondadosa.

—Tú has dicho que no debemos frecuentar la sociedad, y que no te gusta—respondí sonriente é implorándole con la mirada.

—Si tienes muchas ganas, iremos—respondió.

—No, quedémonos en casa; puede que sea mejor...

—¿Tú tienes ganas de ir? ¿Dí? ¿Un deseo grandísimo?—me preguntó de nuevo.

No contesté.

—Frecuentar la sociedad no es todavía una gran desgracia—dijo; —pero los deseos mundanos no satisfechos, esos sí que son malos y peligrosos... Conque... irás á ese baile, es menester—concluyó con tono decidido.

—La verdad—exclamé:—¡tengo unos deseos irresistibles!... ¡Jamás los he sentido mayores por nada!...

Fuí á ese baile, y superó mis esperanzas con mucho. Allí me creí más que antes el centro en cuyo alrededor gravitaba todo; parecíame que se había iluminado aquel salón y tocaba aquella orquesta en honor mío, y que la muchedumbre entera de invitados no había ido más que para admirarme.

Desde mi peluquero y mi doncella hasta mis parejas, sin olvidar los hombres de edad avanzada, que no hacían más que atravesar el salón, todos parecían querer declararme ó darme á entender que estaban enamorados de mí.

Mi prima me comunicó el veredicto pronunciado sobre mi persona: se estimaba que yo no me parecía á las otras mujeres, que tenía cierta sencillez, cierto atractivo y frescura que recordaban el campo.

Ese éxito me lisonjeó hasta el punto de que confesé francamente á mi marido que desearía ir á otros dos ó tres bailes aquel invierno. «Para quedar bien saciada,» añadí hipócritamente, tratando de hacerme ilusiones á mí misma.

Serguei Mikhailovich consintió de buena gana, y en un principio me acompañó á los salones con verdadero placer; estaba orgulloso de mis éxitos, y parecía haber olvidado ó dejado á un lado sus proyectos antiguos...

Pero bien pronto empezó á abu-

rrirse, y se le hizo insoportable aquella vida. Yo estaba harto preocupada de otras cosas para advertirlo; y cuando acertaba á encontrar su mirada seria y profunda que me dirigía una muda interrogación, no comprendía lo que quería decir.

Las atenciones de que era objeto en todas partes y la atmósfera nueva de lujo y de placeres elegantes que respiraba por primera vez, habían confundido todas mis ideas. Yo no tenía ya aquella conciencia de la superioridad de mi marido que me subyugaba en el campo, sino la grata persuasión de ser igual á Serguei entre las gentes del gran mundo, hasta de aventajarlo en ciertas cosas, y al propio tiempo se afirmaba con más independendencia é intensidad mi amor por él. De forma que me era imposible comprender lo que podía disgustarle en aquella vida.

No podía sustraerme á un sentimiento de orgullo y de satisfacción, cuando al entrar en un baile veía volverse hacia mí todos los ojos, y á mi marido desvanecerse enseguida en la masa negra de los fraques, como si tuviera vergüenza de confesar delante de aquella multitud que yo le pertenecía.

«¡Aguarda!—solía decirme, buscando al otro extremo del salón su fisonomía, que expresaba generalmente el aburrimiento.—¡Aguar-

da! Ya comprenderás al volver al campo por quién me alegro de ser bella y qué es lo que me halaga en todo lo que me rodea esta noche.»

Y creía de buena fe que no me lisonjeaban todos mis éxitos sino porque un día podría sacrificárselos.

El único peligro que hubiese podido temer en aquella vida era la posibilidad de dejarme subyugar por alguno de los jóvenes que encontraba y provocar los celos de mi marido; pero él demostraba tan gran confianza en mí, permanecía tan tranquilo é indiferente, y todos aquellos jóvenes me parecían tan insignificantes á su lado, que no estimaba muy temible ese único peligro.

Sin embargo, las atenciones de todos esos jóvenes me causaban placer, satisfacían mi amor propio y me llevaban á mirar como un mérito el amor que profesaba á mi marido. De todo esto se resentía mi manera de ser con él, que iba siendo más libre y hasta un poco negligente.

Una noche, al volver del baile, llegué á decirle amenazándole con el dedo:

—¡Hola! ¡Hola! Ya he visto con qué animación hablabas esta noche á la señora N...

Nombré una dama muy conocida en San Petersburgo. Le lancé ese

dardo para excitar su atención, porque estaba taciturno.

— ¡Ah! ¡Por qué has dicho eso, Mariquita! ¿Y cómo lo dices?

Pronunció esas palabras entre dientes; y haciendo un gesto como si sintiera un dolor físico, continuó:

—Deja esas expresiones á los demás; entre nosotros son inconvenientes. Esas maneras de ser no sirven más que para alterar nuestras antiguas y verdaderas relaciones, que espero no tardarán en renacer.

Me avergoncé de mi conducta, y guardé silencio.

—¿Volverán, Mariquita? Dí: ¿qué crees tú?

—Nuestras relaciones no han cambiado ni cambiarán.

Era sincera en aquel momento al hablar así.

—¡Dios lo quiera!—exclamó.— Porque ya es tiempo de volver al campo.

Yo me dije sencillamente: «Si se aburre á veces, ¿no me he aburrido yo por él? Si nuestras relaciones se han modificado un poco, volverán á ser lo que antes en cuanto nos encontremos solos con su madre en Nicolskoe.»

Así pasó el invierno, y contra nuestras intenciones permanecimos en San Petersburgo para las fiestas de Pascuas. Nos proponíamos partir después de la Semana Santa, te-

níamos hecho el equipaje, y mi marido, que hacía compras para llevar regalos á todo el mundo y proveerse de las cosas que faltan en el campo, estaba del mejor humor.

Cuando menos lo esperábamos, nos sorprendió mi prima y nos suplicó que aplazásemos nuestra marcha para asistir á la reunión de la condesa R... Dijo que la condesa tenía singular interés en que asistiese yo, que un Principe Real, M..., de paso por San Petersburgo, se había fijado en mí en el baile y deseaba conocerme. Iría á la reunión expresamente para verme, porque declaraba que era la mujer más hermosa de Rusia. Todo Petersburgo estaría en esa reunión, según mi prima, y añadió que si yo faltaba se desluciría la fiesta.

Mi marido hablaba con otra persona en el extremo opuesto del salón.

—¿Verdad que irá V., María?— insistió mi prima.

—Nosotros teníamos la intención de marchar pasado mañana—respondí indecisa, mirando á mi marido.

Se encontraron nuestros ojos; él los apartó precipitadamente.

—Yo le suplicaré que se quede—respondió mi prima—y el sábado iremos á la reunión para volver del revés la cabeza al Príncipe. ¿No es verdad?

—Eso trastorna nuestros planes: el equipaje está ya hecho—contesté débilmente.

—¿No sería más sencillo que se presentase esta noche al Príncipe para hacerle su reverencia?—preguntó de repente mi marido desde el otro extremo del salón.

Su tono, aunque contenido, dejaba traslucir una sobreexcitación que jamás había observado en él.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Es celoso!—dijo la prima riendo á carcajadas.—Pero no es por el Príncipe por quien yo suplico á María que se quede, sino por nosotras... ¡Si usted supiese el interés que tiene la condesa R... en que vaya!

—A ella le toca decidir—respondió Serguei friamente, y salió de la habitación.

Comprendí que estaba contrariado y fuera de sí. Me dió pena, y no adquirí ningún compromiso con mi prima. En cuanto se marchó, fuí en busca de mi marido.

Recorría el cuarto de una parte á otra, absorto en sus reflexiones. Entré de puntillas sin que lo notara.

«Se cree ya en nuestra querida casa de Nicolskoe—me dije mirándolo.—Se ve por la mañana en nuestro salón tan alegre, tomando el café; encuentra de nuevo sus campos, sus *mugiks*, nuestras dulces veladas en la sala de los divanes

y nuestras cenas nocturnas y clandestinas... ¡No!... ¡Yo daría todos los bailes del mundo y los cumplidos de todos los Príncipes de la tierra por su alegre turbación, por sus tiernas y tranquilas caricias!»

Iba á decirle que no quería ir á la reunión, que prefería marchar al campo, cuando notó mi presencia; su cara se contrajo, y perdió su expresión afectuosa y pensativa. Creí leer de nuevo en su mirada una calma protectora y la conciencia de su juicio y penetración.

No quiere resignarse á aparecer delante de mí como un simple mortal; necesita presentarse siempre sobre su pedestal como un semidios.

—¿Qué hay, amiga mía?—me preguntó con su tono tranquilo, volviéndose negligentemente hacia mí.

No contesté. Estaba furiosa. ¿A qué venían esos aires delante de mí, en vez de mostrarse tal y como yo lo amaba?

Repitió:

—¿Deseas ir á esa reunión?

—Me hubiera gustado—respondí—pero desde el momento en que no te agrada... Luego está hecho el equipaje...

Jamás me había hablado tan friamente, ni mirado de una manera tan glacial.

—No marcharé hasta el martes,



y daré orden de desempaquetar— dijo;—por consiguiente, nada te impide ir... Ve, no te violentes... Yo esperaré.

—No te comprendo—respondí, siguiéndole con los ojos.—Dices que siempre estás tranquilo (jamás había dicho semejante cosa). ¿Por qué me hablas de ese modo tan extraño? Yo estoy enteramente dispuesta á hacerte el sacrificio de ese placer, y tú exiges que vaya á la reunión con un tono irónico á que no estoy acostumbrada.

—¡Cómo! Tú haces *sacrificios*—acentuó esta palabra—y yo también los he hecho. ¿Qué más necesitas? ¿Es una lucha de generosidad! ¿Qué otra felicidad conyugal puede desearse?

Por primera vez le oía pronunciar palabras tan duras y acerbadas. Sus sarcasmos, en vez de hacerme entrar en razón, no sirvieron más que para exasperarme; su irritación, lejos de intimidarme, me contagiaba.

El, siempre tan sincero y sencillo en nuestras relaciones, él que temía sobre todo las frases, ¿era el que me hablaba así? ¿Y por qué? ¿Por qué estaba dispuesta á hacerle el sacrificio de un placer en que yo no veía ningún mal? ¿ó por qué un minuto antes penetraba tan profundamente en su alma y sentía tanto amor por él?

«Ahora—pensé—se han trocado

nuestros papeles: él es el que alambica las palabras más francas é inocentes, y yo la que no quiero frases.»

—Has cambiado mucho—le dije suspirando.—¿Qué falta he cometido yo hacia tí? No es por esa reunión por lo que tú te enfadas; debes tener algún resentimiento conmigo. ¿Por qué no me hablas francamente? ¿No eres tú el que temías tanto siempre la falta de sinceridad? Pues bien: dime abiertamente lo que tengas que reconvenirme.

«¡A ver por donde sale ahora!» me dije.

Yo estaba muy satisfecha de mí y muy convencida de que no podría poner ninguna tacha á mi conducta durante aquel invierno.

Me quedé de pie en medio del cuarto para obligarlo á pasar delante de mí, y lo miré venir.

«¡Ahora se acerca me decía, me abraza y se ha acabado todo!» No pudo menos de pesarme el dejar escapar tan buena ocasión de convencerle de sus injusticias.

En vez de adelantarse, se paró al otro extremo de la pieza, y fijó en mí la mirada.

—¿De modo que no entiendes?—me preguntó.

—¡No!

—Entonces me explicaré. ¡Me disgusta por primera vez de mi vida, me disgusta lo que siento

y lo que no puedo menos de sentir!..

Calló, asustado evidentemente de las duras inflexiones que su voz tomaba.

—Pero, ¿qué es lo que te disgusta?—pregunté con lágrimas de indignación en los ojos.

—¡Me disgusta ver que al príncipe le parezcas bonita, y que por esa razón te apresures á presentarte á él, olvidándote de tu marido y de tu dignidad de mujer; y que no quieras comprender todo lo que debe sentir tu marido, cuando te olvidas de tí misma y pierdes la conciencia de tu dignidad! Lejos de eso, tú eres la que vienes á decir á tu marido que estás pronta á *hacerle sacrificios*, es decir: «es una gran felicidad para mí poder presentarme á Su Alteza, pero ¡te sacrifico esa felicidad!»

A medida que hablaba lo excitaba más el sonido de su voz, dura y sarcástica. No había visto aún á mi marido en semejante estado, y nunca hubiera creído que pudiese hablarme así. Me afluyó la sangre al corazón, tuve miedo; pero á la vez la injuria que estimaba inmerecida y la herida inferida á mi amor propio me impulsaron á la rebelión: resolví vengarme.

—Hace mucho que me esperaba esto—le dije—habla, habla...

—No sé que te esperabas—con-

tinuó—pero yo podía esperármelo todo, al verte hundir más cada día en ese fango de ociosidad, de lujo y de placeres mundanos, y no me he engañado... Heme aquí hoy llegado al extremo de sentir vergüenza y de sufrir como nunca hasta ahora... Sí, he sufrido, ¡y de qué manera!, cuando tu amiga me escarbaba el corazón con sus manos inmundas, hablándome de celos... ¡celoso yo! ¿y de quién? De un hombre que ni tú ni yo conocemos... ¿Y tú—se diría que lo haces adrede—tú no me comprendes, y vienes á hablarme de sacrificios?.. Pero, ¿qué es lo que me sacrificas?.. ¡Vergüenza me ha dado por tí, vergüenza de tu humillación... víctima!

«¡Ah! ¡he ahí el poder del marido!, pensé. Tiene el derecho de ultrajar y humillar á una mujer que no encuentra nada que reconvenirle... He ahí los derechos del marido... ¡No, no me someteré!»

—¡No!—exclamé en voz alta.—No te haré sacrificios.—Sentía dilatarseme la nariz y abandonar la sangre mis mejillas.—¡Iré el sábado á la reunión de la condesa, y me guardaré bien de faltar!

—¡Pues que Dios te haga feliz, pero todo ha acabado entre nosotros.

Gritó estas palabras en un acceso de furor imposible de dominar.

—No, no me atormentarás más —continuó;—yo era un imbécil creyendo...

Le temblaron los labios, é hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo para omitir el final de la frase.

En aquel momento lo temía y lo detestaba. Hubiese querido decirle muchas cosas y vengarme de todas sus injurias; pero, si hubiese abierto la boca, hubiera roto á llorar y me habría humillado así delante de él.

Sali, pues, de la habitación, sin pronunciar una palabra. Pero, apenas dejé de oír el ruido de sus pasos, miré con terror lo que acababa de pasar. Temí que nuestra unión se hubiese roto para siempre, aquella unión que constituía toda mi ventura, y quise volver hacia mi marido.

«Sin embargo, me dije, ¿estará ya bastante tranquilo para comprenderme, cuando le tienda la mano y le mire? ¿Apreciará mi magnanimidad? ¿Y si cree que mi dolor es fingido, ó acepta mi arrepentimiento con la conciencia de su derecho, y me perdona desde las alturas de su sereno orgullo? ¿Y por qué ese hombre á quien tanto he querido me ha ultrajado tan violentamente?

Me retiré á mi habitación, y allí permanecí sola mucho tiempo, llorando y repitiéndome horrorizada las palabras pronunciadas durante

aquella escena. Sustituía esas palabras con otras buenas, pero me acordaba de nuevo de la horrible realidad, y retoñaba el sentimiento del ultraje.

Llegada la noche, bajé á tomar el té; ví á mi marido con el señor S..., nuestro huésped aquel día, y, al verlo, comprendí que se había abierto un abismo entre nosotros.

Nuestro invitado me preguntó cuándo pensábamos partir. Antes de que tuviese tiempo de responder contestó mi marido:

—Partiremos el martes; tenemos todavía una reunión en casa de la condesa R... ¿Piensas ir, verdad? —dijo volviéndose hacia mí.

Tuve miedo de aquellas palabras tan sencillas; dirigí los ojos á mi marido, y encontré fija en mí su mirada; la mirada era burlona y maligna, la voz fría y firme.

—Sí—respondí.

Luego que se marchó nuestro huésped, se acercó á mí, me tendió la mano y exclamó:

—Te suplico que olvides lo que te dije esta mañana.

Cogí su mano, tembló en mis labios una sonrisa é iban á correr mis lágrimas, cuando él retiró los dedos, y, como si temiese una escena sentimental, se sentó en un sillón bastante lejos de mí.

¿Sigue creyéndose en su derecho?, me pregunté, y se detuvieron

en mis labios la explicación que llevaba meditada y mi súplica de no ir á aquella reunión.

—Hay que escribir á mamá que demoramos la marcha, porque si no, podría estar intranquila.

—¿Y cuándo piensas partir?

—El martes, después de la reunión—contestó Serguei.

—¿Supongo que no te quedarás por mi causa?—respondí—y mis ojos buscaron los suyos, pero no me dijeron nada: estaban velados para mí.

Su cara me pareció de repente envejecida y desagradable.

Asistimos á la reunión; nuestras relaciones volvieron á tornarse en apariencia buenas y afectuosas, pero no eran ya lo que en otro tiempo.

Me encontraba sentada con otras señoras en casa de la Condesa R..., cuando el Príncipe se adelantó hacia mí; debí permanecer en pie para hablarle, según exigía la etiqueta; al levantarme para responder á su saludo, busqué con los ojos involuntariamente á mi marido; ví que me observaba desde el extremo opuesto del salón, y que se volvió á otro lado.

Experimenté de repente tal sentimiento de vergüenza y malestar, que me quedé terriblemente confusa, y bajo las miradas del Príncipe sentí subir el rubor á mi cara é invadir el cuello. A pesar de mi con-

fusión, no tenía más remedio que escuchar lo que me decía, mirándome desde lo alto.

Nuestra conversación no fué larga; no había sitio libre cerca de mí, y él advirtió sin duda que yo me encontraba cohibida en su presencia. Hablamos del baile de la semana anterior, del campo en que iba á pasar el estío y de otras cosas indiferentes.

Al despedirse de mí, expresó el deseo de conocer á mi marido, y poco después ví que se saludaban y entablaban conversación. El Príncipe debió hablar de mí, porque en un momento dado volvió la cabeza, sonriendo, hacia la parte en que yo me encontraba.

Mi marido se puso muy encarnado, se inclinó profundamente, y se alejó aun antes de despedirse su interlocutor. Volví á sonrojarme, abochornada de la mala idea que el Príncipe se habría formado de mí y sobre todo de mi marido.

Me parecía que debía haberse notado mi timidez y mi encogimiento así como la actitud de mi marido respecto del Príncipe. ¿Cómo se la explicarían? Todo el mundo adivinaría mi discusión con Serguei Mikhailovich.

Mi prima me acompañó á casa, y durante el trayecto recayó la conversación sobre mi marido. Yo, sin poder contenerme, le conté la es-

cena promovida por aquella malhadada reunión. Ella me tranquilizó diciéndome que esos altercados entre cónyuges eran muy frecuentes, y que pasaban sin dejar huellas; después me explicó á su modo el carácter de Serguei, declarándome que se había vuelto muy poco comunicativo y muy orgulloso; yo asentí á su parecer, muy convencida de que entonces comprendía mejor á mi marido y lo juzgaba más serenamente.

Pero cuando me encontré á solas con Serguei Mikhailovich, pesaron sobre mi conciencia como un crimen las apreciaciones que había formado sobre él, y comprendí que se había ensanchado más el abismo que nos separaba.



**A** partir de ese día, nuestra vida y nuestras relaciones cambiaron de todo en todo: las conversaciones á solas perdieron su encanto; había temas que rehuíamos, y hablábamos más libremente en presencia de un tercero que entre nosotros dos. En cuanto se trataba de bailes ó de la vida de campo, nos sentíamos en una situación violenta, y nuestros ojos se

desviaban con afectación para no encontrarse.

Se hubiera dicho que adivinábamos perfectamente donde empezaba el abismo que nos separaba, y que teníamos miedo de aproximarnos á él. Yo estaba muy convencida de que mi marido era orgulloso y colérico, y que hacía falta mucha prudencia para no chocar con sus debilidades. El, por su parte, creía de buena fe que yo no podía vivir lejos de la sociedad, que no me convenía la vida de campo, y que era de su deber tener en cuenta mis gustos.

Los dos evitábamos explicarnos francamente sobre el particular, y nos engañábamos en nuestros juicios recíprocos. Había pasado el tiempo en que él era á mis ojos el más perfecto de los hombres, y en que yo era para él la mejor de las mujeres; nos entregábamos á comparaciones y nos juzgábamos mutuamente en secreto.

Antes del día señalado para nuestra marcha caí enferma, y, en vez de volver á Nicolskoe, nos instalamos en una quinta de los alrededores de San Petersburgo, conviniendo en que Serguei Mikhailovich iría solo á pasar algún tiempo al lado de su madre. Cuando partió, yo estaba ya suficientemente restablecida para poder acompañarlo, pero me aconsejó que no lo hiciese

á causa del estado de mi salud. Comprendí que temía que me aburríese allá, y tomé el partido de quedarme sin insistir.

En ausencia suya me pareció vacía la vida, y me entristeció el aislamiento; pero á su vuelta noté que no pasaba ya lo que antes, que Serguei no añadía nada á mi existencia. La intimidad de otros días, cuando un pensamiento que yo no le hubiese comunicado pesaba sobre mi corazón como un crimen, cuando sus actos, sus ademanes y sus palabras me parecían un modelo de perfección, cuando, en fin, nos bastaba mirarnos para romper á reír como locos, aquella intimidad había desaparecido, y nuestras relaciones se habían modificado insensiblemente de tal manera que no advertimos cuándo ni cómo se había operado la mudanza.

Uno y otro teníamos nuestros intereses particulares que ni siquiera tratábamos ya de poner en común.

Pronto dejó de parecernos mal el que cada uno tuviese su mundo aparte, extraño al otro; y nos acostumbremos tan bien á esta variación, que al cabo de un año podíamos mirarnos á los ojos sin violencia, abstraído cada cual por una preocupación diferente.

Serguei Mikhailovich había perdido sus niñadas y sus explosiones de alegría, así como aquella ame-

nidad que lo impulsaba á ser indulgente con cosas y personas, y aquella indiferencia hacia todo lo que no éramos nosotros, que me indignaba antes. Al dirigir los ojos hacia él no encontraba ya aquella mirada profunda que me llenaba de turbación y de dicha en los primeros tiempos de mi matrimonio; ya no rezábamos juntos, ni compartíamos nuestros entusiasmos; á decir verdad, nos veíamos muy poco: él andaba siempre por caminos y trochas desde que no temía dejarme sola, y yo andaba siempre en sociedad donde me pasaba muy bien sin él.

Ya no había enfados ni altercados entre nosotros: yo me esforzaba en tenerlo contento, y él se apresuraba á satisfacer todos mis deseos; en una palabra: parecíamos amarnos.

Cuando por ventura nos encontrábamos solos, lo cual era muy raro, no sentía ya en su presencia alegría, ni emoción, ni turbación: era como si estuviese sola. Sabía muy bien que no era un advenedizo, ni un extraño, sino mi marido á quien conocía como á mí misma. Estaba segura de saber de antemano todo lo que haría, todo lo que diría y hasta cómo me miraría; y si obraba de otro modo, contra lo previsto por mí, me parecía que se equivocaba.

Sólo en nuestros momentos de

cariño tranquilo y moderado se me oprimía el corazón, comprendiendo que no todas las cosas pasaban entre nosotros como debían, y creyendo leer el mismo sentimiento en sus ojos.

Había ahora en nuestras efusiones un límite que no quería traspasar él, y que yo no podía franquear. A veces me entristecía esa idea, pero no tenía tiempo de entregarme á mis reflexiones, y hacía esfuerzos por olvidar la pena que me causaba ese cambio entre nosotros en medio de las distracciones que incesantemente se me ofrecían.

Jamás permanecía sola, porque temía analizar el estado de mi alma. Aparte de eso, tenía lleno todo mi tiempo desde la mañana hasta bien entrada la noche, aún sin salir á ninguna parte. Esa vida no me parecía alegre ni enojosa; suponía que debía ser así y durar siempre.

Tres años pasaron de ese modo, y nuestras relaciones siguieron en los mismos términos, como si se hubiesen petrificado y no pudiesen mejorar ni empeorar.

En ese periodo sobrevinieron dos grandes acontecimientos en la familia, sin determinar ninguna modificación en mi manera de vivir: fué el primero el nacimiento de mi primer hijo, y el segundo la muerte de la madre de mi marido.

El sentimiento materno se apoderó de mi alma con tal violencia, y me transportó de tal suerte, que creí abrirse ante mí una vida nueva; pero al cabo de dos meses, cuando pude volver á frecuentar la sociedad, ese sentimiento se debilitó poco á poco y pasó á ser una costumbre, un deber tranquilamente cumplido.

Mi marido, al contrario, desde el nacimiento de nuestro primogénito, reanudó su vida sosegada y casera, transportando al niño su cariño y su alegría.

Muchas veces, cuando entraba en traje de baile en el cuarto del niño, para besarlo y hacer la señal de la cruz sobre su frente, antes de marcharme encontraba á su padre junto á la camita, y creía leer una reconvención en la mirada de Serguei Mikhailovich. Entonces sentía remordimientos, me abochornaba mi indiferencia hacia mi hijo, y me preguntaba si no era yo peor que las otras mujeres.

«¿Qué hacer?—me decía.—Yo quiero á mi hijo, pero no puedo estarle eternamente á su lado; me aburriría, y no quiero fingir, jamás...»

La muerte de mi suegra fué una gran pena para Serguei Mikailovich; declaró que le sería costoso vivir en Nicolskoe sin ella.

En cuanto á mí, tomé parte en

el dolor de mi marido, pero en el fondo me encontraba más á mis anchas en el campo desde que era el ama de la casa.

Pasamos la mayor parte de esos tres años en la ciudad, y no estuvimos más que una vez en Nicolskoe durante dos meses.

Al fin del tercer año nos fuimos al extranjero, y permanecimos todo el estío en una ciudad de baños.

Tenía veintiun años entonces; nuestra fortuna debía estar á mi parecer en una situación floreciente. Yo no pedía á la vida de familia más de lo que me daba; todas las personas á quienes conocía parecían quererme; mi salud era satisfactoria; mi vestir descollaba entre los más elegantes; tenía la conciencia de mi belleza; el tiempo era admirable; me rodeaba una atmósfera de elegancia y de lujo, y me sentía muy contenta y satisfecha.

Pero mi contento no era aquella dulce alegría que disfruté al principio en Nicolskoe, cuando llevaba dentro de mí la causa de mi satisfacción, cuando reconocía que era feliz porque había merecido la felicidad, y que esa felicidad, ya tan grande, llegaría á ser más completa aún, porque yo quería que aumentase siempre, siempre... No, lo que yo sentía ahora no era nada al lado de aquella felicidad... Sin embargo, estaba contenta.

No deseaba ni esperaba más; no temía nada; me parecía completa mi vida, y tenía tranquila la conciencia.

De todos los jóvenes que había en aquella ciudad de baños, ninguno se distinguía á mis ojos de los demás; yo los ponía á todos en la misma línea que á nuestro embajador, el viejo Principe K..., que me hacía la corte.

El uno era joven; el otro era viejo; éste un inglés rubio; aquél un francés con perilla; todos me eran igualmente indiferentes é igualmente necesarios.

Eran personajes insignificantes, pero que servían para formar aquella alegre atmósfera que me rodeaba.

Sólo uno de ellos, D..., un Marqués italiano, atraía más particularmente mi atención por la audacia con que expresaba sus admiraciones. No desperdiciaba ocasión ninguna de estar á mi lado, de hablar conmigo, de acompañarme á caballo en el paseo, de encontrarme en el Casino, y sobre todo de decirme que era hermosa.

Varias veces lo ví rondando el Hotel desde mi ventana, y su mirada fija y desagradable me hizo á menudo sonrojarme y apartar los ojos. Era joven, guapo, elegante y se parecía á mi marido en la sonrisa y en la expresión de la



frente, aunque no era tan buen mozo.

Aquel parecido me llamaba la atención, por más que en la expresión general de su fisonomía, en sus labios, en su mirada y en su barba alargada, en vez del atractivo, de la bondad y de aquella serenidad ideal que caracterizaba á mi marido, había un no sé qué de brutal y grosero.

Yo suponía que me amaba apasionadamente, y á veces pensaba en él con una conmiseración orgullosa. En otras ocasiones trataba de calmarlo, de ponerlo en el pie de una confianza amistosa y tranquila; pero rechazaba esas tentativas y seguía turbando desagradablemente mi tranquilidad con aquella pasión velada que yo veía próxima á estallar á cada paso.

Temía á aquel hombre sin querer confesármelo, y á mi pesar pensaba frecuentemente en él.

Mi marido observaba respecto de ese italiano una actitud más reservada y fría aún que respecto á los otros jóvenes que lo consideraban simplemente como el marido de su mujer.

Hacia el fin de la temporada caí enferma y estuve sin salir durante dos semanas.

Cuando me encontré bastante bien para volver al Casino, supe que durante mi indisposición había llegado una mujer célebre por su

belleza, á quien se esperaba hacía tiempo, lady S... Me ví rodeada y agasajada otra vez, pero en torno de la nueva reina giraba una corte mucho más brillante. Yo no oía hablar más que de ella y de su belleza. Era, en efecto, encantadora, pero su semblante expresaba una satisfacción de sí misma que me impresionó desagradablemente, y no pude menos de notar mi impresión.

Aquel día me pareció insulso y desprovisto de atractivos todo lo que antes me había deleitado.

Al día siguiente lady S... organizó una excursión á un castillo próximo, y yo me negué á ser de la partida. Siguió fiel á mí un número muy pequeño de mis admiradores. Desde ese momento todo cambió á mis ojos; aquellas gentes me parecieron insípidas y enojosas; tenía siempre ganas de llorar, y sentí el deseo de volver á Rusia lo más pronto posible.

Se deslizaba en mi corazón un sentimiento nuevo, que no quería confesarme aún.

Pretexté el estado de mi salud para no frecuentar el Casino; no salí ya más que para tomar las aguas y para dar un paseo por los alrededores en compañía de una compatriota, la señora L. M...

Mi marido estaba ausente, había ido á pasar algunos días á Heidelberg aguardando el fin de mi resta-

blecimiento; inmediatamente después debíamos regresar á Rusia.

Un día lady S... arrastró á una cacería á todo el mundo; yo preferí hacer una excursión al castillo, sola con la señora L. M...

Mientras el coche seguía el camino sinuoso entre dos filas de castaños seculares, desde donde descubre la mirada los risueños alrededores de Baden, teñidos entonces por los colores vivos del sol poniente, tuve con mi compañera una conversación muy seria, como no las habíamos tenido hasta allí. Por primera vez descubrí en mi compatriota una mujer de talento con quien se puede hablar de todo y á quien es bueno contar como amiga.

Hablábamos de la familia, de los hijos, del vacío de la vida que se lleva en las poblaciones de aguas; expresábamos el deseo de volver á Rusia, al campo, y nos sentíamos conmovidas por una dulce tristeza.

Con esta impresión de recogimiento entramos en el vetusto castillo. Dentro de su recinto todo estaba fresco y lleno de sombra, mientras que sobre sus ruinas todavía brillaba el sol. Se oía un ruido de pasos y de voces.

Al través de la puerta abierta se veía como dentro de un marco esa vista de Baden tan bella, pero demasiado fría para nuestro gusto de rusas.

Me senté con mi amiga á tomar un refrigerio, y contemplamos silenciosamente la puesta del sol.

Las voces que habíamos oído se hicieron más distintas, y creí escuchar mi nombre.

Aquellas voces tampoco me eran desconocidas: una era la del Marqués D...; el otro interlocutor era un francés, á quien yo conocía igualmente. Hablaban de mí y de lady S... El francés puntualizaba las bellezas de las dos y las comparaba. No decía nada injurioso, pero al oirlo se me agolpó la sangre al corazón.

Analizaba minuciosamente nuestras particularidades distintivas: yo había tenido ya un hijo, lady S... no tenía más que diecinueve años; mi pelo era más bonito, pero el talle de mi rival era más gracioso. Ella era una gran dama, en tanto que «la de V.—como él decía—es una de tantas princesillas rusas como ahora se ven aquí.» Concluyó afirmando que yo hacía bien en no tratar de luchar con lady S... y que estaba completamente oscurecida en Baden.

—La compadezco—respondió el italiano.

—¡Si al menos quisiese consolarse con V.!—sugirió el francés con una risa burlona.

—Si se marcha, la seguiré—replicó la voz de acento italiano.

—¡Feliz mortal! ¡Puede amar todavía!—contestó el francés riendo.

—¿Amar?—dijo la voz del italiano, y calló.—Yo no puedo vivir sin amar—continuó al cabo de un momento;—¿qué sería la existencia sin el amor? No hay más que una cosa buena en este mundo: hacer de la vida una perpetua novela... Y yo nunca interrumpo á la mitad mi novela; ésta llegará también hasta el desenlace.

—¡Buena suerte, amigo!—respondió el francés.

No volvimos á oír nada, pero poco después se distinguieron los pasos hacia la derecha, resonaron en la escalera, y pasados algunos minutos los dos interlocutores salían del castillo por la puerta lateral, y se quedaron muy sorprendidos al vernos en el patio.

Yo me puse muy encendida, cuando el Marqués se adelantó hacia mí, y me asusté de su audacia, cuando me tendió la mano. No podía, con todo, dejar de tomarla. Nos dirigimos juntos hacia el coche, que nos esperaba abajo; mi amiga nos precedía en compañía del francés.

Me sentía inquieta al ver que el italiano no temía mi cólera, sabiendo que lo había oído todo.

Las reflexiones del francés, me habían herido, aun reconociendo que no hizo más que expresar en

alta voz verdades que yo presentía confusamente; pero las palabras del Marqués me dejaron atónita y me sublevaron por su cinismo.

Me era odioso verlo tan cerca de mí, y sin mirarlo, sin responderle, y tapándome el oído con un pretexto para no escuchar, apretaba el paso á fin de unirme á mi amiga. Me hablaba del hermoso panorama, del placer que le proporcionaba aquel encuentro inesperado, y de diversas cosas indiferentes á que yo no prestaba atención.

Pensaba en mi marido, en mi hijo, en Rusia. Experimentaba una vergüenza instintiva, pesar, deseos vagos; y por cima de todo tenía prisa de encontrarme sola en mi cuarto del Hotel de Baden, para recogerme en medio de los sentimientos tumultuosos que acababan de turbar mi tranquilidad.

Mi compatriota andaba con demasiada lentitud para mi impaciencia, y estábamos aún á bastante distancia del coche. El Marqués me parecía acortar el paso deliberadamente, como para retenerme.

«Esto no puede seguir,» pensé, y marché resueltamente más aprisa.

Pero él seguía reteniéndome, y hasta me cogió y estrechó la mano.

Una vuelta del camino nos separó de mi amiga, y nos encontramos solos. Entonces tuve miedo.

—Dispense V.— le dije con frialdad, é hice un esfuerzo para retirar mi mano; desgraciadamente el encaje de mi manga se enganchó en un botón suyo.

Se inclinó tanto hacia mí que me rozó con su pecho, y se puso á desenganchar la manga; sus dedos sin guantes tocaron mi mano.

Un sentimiento, nuevo para mí, mezcla de horror y de placer, hizo correr un escalofrío por toda mi espalda. Lancé al Marqués una mirada de indignación, esperando evidenciarle de esa suerte todo mi menosprecio, pero aquella mirada expresó muy otra cosa: la emoción y el temor.

Sus ojos brillantes y húmedos se posaban apasionadamente en mi cara, se paseaban por mi cuello y mis hombros; sus manos acariciaban suavemente la mía; sus labios entreabiertos murmuraban: «amo á V.», me decían que para él yo lo era todo, se acercaban y me rozaban casi, á la vez que sus manos me oprimían con más fuerza, y me abrasaban...

Corrió fuego por mis venas, se oscurecieron mis ojos, temblé, y en mi seca garganta expiraron las palabras de protesta.

De pronto sentí un beso en la mejilla; temblando y helada, me detuve en medio del camino, y miré al Marqués de frente. No tenía

ya fuerzas para hablar ni para andar; esperaba completamente aterrorizada, y deseaba no sé qué.

Toda esa escena había durado un instante, pero ¡qué instante tan terrible!

¡Qué distintamente ví y qué bien penetré su fisonomía en el breve espacio de aquel momento! Comprendí lo que significaban la frente baja que salía por debajo del ala del sombrero de paja, y que se parecía á la frente de mi marido, y aquella hermosa nariz recta de ventanas palpitantes, y aquellos largos bigotes lustrosos y atusados, y aquella perilla, y aquellas mejillas coloradas y aquel cuello atezado, ¡todo, todo, lo comprendí!

Odiaba y temía á aquel hombre, casi desconocido, pero, en aquel instante la pasión y la alteración de ese sér extraño y aborrecido se reflejaban en mí y me fascinaban.

Experimenté vehementes tentaciones de abandonarme á los besos de aquella boca hermosa, aunque grosera, á la presión de aquellas manos blancas, de venas finas y cuajadas de sortijas. Un loco deseo me impelía á arrojarme de cabeza en el abismo de las delicias vedadas que tan inopinadamente acababa de abrirse delante de mí.

«¡Soy ya tan desgraciada!, me dije.» ¡Eh! ¡que se acumulen sobre mi cabeza todas las desgracias!.,

El me rodeó con el brazo y se inclinó hacia mi cara. Yo seguía pensando:

«¡Pues bien! ¡Caigan sobre mi cabeza el oprobio y el pecado!»

—¡La amo!—dijo una voz que se parecía á la de mi marido.

Entonces me acordé de mi marido y de mi hijo, como de dos seres queridos con quienes había roto hacía mucho tiempo.

En aquel instante oí á la vuelta del camino la voz de mi amiga que me llamaba.

Volví en mí, retiré bruscamente la mano, y, sin mirar al Marqués, corrí á reunirme con mi compatriota.

Hasta que estuve en el coche no dirigí los ojos al italiano; él levantó el sombrero, y me hizo, sonriendo, una pregunta. No adivinaba el despecho inexpresable que sentía hacia él en aquel momento.

¡Qué desgraciada me parecía mi vida! ¡Qué desesperado el porvenir y qué negro el pasado! Mi compatriota me hablaba, y no la oía. Me figuraba que me dirigía la palabra por lástima, por ocultar el menosprecio que debía inspirarle. Creía reconocer ese menosprecio y esa lástima insultante en cada palabra y en cada mirada. Aquel beso me quemaba la mejilla como una afrenta; no podía soportar el recuerdo de mi marido y de mi hijo.

Esperaba que, una vez sola en mi cuarto, podría reflexionar sobre mi situación, pero la soledad me dió miedo. No me tomé tiempo siquiera para acabar el té que me llevaron, y, sin saber yo misma por qué, me puse á hacer febrilmente los preparativos indispensables para salir en el tren aquella misma noche á fin de reunirme con mi marido en Heidelberg.

Cuando me encontré con mi doncella en el departamento, cuando se puso en marcha la locomotora, y sopló en mi cara el aire fresco que entraba por la ventanilla, empecé á reponerme, y pude mirar mi pasado y mi porvenir.

Toda mi vida, desde nuestra llegada á San Petersburgo, se ofreció á mis ojos con una claridad nueva, y pesó sobre mi conciencia como un remordimiento. Por primera vez me acordé de nuestra vida de campo y de nuestros bellos sueños; por primera vez me pregunté qué había hecho por la felicidad de mi marido en todo ese tiempo, y me reconocí culpable hacia él.

Pero también me decía: «¿Por qué no me detuvo en esta pendiente? Por qué ha disimulado conmigo? ¿Por qué ha eludido siempre toda explicación? ¿Por qué me ha dirigido injurias? ¿Por qué no ha usado del poder que su amor le daba sobre mí? ¿O es que nunca me había amado?»

Pero, cualesquiera que fuesen sus faltas, el beso del extraño me quemaba la mejilla, y no cesaba de sentir su ardor.

A medida que nos acercábamos á Heidelberg, se erguía más claramente ante mí la imagen de mi marido, y cada vez me parecía más terrible nuestra entrevista.

«¡Se lo diré todo, sí, todo; redimiré mi culpa con lágrimas de arrepentimiento, y me perdonará!»

Me consolaba así, y, sin embargo, no sabía muy bien en qué consistía ese «todo» que quería decirle, y no creía obtener su perdón.

Pero, apenas me encontré en presencia de mi marido y ví su cara tranquila, á pesar de la sorpresa, comprendí que no tenía nada que contarle, nada que confesarle, nada de que pedirle perdón. ¡Debía encerrar dentro de mí, mi dolor y mi arrepentimiento, y callarme.

—¿Qué es lo que te ha dado la idea de venir?—preguntó.—Precisamente me proponía ir á verte mañana.

Después, habiéndose fijado más en mi semblante, tuvo un movimiento de espanto y exclamó:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Nada—respondí, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—Me he venido contigo simple-

mente. Si quieres, nos volveremos á Rusia mañana.

Me examinó largo rato con mirada escrutadora, y sin pronunciar una palabra.

—¡Pero dime lo que te ha sucedido!—insistió.

Me sonrojé involuntariamente, y bajé los ojos. Ví encenderse en su mirada una sospecha ofensiva. Me horroricé al pensar en las ideas que podrían asaltarle, y respondí con un poder de disimulo de que yo no me creía capaz.

—No ha sucedido nada, sino que me aburría sola... Además he pensado mucho en tí y en la vida que llevamos... ¡Hace tanto tiempo que me siento culpable para contigo!... ¡Por qué me has conducido adonde tú no pensabas ir?... ¡Oh, sí! ¡hace mucho tiempo que comprendo mi injusticia!...

De nuevo me subieron las lágrimas á los ojos.

—¡Oh! ¡volvamos á nuestra casa, al campo, y para siempre!—exclamé.

—Amiga mía—dijo friamente—ahorremos estas escenas sentimentales. Tú deseas volver al campo... Muy bien, porque nuestros negocios no andan muy prósperos... pero, por siempre, es otra historia... Sé que nunca te harás á ello... En fin, lo mejor que puedes hacer por ahora es tomar el té.

Al decir estas palabras, se levantó para llamar al mozo.

Yo reflexionaba en todo lo que podía suponer de mí, y me sentía ofendida por las ideas que le atribuía, y que creía leer en su mirada, aun cuando la apartase como si tuviese vergüenza de encontrar mis ojos.

«No, no quiere, no puede comprenderme,» pensé.

Le dije que deseaba ver al niño, y salí del cuarto.

Tenía ganas de quedarme sola para poder llorar, llorar, llorar.



**N**uestra casa de Nicolskoe, tanto tiempo abandonada, renace de nuevo, pero lo que en otro tiempo la animaba no ha resucitado.

Mi suegra no existe ya, y ahora mi marido y yo permanecemos sólo uno en presencia de otro; pero no buscamos ya el aislamiento; al contrario, es para nosotros una mortificación.

El invierno ha sido tanto más triste cuanto que yo he estado enferma constantemente, y no me he

repuesto hasta después del nacimiento de mi segundo hijo.

Mis relaciones con mi marido han seguido siendo tan friamente amistosas como durante nuestra estancia en la capital. Sólo que en Nicolskoe cada pared y cada mueble me recordaban lo que él había sido para mí y lo que había perdido.

Se hubiera dicho que mediaba entre nosotros una ofensa no perdonada, ó que él quería castigarme por una falta fingiendo no advertirlo.

Pero ¿qué falta tenía que perdonarme? Me castigaba no abandonándose ya á mí por completo, no entregándose ya toda su alma, como antes; verdad es que no la entregaba á nadie ni á nada: parecía haberla perdido.

Yo creía á veces que todo aquello era una cosa estudiada para atormentarme, creía que aún latía en él el antiguo sentimiento, y me esforzaba en hacer brotar algunas chispas. Pero Serguei no quería responder con franqueza, parecía sospechar que yo fingía, y temía toda efusión como un sentimentalismo ridículo.

Su tono y su mirada me decían: «Lo sé todo, sí, todo; sé lo que quieres decirme; es, pues, inútil que me hables. Sé también que tú dirás una cosa y harás otra.»

Al principio me hirió verle elu-

dir de esa manera toda explicación franca, pero después me acostumbré á la idea de que no era falta de franqueza, sino que no veía ni sentía la necesidad de una explicación.

En esa época mi lengua se hubiera negado á obedecerme, si hubiese querido decirle cuánto le amo, ó invitarle á rezar conmigo ó acercarse al piano para oirme sus piezas favoritas. Existían ya entre nosotros ciertas conveniencias; cada uno se iba por su lado: él á sus ocupaciones, en las cuales no podía ni quería yo tomar parte; y, en cuanto á mí, pasaba el tiempo en la ociosidad, cosa que no lo entristecía ni disgustaba, como en otras épocas. Los niños eran aún demasiado pequeños para ser un lazo entre nosotros.

Volvió la primavera. Katia y mi hermana vinieron á pasar el estío en el campo; y como había que reconstruir nuestra casa, decidióse que mi marido, mis hijos y yo pasaríamos el verano en Pokrovskoe.

Encontré mi casa lo mismo que siempre, con su azotea, su mesa con tableros de ensanche, el piano en la sala clara, y mi cuarto con sus blancas cortinas y todos mis ensueños de doncella, que parecía haber dejado tras de mí al marcharme.

Ese cuarto contenía ahora una cama y una cuna. En la cama que

fué mía se tendía mi Nicolás cuando largo era, y todas las noches hacía yo la señal de la cruz sobre su frente al darle el beso de despedida. En la cuna apenas distinguía la carita de mi Juanito saliendo de la envoltura.

Después de hacer la señal de la cruz sobre mis dos hijos dormidos, me detenía frecuentemente en medio del cuarto silencioso, y en seguida surgían de las paredes, de las cortinas, de los menores rincones, frescas visiones que había olvidado y que me parecían ya tan lejos de mí... ¡Todas esas voces del pasado me repetían mis canciones de doncella!

¿Dónde están esas visiones? ¿Qué se ha hecho de vosotros, dulces cantos queridos?

¡Mis más audaces esperanzas se han realizado! ¡Mis confusos ensueños son ahora una realidad, y esa realidad es una vida dura, difícil y desprovista de goces!

Nada ha cambiado en torno mío: tengo delante el mismo jardín, y descubro desde la ventana el mismo sendero y el mismo banco; por cima de la hondonada, á orillas del estanque, repiten sus mismos cantos los ruiseñores, florecen las mismas lilas, y la luna, siempre semejante, sigue iluminando nuestra casa.

¡Y, sin embargo, todo está cambiado, cambiado inevitable, irre-



mediablemente! Todo lo que hubiera podido ser tan dulce, es triste y frío.

Como en otros días, me siento en el salón con Katia, y hablamos de Serguei Mikhailovich. Pero las facciones de Katia están fatigadas, su tez es plomiza, sus ojos no brillan ya de alegría y de esperanza, no expresan más que la tristeza y la simpatía por mis penas.

Ya no admiramos á Serguei Mikhailovich, como en otras épocas; lo juzgamos. Ya no nos preguntamos con asombro por qué somos tan felices, ni experimentamos la necesidad de comunicar nuestra alegría al primero que llega; al revés, hablamos en voz baja como conspiradores y nos preguntamos cómo se ha vuelto todo tan triste.

Serguei Mikhailovich también es siempre el mismo; sólo que se ha ahondado más la arruga que separa sus cejas, han aumentado las canas en sus sienes, y su mirada profunda y escrutadora permanece velada siempre para mí: sobre nosotros se cierne una nube.

Yo también soy la misma, pero no siento ni deseo ya el amor, no experimento la necesidad de ocuparme, y no estoy contenta de mí.

Mis piadosos éxtasis de los tiempos pasados, el amor que profesaba á mi prometido, la plenitud de vida que sentía entonces, ¡qué distante, qué inaccesible me parece todo eso!

Yo no comprendía ahora lo que en aquella sazón parecía tan claro y tan justo: la felicidad de vivir para otros. ¿Podría vivir para los otros, cuando no tengo valor de vivir para mí?

Desde mi partida del campo había abandonado el piano enteramente, pero al volver á Pokrovskoe, mi viejo piano y mis antiguos papeles me estimularon á reanudar la música.

Un día no me sentía muy bien, y me quedé sola en la casa, mientras Katia, mi hermana y mi marido iban á Nicolskoe para ver las construcciones nuevas. La mesa estaba ya preparada para el té. Bajé al salón, y, esperando su regreso, me senté al piano.

Tomé la sonata *quasi una fantasia*, y la toqué. Nadie había que me escuchara, y no oí ningún ruido; estaban abiertas las ventanas que dan al jardín, y los sonidos familiares de aquella sonata se difundieron por la habitación con una solemnidad dolorosa.

Cuando acabé el adagio, inconscientemente, por la fuerza de la antigua costumbre, me volví para mirar el rincón en que Serguei Mikhailovich permanecía oyéndome en otras épocas. No estaba allí... Su silla seguía en el mismo sitio, como si nadie la hubiese movido desde aquel tiempo. Por la ventana

veía el bosquecillo de lilas y la luminosa puesta; el fresco de la caída de la tarde entraba por las ventanas abiertas y me penetraba.

Me eché de codos sobre el piano, me tapé la cara, y me abandoné á mis pensamientos.

Permanecí así mucho tiempo, evocando con dolor el recuerdo de aquel pasado hacia el cual no estaba en mis manos volver, y fantaseé tímidamente en sueños de porvenir.

«¿Es posible que haya pasado ya mi tiempo?», me pregunté con espanto. Levanté bruscamente la cabeza, y, para desechar mis pensamientos y olvidarme á mí misma, me puse á tocar otra vez el mismo andante.

«¡Dios mío! exclamé interiormente. ¡Perdóname si soy culpable, y devuélveme lo que constituía la paz y la felicidad de mi alma, ó dime lo que he de hacer para empezar una vida nueva!»

Se oyó un ruido de ruedas sobre el césped y delante de la escalinata; después resonaron en la azotea pasos acompasados, pasos conocidos, y á poco se extinguieron.

Pero aquellos pasos no despertaban en mi corazón los sentimientos de otros días. Cuando acabé la sonata, oí andar detrás de mí, y se posó una mano sobre mi hombro.

—¡Cómo me gusta que hayas

tocado esa sonata!—dijo mi marido.

No respondí.

—¿No has tomado el té todavía?

Hice un signo negativo con la cabeza, sin levantar los ojos para que no viese la emoción de que aún conservaba huellas mi semblante.

—Katia y Sonia no tardarán en volver; el caballo andaba reacio, y han preferido venir á pie por la carretera.

—Las aguardaremos para tomar el té—dije saliendo á la azotea con la esperanza de que me siguiese.

Pero preguntó por los niños, y se fué al cuarto de ellos.

Su presencia y su voz cordial me aseguraban de nuevo que nada se había perdido. ¡Qué más hacía falta!

Entré bajo el toldo de la azotea y me senté en aquel mismo banco donde oí la primera declaración de su amor.

El sol se había puesto; empezaba á oscurecer; sobre la casa y el jardín yacía suspendido un nublado primaveral; pero al través de los árboles se veía una zona de cielo por donde se extinguía el crepúsculo y se levantaba el lucero de la tarde.

La sombra del ligero nublado se cernía sobre todas las cosas y prometía una suave lluvia de primavera.

El viento había cedido; no se

movían ni una hoja ni una brizna de hierba. Las lilas y los cerezos de monte florecían tan profusamente en el jardín y en la azotea que hubiera podido creerse que el aire estaba en flor: llegaban como olas olorosas que crecían ó se debilitaban con ritmo regular, y yo con los ojos cerrados, no tenía ya más que un deseo: no ver nada, no oír nada, sino aspirar tan sólo aquel suave perfume.

Las dalias y los rosales alineados é inmóviles en sus canastillas de tierra negra y recién removida, y privados aún de flores, parecían crecer lentamente á lo largo de sus soportes de madera descortezados; las ranas, esperando el agua de la lluvia, cantaban en coro en el fondo de la hondonada; y de todos esos ruidos se desprendía una prolongada queja que ascendía á los aires como un sollozo.

Los ruiseñores se llamaban con cortos intervalos, y revoloteaban inquietos de un sitio á otro. Uno de ellos había intentado de nuevo construir su nido en una espesura que había debajo de mi ventana; cuando salí á la azotea, voló á la avenida, lanzó un trino, y luego permaneció silencioso esperando.

Por más que yo quisiese tranquilizarme en medio de mis penas, también esperaba alguna cosa.

Mi marido vino á sentarse junto á mí.

—Temo que sorprenda la lluvia á Katia y á Sonia.

—Yo también...

Siguió un largo silencio.

El nublado, no impedido por el viento, bajaba incesantemente y el aire quedaba cada vez más en calma, más embalsamado y más inmóvil... De repente rebotó una gruesa gota sobre el toldo; otra cayó en la arena del paseo, que la embebió; empezó á desgajarse sobre nuestras cabezas una fresca y copiosa lluvia con violencia creciente.

Callaron las ranas y los ruiseñores; entre el estruendo del aguacero sólo se distinguía aún una queja cada vez más lejana, como un sollozo ahogado; y un pájaro, no sé cual que sin duda buscaba abrigo cerca de la azotea en las hojas secas que las ramas conservaban, lanzaba cadenciosamente sus dos notas monótonas.

—¿Dónde vas?—pregunté á Serguei Mikhailovich, tratando de retenerlo.—¡Se está aquí tan bien!

—Quiero mandar un criado al encuentro de Katia con paraguas y zuecos.

—No es menester, va á cesar la lluvia...

Se avino á mi opinión, y permanecimos solos á la orilla de la azotea. Apoyé la mano en la balaustrada

húmeda y escurridiza y saqué fuera la cabeza. Una lluvia fresca me mojó el pelo y el cuello desigualmente.

El ligero nublado se aclaraba y adelgazaba al deshacerse sobre nosotros; cesó el ruido igual de la lluvia, y ya no se oyeron más que las gotas que caían de las hojas.

Las ranas reanudaron su concierto, los ruiseñores se reanimaron y empezaron á llamarse de unos y otros sitios en las espesuras aún empapadas. Todo se despejó delante de nosotros.

—¡Qué hermoso está!—exclamó Serguei medio sentado en la bañaustrada y pasando la mano por mis cabellos húmedos.

Esa sencilla caricia me hizo el efecto de una reconvención, y sentí ganas de llorar.

—¿Y qué más necesita el hombre?—añadió.—En este instante estoy tan contento que no me falta nada. ¡Soy completamente feliz!

«¡No es así como me hablabas otras veces de tu felicidad!, pensé. ¡Por mucha que fuese esa felicidad, siempre querías algo! ¡Y ahora estás tranquilo y contento, cuando pesan sobre mi corazón un arrepentimiento no confesado y lágrimas que no se atreven á correr!»

Yo también encuentro esto hermoso, pero precisamente por

ser tan hermoso todo lo que me rodea estoy triste. En mí todo es incompleto, desigual; siempre deseo algo, aun en los momentos en que todo es bello y tranquilo. ¿Es posible que, cuando gozas de la naturaleza, no sientas ningún pesar, como si no desearas nada de lo que ya no existe?

Retiró la mano y se recogió un instante.

—Sí, eso me pasaba en otro tiempo, especialmente en la primavera—respondió como si consultase sus recuerdos.—Yo también pasaba noches enteras esperando y deseando; eran noches deliciosas. Pero entonces tenía toda mi vida delante de mí; ahora está detrás; ahora sé contentarme con lo que tengo y soy feliz.

—¿Y no deseas nada más?—le pregunté.

—Yo no deseo nada imposible—contestó adivinando mi pensamiento.—Pero vas á mojarte la cabeza—prosiguió acariciándome como á un niño, y volviendo á pasear la mano por mis cabellos.

—¿Y no echas de menos nada del pasado?—continué, sintiendo cada vez mayor peso en el corazón.

Guardó otra vez silencio para reflexionar. Ví que quería responderme con entera franqueza.

—No—dijo al fin melancólicamente.

—¡No es verdad! ¡no es verdad!

—exclamé volviéndome hacia él y hundiendo la mirada en sus ojos.—  
¿No echas de menos el pasado?

—No—volvió á decir:—le estoy reconocido, pero no lo echo de menos.

—¿Cómo! ¿No deseas que vuelva?...

Se desvió. Sus miradas erraron por el jardín.

—No, no lo deseo, por lo mismo que no deseo tener alas—insistió.  
—¿Es imposible!

—¿Y no encuentras nada que deplorar en ese pasado? ¿No le haces cargo ninguno? ¿Ni á mí tampoco me reconviene nada?

—Jamás. Todo ha marchado de la mejor manera.

—Escucha—dije, tocándole el brazo para obligarle á mirarme de frente.—Escucha, ¿por qué no me has dicho jamás cómo deseabas que viviese. ¿Por qué me diste una libertad de que no he sabido aprovecharme? ¿Por qué dejaste de ser mi guía? Si tú hubieses querido, si tú me hubieses llevado de la mano, no habría pasado nada, nada:—repetí con una voz que delataba más cada vez el despecho y la reconvención, y no el cariño.

—¿Qué es lo que no habría pasado?—preguntó con aire de asombro, volviéndose hacia mí.—¿Pues si no ha pasado nada! Todo va bien, muy bien—añadió sonriendo.

«¿No me comprende, ó, lo que es peor, no quiere comprenderme?», pensé, y se me saltaron las lágrimas.

—¿Es que, si no hubiese pasado nada, yo, que no te he faltado ni en poco ni en mucho, sufriría el castigo de tu indiferencia y hasta de tu menosprecio?—pregunté á quema ropa.—Si no hubiese ocurrido nada entre nosotros, ¿me habrías tú privado, sin que yo sepa por qué, de todo lo que me era querido en la vida?

—¿Qué tienes, amiga mía?—dijo, como si no me comprendiese.

—No, déjame decirlo todo... Me has privado de tu confianza, de tu amor y hasta de tu estima; no puedo creer que me ames ahora después de todo lo que ha sucedido... No—hizo un movimiento para interrumpirme—por esta vez es preciso que te diga todo lo que me viene pesando en el corazón hace tiempo. ¿Tengo yo la culpa si no conocía la vida, y me has dejado manejarme sola?... ¿Tengo yo la culpa si ahora, cuando he adivinado lo que deseas, cuando durante un año vengo haciendo todo lo posible por atraerte hacia mí, finges no comprender lo que quiero, me rechazas, y sabes conducirme de tal manera, que no encuentro ningún cargo que dirigirte, y yo soy la que me siento culpable y desgraciada? Sí, tú haces todo lo que pue-

des por lanzarme de nuevo en esa vida que hubiera podido ser mi desgracia y la tuya.

—Pero, ¿de dónde sacas todo eso?—exclamó con una sorpresa no simulada.

—¿No eres tú—proseguí—quien ha dicho ayer mismo que no quieres permanecer en el campo, y que deseas pasar el invierno en San Petersburgo? Todos los días lo repites... ¿No sabes que la ciudad me disgusta? En vez de ayudarme, evitas toda explicación, toda palabra sincera, toda expresión de cariño... Y después, cuando caiga de veras me abrumarás á reconvenciones y te gozarás de mi caída....

—Basta, basta...—dijo severa y friamente.—Haces mal en hablar así. Eso sólo prueba que estás mal dispuesta respecto de mí, que no...

—¿Que no te quiero? Dílo, dílo, sí, dílo...

Brotaron las lágrimas de mis ojos; caí sentada en el banco, y escondí la cara en el pañuelo.

«He aquí cómo me comprende,» pensé, esforzándome en contener los sollozos que me ahogaban. Y una voz murmuraba dentro de mí: «¡Ha pasado nuestro antiguo amor! ¡Todo ha concluido, todo!...»

Serguei no se acercó á consolarme. Mis palabras lo habían ofendido. Su voz era tranquila y seca.

—¿No sé lo que puedes tener que

reconvenirme!—dijo.—Si es porque piensas que eres menos amada que en otro tiempo...

—¿Amada!...—suspiré sollozando, y amargas lágrimas humedecieron mi pañuelo.

—La culpa es del tiempo y nuestra—continuó.—A cada edad de la vida corresponde cierta manera de amar.

Después de una pausa añadió:

—¿Y quieres que te diga la verdad, puesto que reclamas franqueza? Así como en la época en que te ví por primera vez pasé noches de insomnio sin pensar más que en tí, creándome un amor que iba siempre creciendo y que me absorbía completamente, así también en San Petersburgo y en el extranjero he pasado noches en vela, luchando contra mí mismo para aniquilar ese amor, que era mi tormento. No lo he aniquilado, pero he extirpado su aguijón; sigo amándote, pero con un amor distinto.

—¿A eso llamas tú amor? ¡Para mí es una tortura!—exclamé—¿Por qué me has permitido frecuentar la sociedad, si la encontrabas tan peligrosa que has dejado de amarme, porque yo disfrutaba en ella?

—No es por eso, amiga mía—respondió.

Pero yo insistí:

—¿Por qué no usaste de todo tu poder sobre mí?... ¿Por qué no me

pusiste trabas? ¿Por qué no me mataste? ¿Más querría haber muerto que verme privada de todo lo que constituía mi felicidad! Así no hubiese experimentado este sentimiento de vergüenza que me anonada, y hubiese sido feliz.

Volví á ocultar la cara y rompí á llorar. En aquel instante subieron á la azotea Katia y Sonia, riendo, alegres y empapadas de agua; pero, al vernos, callaron y se retiraron enseguida.

Hubo un largo silencio; yo había derramado cuantas lágrimas tenía en el corazón, y me sentía aliviada. Miré á mi marido: estaba sentado, con la cabeza apoyada en el brazo; quería responder á mi mirada, pero no pudo más que lanzar un suspiro, y bajó nuevamente la cabeza.

—Sí — dijo, como si continuase sus reflexiones — todos nosotros, pobres humanos, y especialmente vosotras, las mujeres, necesitáis gustar las futilidades de la vida antes de volver á la vida verdadera; no queréis fiaros en la experiencia de los demás. Tú no habías pasado aún por esa fase de encantadora futilidad en que yo te encontraba tan seductora, y te he permitido atravesarla: comprendía que no tenía el derecho de impedírtelo.

—¿Por qué me llevaste á ese mundo frívolo? ¿Por qué me dejaste pasar por él si me amabas?

—Porque, aunque hubieses querido, no hubieras podido sustraerte á ella; necesitabas aprender á conocerla por tí misma, y lo has aprendido.

—Tú has razonado — contesté — ¿has razonado mucho, y amado muy poco!

Hubo un nuevo silencio.

—Duro es lo que acabas de decir — respondió finalmente — pero es verdad.

Se levantó, y empezó á pasearse.

—Sí, es verdad, es culpa mía — añadió deteniéndose enfrente de mí. — Yo no hubiera debido amarte ¿es culpa mía!

—Olvidémoslo todo — dije tímidamente.

—No, lo pasado no volverá jamás, jamás...

—¿Pero si todo ha vuelto ya! — exclamé poniendo la mano sobre su hombro.

El replicó:

—No, no dije la verdad al declarar que no echaba de menos el pasado. ¡Oh, sí! ¡Lo echo de menos, y lloro aquel amor desvanecido, que ya no existe y que no puede resucitar!... ¿De quién es la culpa? Lo ignoro... Aún hay amor, pero no es ya aquel amor... su puesto subsiste, pero él se ha consumido en sufrimientos, no tiene ya fuerza, no tiene savia... sólo queda su grato recuerdo... y nada más...

— ¡Oh! ¡No hables así! — exclamé interrumpiéndole. — ¡Vuelvan las cosas á ser lo que antes!... ¿Todo puede revivir, verdad?

Y al hacerle esta pregunta miré sus ojos ardientemente.

Pero sus pupilas permanecieron serenas, y su tranquila mirada no tenía la intensidad profunda de otros días. Comprendí entonces que mis deseos eran vanos, y que lo que yo pedía era imposible.

Serguei me respondió.

— ¡Qué joven eres aún y qué viejo soy yo! — dijo. — Yo no puedo darte ya lo que reclamas; ¿por qué hacerse ilusiones? — continuó sonriendo siempre.

Permanecí de pie á su lado sin decir una palabra.

— No tratemos de repetir la vida — prosiguió. — ¡No nos engañemos á nosotros mismos!... ¡Felicitémonos, al contrario, de no conocer ya las emociones y las inquietudes de otros tiempos! No tenemos ya nada que buscar; hemos encontrado lo que buscábamos, y no es pequeña nuestra parte de ventura. ¡Ahora nos queda allanar el camino á ese hambrecín!

Me señaló el ama que acababa de llegar con Juanito en los brazos.

— Sí, querida amiga — añadió mi marido por remate y me besó.

No era ya un beso de amante, sino el de un amigo viejo.

Yo miraba á mi marido, y sentía aligerada mi alma, como si acabase de estirparme el nervio moral que me hacía sufrir; de pronto comprendí claramente que las emociones del tiempo pasado no volverían más, como no volvería tampoco ese tiempo, pasado para siempre, y que no sólo era imposible ese retorno, sino que sería además penoso y mortificante.

«Después de todo — me dije — ¿era tan hermoso aquel tiempo, aunque me haya parecido tan feliz? ¿Qué lejos de mí está ya todo eso!

— Es hora de tomar el té — dijo Serguei Mikhailovich, y entramos juntos en el saloncito.

Al paso de la puerta volví á encontrar al ama con Juanito. Cogí al niño en brazos, lo estreché en mi seno, y lo besé rozándole apenas con los labios. Agitó las manitas como si se despertara, y abrió los ojos inquietos, como si tratase de recordar alguna cosa; de repente posó en mí su mirada, brotó de sus pupilas un rayo de inteligencia y entreabrió los labios esbozando una sonrisa.

«¡Es mío, mío!», me dije en un arranque de felicidad, que vibró en todo mi ser; y lo estreché contra mi pecho con transporte.

Empecé á besar ansiosamente sus piececitos fríos y todo su cuerpecín.

Mi marido se acercó á mí; yo le



oculté con presteza la cara del niño para destaparla en seguida.

—Juan Sergueievich—dijo, tocándole con el dedo la barbilla.

Levanté la cabeza hacia Serguei Mikhailovich; sus ojos reían y buscaban los míos, y por primera vez desde hacía varios años me causó placer encontrar su mirada.

Aquel día acabó mi novela con mi marido; el antiguo sentimiento no fué ya más que un recuerdo del pasado, pero ha surgido otro—el amor á mis hijos y al padre de mis hijos—que ha abierto ante mí una nueva vida, una vida dichosa, aunque muy distinta de la pasada, y cuya senda recorro aún al presente.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

## AUTOBIOGRAFÍA

---

**A** primera vista parece que no ofrece dificultades el redactar notas de la propia vida, por disponerse, ó juzgar á lo menos, que se dispone de los mejores informes, no habiendo derecho en su vista á quejarse de la habitual inexactitud de los biógrafos. El consejo filosófico de «conócete á tí mismo», muy bueno en sí, es más difícil de seguir de lo que parece, y con disgusto noto que no estoy respecto á mí lo bien informado que yo presumía. El rostro que menos se mira es el propio; pero, en fin, allá va mi autobiografía.

Varias noticias ajenas me hacen nacer en Tarbes en 31 de Agosto de 1808. El dato carece de importancia; pero la verdad es que vine

á un mundo en que tanto debía escribir, en 31 de Agosto de 1811, lo cual me da una edad bastante respetable para contentarme con ella.

Se ha dicho también que comencé mis estudios en dicha población y que, para terminarlos, entré en 1822 en el colegio Carlomagno. Los estudios que pude hacer en Tarbes fueron muy limitados, porque contaba tres años cuando mis padres me llevaron á París, bien á mi pesar, y no volví al lugar de mi nacimiento hasta hace unos seis ó siete años en que pasé allí veinticuatro horas. Y, cosa singular para un niño tan pequeño: la estancia en la capital me produjo tan intensa nostalgia, que hasta me hizo concebir ideas de suicidio. Después de

arrojar por una ventana mis juguetes me disponía á seguirlos, cuando, por fortuna ó por desgracia, me sujetaron de la ropa. Sólo conseguían que me durmiera diciéndome que era preciso descansar para madurar al día siguiente y regresar allá abajo. Como sólo conocía el *patois* gascón parecía estar en país extranjero, y una vez que, en brazos de mi niñera, oí á unos soldados hablando aquella lengua, para mí la materna, exclamé: «¡Vámonos con ellos, que son de los nuestros!»

Esta impresión no se ha borrado completamente, y aunque, salvo el tiempo de mis viajes, he pasado en París la vida entera, he conservado cierto fondo meridional. Mi padre, que había nacido en el Condado Venaisin, dejaba conocer en su acento, á pesar de una educación excelente, al antiguo súbdito del Papa. Dúdase frecuentemente de la memoria de los niños; la mía era tal, y tan firme quedaba en ella la configuración de los lugares, que, después de más de cuarenta años he podido reconocer, en la calle que conduce al Mercadieu, la casa en que nací. El recuerdo de las siluetas de montañas azules que se descubren desde el final de todas las callejuelas y de los arroyos de agua corriente que surcan entre verdura y en todas direcciones la

población, no se ha apartado nunca de mi memoria y en muchos momentos de meditación me he enterrecido.

Para concluir con estos pueriles detalles: he sido un niño dulce, triste y enfermizo, extrañamente verdoso y de una tez que admiraba á mis compañeros blancos y sonrosados. Parecía un españolillo cubano, débil y nostálgico, enviado á Francia para estudiar. A los cinco años sabía leer y desde aquel tiempo puedo decir como Apeles: *Nullus dies sine linea*. Una breve anécdota sobre este particular. Llevaba cinco ó seis meses de deletrear sin gran éxito y no silabeaba bien el *ba, be, bi, bo, bu*, cuando un día de Año Nuevo, el caballero de Port de Guy, del que habla Víctor Hugo en *Los Miserables*, que llevaba los cadáveres de guillotinos con el Obispo de\*\*\* me regaló un libro ricamente encuadernado y con cantos dorados, diciéndome: «Guárdalo para el año próximo, puesto que no sabes leer todavía.» «Sí se leer» respondí pálido de cólera y tembloroso de orgullo. Me llevé rabiosamente el volumen á un rincón é hice tales esfuerzos de inteligencia y voluntad, que lo descifré de cabo á rabo y expliqué el asunto al caballero que me hiciera el regalo, en su primera visita.

Aquel libro era *Lidia de Gersin*.

El sello misterioso que cerraba las bibliotecas para mí, quedaba roto. Dos cosas me han espantado siempre: que el niño aprenda á hablar y á escribir: con estas dos llaves que todo lo abren nada supone el texto. El libro que más me impresionó por entonces fué el *Robinsón Crusoe*: enloquecí por él, y sólo soñaba con la isla desierta y la vida libre en el seno de la naturaleza; y bajo la mesa del salón construía con troncos una cabaña, permaneciendo encerrado en ella horas enteras. Robinsón era el único que me interesaba, y la llegada de *Vendredi* rompía todo el encanto. Más tarde, *Pablo y Virginia* me causaron una embriaguez tal, como no me la hicieron sentir más tarde, siendo ya hombre, ni Shakespeare, ni Goëthe, ni lord Byron, ni Walter Scott, ni Chateaubriand, ni Lamartine, ni el mismo Víctor Hugo, ídolo entonces de la juventud. Bajo la dirección de mi padre, humanista excelente, comencé el latín, y en mis horas de recreo hacía barcos aparejados correctamente, según los agua-fuertes de Ozanne que copiaba á la pluma, para darme cuenta mejor del arreglo de las cuerdas. ¡Cuántas horas he pasado trabajando un tronco y ahuecándolo por el procedimiento del fuego empleado por los salvajes! ¡Cuántos pañuelos he sacrificado convirtiéndolos en

velas! Todos creían que yo sería al cabo marino, y mi madre se desesperaba anticipadamente por una vocación que andando el tiempo había de alejarme de ella. Estas aficiones infantiles me proporcionaron el conocimiento de todos los términos técnicos de la marina. Uno de mis barcos, con las velas bien orientadas y el timón fijado en dirección conveniente, tuvo la gloria de atravesar sólo el Sena más arriba del puente de Austerlitz, y no hubo triunfador romano más orgulloso que yo.

A los barcos sucedieron los teatros de madera y de cartón, y como era preciso pintar las decoraciones, mis ideas me dirigieron entonces hacia la pintura. Cumplidos ocho años me pusieron en el colegio de Luis el Grande, donde sentí una desesperación invencible. Lo revoltoso y brutal de mis compañeros de cárcel me horrorizaba, y memoria de frío, de disgusto y de aislamiento entre aquellas tristes paredes, donde, so pretexto de acostumbarme á la vida de colegio, un inmundo perro de patio se había convertido en verdugo mío. Tal odio concebí hacia él, que aún no se ha extinguido, y si pudiera reconocerle después de tan largo espacio de tiempo, me arrojaría á su cuello para ahogarle. Todas las golosinas que mi madre me llevaba

se enmohecían en mi bolsillo, y en cuanto á la alimentación del refectorio, mi estómago no podía acostumbrarse á ella, y tanto me desmejoré, que el provisor llegó á alarmarse: estaba preso allí como una golondrina cautiva que no quiere comer y se muere. De mi trabajo estaban muy contentos, y prometía ser, si vivía, un discípulo muy brillante. Fué preciso sacarme de allí, y terminé mis estudios en Carlomagno, en concepto de *externo libre*, título de que me enorgullecía y que tenía buen cuidado de escribir con letras gordas en un lado de mis lecciones. Mi padre me repasaba y él fué en realidad mi único maestro: si tengo alguna instrucción y algún talento, á él se los debo. Fuí un alumno bastante bueno, pero con extrañas curiosidades que no siempre eran del agrado de los profesores. Traducía los temas de versos latinos en todos los metros imaginables, y me complacía imitando los estilos que en el colegio se llaman de la decadencia. A veces se me acusaba de barbarie y africanismo, lo que yo reputaba como un elogio. Pocos amigos tuve en las aulas, excepto Eugenio de Nully y Gerardo de Nerval, ya célebre en el Carlomagno por sus odas nacionales que corrían impresas. Además de mis latinos decadentes, estudiaba á los

autores antiguos de Francia, especialmente á Villon y á Rabelais, que me los sabía de memoria, dibujaba y me ensayaba haciendo versos franceses: la primera obra que recuerdo era *El río Scamandro*, inspirada sin duda por el cuadro de Lancrenon, traducciones de Museo, de la Antología griega, y más tarde un poema del *Robo de Elena* en versos de diez pies. Todos estos trabajos se han perdido, y no es muy de sentir. Una cocinera menos ilustrada que la Photis de Luciano chamuscó con ellos unas aves, no queriendo emplear papel blanco. De aquellos años de colegio no me queda ningún recuerdo agradable, y no quisiera evocarlos.

Mientras estudiaba retórica tuve otra pasión, la de la natación, y me pasaba en la escuela Petit todo el tiempo que me dejaban libre las clases. A veces, usando el tecnicismo escolar, hacía novillos y me pasaba todo el día en el río. Mi ambición era que nadie nadase como yo y es la única de mis ambiciones que he realizado. En aquel tiempo, no tenía idea alguna de ser literato, pues me inclinaba preferentemente á la pintura y antes de terminar la filosofía entré en casa de Rioult, que tenía su estudio en la calle de San Antonio, cerca del templo protestante y del colegio Carlomagno, lo que me permitía asistir á las cla-

ses. Rioult era un hombre de rara fealdad y á quien la parálisis obligaba como á Jouvenet á pintar con la mano izquierda y que no por eso era menos hábil. En mi primer estudio me juzgó lleno de *chic*, acusación cuando menos prematura. La escena, tan diestramente referida en *El asunto Clemenceau* se representó conmigo en la clase del natural; el primer modelo de mujer no me pareció nada bello, y me desencantó singularmente, por lo mucho que el arte añade á la naturaleza más perfecta. Era no obstante una muchacha muy linda, cuyas líneas elegantes y puras pude apreciar más tarde por comparación; pero, por aquella impresión siempre he preferido la estatua á la mujer y el mármol á la carne. Mis estudios de pintura me hicieron advertir un defecto que tenía yo, el de ser miope: mientras estaba en primera fila todo marchaba bien; pero cuando el sorteo de los puestos relegaba mi caballete al fondo de la clase, sólo distinguía masas confusas.

Habitaba entonces con mis padres en la Plaza Real, núm. 8, en el ángulo de las arcadas donde se hallaba la alcaldía, y si hago notar este detalle, no es ciertamente para que se sepa en lo porvenir una de mis habitaciones, pues no soy de los llamados á que la posteridad se-

ñale sus casas con un busto ó una lápida de mármol, sino porque esta circunstancia influyó mucho en la dirección de mi vida. Algún tiempo después de la revolución de Julio, Víctor Hugo había ido á habitar en la Plaza Real, núm. 6, en la casa que hace esquina. Podía hablarse de una á otra ventana. Yo había sido presentado á Hugo en la calle de Juan Goujon, por Gerardo y Pedro Borel. ¡Bien sabe Dios con cuántos temblores y angustias! Estuve más de una hora sentado en los peldaños de la escalera, con mis dos introductores, suplicándoles que aguardasen á que me tranquilizara un poco. Hugo estaba entonces en todo el apogeo de su gloria y su triunfo. Llevado ante el Júpiter romántico, no supe decir como Enrique Heine delante de Goëthe, que «las ciruelas eran buenas para la sed en el camino de Jena á Weimar.» Pero los dioses y los reyes no se burlan de tales azoramientos de timidez nacida de la admiración; les agrada el encogimiento en su presencia. Hugo se dignó sonreír y dirigirme algunas palabras para animarme. Por entonces se ensayaba *Hernani*. Gerardo y Pedro salieron fiadores míos y obtuve uno de esos billetes rojos señalados con una zarpa de la orgullosa divisa española «hierro». Se sospechaba que la representación sería tumultuosa, y hacían falta jó-

venes entusiastas que sostuvieran la obra. Las enemistades entre clásicos y románticos eran tan vivas como las de los güelfos y gibelinos. El éxito fué estrepitoso como una tormenta con silbidos del viento, relámpagos, lluvia y truenos. Toda la sala excitada por la admiración frenética de los unos y la apasionada cólera de los otros. En esta representación fué cuando ví por primera vez á la señora de Emilio Girardin, vestida de azul, con los cabellos arrollados en larga espiral de oro, como en el retrato de Hersent. Ella aplaudía al poeta por su inspiración, y á ella se la aplaudía por su belleza. A partir de entonces fuí considerado como un ardiente neófito, y obtuve el mando de una seccioncita á la que distribuía billetes rojos. Se ha dicho é impreso que en las batallas de *Hernani*, maltrataba yo á los burgueses recalcitrantes con mis enormes puños. No lo hice, no por falta de ganas, sino de puños. Tenía apenas dieciocho años, era débil y delicado, y calzaba siete puntos y cuarto de guante. Hice después todas las grandes campañas románticas. Al salir del teatro escribíamos en las paredes «¡Viva Víctor Hugo!» para propagar su gloria, y molestar á los filisteos. Nunca dios alguno fué adorado con más fervor que Hugo. Estábamos asombrados de verle andar con

nosotros por la calle como un simple mortal, pareciéndonos que no debía salir por la población más que en un carro triunfal arrastrado por una cuádriga de caballos blancos, con uña victoria alada suspendiendo sobre su cabeza una corona de oro. A decir verdad no he cambiado aún de opinión, y mi edad madura aprueba la admiración de mi juventud.

Al propio tiempo hacía yo versos, y bien pronto tuve los bastantes para formar un pequeño volumen entremezclado de páginas en blanco y de sonoros epígrafes en toda clase de lenguas, que yo ignoraba, según la moda de la época. Mi padre sufragó los gastos de la publicación, Rignoux me la imprimió, y con esta oportunidad y este olfato de las conmociones políticas que me caracterizan, aparecí en el pasaje de los Panoramas, en el escaparate de Marie, editor, el 28 de Julio de 1830 precisamente. Ya se supondrá, aunque yo no lo diga, que no se vendieron muchos ejemplares de aquel volumen de cubierta de color rosa, titulado modestamente *Poesías*.

La vecindad del ilustre jefe romántico estrechó, como es natural, mis relaciones con él y con su escuela. Poco á poco iba yo abandonando la pintura é inclinándome hacia las corrientes literarias. Hugo me que-

ría bastante, y dejaba que me sentase, como un paje de confianza, en las gradas de su trono feudal. Ebrio con tal favor, quise merecerle, y compuse *La leyenda de Alberto*, que uní, con algunos otros trabajos, á mi tomo, oscurecido con la tempestad, y del cual conservaba la edición casi completa. A este volumen, que se ha hecho raro, acompañaba un agua-fuerte ultra-excéntrica de Celestino Nanteuil. Esto ocurría en 1833. Me quedó el sobrenombre de Alberto, y apenas se me conocía de otro modo en eso que Alfredo Musset llamaba la gran tienda... romántica. En casa de Víctor Hugo trabé amistad con Eugenio Renduel, el librero de moda, el editor del cabriolé de ébano y acero. Me pidió que le hiciera algún trabajo, porque, según decía, me encontraba «chusco.» Le hice los *Jóvenes-Francia*, especie de preciosas ridículas del romanticismo, y después *Mademoiselle de Maupin*, cuyo prefacio sublevó á los periodistas, á los que yo trataba muy mal. Por entonces mirábamos á los críticos como á criados, monstruos, eunucos y hongos. Después he vivido con ellos, y he reconocido que no eran tan malos como parecían y sí unos pobres diablos que no carecían de talento.

En aquella época yo había abandonado el nido paterno, y vivía en

el callejón del Decanato, donde habitaban también Camilo Rogier, Gerardo de Nerval y Arsenio Hous-saye, que ocupaban juntos una antigua habitación cuyas ventanas daban á unos terrenos llenos de piedras talladas, ortigas y árboles viejos. Aquello era la Tebaida en medio de París. En aquella calle del Decanato, y en aquel salón cuyas antiguas pinturas habían sido reemplazadas por frescos, fué donde se dió un baile de trajes que se hizo célebre, y donde ví por primera vez al pobre Roger de Beauvoir, que murió después de prolongados sufrimientos, en todo el esplendor de su gloria, de su juventud y de su belleza. Llevaba un magnífico traje veneciano á lo Pablo Veronés: ropón de damasco verde manzana rameado de plata, toca de terciopelo nacarado, faja de seda roja y cadena de oro al cuello. Estaba soberbio, deslumbrante de inspiración y de alegría, y no era el vino de Champagne que había bebido en nuestra casa, lo que producía aquel chaparrón de palabras ingeniosas.

En la reducida habitación de la calle del Decanato, de la que ya no queda más que el recuerdo, J. Sandeau vino á buscarme de parte de Balzac para colaborar en la *Crónica de París*, donde escribí la *Muerta enamorada* y *La cadena de oro*, ó



*el amante compartido*, sin contar un gran número de artículos críticos. Hice también, en la *Francia literaria* dirigida por Carlos Malo, bocetos biográficos de la mayor parte de los poetas maltratados por Boileau, y que fueron reunidos bajo el título de *Grotescos*. Al poco tiempo entré en *La Prensa*, que acababa de fundarse, como crítico de arte. Uno de mis primeros artículos fué una apreciación de las pinturas de Eugenio Delacroix en la Cámara de los Diputados. Al descansar de estos trabajos, compuse un nuevo tomo en verso: *La comedia de la muerte*, que vió la luz en 1838. *Fortunio*, que data de poco tiempo después, se publicó por vez primera en el *Figaro* en forma de folletín encuadernable.

Aquí acabó mi vida independiente y dichosa. Me encargaron el folletín dramático de *La prensa*, que hice en un principio con Gerardo y después sólo, durante más de veinte años. El periodismo, para vengarse del prefacio de *Made-moiselle de Maupin*, me había cogido y atado á sus tareas. ¡Cuántas piedras de molino he movido, cuántos cubos he sacado de aquellas norias semanales ó cotidianas, para verter el agua en el tonel sin fondo de la publicidad! He trabajado en *La Prensa*, *El Figaro*, *La Carica-*

*tura*, el *Museo de las familias*, la *Revista de París*, la *Revista de ambos mundos*, y en todos los sitios donde entonces se escribía.

Mi físico se había modificado mucho, merced á los ejercicios gimnásticos, y de delicado me convertí en vigoroso. Admiraba á los atletas y á los boxeadores por encima de todos los mortales. Tenía por maestro de boxeo francés y de esgrima de palo á Carlos Lecour, montaba á caballo con Clopet y Víctor Francóni, remaba con el capitán Lefèvre y concurría en la sala Montequieu á los desafíos y luchas de Marseille, d'Arpin, Locean, Blas, el feroz Español, el Mulatazo y Tom Cribbs, el elegante boxeador inglés. Yo mismo daba en la apertura de Château-Rouge, sobre una cabeza de turco completamente nueva, el puñetazo de quinientas treinta y dos libras, que llegó á hacerse histórico; este es el acto de mi vida de que estoy más orgulloso. En 1840 marché á España. Hasta entonces no había salido de Francia más que para hacer una corta excursión á Bélgica. Me es imposible describir el encanto que me produjo aquella poética y selvática región, soñada á través de los *Cuentos de España y de Italia*, de Alfredo de Musset, y de las *Orientales* de Hugo. Me encontraba allí como en mi verdadero país.

como en una patria nueva. Desde entonces no tuve otra idea que reunir algún dinero y viajar; la pasión ó la enfermedad del viaje se había desarrollado en mí. En 1845, en los meses más calurosos del año, visité toda el Africa francesa, é hice, siguiendo al mariscal Bugeaud, la primera campaña de Kabylia contra Bel-Kasemou-Kasi, y tuve el gusto de fechar en el campo de Ain-el-Arba, la última carta de Edgar de Meilhan, en quien yo encarnaba el personaje de la novela epistolar *La Cruz de Berny*, hecha en colaboración con Mme. de Girardin, Mery y Sandeau. No hablaré de mis rápidas excursiones á Inglaterra, Holanda, Alemania y Suiza. Recorrí la Italia en 1850 y fui á Constantinopla en 1852. Estos viajes están reseñados en mis libros. Posteriormente, una publicación artística de la que yo debía escribir el texto, me envió á Rusia en pleno invierno, y pude saborear las delicias de la nieve. Al verano siguiente llegué hasta Nijni-Novgorod en la época de la feria, siendo éste el punto más alejado de París en que me he visto. Si hubiera tenido medios de fortuna, habría estado siempre errante. He tenido una admirable facilidad para aclimatarme á la vida de los diferentes pueblos. He sido ruso en Rusia, turco en

Turquía, y español en España, á donde he vuelto varias veces, llevado de mi pasión por las corridas de toros, que me ha hecho ser llamado por la *Revista de ambos mundos*, «ser impúdico, ligero y sanguinario». Me han gustado mucho las catedrales del estilo de Nuestra Señora de París, pero la vista del Parthenon me curó la enfermedad gótica, que nunca había arraigado mucho en mí. He escrito un *Salón* de una veintena de artículos todos los años de exposición, desde 1835 próximamente. He continuado en el *Monitor* los trabajos de crítica artística que escribía en *La Prensa*. He hecho representar en la Opera varios bailes; entre ellos *Giselle* y la *Peri*, donde Carlota Grisi conquistó sus alas de bailarina; en otros teatros un *vaudeville* y dos comedias en verso: *El Tricornio encantado*, y *Pierrot póstumo*; en el Odeón prólogos y discursos de apertura. Un tercer tomo de versos, *Esmaltes y camafeos*, se publicó en 1852 mientras yo estaba en Constantinopla.

Sin ser novelista de profesión no he dejado de tocar el género, escribiendo, aparte de mis cuentos, una docena de novelas. Los *Jóvenes-Francia*, *Mademoiselle de Maupin*, *Fortunio*, *Los Enredados inocentes*, *Melitona*, *La hermosa Pienny*, *Juan y Juanita*, *Avatar*, *Jettatura*,

*La novela de una Momia, Spirita, El capitán Fracassa*, que fué largo tiempo mi pesadilla, letra de cambio de mi juventud, pagada por mi edad madura. No cuento innumerable cantidad de artículos sobre toda clase de asuntos; en suma, al-

go así como trescientos volúmenes, lo que hace que todo el mundo me llame holgazán. y me pregunte en qué me ocupo. He aquí, á decir verdad, cuanto sé acerca de mí persona.

TEÓFILO GAUTIER.

# RECUERDOS DE MI JUVENTUD

## EL SEMINARIO DE ISSY

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONÉS

Los dos años de filosofía que sirven de introducción á la teología, no se cursan en París, sino en el Instituto campes- tre de Issy, situado en la aldea de este nombre, un poco más allá de las últimas casas de Vaugirad. La construcción se extiende longitudi- nalmente al pie de un vasto parque, y no tiene de notable más que un pabellón central que atrae las mira- das del inteligente por la finura y elegancia de su estilo. Ese pabellón fué la residencia suburbana de Mar- garita de Valois, la primera mujer de Enrique IV, desde 1606 hasta su muerte, acaecida en 1615.

Después de la muerte de la Rei- na Margarita, se vendió la casa, pasando á diversas familias pari- sienses que la habitaron hasta 1655. Olier santificó aquel edificio, que

nada había predestinado hasta en- tonces á un objeto piadoso, habi- tándolo en los últimos años de su vida. Su sucesor, M. Bretonvil- liers, lo cedió á la Compañía de San Sulpicio, convirtiéndolo en su- cursal de la casa de París. No se modificó en nada el pabelloncito de la Reina; no se hizo más que aña- dir largas salas y retocar ligeramen- te las pinturas. Las Venus se trans- formaron en Vírgenes; los amores se tornaron ángeles; los emblemas de divisas españolas, que llenaron los espacios libres, no chocaban á nadie. Una hermosa pieza adorna- da de representaciones completa- mente profanas, fué revocada hace unos cincuenta años; quizá bastaría un simple lavado para que volviese á reaparecer todo. En cuanto al parque, cantado por Bouterone, no

ha sufrido la menor modificación: todo se ha reducido á añadir piadosos edículos y estátuas de santos. En el sitio donde Bossuet y Fénélon, M. Tronson y M. de Noailles celebraron largas conferencias sobre el quietismo y se pusieron de acuerdo sobre los treinta y cuatro artículos de la vida espiritual, llamados artículos de Issy, se alza una cabaña decorada con una inscripción y con dos bustos. Más lejos, en el fondo de una calle de árboles corpulentos, cerca del pequeño cementerio de la Compañía, se ve una imitación interior de la Santa Casa de Loreto, que la piedad Sulpicianá ha elegido como lugar de predilección, y decorado con esas pinturas emblemáticas á que siente tanto cariño. Aún me parece ver la Rosa mística, la Torre de marfil, la Puerta de oro, delante de las cuales he pasado largas mañanas semi-soñando. *Hortus conclusus, fons signatus*, muy bien figurados en especies de miniaturas murales, me daban mucho que pensar; pero mi imaginación, absolutamente casta, permanecía en la región de una vaga piedad. ¡Ay! Aquel bello parque místico de Issy, creo que lo asolaron la guerra y la *Commune*. Ha sido la segunda cuna de mi pensamiento, después de la catedral de Tréguier.

Me pasaba las horas en aquellas

largas calles de carpes, leyendo sentado en un banco de piedra. Allí tomé (con muchos constipados quizá) suma afición á nuestra naturaleza húmeda, autumnal, del Norte de Francia. Si más tarde me he encariñado con el Hermón y las doradas laderas del Antilíbano, es por esa especie de polarización que constituye la ley del amor, y que nos impulsa á buscar nuestros contrarios. Mi ideal primero es un frío carpedal jansenista del siglo XVII, con la viva sensación del aire y el olor penetrante de las hojas caídas en el mes de Octubre. Jamás veo una vetusta casa francesa del departamento de Sena y Oise ó de Sena y Marne, con su jardín de recortados setos, sin que mi imaginación me represente los austeros libros que en otras épocas ha leído uno por aquellas avenidas. ¡Ay del que no ha sentido esas melancolías y no sabe cuántos suspiros han debido preceder á las alegrías actuales de nuestros corazones!

El superior de la casa de Issy, cuando yo estuve, era M. Gosselin, el hombre más cortés y amable que he conocido nunca. Su familia pertenecía á esa porción de la antigua clase media que, sin afiliarse á los jansenistas, participaba de su adhesión extrema á la religión. Aún vivía su madre, á quien dicen que se parecía mucho, y á quien tributaba

el más cariñoso respeto. Complacíase en recordar las primeras lecciones de urbanidad que le daba ella hacia 1799. En su infancia, siguiendo un uso á que era peligroso sustraerse, se había acostumbrado á decir «ciudadano.» Su madre lo llevó á misa á los primeros días de celebrarse el oficio católico después de la Revolución. Se encontraron casi solos con el sacerdote.—Ve á ofrecerte al señor cura para ayudarle—le dijo madama Gosselin.—El niño se acercó, y balbució sonrojándose:—Ciudadano, ¿me permite usted ayudar á misa?—Chist—interrumpió la madre.—A un sacerdote no se le debe decir nunca ciudadano.—Es imposible imaginarse una afabilidad más encantadora, una amenidad más exquisita. Era lo que se llama un soplo, y llegó á la vejez á fuerza de cuidados y gracias á una sobria higiene. Su carita agraciada, seca y fina; su cuerpo endeble, donde apenas podía amoldarse la sotana; su refinada pulcritud, fruto de una educación que databa de la niñez, y los huecos de las sienes dibujándose de una manera agradable bajo el solideo de seda que siempre llevaba, formaban un conjunto muy distinguido.

M. Gosselin era un erudito más bien que un teólogo. Su crítica era segura dentro de los límites de una ortodoxia, cuyos títulos jamás dis-

cutió seriamente; su placidez, absoluta. Ha compuesto una *Historia literaria de Fenelon*, que es un libro muy estimado. Su tratado *Del poder del Papa sobre los Soberanos en la Edad Media* está lleno de investigaciones.

Mis inclinaciones y los consejos de un piadoso y sabio eclesiástico bretón, que era provisor de monsieur de Quélen, el abate Tresvaux, me indujeron á tomar por director á M. Gosselin. He conservado de él un recuerdo precioso. No es posible pedir más benevolencia, más cordialidad, más respeto para con la conciencia de un joven. Me dejó una libertad absoluta. Viendo la honradez de mi naturaleza, la pureza de mis costumbres y la rectitud de mi espíritu, no le cruzó un sólo instante por las mientes la idea de que en mí pudiesen nacer dudas sobre cosas en que él no las tenía. Con el crecido número de jóvenes que venía pasando por sus manos, había padecido algo la precisión de su diagnóstico: procedía por categorías generales. En seguida diré cómo uno que no era mi director vió en mi conciencia mucho más claro que él y que yo mismo.

Había dos directores, M. Gottfrey, uno de los profesores de filosofía, y M. Pinault, profesor de matemáticas y de física, que eran en todo el contraste absoluto de

M. Gosselin. M. Gottofrey, sacerdote joven de veintiseis ó veintiocho años, no era más que á medias, me parece, de raza francesa. Tenía el arrebatador semblante sonrosado de una miss inglesa, con unos hermosos ojos que respiraban un candor triste. Era el ejemplo más extraordinario que puede imaginarse de un suicidio por ortodoxia mística. A querer, hubiese sido el hombre de mundo más completo. No he conocido otro que pudiese ser más amado de las mujeres. Llevaba en sí un tesoro infinito de amor. Conocía el don superior que le había cabido en suerte, pero se daba trazas para aniquilarse á sí mismo con una especie de furia. Se hubiera creído que veía á Satán en las gracias de que tan pródigo había sido Dios con él. Se poseía de un verdadero vértigo; se tenía rabia al ver sus atractivos; era como una celda de nácar donde hubiese un geniecillo perverso afanado en pulverizar la perla interior. En los tiempos heroicos del cristianismo hubiese buscado el martirio. A falta del martirio, tanto cortejó á la muerte, que esa fría prometida, la única á quien amó, acabó por llevárselo. Se fué al Canadá. El tifus, que hacía estragos en Montreal el año 1847, le deparó una magnífica ocasión para aplacar su sed. Asistió á los enfermos con frenesí, y murió.

M. Pinault se parecía mucho á M. Littré por su pasión concentrada y por la originalidad de sus maneras. Si M. Littré hubiese recibido una educación católica, habría sido un místico exaltado; si M. Pinault hubiera sido educado fuera del catolicismo, hubiera sido revolucionario y positivista. Las naturalezas absolutas han menester esas actitudes resueltas. La fisonomía de M. Pinault paraba al primer golpe de vista. Acribillado de reumatismos, parecía acumular en su persona todas las formas en que un cuerpo puede presentarse contrahecho. Su fealdad superlativa no quitaba á sus facciones un notable vigor; pero no había sido educado como Monsieur Gosselin, y descuidaba el aseo hasta un extremo que prevenía. El manteo viejo y las mangas de la sotana le servían en clase para limpiar los instrumentos y en general para todos los usos de una rodilla; el solideo, que llevaba acolchado para preservar de neuralgias el cascado cráneo, le formaba un rodete horrible alrededor de la cabeza. Por lo demás, elocuente, apasionado, raro, á veces irónico, ingenioso é incisivo. Tenía poca cultura literaria, pero era sumamente ocurrente. Traslucíase una individualidad poderosa, subyugada por la fe, pero no domeñada por la regla eclesiástica. Era un santo; de sacerdote tenía

poco; de sulpiciano, nada. Faltaba á la primera regla de la Compañía, que es abdicar de todo lo que pueda llamarse talento, originalidad, para plegarse á la disciplina de una medianía corriente.

Su viva fe lo llevó al sacerdocio. Estudió poca teología; pasó con un *minimum*, y se le destinó desde un principio á las clases de ciencias, que en el cuadro de los estudios eclesiásticos acompañan siempre á los dos años de filosofía. En San Sulpicio de París hubiera causado extrañeza con su nulidad teológica y su ardiente imaginación mística. Pero en Issy, en contacto con jovencillos que no habían estudiado los textos, adquirió muy pronto un influjo considerable. Fué el jefe de los que se sentían poseídos de una ardiente piedad, de los «místicos,» como se los llamaba. Era el director de todos ellos; formaban rancho aparte, una especie de escuela de donde estaban excluidos los profanos, y que tenía sus altos secretos. Un auxiliar poderosísimo de ese partido era el portero lego de la casa, á quien se llamaba el padre Hanique. Yo lleno de asombro á los realistas, cuando les digo que he visto con mis propios ojos un tipo que ellos, con su insuficiente conocimiento del mundo, no han podido encontrar en su camino; quiero decir: el portero sublime, llegado á

los grados más trascendentales de la especulación. Hanique, en su pobre portería, tenía casi tanta importancia como M. Pinault. Los que ambicionaban la santidad lo consultaban y admiraban. Se oponía su sencillez á la frialdad de alma de los sabios; se le citaba como un ejemplo de la gratuidad absoluta de los dones de Dios.

Todo eso originaba en la casa una división profunda. Los místicos vivían en un estado tan extraordinario de tensión, que murieron algunos, lo cual no sirvió sino para aumentar la exaltación de los otros.

La afición á la erudición es innata en mí. M. Gosselin contribuyó mucho á desenvolverla. Tuvo la bondad de tomarme por lector suyo. Todos los días, á las siete de la mañana, iba á su cuarto y le leía; él mientras, se paseaba de arriba abajo, siempre animado y vivo, tan pronto parándose como acelerando el paso, é interrumpiéndome á menudo con observaciones juiciosas ó punzantes. Le leí de esa suerte las largas historias del P. Maimbourg, escritor olvidado ahora, pero que, en su tiempo fué estimado por Voltaire; diversas publicaciones de M. Benjamín Guérard, cuya ciencia lo asombraba mucho, y algunas obras de M. de Maistre, en particular su *Carta sobre la Inquisición española*. Este último opúsculo no



le hizo gracia. A cada paso me decía frotándose las manos: «¡Ah! ¡cómo se conoce, hijo mio, que M. de Maistre no es teólogo! No estimaba más que la teología, y profesaba un soberano desdén á la literatura. Pocas ocasiones perdía de tratar de insulseces y futilidades los estudios tan estimados de los nicolaitas. M. Dupanloup, cuyo primer dogma era que, sin una buena educación literaria, no cabía salvarse, le era poco simpático. Por lo común evitaba pronunciar su nombre.

En cuanto á mí, que creo que la mejor manera de formar jóvenes de talento es no hablarles jamás de talento ni de estilo, sino instruirlos é interesar poderosamente su espíritu en las cuestiones filosóficas, religiosas, políticas, sociales, científicas, históricas; en una palabra: proceder por la enseñanza del fondo de las cosas, y no por la enseñanza de una retórica huera, me encontraba plenamente satisfecho de esa nueva dirección. Olvidé que existía una literatura moderna. A veces llegaba hasta nosotros el rumor de que había escritores en el siglo; pero estábamos tan acostumbrados á creer que no podía haberlos buenos ya, que desdeñábamos *a priori* todas las producciones contemporáneas. El único libro ligero que andaba en nuestras manos era el

*Telémaco*, y en una edición donde no figuraba el episodio de Eucaris, de suerte que hasta más tarde no he conocido esas dos ó tres páginas encantadoras. Yo no veía la antigüedad más que por *Telémaco* y *Aristonous*, y me encontraba tan satisfecho. Allí aprendí el arte de pintar la naturaleza por rasgos morales. Hasta 1865 no me representé la isla de Chío, más que mediante estas tres palabras de Fenelon: «la isla de Chío, afortunada patria de Homero.» Esas tres palabras armoniosas y rítmicas me parecían una acabada pintura; y, aunque Homero no hubiese nacido en Chío, ni quizá en ninguna parte, me representaban la bella — y ahora tan desgraciada — isla griega, mejor que todas las acumulaciones posibles de rasgos materiales.

M. Gottofrey me hablaba raras veces, pero me observaba atentamente con interés grandísimo. Mis argumentaciones latinas, hechas en tono firme y acentuado, lo asombraban y preocupaban. Yo razonaba en demasía mis afirmaciones, al par que dejaba ver lo que me parecía vulnerable en las que corrían como válidas. Un día que estremé con vigor mis objeciones, obteniendo réplicas tan débiles que provocaron algunas sonrisas, interrumpió la argumentación. Por la noche me llamó aparte; me habló

con elocuencia de lo anticristiana que es la confianza en la razón, de la injuria que contra la fe envuelve el racionalismo. Se animó extraordinariamente, censurando mi afición al estudio. ¡La indagación!... ¿para qué? Todo lo esencial está sabido. No es la ciencia la que salva las almas. Y, exaltándose poco á poco, me dijo con acento apasionado: «¡V. no es cristiano!»

Jamás he sentido terror como el que experimenté al oír esa palabra pronunciada con voz vibrante. Al salir del cuarto de M. Gottofrey me tambaleaba; aquellas palabras: «¡V. no es cristiano!» sonaron toda la noche en mis oídos como un trueno. Al día siguiente confié mi angustia á M. Gosselin. El excelente hombre me tranquilizó: no vió nada, no quiso ver nada. Ni siquiera supo disimular la sorpresa y descontento que le causaba esa intrusión de un celo intempestivo en una conciencia de que él era más

responsable que nadie. No me cabe duda de que tuvo el acto iluminado de M. Gottofrey por una imprudencia que sólo podía servir para perturbar una conciencia naciente. Como muchos directores, M. Gosselin creía que las dudas sobre la fe no tienen gravedad ninguna para los jóvenes, á menos de insistir en ellas, sino que al contrario, desaparecen en cuanto se pronuncian los votos: y se decide de la vida. Me prohibió pensar en lo que acababa de suceder, y hasta estuvo en lo sucesivo más afectuoso que nunca. No comprendió ni remotamente la naturaleza de mi espíritu; no adivinó sus futuras evoluciones lógicas. Sólo M. Gottofrey vió claro. Tenía razón, plena razón; ahora lo veo. Se necesitaban sus luces trascendentales de mártir y de asceta para descubrir lo que tan completamente se ocultaba á los que dirigían mi conciencia con tanta rectitud y bondad.

ERNESTO RENÁN.

# RECUERDOS DE MI VIDA

## II

### DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA ÚLTIMA MORADA DE WEBER

**D**escansa al fin aquí. ¡Sea éste el lugar sin fausto que nos guarde tus queridos despojos! Que aún cuando allá, á lo lejos, hubiesen ocupado régias tumbas en la más orgullosa catedral de una orgullosa nación, creemos, no obstante, que tú hubieses preferido para lugar supremo de reposo una tumba modesta en tierra alemana.... No pertenecías tú ciertamente á ese linaje de fríos ambiciosos que no tienen patria, que prefieren aquel país del mundo donde su avidéz de honores encuentra suelo más rico para prosperar.... Si fatales necesidades te arrastraron allí donde hasta el genio se subasta, tuviste tiempo al menos para volver tus ojos amorosos hacia el hogar nativo, hacia la mansión modesta y cam-

pestre, donde, al lado de tu querida mujer, brotaban de tu corazón las melodías. «¡Ah, si estuviese todavía junto á vosotros, amados míos!» ¡Tal fué el último suspiro con que nos despediste en extranjera tierra!... Si tú fuiste un alma tan calorosa, ¿quién nos censuraría á nosotros por corresponderte con el mismo ardor, por compartir contigo ese vivo entusiasmo, por haber cedido á la aspiración silenciosa de poseerte á nuestro lado en la patria querida? ¡Oh! ¡ese entusiasmo te ha hecho, con una simpática violencia, el bien amado de tu pueblo! ¡Jamás hubo en el mundo un músico más *alemán* que tú! En cualquier región, en cualquier reino lejano y etéreo de la fantasía adonde el genio te arrebatara, permanecías encade-

nado siempre por mil delicadas fibras á este corazón del pueblo alemán con el cual lloraste y sonreíste, como alma crédula de niño cuando escucha atentamente las leyendas y los cuentos de su país. Sí: esa ingenuidad de niño fué la que guió, como angel bueno, tu espíritu viril, conservándolo eternamente casto y puro; y en esa castidad de alma residía tu originalidad: guardando sin mancha siempre esa magnífica virtud, no necesitabas reflexionar y meditar; no tenías más que *sentir*: habías descubierto de ese modo el manantial más profundo de belleza. Has conservado hasta la muerte esa suprema virtud: jamás pudiste sacrificarla; jamás pudiste desprenderte de esa hermosa herencia de tu origen alemán; jamás hubieses podido hacernos traición... Vé: ahora Inglaterra te hace justicia, Francia te admira; pero sólo Alemania puede *amarte*: eres cosa suya, eres un bello día de su existencia, una cálida gota de su sangre, una partícula de su corazón... ¿Quién nos censuraría, pues, por haber querido que tus cenizas formen también una partícula del suelo de la cara patria alemana?

Una vez más: no nos dirigáis reconvenciones, vosotros los que desconocéis el genio profundo del corazón alemán, de este corazón que se exalta tan fácilmente, cuando

ama. Si era exaltación lo que nos hacía suspirar por los queridos despojos de nuestro bien amado Weber, era esa exaltación que tan estrechamente nos asemeja á él, esa exaltación por cuya virtud brotaron todas las ricas floraciones de su espíritu, por la cual lo admira el mundo, por la cual lo amamos nosotros... Así, querido Weber, al sustraerte á los ojos de los que te admiran para restituirte á los brazos de los que te aman, realizamos un acto de amor hacia tí, que jamás buscaste la admiración, sino el amor tan sólo. Lejos del mundo que alumbran tus destellos, acompañamos tu vuelta al país natal, al seno de la familia. Preguntad al héroe que marcha á la victoria qué le causa mayor placer después de los días gloriosos pasados en el campo del honor. Seguramente el regreso á la patria donde lo esperan su mujer y sus hijos. Y ved, no hay que emplear aquí expresiones figuradas: tu mujer y tus hijos te esperan realmente. No tardarás en oír sobre tu lecho de reposo las pisadas de la esposa fiel que tanto y tanto tiempo aguardó tu vuelta, y que ahora, acompañada de un hijo querido, derrama las más ardientes lágrimas de ternura por el bien amado devuelto. Tú eres ya un espíritu bienaventurado... ella pertenece al mundo de los vivos y no puede posar sus ojos en los

tuyos para darte la bienvenida... así Dios ha enviado un mensajero para acoger tu vuelta, para darte esa bienvenida, para atestiguar el amor imperecedero de tus fieles. Tu hijo más joven ha sido elegido para esa misión á fin de estrechar los lazos entre los vivos y los muertos; ángel de luz ciérnese ahora sobre vosotros, y os trae el anuncio de vuestro mutuo afecto... ¿Dónde está, pues, la muerte? ¿Dónde la vida? ¡Allí donde ambas se unen en alianza tan maravillosamente hermosa, allí reside el germen de la vida eterna!... ¡Déjanos, pues, querido difunto, entrar contigo en esa bella alianza! No conoceremos ya muerte, ni corrupción, sino expansión y crecimiento. La piedra que encierra tus despojos será para nosotros la roca del desierto, de donde el gran profeta hizo brotar en otro tiempo la fuente viva: de ella manará hasta lo más lejano de las edades un magnífico torrente de vida incesantemente renovada, incesantemente creadora... ¡Tú, manantial de todo lo que existe, haz que nunca olvidemos esta alianza, que seamos siempre dignos de esta unión!

## POESIA

### CANTADA DESPUÉS DE LA INHUMACIÓN

**E**lévense vuestros cantos ¡oh testigos de esta hora que tan grave y solemnemente nos conmueve! ¡Confiad al Verbo en este instante, confiad á la Música el anuncio del sublime sentimiento que agita nuestros corazones! La materna tierra alemana no está ya de duelo por el hijo arrebatado tan lejos de su amor; no vuelve ya los ojos en actitud apasionada al través de los mares hacia la lejana Al-  
 bión... ha vuelto á recoger en su regazo al que un día envió noble, grande y cariñoso.  
 «Aquí, donde corrieron las lágrimas mudas de la aflicción, donde el amor llora aún su más caro objeto, hemos formado una noble alianza que nos une en torno de él, del Maestro radiante: acudid aquí, fieles compañeros de la alianza; saludáos como una piadosa procesión de peregrinos; traed á este noble

lugar la ofrenda de las más bellas flores nacidas de este consorcio: amado, aquél á quien debe nuestra alianza la ventura de su consagración. »

## MIS RECUERDOS SOBRE SPONTINI

## I

La muerte de Spontini (1851), para quien observa la evolución de la música moderna de ópera, pone término á un fenómeno notable: el de haber sido contemporáneos los tres compositores que representan las tres direcciones principales de ese género artístico. Queremos hablar de Spontini, Rossini y Meyerbeer. Spontini fué el último eslabón de una cadena de compositores cuyo primer anillo forma Gluck; lo que quiso Gluck, lo que fué el primero en acometer metódicamente —la *dramatización* más completa posible de la cantata de ópera— lo realizó Spontini... hasta donde cabía en esa forma musical.

En el momento en que Spontini afirmaba con sus actos y sus declaraciones que era imposible ir más lejos que él en esa vía, apareció Rossini, el cual, dejando á un lado completamente el objeto dramático de la ópera, puso de relieve y desenvolvió de una manera exclusiva el elemento frívolo y pu-

ramente sensual, inherente á ese género. Aparte este contraste, había en el influjo ejercido por ambos músicos esta diferencia esencial: que Spontini y sus predecesores dirigían el gusto del público, merced á la firmeza de sus principios en materia de arte, de suerte que ese público tenía que tomarse el trabajo de penetrar en la intención de los maestros y adoptarla; mientras que Rossini lo apartaba de esa disposición estética, cogiéndolo por su lado flaco, por el de la pura sensualidad y la distracción á todo precio, y le sacrificaba su preeminencia de artista, abandonando el derecho de señalar por sí propio lo que debía agradarlo. Si hasta Spontini el compositor dramático conservó frente al público, en interés de una alta concepción artística, la actitud de un hombre que dirige y da el tono, desde Rossini, y mediante él, el público se ha visto en situación de proponer é imponer sus exigencias á propósito de la obra de arte, y esto hasta el punto de



que ahora no puede obtener ya nada nuevo del artista, sino sólo variaciones del tema que él mismo ha reclamado.

Meyerbeer, que en su manera, derivada de la tendencia rossiniana, adoptaba *a priori* por código artístico el gusto público preexistente, procuró dejar á sus procedimientos alguna apariencia de principios y de carácter, por consideración á cierta clase de inteligencias; además de seguir la tendencia rossiniana, se apropió la de Spontini, falseando y desnaturalizando las dos, como es de suponer. Sería difícil decir toda la aversión que sintieron Spontini y Rossini por esa explotación y esa mezcla de sus tendencias propias; si su autor hacía el efecto de un camandulero al genio desenfadado de Rossini, Spontini veía en él el artista que había vendido los secretos más inalienables del arte creador.

Muchas veces, durante los triunfos de Meyerbeer, nuestra vista se dirigía involuntariamente hacia aquellos maestros retirados, apenas pertenecientes ya á la vida real, que vislumbraban á distancia en aquella visión de gloria al hombre incomprensible para ellos. La figura artística que más encadenaba nuestras miradas era la de Spontini: aquel hombre podía considerarse con orgullo, pero sin tristeza

—porque le guardaba de ello un extraordinario disgusto del presente —el último de los compositores de ópera que consagraron sus esfuerzos con austero entusiasmo y noble voluntad á una idea artística, y cuyo origen se asociaba á una época que ofrecía á los ensayos acometidos para realizar esa idea un tributo universal de estima y de profundo respeto, á que se unían frecuentemente el afecto y el apoyo.

Rossini, con el vigor de su exuberante naturaleza, ha sobrevivido á las variaciones éticas de Bellini y de Donizetti sobre su tema voluptuoso, ese plato succulento para el gusto del público, con que había agasajado al mundo musical; Meyerbeer asiste, al par que nosotros, á sus éxitos, que inflaman al orbe entero de la ópera, y proponen este enigma á las reflexiones del artista: ¿á qué categoría de las artes públicas pertenece, propiamente hablando, el género *ópera*?.. Pero Spontini... ha muerto, y con él ha bajado visiblemente á la tumba todo un grande y noble periodo artístico, digno de un respeto profundo: ninguno de los dos pertenece ya á la vida, sino sólo á la historia del arte...

¡Inclinémonos profunda y respetuosamente ante el sarcófago del creador de *La Vestal*, de *Hernán Cortés* y de *Olimpia*!

## II

**A**cababa de saber la noticia de la muerte de Spontini, cuando escribí para un periódico de Zurich las anteriores consideraciones, tales y como me las había inspirado la gravedad del momento. Más tarde, entre los recuerdos de mi tiempo de *capellmeister* en Dresde, tuve que fijar también los singulares pormenores de mi íntimo comercio con Spontini en 1844. Encontré esos pormenores tan profundamente grabados en mi memoria, que no pude menos de atribuir esa persistencia á las cualidades especiales y sugestivas de su fisonomía, y creí, por lo mismo, que valían la pena de no quedar reservados para mí solo. Por mucha sorpresa que pueda causar la comunicación de tales recuerdos al lado de estas graves consideraciones preliminares, creo que el lector atento no descubrirá verdadera contradicción, sino que, antes bien, concluirá al fin de esta reseña que, para juzgar á Spontini desde un punto de vista serio y elevado, no necesitaba yo el estímulo de la noticia de su muerte.

RICARDO WAGNER

(Se continuará)



# LAS DOS HERMANAS

(POEMA EN PROSA)

**H**e tenido una visión.  
Se me aparecieron dos genios, dos ángeles.

Digo ángeles y genios, porque estaban desnudos y porque de los hombros de entrambos partían largas y fuertes alas.

Los dos son jóvenes. El uno tiene formas llenas, tersa la piel y negros los bucles de los cabellos.

Sus ojos oscuros, medio velados, con largas pestañas; la mirada insinuante, ávida y alegre; el rostro encantador, un tanto atrevido y algo maligno...

Los labios rojos y abultados se estremecen y el muchacho sonríe con autoridad é indolencia como persona segura de su poderío.

Una apretada corona de flores descansa muellemente sobre sus brillantes cabellos y casi descende hasta sus hermosas y aterciopeladas cejas.

Abrochada con una flecha de oro, abigarrada piel de leopardo cae ligeramente desde sus redondos hombros hasta sus caderas airosas.

Las plumas de sus alas tienen reflejos rosados; y las extremidades son de un encarnado vivo como si estuviesen mojados en fresca sangre. De vez en cuando se estremecen rápidamente las alitas produciendo un rumor argentino como el de la lluvia en primavera.

El otro mancebo es amarillento y flaco. A cada movimiento de la respiración se le marcan en el cuerpo las costillas.

Tiene el pelo rubio, fino y lacio; ojos redondos y enormes de un tono gris pálido; la mirada es muy clara y muy inquieta. Todos los rasgos de su fisonomía, así la aguileña nariz como la saliente barba donde sólo apunta un escaso bozo, parecen aguzados, y la boquita que

adorna una dentadura de pez, se mantiene entreabierta. ¡Los secos labios no habrán sonreído nunca!

Es un rostro correcto, terrible, despiadado; pero tampoco la cara del otro, del buen mozo, con ser tan bonita no expresa compasión.

En torno de la cabeza del segundo flotan algunas espigas, ya desgranadas, que sujeta un tallo marchito, y en torno de la cintura une un trapo de gerga gris; sus alas de un azul mate se mueven á compás, con lentitud amenazadora.

Los dos muchachos parecían inseparables compañeros; andaban abrazados; la mano torneada del primero colgaba como un racimo

maduro sobre la clavícula seca del segundo; y la afilada mano de éste, de flacos dedos, se extendía como un manojo de culebras sobre el blanco pecho de aquél.

Se oyó una voz, y veréis lo que me dijo:

—Están en tu presencia el genio del amor y el genio del hambre, hermanos mellizos, impulsores de cuanto existe.

Todo cuanto vive se mueve por el alimento ó por la reproducción.

El Amor y el Hambre... tienen el mismo objeto. La vida no puede cesar jamás; necesita sostenerse, y necesita crear también.

IVAN TURGUENEF.

## LA SEÑORITA NEBLINA

---

**Q**ué hora es? No puede ser de día. Sí, está oscuro, y el caso es que han llamado y llamando están, ¿quién diablo viene á despertarme?

Salto de la cama... ¡Un fósforo! ¡Una ojeada al reló! Las cuatro de la mañana. Y la campanilla dale con su tilín, tilín, frenético. Vamos á abrir. Es mi amigo M...

—¿Estás loco ó borracho?

—Ni lo uno ni lo otro. Levántate y vístete aprisita, y á la calle sin tardanza si quieres verla y seguirla. Ella sale á las cinco en punto.

—¿Pero quién? —respondí todavía aturdido del despertar.

—¿Quién? —repitió él. —¿Quién ha de ser sino la señorita Neblina?...

\*  
\* \*

Entonces me acordé. Es el caso que días atrás y discutiendo, habíamos hablado de la invención litera-

ria y de los asuntos que la realidad ofrece. Yo porfiaba que rara vez ó casi nunca se nos presentan dramas completamente ordenados, y que siempre se necesita arreglar mucho, servirse de la imaginación artística, y en una palabra, de la ficción.

Cité, por vía de ejemplo, *El hombre de las muchedumbres* de Edgardo Poe, *Las Viejecitas* de Baudelaire, y traté de calcular la parte de verdad y observación que admiten este cuento y este poema, y la parte de adorno que sin duda agregó el autor.

—Yo no pienso como tú—dijo M... —Yo creo que es muy frecuente encontrar el asunto hecho de pies á cabeza, y que es un error el arreglarlo.

—Pero se necesita la fortuna de tropezar con él.

—Yo he descubierto uno de esos asuntos completos.

—Pues cuéntamelo.

—Imposible.

—¿Pero de qué se trata?

—De la historia de la señorita Neblina.

—Diablo, el título es tentador. Venga la historia en abreviatura.

—Te digo que no puede ser. Pero paciencia. Cuando vea la ocasión propicia voy á buscarte y te hago que veas por tus propios ojos. Cuando hayas visto te comunicaré el secreto del enigma, y te aseguro que hay tela para un cuento muy bonito, sin más que escribir la que dicte la realidad.

\*  
\* \* \*

Al parecer había llegado la ocasión. Me conformé, me vestí á toda prisa y á la calle.

La niebla era intensa y apenas veíamos el punto rojo del cigarro cuando aspirábamos una chupada.

A las cinco menos cuarto ya estábamos de guardia á la puerta de la Florida en Batignolles.

Al dar las cinco abrióse la verja y una mujer pasó rozando con nosotros.

—Es ella—dijo M...—sigámosla.

La señorita ya tenía sus años y aspecto de solterona, flaca y rígida. Vestía con decencia, limpieza y humildad: sombrero ancho, mantón con flecos y manguito. La neblina no me dejó verle la cara, pero

conocí la edad por el modo de andar que indicaba huesos duros.

No obstante la vejez, la señorita Neblina andaba ligera: de fijo que tenía ocupación urgente. No aflojó el paso hasta llegar á las fortificaciones, sobre la avenida de Saint-Ouen.

Casi le pisábamos los talones, á fin de no perderla entre la densa bruma.

La vimos subir al talud.

—Va á notar que la seguimos—dije al oído de M...

—No hay cuidado, está tan absorta como una sonámbula.

Se acercó á la orilla del foso, se echó al suelo y en voz tan baja como un susurro, llamó:

—¡Nene! ¡Nene!

Estuvo escuchando un minuto por lo menos, como si esperase respuesta.

Tres veces repitió el llamamiento.

—Vámonos—dijo M...—Antes de que llame por cuarta vez, porque va á volverse.

En efecto, se levantó y volvió hacia la avenida, desandando el camino y caminando muy despacio, cabizbaja, agobiada y haciendo eses como si estuviese borracha. Cuando llegó á la verja parecía imposible que se sostuviese, y comprendimos que apenas entrase en su casa se dejaría caer al suelo como herida por el rayo. De la ver-

ja á la puerta se arrastró agarrándose al pasamanos. Parecía el espectro de la ancianidad: me causó miedo.



—Bueno—pregunté—ahora que he visto, venga la historia.

—Por de pronto—respondió M.—te diré que este espectáculo puedes disfrutarlo idéntico cualquier día de niebla. Por eso le llamamos la señorita Neblina.

—¿Tú tratas á esa mujer?

—Sí.

—¿Y cómo?

—¿Qué te importa? Supongamos que es por casualidad. Y ahora te contaré.

—Sí, ahora vendrá la invención.

—Te doy mi palabra de honor de que lo que voy á decirte es la pura verdad.

—Te creo.

—Pues en dos palabras ahí va el caso.

—La señorita de R... fué seducida á la edad de 16 años. Su padre, un viejo militar muy rígido en cuestiones de honra, mandó el chico á la inclusa. Dos días después del parto la madre leyó en un periódico, que á la izquierda de la avenida de Saint-Ouen había aparecido en el foso de las fortificaciones, el cadáver de un niño. Por rara casualidad el crimen coincidía con el envío de la criatura, y el día del crimen había sido de mucha niebla. No necesito decirte más: la infeliz vive dominada por la idea fija de que aquél cadáver; era el de su hijo. Ha concluído por volverse loca y siempre que hay niebla, como hoy y como entonces, hace lo que acabas de ver. Y aquí termina la historia.

JUAN RICHEPIN.

## LA CANCIÓN DEL PERAL

---

### I

**H**abía un gran peral en el extremo de la aldea; en la primavera parecía un ramillete de flores. La casa del jardinero se hallaba al otro lado del camino; tenía una portada de piedra parecida á la de un castillo; la hija del jardinero se llama Perrine.

Eramos novios.

### II

Tenía diez y seis años. ¡Cuántas rosas en sus mejillas! Tantas flores como había en el peral. Bajo el peral fué donde la dije:—Perrine, mi Perrine, ¿cuándo nos casamos?

### III

Todo en ella sonreía; sus cabellos

que jugaban con el viento; su talle, su pie desnudo en los pequeños zuecos; sus manos, que bajaban la rama pendiente para aspirar el perfume de las flores; su frente pura, sus dientes blancos entre sus labios rojos. ¡Ah! yo la amaba mucho.—Nuestra boda para la cosecha—me dijo—si el Emperador no te lleva soldado.

### IV

Cuando llegó el sorteo encendí un cirio, porque la idea de irme lejos de ella me destrozaba el corazón. ¡Alabada sea la Virgen María! saqué el número más alto. Pero á Juan, mi hermano de leche, le tocó mal número.

Lo encontré llorando y diciendo:—¡Madre! ¡Pobre madre mía!

## V

—Consuélate, Juan; yo soy huérfano.—No quería creerme cuando le dije:—Voy á partir por tí.—Perrine vino bajo el portal con los ojos llenos de lágrimas: eran más bellos que su sonrisa.

Ella me dijo:—Has hecho bien y eres bueno; vé, Pedro mío, yo te esperaré.

## VI

—¡Por la derecha, por la izquierda, por la derecha, por la izquierda, paso de carga! ¡Adelante, marchen! ¡Así llegamos hasta Wagram! ¡Pedro, mantente firme! hé ahí el enemigo. Ví una línea de fuego. Había quinientos cañones que tronaban á la vez, y un humo que oprimía el pecho, y sangre donde el pie se hundía.

Tuve miedo y miré para atrás.

## VII

Atrás estaba la aldea y el peral cuyas flores se habían convertido en frutos. Cerré los ojos y ví

á Perrine que oraba por mí. ¡Alabado sea Dios! ¡héme aquí valiente! — ¡Adelante, Adelante! ¡Por la derecha! ¡Por la izquierda! ¡Apunten, fuego! ¡A la bayota! — ¡Ah! ¡Ah! ¡va bien el recluta! — Muchacho, ¿cómo te llamas? — Señor, me llamo Pedro.

— Pedro, te hago cabo.

## VIII

¡Perrine! ¡Oh! ¡mi Perrine! ¡Cabo! ¡Viva la guerra! ¡Son días de fiesta, los días de batalla! Para ascender en el ejército no hay más que poner un pie delante de otro. ¡Por la derecha, por la izquierda! — ¿Eres tú, Pedro? — Sí, Majestad. — Recoge una charretera.

Había una infinidad en los hombros de los muertos.

## IX

— Señor, ¡un millón de gracias, y adelante hasta Moscow! — ¡En la enorme llanura de nieve un camino marcado con cadáveres, aquí el río; allí el enemigo; á ambos lados la muerte!

— ¿Quién pone en línea el primer pontón?

—¡Yo, señor!  
 —Siempre tú; Capitán.  
 Me dió su cruz de caballero.

## X

¡Alabado sea Dios! Perrine, mi Perrine, vas á estar orgullosa de mí. La campaña ha concluido; tengo mi retiro. ¡Suenan, las campanas para nuestra boda! El camino es largo, pero la esperanza va lejos. Allá abajo, detrás de ese monte, allí está la aldea.

Reconozco el campanario, parece que suena la campana.

## XI

Suena, ¿pero el peral?

El mes de las flores ha llegado, y sin embargo, no percibo el ramo florido. En otro tiempo se le distinguía de lejos; es porque entonces estaba en pie. Habían cortado el árbol de mis jóvenes ternuras.

Había tenido sus flores, todas sus flores tan alegres, pero sus ramas dispersas yacían por el suelo.

## XII

—¿Por qué repican, Mateo?—

—Para una boda, señor Capitán. Mateo ya no me conocía.

—¡Una boda! decía la verdad. Los novios subían las gradas de la iglesia. La novia era Perrine, mi Perrine, alegre y más bella que en otro tiempo; Juan, mi hermano, era el novio.

## XIII

A mi alrededor las personas decían: Se aman.

—Pero, ¿y Pedro?—pregunté.  
 —¿Qué Pedro?—me respondieron.  
 Me habían olvidado.

## XIV

Me arrodillé á la entrada de la iglesia. Rogué por Perrine y rogué por Juan: todo lo que yo amaba. Concluida la misa, cogí una flor del peral, una pobre flor marchita, y continué mi camino sin mirar hacia atrás.

¡Alabado sea Dios! se aman; serán felices.

## XV

—Señor.

—¿Ya estás de vuelta, Pedro?

—Sí.



—Tienes veintidos años, eres Comandante y eres caballero. Si quieres te daré por mujer una Condesa.

Pedro sacó de su seno la flor marchita cogida sobre el peral tronchado.

—Señor, mi corazón está como esto. Quiero un puesto en la vanguardia para morir como soldado cristiano.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEORARIO DE VIT

Tuvo su puesto en la vanguardia. Al extremo de la aldea existe la tumba de un Coronel muerto á los veintidos años un día de victoria.

En lugar de un nombre sobre la piedra, hay estas tres palabras: *¡Alabado sea Dios!*

P. FEVAL.

À LA LUNA

**E**strella misteriosa que apareces  
Sobre la verde y húmeda colina;  
Melancólica lágrima de plata  
Del manto de la noche desprendida;  
Tú que descubres al pastor que lleva  
Su fiel rebaño que al redil camina,  
¿A dónde vas, estrella misteriosa,  
En esta noche en que tu luz envías?  
¿Buscas, tal vez, un lecho entre los juncos  
Que crecen del arroyo en las orillas?  
¿Vas á lanzarte como hermosa perla  
Entre las aguas de la mar sombría?  
Astro brillante, si morirte debes  
Y vas entre las ondas cristalinas  
A sepultar tu blanca cabellera,  
Antes que al fin te pierda nuestra vista,  
Estrella del amor, detén tu paso,  
¡No descieras del cielo tan aprisa!

ALFREDO DE MUSSET.

## EL JARDÍN DE LA CALLE DE LOS ROSALES

**F**íaos, fíaos del nombre de las calles y de su dulce fisonomía!... Cuando después de haber saltado barricadas y ametralladoras llegué allí, á lo alto, detrás de los molinos de Montmartre, y ví aquella callecilla de los Rosacon su arroyo empedrado, sus jardines, sus casitas bajas; créime transportado á provincias, á uno de esos barrios tranquilos por donde se esparce la ciudad y disminuye para venir á morir en el lindero de los campos. Ante mí nada más que una bandada de palomas y dos hermanas de la Caridad con sus almidonadas tocas rozando tímidamente la pared. Allá en el fondo la torre de Solferino, bastilla vulgar y pesada, sitio de cita en las excursiones de los domingos á las afueras, la cual ha hecho el lugar casi pintoresco al convertirse en una ruina.

A medida que avanza la calle, se

ensancha y se anima un poco. Vénse por todas partes tiendas de campaña alineadas, cañones, fusiles puestos en pabellones; luego, á la izquierda, un portalón grande, delante del cual fuman sus pipas unos cuantos guardias nacionales.

La casa está un poco hacia atrás y no se ve desde la calle. Después de algunas explicaciones, el centinela nos deja entrar... Es una casa de dos pisos, entre un patio y un jardín, la cual no tiene nada de trágica. Pertenece á los herederos de Scribe.

En el corredor que conduce desde el patio embaldosado al jardín, están las habitaciones del entresuelo, aireadas, claras, tapizadas con un papel de flores. Allí celebraba sus sesiones el antiguo Comité Central. Allí fué á donde, en la tarde del 18 de Mayo de 1871, condujeron á los dos generales, y allí donde éstos sintieron la angustia de su última

hora, mientras las turbas aullaban en el jardín y los desertores iban á asomar sus cabezas á los cristales de las ventanas, como lobos que olfatean la sangre; allí también fué donde depositaron los dos cadáveres y los tuvieron expuestos durante cuarenta y ocho horas.

Bajo, con el corazón en un puño, los tres escalones que conducen al jardín; verdadero jardín de casa de las afueras, donde cada inquilino posee su rinconcito de grosella y alelís, separado con una verja verde con puertas que tienen su correspondiente campanilla... Por allí ha pasado la cólera de las turbas. Las verjas están en tierra y las puertas arrancadas. No ha quedado en pie más que un plantío de tilos, una veintena de arbustos recientemente podados, que lucen sus ramas, duras y grises, como garras de buitre. Una verja de hierro pintada de verde corre por detrás de ellos á guisa de tapia y deja ver á lo lejos el valle, inmenso, melancólico, donde humean multitud de chimeneas de fábricas.

Las cosas se apaciguan como los séres. Héme allí en el lugar de la escena del drama; y, sin embargo, me cuesta trabajo rehacer la impresión. El tiempo es bueno, el cielo está muy despejado. Los soldados de Montmartre que me rodean, parecen muy buenos muchachos.

Están cantando y jugando al marro. Los oficiales se pasean riendo y charlando. Solamente una pared, agujereada por las balas, y cuya cresta está toda desconchada, se levanta como un testigo y me relata el crimen. ¡Contra esa pared los han fusilado!

Parece que en el último momento, el general Lecomte, firme y resuelto hasta entonces, sintió que le faltaba el valor. Trató de luchar, de huir; dió algunos pasos corriendo por el jardín; luego, cogido en seguida, sacudido brutalmente, arrastrado, empujado, cayó de rodillas y habló de sus hijos.

—Tengo cinco, decía sollozando.

El corazón del padre había desgarrado el uniforme del soldado. También había padres entre aquella turba feroz; á su llamamiento desgarrador respondieron algunas voces conmovidas; pero los implacables desertores no quisieron oír nada, y exclamaron:

—Si no le fusilamos hoy, mañana nos fusilará él á nosotros.

Lo empujaron contra la pared. Casi en seguida, un sargento de infantería se acercó á él:

—General—dijo—va V. á prometernos...

Pero de pronto varió de idea, dió dos pasos atrás y le descargó su chassepost á quema ropa. Los otros no tuvieron más que acabar la obra.

Clemente Thomas, en cambio, no flaqueó ni un instante. Apoyado en la misma pared de Lecomte, á dos pasos de su cadáver, desafió la muerte hasta el último momento y habló con nobleza. Cuando se echaron los fusiles á la cara, por un movimiento instintivo se puso el brazo izquierdo delante de los ojos, y aquel viejo republicano murió en la actitud de César...

En el sitio donde cayeron, contra aquella pared fría y desnuda como la placa de un jardín de tiro al blanco, véanse algunas ramas de melocotonero, y en lo alto se abre una flor temprana y blanca, que las balas no alcanzaron y que la pólvora no ennegreció... Cuando salí de la calle de los Rosales, por aquellas vías silenciosas que se escalonan á los lados del terreno, lleno de jardines y de terrazas, me encaminé al antiguo cementerio de Montmartre, que han abierto de nuevo hace unos días para enterrar los cadáveres de los dos generales. Es un cementerio de pueblo, desnudo, sin árboles, todo lleno de sepulturas y de nichos. Como esos campesinos avariciosos que labrando sus tierras van comiéndose cada día un pedazo del camino vecinal, la muerte lo ha invadido todo, hasta las alamedas.

Los nichos suben unos encima de otros. Todo está lleno. No se sabe donde poner los piés.

No conozco nada tan triste como esos cementerios antiguos. ¡Se siente tanta gente sin oír á nadie! Los que están enterrados en ellos parece como que están muertos dos veces.

—¿Qué busca V.?—me pregunta una especie de jardinero sepulturero, con kepis de guardia nacional, que está arreglando la verja.

Mi contestación le asombra. Vacila un momento, mira en derredor, y luego, bajando la voz, me dice:

—Allí abajo, junto á la capota.

Lo que él llama la capota es una especie de garita hecha de tela encerada, al abrigo de la cual hay algunas ajadas sartas de abalorios de vidrios y unas cuantas flores viejas de filigrana... Al lado, una anchá fosa recién abierta. Nada de verja, nada de inscripción. Nada más que dos ramos de violetas envueltos en papel blanco, con una piedra encima de los tallos para que no se las lleve el viento fuerte del terreno...

Allí duermen uno junto á otro. En ese sepulcro de paso, se dió, mientras se devuelven á sus familias, boleta de alojamiento á aquellos dos soldados.

ALFONSO DAUDET.

# HISTORIA

## GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

*(Continuación)*

Por lo pronto, otra vez la artillería apoyó con éxito el combate. Su fuego y el del tercer cuerpo que avanzaba de nuevo puso un obstáculo á los franceses colocados á ambos lados de los matorrales de Tronville. A las tres y media llegó también la cabeza de la brigada de infantería Woy-na; ésta rechazó al enemigo y se colocó al Norte de Trouville ayudada por la brigada v. Diringshofen.

También el ala derecha del tercer cuerpo había recibido un refuerzo.

La quinta división pidió socorro á la trigésima segunda brigada del séptimo cuerpo, y á pesar de haber hecho ésta una larga marcha, se puso en movimiento desde el Mosela sobre Arry. A ella se agregó el regimien-to núm. 11; se adelantaron y entraron en combate tres baterías, llegando esta división á las cinco á la salida del bosque de Saint-Arnould. Pron-to emprendió el ataque desde las alturas de Maison Blanche, pero tres ve-ces fracasó el intento de sostenerse allí, porque también el mariscal Ba-zaine había reforzado considerablemente su posición delante de Rezonvi-lle. Aquí atacaron los franceses, pero tampoco pudieron sostenerse en las alturas, á causa del fuego eficaz de la artillería prusiana, y se retiraron. Repetidas veces se renovaron estos ataques, pero siempre fracasaron á causa del fuego de la artillería.

La razón de que las dos divisiones francesas se retiraran ante los pocos batallones prusianos, hay que buscarla en que el mariscal Bazaine recibió la noticia de que habían aparecido nuevas tropas enemigas frente á su flanco derecho, cerca de Hannoville.

Era la brigada Wedell que avanzaba, según las órdenes anteriormente recibidas, en dirección á Etain. Al mediodía la alcanzó en Saint-Hilaire la orden de presentarse en el campo de batalla.

El general de Schwartzkoppen siguió la carretera á Mars-la-Tour, para atacar al enemigo por el flanco ó por la espalda. Mientras tanto, habían extendido los franceses su ala derecha hasta el valle al Este de Bruville, reuniendo en este punto tres divisiones de caballería.

Emprendiendo el general Wedell el ataque á ambos lados del incendiado Trouville, tropezó su brigada, que constaba sólo de cinco batallones, con el desplegado frente del segundo cuerpo francés.

Dos regimientos de Westfalia avanzan á pesar del violento fuego de cañones y ametralladoras, pero de repente se encuentran delante de una profunda hondonada. Pasan ésta y suben la pendiente. Tropiezan con un nutrido fuego de infantería que se les hace muy de cerca. Habiendo perecido casi todos los oficiales, retroceden los restos de los batallones á la hondonada; trescientos hombres, que después de una marcha de seis millas no tenían fuerzas para subir la pendiente, se entregan al enemigo. El resto se reúne cerca de Trouville alrededor de la bandera que había salvado el coronel Cranach. De noventa y cinco oficiales y cuatro mil quinientos cuarenta y seis soldados, se echan de menos setenta y dos de los primeros y dos mil quinientos cuarenta y dos de los segundos. Los franceses avanzan, pero les sale al encuentro, á la derecha, el primer regimiento de dragones de la Guardia, á pesar de haber perdido ya antes doscientos cincuenta caballos y casi todos sus oficiales; á la izquierda se opone á los Chasseurs d'Afrique el cuarto escuadrón del segundo regimiento de dragones de la Guardia.

Pero en este momento avanzan también desde las alturas de Ville-sur-Yron masas de caballería que pertenecen á la división Legrand y á la brigada de la Guardia.

En la parte alemana se reúne todo lo que había disponible de la brigada Barby, en junto diez y seis escuadrones, que toman posición á la izquierda de Mars-la-Tour. Más adelante se encuentra también el regimiento de Dragones núm. 13. A galope se arroja éste contra la brigada de húsares francesa que rompe la filas del regimiento. Poco después aparece el general Barby con los restantes regimientos sobre las alturas de Ville-sur-Yron, donde se efectúa á las seis y tres cuartos el encuentro de las masas.

Una nube de polvo envuelve el combate de cinco mil ginetes; poco á poco se decide la lucha en favor de los prusianos. El general Montaign cae, gravemente herido, prisionero, y el general Legrand muere corriendo en ayuda de sus húsares con un regimiento de dragones.

La brigada de France deja acercarse al contrario á ciento cincuenta pasos, arrojándose con ímpetu á esta distancia el regimiento de lanceros sobre los hulanos de Hannover. Se resisten y reciben una ayuda inesperada del quinto escuadrón del segundo regimiento de dragones de la Guardia, que vuelve de un reconocimiento. Estos atacan por el flanco, mientras que los coraceros de Westfalia penetran en el frente del enemigo. En vano intentan los Chasseurs d'Afrique deshacerse de los hulanos de Hannover. La columna de polvo pasa más y más al Norte y toda la caballería francesa se dirige al valle de Bruville, detrás del cual hay aún cinco regimientos de la división de caballería Clérembault. El general manda una brigada en socorro de la caballería que estaba ya en retirada, pero los húsares, que huían á la desbandada, y toques de corneta mal entendidos, llevan también el desorden á esta brigada, que retrocede hasta que la infantería que salía del valle pone fin á la persecución.

Los regimientos se reorganizan tranquilamente y vuelven al paso á Mars-la-Tour, perseguidos á gran distancia de un destacamento de la división Clérembault.

Este combate de caballería, el más importante de toda la guerra, tuvo por consecuencia que el ala derecha francesa renunció á más tentativas de ataque. Mucho era de lamentar la pérdida de los jefes que siempre á la cabeza de sus tropas dieron el mayor ejemplo de heroísmo.

El príncipe Federico Carlos se presentó en el campo de combate. El sol se ocultaba en el ocaso, anohecía, se había ganado la batalla. Los prusianos estaban por la noche sobre el terreno que por la mañana habían ocupado los franceses. El general D'Albensleben había creído tropezar sólo con la retaguardia del ejército francés. Se había equivocado, puesto que tenía delante el grueso del ejército, pero no obstante esto, aceptó sin vacilación el combate. Sólo con su cuerpo sostuvo la lucha hasta la tarde y rechazó al enemigo de Flavigny hasta Rezonville. Esta acción es uno de los más brillantes hechos de armas de la guerra.

Gracias á la ayuda eficaz del décimo cuerpo, se decidió por la tarde la batalla, pero sólo por el brillante ataque de la caballería y la perseverancia incansable de la artillería. Habiendo obtenido esta victoria no se debía provocar de nuevo al enemigo, que tuvo una gran superioridad numérica, y menos aún no habiendo cerca ningún cuerpo que pudiera venir en ayuda de las operaciones.

Las fuerzas de las tropas estaban agotadas, casi toda su munición gastada, y los caballos durante quince horas ensillados y sin forraje. Una parte de las baterías sólo podía moverse al paso, y el cuerpo más próximo á la orilla izquierda del Mosela estaba á distancia de una marcha.



El Jefe superior ordenó, sin embargo de todas estas circunstancias, á las siete de la noche, un nuevo y general avance contra la posición enemiga. Al décimo cuerpo del ejército, no le fué posible responder á esta orden; sólo en el ala derecha podía avanzar una parte de la artillería y alguna infantería. Las baterías alcanzaron la altura al Sur de Rezonville pero tropezaron allí con un vivo fuego de infantería y artillería. El cuerpo de la Guardia francesa mandaba los proyectiles de sus cincuenta y cuatro cañones sobre el flanco, mientras que las baterías prusianas tenían que retroceder á sus posiciones anteriores. Avanzaron dos brigadas de la sexta división de caballería. En la oscuridad no pudieron ver al enemigo y se retiraron con grandes pérdidas acosados por un violento fuego de infantería.

El combate cesó completamente á las diez de la noche; en ambos lados se habían perdido diez mil hombres. Ni á los alemanes ni á los franceses les era posible una persecución. Los frutos de la cara victoria maduraron para los alemanes más tarde. Las tropas agotadas por una lucha de doce horas acampaban sobre el suelo ensangrentado, en frente de la posición de los franceses.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONES

Los cuerpos del segundo ejército que no habían tomado parte en la batalla continuaron su marcha hacia el Maas. En el ala izquierda avanzó la vanguardia del sexto cuerpo hasta Toul. Esta fortaleza impedía el aprovechamiento del ferrocarril. Se decía que estaba mal defendida, y se intentaba tomarla por un golpe de mano. El bombardeo por la artillería de campaña fué infructuoso. No se logró echar abajo la puerta para poder penetrar. Se desistió de la empresa no sin haber sufrido algunas pérdidas. En el Cuartel general de Pont-à-Mousson se supo al medio día que el tercer cuerpo estaba empeñado en un serio combate y que el décimo y noveno cuerpo habían salido en su ayuda. Se reconoció enseguida la trascendencia de tales noticias.

Los franceses estaban imposibilitados de efectuar su retirada, pero se suponía que harían todo lo posible para abrirse de nuevo camino.

El duodécimo cuerpo recibió por esta razón, la orden de ponerse en marcha á las tres de la mañana para Mars-la-Tour; el séptimo y octavo cuerpo debían estar preparados cerca de Corny y Arry.

Durante la noche se trabajó cuanto se pudo en la construcción de un puente; además mandó el jefe del segundo ejército al cuerpo de la Guar-

dia que se pusiese inmediatamente en marcha para Mars-la-Tour, donde tenía que tomar posición á la izquierda del duodécimo cuerpo.

La ejecución de estas órdenes fué facilitada por los jefes, que ya durante el día habían tenido noticias del combate. El príncipe Jorge de Sajonia salió con su división para Thiancourt, y el príncipe de Wurtemberg reunió la infantería del cuerpo de la Guardia en los acantonamientos del Norte, para emprender la marcha lo más pronto posible.

(17 de Agosto.) Al romper el día 17 se vieron las avanzadas francesas en toda la extensión desde Bruville hasta Rezonville. Detrás de las avanzadas se oyeron toques de corneta y se observaron movimientos de tropas que lo mismo podían significar la retirada, que los preparativos para una nueva lucha.

Ya á las seis de la mañana llegó el Rey á Flavigny. Las comunicaciones que se recibieron hasta medio día, eran, en parte, contradictorias. No se podía saber de un modo preciso si los franceses se concentraban cerca de Metz ó si emprendían la retirada por las carreteras de Etain y Briey. En ninguna parte se observaron movimientos para un ataque.

A la una había llegado ya la cabeza del séptimo cuerpo, después de un ligero combate, hasta el Bois des Ognons, á vista del cual evacuaron también los franceses Gravelotte. El octavo cuerpo estaba cerca de Gorze; el noveno, tercero y décimo habían quedado en sus posesiones; el duodécimo y el cuerpo de la Guardia iban avanzando. Para el día siguiente se podía contar con siete cuerpos y tres divisiones de caballería; para el presente se había prohibido todo ataque.

En los preparativos para intentar la batalla del 18 de Agosto, había que tener en cuenta dos casos probables.

Para acertar con uno de ellos, debía avanzar el ala izquierda en dirección al Norte, sobre Doncourt, contra la carretera más próxima, que tenían aún abierta los franceses para su retirada. En el caso de que emprendiesen este camino habría que atacarles enseguida. El ala derecha debía apoyar esta operación.

La otra probabilidad era que el enemigo se quedase en Metz. En este caso tenía el ala izquierda la orden de dirigirse al Este y encerrarle en su posición; el ala derecha debía entretenerle mientras tanto con un ligero tiroteo. Dado este caso no podía acordarse la batalla hasta entrada la noche, á causa de las grandes evoluciones que tenían que efectuar las tropas. Se presentaba aquí el raro caso de que ambas partes lucharían con

un frente cambiado y tenían que renunciar, á causa de esto, á sus líneas de comunicación. Las consecuencias de la victoria ó de la derrota eran por lo tanto mayores; los franceses tenían, sin embargo, la ventaja de la ayuda que la cercana fortaleza les pudiera prestar.

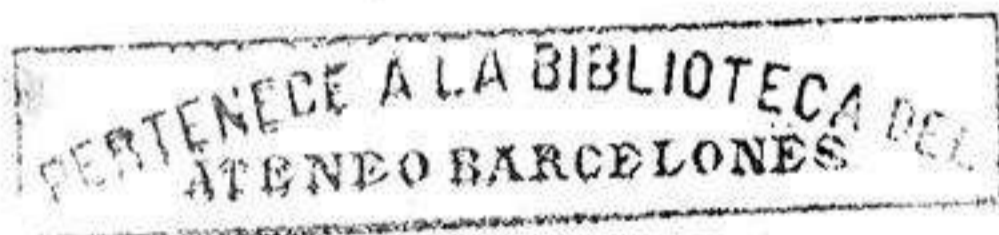
La decisión estaba tomada, y la orden para el avance se había dado ya á las dos en Flavigny. La dirección de los cuerpos durante la batalla, quedaba pendiente de las noticias que se recibieran. El Rey se volvió otra vez á Pont-à-Mousson.

Ya á las nueve de la mañana, había llegado la división de la caballería sajona al Este de Conflans, en la carretera de Etain, y comunicado que no se veía al enemigo, de lo cual se dedujo que los franceses no habían empezado aún el 17 su retirada.

Siguiendo á su caballería llegó el duodécimo cuerpo durante este día á Mars-la-Tour y á Puxieux. A la izquierda, como se había mandado, se encontró por la noche el cuerpo de guardia en Hannonville. El segundo cuerpo, después de haber dejado el ferrocarril, siguió al segundo ejército, llegando á Pont-à-Mousson, donde recibió la orden de avanzar á las cuatro de la mañana sobre Buxières.

#### BATALLA DE GRAVELOTTE—SAINT PRIVAT

(18 Agosto.)



**E**l mariscal Bazaine no había tenido por conveniente marcharse á Verdún mientras tanto que los alemanes estuviesen tan cerca y amenazasen sus movimientos por el flanco. Había preferido reunir sus fuerzas en una posición delante de Metz, que creyó, y no sin razón, casi inatacable.

Esta posición se la ofreció la altura al Oeste del valle de Chatel. La pendiente, frente al enemigo, es suave y ancha, mientras la del otro lado ofrece una buena defensa á las reservas. La ladera del terraplén la ocuparon desde Roncourt hasta Rozerieulles el sexto, cuarto, tercero y segundo cuerpos en una extensión de más de milla y media, teniendo para la defensa de esta larga línea ocho ó diez hombres por cada paso. Una bri-

gada del quinto cuerpo estaba en Saint-Ruffine en el valle del Mosela, y la caballería detrás de ambas alas.

Delante del segundo y tercer cuerpo, fueron construídas trincheras y baterías cubiertas; también se fortificaron los pequeños cortijos que había delante. Para llegar desde el Oeste á esta ala, se tenía que pasar el profundo valle del Mance. Al sexto cuerpo le faltó por completo el parque de ingeniería, que tan necesario es al ejército, y para el transporte de los heridos tenían que descargar las provisiones de los coches y quemarlas. Este cuerpo no pudo por tal razón concluir sus trabajos de fortificación hacia el bosque de Jaumont, que hubiera prestado una ayuda eficaz al ala derecha. Este hubiera sido sin duda alguna el sitio para la colocación del cuerpo de guardia, pero en el temor de un ataque desde el Sur, mantuvo el Mariscal estas reservas en Plappeville.

A las seis de la mañana del día 18 de Agosto llegó el Rey otra vez á Flavigny. Los jefes de las tropas recibieron la orden de dirigir sus comunicaciones á este punto; además se enviaron desde el Cuartel general oficiales del Estado Mayor para recoger noticias sobre la marcha de las tropas.

El séptimo cuerpo, que tenía que formar el punto de apoyo para la evolución á la derecha, ocupó los bosques de Vaux y de Ognons; el octavo cuerpo, cuyo mando se había reservado el Rey, hizo alto en Rezonville, para avanzar, según las necesidades, bien en dirección al Norte ó al Este. A la izquierda de este cuerpo avanzó el noveno hacia Saint-Marcel, mientras que el tercero y décimo seguían en segunda línea. El cuerpo de guardia y el duodécimo tomaron la dirección al Norte.

Habiendo mandado el Jefe superior del segundo ejército que el duodécimo cuerpo, que estaba á la derecha, debía formar el ala izquierda, se originó una sensible tardanza por el cruce de ambas líneas. A las nueve terminó el paso de los sajones por Mars-la-Tour, y pudo continuar el cuerpo de guardia.

Entretanto había llegado ya la vanguardia del duodécimo cuerpo á Jarny, continuando la marcha sin encontrar al enemigo.

Antes de llegar esta noticia al Cuartel general, se había adquirido la seguridad de que la fuerza principal del ejército francés había quedado en Metz, pero se engañaron sobre la extensión de la línea de batalla francesa, suponiendo que llegaba por el Sur únicamente hasta Montigny. Se comunicó por esto al Jefe superior del segundo ejército que no siguiese la marcha más al Norte, sino que atacase en unión del noveno cuerpo el ala derecha del enemigo y que el cuerpo de guardia y el duodécimo tomase la dirección á Batilly; el primer ejército atacaría cuando estuviese el segundo preparado para ayudarle.

El príncipe Federico Carlos ordenó que el noveno cuerpo avanzase en dirección á Verneville y que abriese el combate con la artillería, en el caso de que el ala derecha de los franceses se encontrase en este punto. El cuerpo de guardia siguió su marcha sobre Doncourt para apoyar el noveno cuerpo. El duodécimo tenía que hacer alto en Jarny.

Más tarde se recibieron comunicaciones de que el noveno cuerpo no tropezaría con el ala del enemigo, sino con el frente del mismo. El Príncipe general en jefe determinó desistir del ataque, hasta que el cuerpo de guardia hubiera llegado á Amanvillers. También el duodécimo recibió orden de avanzar hasta Sainte-Marie-aux-Chênes. Estando dictando esta orden, se oyeron á las doce los primeros cañonazos en dirección á Verneville.

Los dos cuerpos del ala izquierda habían tomado ya por propia iniciativa la dirección al Este, y el tercer cuerpo entró en Caulre-Ferme detrás del noveno. El jefe de este último, el general Manstein, había visto ya desde Verneville un campamento francés cerca de Amanvillers, que se encontraba al parecer muy descuidado. No podía ver que á la izquierda de Saint-Privat había grandes masas; creyó por consiguiente que tenía que habérselas con el ala derecha del enemigo, y decidió atacar enseguida por sorpresa al contrario, según estaba mandado anteriormente. Ocho de sus baterías abrieron el combate.

En muy corto tiempo entraron los franceses en sus posiciones preparadas. El ataque aislado de un solo cuerpo debía atraer, no sólo el fuego del cuerpo del enemigo que estaba enfrente, sino también el de los cuerpos laterales.

Para encontrar alguna protección en el terreno, se habían colocado las baterías prusianas en la pendiente de la hondonada de Amanvillers, pero así tomaban un frente hacia al Sureste, que fué atacado por el contrario, desde el Norte en el flanco y hasta en la espalda: además estaba expuesto al fuego de la infantería. Para evitarlo se adelantaron los batallones más próximos; ocuparon á la izquierda la punta del Bois de la Cusse, se apoderaron á la derecha de los cortijos L'Envie y Chantrenne y penetraron en el bosque de Genivaux. De este modo, adquirió el frente de combate de la división décima octava, una extensión de cuatro mil pasos.

Grandes pérdidas causaron los franceses por el gran alcance del fusil Chassepot, por medio del cual se mantuvieron fuera del dominio del fusil de aguja: la que más sufrió, fué la artillería. Una de las baterías había perdido ya cuarenta y cinco hombres cuando se arrojaron sobre ella los cazadores franceses. No había en el acto infantería para la defensa y se perdieron dos cañones. A las dos estaban casi todas las baterías fuera de

combate; algún alivio experimentaron cuando llegó la división de Hessen á Habonville, colocando á la izquierda cinco baterías á ambos lados del ferrocarril, que desviaron el fuego de los franceses. Las baterías de la décima octava división que habían sufrido más, podían retirarse, pero tenían que defenderse contra el fuego de los perseguidores.

También el tercer cuerpo y el de guardia enviaron su artillería en socorro del noveno, y todo lo que pudo ser reparado en los cañones de este último, entró enseguida otra vez en la línea de combate. De esta manera se formó delante de Vorneville y hasta Saint-Ail un frente de ciento treinta cañones, que combatió la artillería enemiga con visible éxito. Ahora ya no había que temer una ruptura de la línea por el enemigo, y menos aún habiéndose aproximado el tercer cuerpo á Verneville y estando la tercera brigada de guardia en Habonville.

El grueso del cuerpo de guardia había llegado ya á las dos á Saint-Ail. El general Pape reconoció que no tropezaría en ningún caso, con el ala derecha de los franceses, sino que sería atacado en el flanco izquierdo, desde el Sainte-Marie-aux-Chênes ocupada por el enemigo. Este pueblo grande estaba muy bien defendido y protegido en el flanco por la fuerza principal del ejército francés. Antes de avanzar más, había que tomarlo forzosamente, y para efectuarlo, se esperaba la ayuda del cuerpo sajón.

La cabeza de este había llegado á Batilly, á media milla de Sainte-Marie, y no pudo antes de las tres colocar sus baterías al Este del pueblo. Era esto una ayuda muy eficaz, puesto que la guardia había enviado casi toda su artillería para el socorro del noveno cuerpo.

Diez baterías dirigieron su fuego á Sainte-Marie, y cuando se pudo apreciar el resultado producido y después de haber llegado también la 47.<sup>a</sup> brigada del duodécimo cuerpo, se arrojaron sobre el pueblo á las tres y media desde Sur, Oeste y Norte los batallones prusianos y sajones, sin contestar al fuego del contrario. Los franceses fueron rechazados con la pérdida de algunos centenares de prisioneros.

Los sajones intentaron la persecución, desarrollándose al Norte de Sainte-Marie un vivo combate de infantería. Pero tan pronto como la brigada recibió la orden de volver, abrieron las baterías su fuego, siendo inútiles los esfuerzos de los franceses para recuperar el puesto perdido.

Poco después logró el noveno cuerpo tomar por asalto á Champenois Ferme, pero todas las tentativas de avanzar con batallones ó compañías aisladas no tuvieron éxito. Así cesó á las cinco por completo, el fuego de la infantería, y la artillería no hizo más que enviar de vez en cuando algunas balas. El cansancio en ambos lados de los combatientes, trajo la interrupción de la lucha.

El Jefe superior insistió en que el primer ejército no debería atacar antes de que el segundo hubiese llegado cerca del enemigo. Pero habiendo pasado medio día, y oyéndose á las doce el vivo tiroteo de Vionville, se creyó que había llegado el momento para el ataque; sin embargo, por el pronto se permitió únicamente á la artillería la preparación del combate.

Diez y seis baterías del séptimo y octavo cuerpo se colocaron á derecha é izquierda de la carretera que cruza Gravelotte.

A causa de la gran distancia á que se encontraba el enemigo, fué el efecto muy insignificante, y además tenía que sufrir mucho por el fuego de los cazadores franceses que se habían colocado en un cercano bosque. Era preciso rechazarlos, y para ello se empezó pronto un combate de infantería. Los franceses fueron expulsados de la pendiente al Este del valle de Mance, y la artillería pudo entonces aproximarse al borde del Este y arrojar certeros tiros á la principal posición del enemigo.

Los batallones de la brigada vigésima novena continuaron el ataque; á la izquierda avanzaron por la parte Sur del bosque de Génivaux, pero no pudieron establecer la comunicación con el noveno cuerpo que se encontraba en la parte Norte del bosque, á causa de la tenaz defensa de los franceses que se hallaron en medio. A la derecha penetraron algunas compañías en las canteras y minas de pirita de Saint-Hubert.

La artillería había alcanzado mientras tanto superioridad sobre la del enemigo. De las baterías francesas tenían que cesar el fuego algunas, otras ni siquiera pudieron tomar sus posiciones. Una parte del fuego enemigo se dirigió contra el cortijo de Saint-Hubert, cerca del cual se encontraban las tropas de la trigésima brigada. A las tres se tomó por asalto el cortijo á pesar del violento fuego de las fuerzas principales del enemigo. Habiendo pasado también la trigésima primera brigada el valle, no se consiguió un avance contra Moscou y Leipzig en el campo libre; el ataque causó grandes pérdidas. En el ala derecha se había posesionado la vigésima sexta brigada de Jussy y aseguró de este modo las comunicaciones del ejército contra Metz, pero no pudo pasar el profundo valle de Rozerieulles.

En todas partes fueron rechazadas las avanzadas de los franceses; los cortijos estaban ardiendo; su artillería parecía aniquilada, y en Gravelotte se creyó que no había que hacer ya nada más que perseguir al enemigo. El general Steinmetz mandó por esto á las cuatro un nuevo avance con fuerzas frescas.

Mientras que el séptimo cuerpo ocupaba el borde de los bosques, pasaron á galope cuatro baterías y detrás de ellas la primera división de la caballería, el largo desfiladero al Este de Gravelotte. Tan pronto como vió

el enemigo las cabezas de las columnas, duplicó el fuego de la infantería y artillería. Una de las baterías perdió en muy corto tiempo todos sus artilleros, y con el mayor esfuerzo pudo volver al borde del bosque; la segunda no llegó á tomar posición. La batería Hasse, á pesar de la pérdida de setenta y cinco caballos, y la batería Gnügge, se sostenían en Saint-Hubert, sin hacer caso del fuego de las canteras.

El primer regimiento de caballería que salió á galope del desfiladero se había dirigido de frente contra Saint-Hubert, pero el enemigo que ocupaba una posición completamente cubierta, no ofreció ningún blanco para el ataque. Se adquirió la convicción de que no se podía emplear aquí la caballería, y los regimientos volvieron al valle de Mance bajo el fuego que desde todas partes se dirigió contra ellos.

A consecuencia de esta tentativa fracasada, salieron los franceses de Point-du-Jour y rechazaron á las compañías prusianas, que estaban en campo abierto, hasta el borde del bosque. Los proyectiles del fusil Chassepot, llegaron hasta el punto donde se encontraba el Jefe superior, el príncipe Adalberto, matándole el caballo.

Llegaron nuevas fuerzas y obligaron al enemigo á regresar á su posición anterior. Saint-Hubert se había sostenido admirablemente, si bien no había más artilleros que los necesarios para el servicio de un cañón. Pero todas las tentativas para cruzar el campo abierto fracasaron, y también aquí enmudecieron á las cinco los cañones, aprovechando este intervalo las cansadas tropas de ambos lados para ordenarse de nuevo.

A esta hora había llegado el rey Guillermo con su Cuartel general á la altura al Sur de Malmaison. Pero tampoco allí se pudo ver lo que pasaba á una distancia de más de milla y media en el ala izquierda del ejército. El fuego de la artillería francesa, había cesado casi por completo en toda la línea, desde La Folie hasta Point-du-Jour, mientras que desde el Norte se percibió nuevamente un nutrido fuego de artillería. Eran las seis y á pesar de que anoecía, se quiso decidir de una vez el éxito de la batalla. El Rey mandó un nuevo avance del primer ejército, y puso á disposición del general Steinmetz el segundo cuerpo, que llegó en este momento habiendo hecho una larga marcha.

Los batallones disponibles del séptimo cuerpo fueron llevados de nuevo al valle de Mance. A ellos se agregaron los batallones colocados en el bosque de Vaux, tomando la dirección á Point-du-Jour y las canteras.

El segundo cuerpo francés había recibido refuerzo por la división Garde-Voltigeur. Todas las reservas entraron en la línea del combate. La artillería duplicó su fuego y ayudada de la infantería se dirigió contra el



enemigo que se acercaba. Los franceses mismos emprendieron el ataque, y con fuertes destacamentos de cazadores, rechazaron hasta el borde del bosque las diversas compañías que habían perdido sus jefes. Aquí cesó este avance.

El segundo cuerpo, llevado al teatro de la guerra por ferrocarril, había seguido al ejército á marchas forzadas, sin haber podido tomar parte aún en los combates. A las dos de la mañana había salido de Pont-à-Mousson y llegó por la noche al Sur de Gravelotte pasando por Buxières y Rezonville. Los Pomeranos tenían vivo deseo de atacar aún al enemigo aquel mismo día.

Hubiera sido mejor que no permitiese el jefe de Estado Mayor el ataque á una hora tan avanzada. Un cuerpo completamente intacto podía al día siguiente prestar grandes servicios, pero durante la noche no podía hacer mucho para decidir la batalla.

Pasando delante de Gravelotte, llegaron los primeros batallones hasta las canteras á una distancia de pocos centenares de pasos de Point-du-Jour. Los que seguían se vieron pronto envueltos en el combate que se libraba al Sur de Saint-Hubert, y el avance hacia Moscou no se pudo efectuar. La oscuridad no permitió distinguir ya ni amigo ni enemigo, y el fuego tuvo forzosamente que cesar. A las diez había completa calma.

Ventajoso era que el segundo cuerpo, llegado de refresco, ocupase durante la noche la primera línea del combate, para que pudieran reorganizarse las mezcladas divisiones del séptimo y octavo.

El curso del combate había demostrado que el ala izquierda de los franceses, casi inatacable, no podía ser rechazada ni con el mayor heroísmo ni con los mayores sacrificios. Ambas partes estaban frente á frente y las dos podían renovar el combate á la mañana siguiente. El éxito del día estaba pendiente de los acontecimientos en el lado opuesto.

El príncipe de Wurtemberg empezó á las cinco y cuarto en Saint-Ail, atacando el ala derecha de los franceses, pero se extendió mucho más al Norte del frente del cuerpo de guardia de lo que pensaba el jefe francés. Los sajones habían tomado ya parte en la toma de Sainte-Marie-aux-Chênes, mas para atacar el flanco del contrario los reunió antes el Príncipe heredero en el bosque de Auboué. Además se esperaba una brigada de Jarry y otra de Sainte-Marie, pero por la tardía salida del cuerpo de Mars-la-Tour, tenían que pasar bastantes horas para tomar parte en la acción.

La cuarta brigada de la infantería de guardia, correspondiendo á las órdenes recibidas, tomó posición en Jerusalem, muy cerca de Saint-Pri-  
vat. Tan pronto como se observó este movimiento en el noveno cuerpo

mandó el general Manstein que la brigada tercera de la guardia avanzase hasta Amanvillers. Los batallones de Hessen avanzaron también entre ambas brigadas. Media hora más tarde se adelantó á la segunda la primera división. Todo el frente del ataque iba dirigido contra el sexto y cuarto cuerpo francés. Los puntos de apoyo de éstos, Saint-Privat y Amanvillers, no habían sido atacados todavía por la artillería alemana, que aún tenía que hacer bastante con el ataque de la artillería enemiga en las afueras de estos pueblos.

Delante de la posición principal de los franceses, sobre la ladera, había en la pendiente, detrás de matorrales y bajos muros, que se levantaban en forma de terrazas, varias líneas de cazadores. Detrás de estas posiciones se hallaba Saint-Privat, con sus macizas casas, que estaban defendidas hasta los tejados. La planicie podía ser cubierta, por consiguiente, de una granizada de balas.

Así eran también inmensas las pérdidas del cuerpo de guardia que atacaban este punto. En el transcurso de media hora, perdieron cinco batallones todos sus oficiales, los restantes casi todos y principalmente los de mayor graduación. Miles y miles de muertos y heridos señalan la huella de los batallones que avanzan á pesar de estas inmensas pérdidas. Siempre se cierran de nuevo las filas, y bajo la dirección de nuevos oficiales jóvenes no pierden su valor. Llegando más cerca del enemigo se hace ver el efecto del fusil de aguja. Quedan rechazados los franceses de todas sus posiciones, no esperando ni siquiera el último empuje. A las seis y cuarto llegan los batallones á seiscientos y ochocientos pasos de distancia de Amanvillers y Saint-Privat. En las pendientes que ofrecen alguna protección, y en las trincheras abandonadas por los franceses, hacen alto las cansadas tropas. Sólo cuatro batallones hay en reserva en Sainte-Marie, detrás de la línea de combate, que se había extendido á cuatro mil pasos. Con ayuda de las doce baterías de guardia, se rechazan todos los ataques de la caballería enemiga y de la división Cisse, pero dos divisiones, muy reducidas por las grandes pérdidas, tienen que oponer resistencia aún durante dos horas, hasta que reciben ayuda.

A las siete llegaron á la izquierda de la Guardia dos brigadas de la infantería sajona, las dos restantes se reunieron en el bosque de Auboué mientras que su artillería había sostenido un vivo fuego contra Roncourt.

Habiendo recibido el mariscal Bazaine la noticia de que los alemanes intentaban rodear su ala derecha, había enviado ya á las tres de la tarde la división Picard reunida en Plappeville, hacia el punto anunciado. Sin embargo que la distancia no era mayor que una milla, no había llegado aún este importante socorro, y el mariscal Canrobert, que con los mayores es-

fuerzos se oponía al ataque de los prusianos, resolvió reunir sus fuerzas y marchar más cerca de Saint-Privat. Esta retirada debía protegerla una débil retaguardia sin abandonar el borde del bosque de Jaumont.

Los sajones no encontraron la resistencia sospechada, y después de un ligero combate entran en el pueblo y juntos con ellos las compañías del ala izquierda de la Guardia. Una parte de los batallones sajones había tomado la dirección á la derecha de Rencourt, para correr al socorro de la Guardia en Saint-Privat.

El fuego de veinticuatro baterías de los dos cuerpos alemanes fué destructor. Muchas casas ardían ó se derrumbaban á consecuencia de las certeras granadas. Pero los franceses tenían decidido sostener este punto tan importante para la decisión de la batalla. Sus baterías estaban colocadas entre Saint-Privat y el bosque de Jaumont, desde donde atacaron el flanco de los sajones. Otras baterías al Sur se opusieron á los prusianos, y al avanzar éstos, fueron recibidos por el fuego de los cazadores franceses que estaban á cubierto.

Todos estos obstáculos, si bien con grandes pérdidas, fueron al fin vencidos en parte con un fuego á discreción, y en parte también por asalto, sin tirar ni un tiro. Cuando se iba á ocultar el sol en el horizonte, se hallaba el ataque á trescientos pasos de Saint-Privat. Divisiones del décimo cuerpo que habían salido de Saint-Ail, se agregan á los combatientes, y desde todas partes empieza el asalto. Con gran tenacidad defienden los franceses aún las incendiadas casas y la iglesia, hasta que más y más rodeados, entregan las armas á las ocho de la noche. Más de dos mil soldados ilesos caen prisioneros y á los heridos hay que arrebatarlos de las llamas.

Bajo la protección de la brigada situada en el bosque de Jaumont, y de la caballería, huyen las divisiones del vencido sexto cuerpo francés por el valle del Mosela. Entonces llegó la división de los granaderos de la Guardia y desplegó al Este de Amanvillers la reserva de su artillería. Las baterías alemanas aceptan sin vacilación el combate que duró hasta muy entrada la noche, y los proyectiles incendian Amanvillers.

También aquí se había preparado ya la retirada del cuarto cuerpo francés, ocultándola con repetidos ataques. De esta suerte se llegó á un combate, cuerpo á cuerpo, de los batallones del ala derecha de la Guardia y del de la izquierda del noveno. Sin embargo de esto aún ocuparon los franceses Amanvillers durante la noche. A las tres de la mañana evacuó el tercer cuerpo francés su posición de Moscou; el segundo se mantuvo hasta las cinco sosteniendo escaramuzas con las avanzadas de los pomeranos que ocuparon luego la ladera de Moscou y de Point-du-Jour.

Sin los combates del 14 y 16 de Agosto no hubiera sido posible el éxito del 18.

Los franceses dicen haber perdido trece mil hombres. En Metz había en Octubre ciento setenta y tres mil hombres; por consiguiente, tenía el enemigo ciento ochenta mil hombres á su disposición el día 18. La fuerza exacta de los alemanes era en este día de ciento setenta y ocho mil ochocientos diez y ocho hombres. Con casi iguales fuerzas había sido rechazado el enemigo de una posición que apenas puede encontrarse mejor. Natural es que bajo estas circunstancias la pérdida del que ataca tenía que ser mucho mayor que la del defensor. Se perdieron en el lado alemán veinte mil ciento cincuenta y nueve hombres, entre ellos ochocientos noventa y nueve oficiales.

Si bien en pie de guerra hay para cada cuarenta hombres un oficial, había perecido en esta batalla un oficial para veintitres hombres, lo que da un glorioso testimonio del ejemplo con que los jefes han conducido á sus tropas, pero también demuestra una pérdida que en el trascurso de la guerra no podía ser repuesta. Las seis primeras batallas en los primeros catorce días de Agosto habían costado al ejército alemán cincuenta mil hombres. La patria no podía educar tan deprisa nuevas tropas, pero ya se había previsto el reforzar el ejército con gente militarmente educada.

Todavía por la noche se adelantaron los lazaretos y convoyes de la orilla derecha del Mosela: también se repusieron las municiones. Con mucho trabajo se logró encontrar en Rezonville, lleno de heridos, un cuarto para el Rey y un alojamiento para su Cuartel general, que tenía que ocuparse por la noche de las disposiciones que la nueva situación hizo necesarias. En la mañana del 19, pudo dar Su Majestad la aprobación á los nuevos planes.

#### NUEVA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

**N**o se tenía al principio el plan de sitiar á Metz; se quería únicamente observarlo, mientras que el ejército emprendía su marcha á París. Las divisiones de reserva destinadas para este fin, constando de diez y ocho batallones, diez y seis escuadrones y treinta y seis cañones, estaban ya en marcha.

Pero bajo el nuevo aspecto de la situación era necesario sitiar á Metz, lo que modificó por completo la ideada organización del ejército.

Para el fin indicado se formó un ejército especial al mando del príncipe Federico Carlos, que se componía del primero, séptimo y octavo cuerpos del actual primer ejército y del segundo, tercero, noveno y décimo cuerpos del hasta ahora segundo ejército, de la división de reserva y de la primera y tercera división de caballería; en junto 150.000 hombres.

El cuarto, duodécimo y el cuerpo de guardia, como la quinta y sexta división de caballería, formaban al mando del príncipe heredero de Sajonia, el llamado «Maas Arneé»; tenía una fuerza de 138.000 hombres. Este y el tercer ejército que constaba de 223.000, estaban destinados para el ataque del nuevo ejército francés que se formó en Châlons.

El ejército de sitio era más débil que el sitiado. Era de esperar que éste hiciera esfuerzos para romper hacia el Oeste y por consiguiente se determinó dejar las fuerzas principales á la orilla izquierda del Mosela.

Todas las órdenes salieron á las once para los respectivos jefes, después de la aprobación de Su Majestad.

Según los mandatos del príncipe Federico Carlos, ocupó el décimo cuerpo la comarca forestal desde el Mosela hasta Saint-Privat, y el segundo cuerpo la ladera desde este punto hasta Moscou. A la derecha se agregaron el octavo y séptimo cuerpos; el último se situó á ambas orillas del Mosela superior. En la altura de Pouilly estaba el primer cuerpo á derecha é izquierda del Seille, encargado de guardar los grandes almacenes que se pensaba levantar en Remilly y Pont-à-Mousson. Hacia Retonfay en el Noreste de Metz avanzó la tercera división de reserva. El noveno y tercer cuerpo acampaban como reserva en los alrededores de Sainte-Marie y Verneville. Inmediatamente se procedió á los trabajos de atrincheramiento y colocación de puentes militares sobre el Mosela, más abajo de la fortaleza.

De los cuerpos que pertenecían ahora al ejército del Maas se reunieron el duodécimo en Conflans y la Guardia en Mars-la-Tour, mientras que el cuarto cuerpo, que no había encontrado empleo en Metz, llegaba á Commercy.

El tercer ejército había avanzado en tres columnas después de pasar la montaña y haber tomado Toul la brigada bávara. Cuando los primeros cuerpos llegaron al Maas tuvieron que hacer alto durante dos días, para avanzar en una línea con el ejército del Maas. Su caballería reconoció á una distancia de tres marchas el terreno hasta Châlons y Vitry donde, desde Worth, tropezaron otra vez con el enemigo, pero encontraron únicamente pequeños destacamentos en el ferrocarril del Marne, que retrocedieron después de haber terminado los trasportes.



EL EJÉRCITO DE CHALONS.

**E**n Châlons se había formado entretanto un ejército francés compuesto de ciento sesenta y seis batallones, cien escuadrones y trescientos ochenta cañones, que se repartió entre los cuerpos primero, quinto, séptimo y duodécimo. El núcleo de este último quedó guarneciendo la frontera española, y á él se agregaron cuatro magníficos regimientos de marina y dos divisiones de caballería. El general Trochu fué nombrado gobernador de París, á donde se dirigió inmediatamente al mando de dieciocho batallones de la *Garde mobile*, que habían dado tales pruebas de indisciplina, que se temió enviarles ante el enemigo.

El Emperador, llegado á Châlons, entregó el mando del nuevo ejército al mariscal Mac-Mahón. Sospechaba el Cuartel general francés que el mariscal Bazaine debía andar de retirada á Metz y un avance del ejército de Châlons hacia las inmediaciones de Verdún podía reunir en poco tiempo ambos ejércitos y formar de este modo una fuerza respetable que oponer al enemigo. Por otra parte debía preocupar también á Mac-Mahón la seguridad de París, porque la aparición del ejército del Príncipe heredero en el Maas amenazaba tanto la capital como su flanco derecho.

Para elegir entre avanzar y retroceder había que saber antes con toda seguridad la dirección que había tomado Bazaine.

El 18 llegó la noticia de que éste había sostenido sus posiciones de Rezonville, pero que las tropas necesitaban proveerse de municiones y víveres para poder seguir la marcha. Era, por consiguiente más que probable que las uniones del ejército del Rhin estuvieran ya amenazadas, y el mariscal Mac-Mahón decidió marchar á Reims, desde donde podía llegar á París con un pequeño rodeo, á salir al encuentro del otro ejército. Mas así que se supo que el Príncipe heredero de Prusia no marchaba á Metz, puesto que habían visto delante de Vitry á la caballería prusiana, no se ocultó al Mariscal el peligro que este rodeo le podría ofrecer. Era posible una batalla, puesto que las fortificaciones de la plaza le aseguraban la retirada, en caso de un fracaso, y excluían toda persecución.

Las comunicaciones de Metz no dejaban ver claro lo que allí pasaba. Una del 18 decía: «Ha sostenido el ejército sus posiciones; sólo el ala derecha ha variado su frente.» «Las tropas necesitaban dos ó tres días de descanso,» pero el Mariscal pensaba aún «tomar la dirección Norte» y

abrirse paso sobre Mentmédy-Saint-Menehould á Châlons, si este camino no estaba bien defendido. En este caso se dirigiría á Sedan y Mézières para llegar á Châlons.

Se podía haber ejecutado antes este movimiento, pero Mac-Mahón no quiso en manera alguna abandonar á su compañero de armas. El 23 tomó por consiguiente la dirección á Stenay en lugar de marcharse á París.

Esta repentina resolución hizo olvidar todos los preparativos necesarios. En la primera marcha llegaron las tropas mojadas por la fuerte lluvia á orillas del Suippe, faltas de lo más necesario, tanto que dos cuerpos quedaron sin comer. El Mariscal se vió obligado á tomar la dirección al Norte, hacia Rethel, donde había grandes almacenes de víveres, y además el ferrocarril facilitaba el transporte de las tropas. También en la tercera marcha avanzaron las tropas algo en dirección al Este. El ala izquierda quedó en Rethel, la derecha llegó á Meuse, cerca de Vouziers. El 26 de Agosto aún se encontraba la fuerza principal entre Attigny y Le Chêne, en el canal de los Ardenes; el séptimo cuerpo y un regimiento de húsares guardaba delante de Vouziers el flanco derecho.

Mientras que el ejército francés marchaba en ancha curva hacia el Este, se dirigía al mismo tiempo el ejército alemán en dirección recta al Oeste.

Según las decisiones que se habían tomado en el Cuartel general de Pont-à-Mousson, debía hacerse el avance hacia Châlons, donde se sospechaba que estuviera el enemigo; del modo que el tercer ejército obtuviese la delantera de una marcha á la izquierda del ejército del Maas para atacarlo en el frente y en el flanco derecho, y evitar de este modo que se acercara desde el Norte á París. El 26 tenían que llegar ambos ejércitos á la línea Sainte-Menehould-Vitry.

La primera marcha, en una extensión de doce millas, condujo al ejército al Maas; la segunda, el 24 de Agosto lo llevó á la línea Saint-Dizier-Bar-le-Duc-Verdún. Fracasó la intentona de tomar al paso esta última plaza y Toul.

En este día ya se recibieron importantes comunicaciones de la cuarta división de caballería que se envió á practicar reconocimientos. Los dragones del Rin habían llegado hasta Châlons y evacuado el campamento de Mourmelon, donde encontraron rico botín á pesar de que los franceses habían intentado destruir el campamento. Una carta de un oficial que se encontró hablaba del socorro de Metz, y otra decía que el mariscal Mac-Mahón estaba con ciento cincuenta mil hombres atrincherándose en Reims. Esta última noticia la confirmaron los periódicos franceses.

El 24 ocupaba el ejército del Maas todo el terreno comprendido desde

Sommeille hasta Dombasle, mientras que las cabezas del tercer ejército se posesionaron de la carretera Saint-Menehould-Vitry. Esta última pequeña fortaleza que se entregó á la cuarta división de caballería, había sido abandonada por la mañana por un batallón de la Guardia Mobil. Este batallón compuesto de mil hombres se dirigió á Saint-Menehould, desde donde debía ser transportado por ferrocarril á París, pero la sexta división de caballería que había avanzado hasta Dampierre, le cortó el camino y todo el batallón cayó prisionero.

La quinta división de caballería llegó á Saint-Menehould; la duodécima siguió el mismo camino hasta Clermont é hizo reconocimientos hasta Varennes distante sólo dos millas de las posiciones francesas de Grand Pré, sin observar, sin embargo, nada que pudiera indicar la presencia del ejército francés.

El Argoner-Wald impedía extenderse á la derecha, pues era peligroso pasar la caballería, sin ayuda de la infantería. Los habitantes del país se mostraban muy hostiles. El Gobierno había repartido fusiles y organizado guerrillas. Hasta entonces habían empleado los alemanes sus armas contra el Emperador; desde ahora se vieron obligados á dirigirlas contra el paisanaje. Los guerrilleros dificultaban las pequeñas empresas sin poner ningún obstáculo á las grandes. El soldado que ya no tenía seguridad ni de día ni de noche, se encolerizaba; el carácter de la guerra se recrudecía y aumentaban los sufrimientos del país.

En el Cuartel general superior de Bar-le-Duc se recibió el mismo día un telegrama de París dirigido á Londres, en el cual se leía que Mac-Mahón estaba en Reims é intentaba la unión con Bazaine.

Siempre es muy peligroso cambiar un plan bien combinado, por otro nuevo, sin que para ello haya necesidad apremiante. Simples rumores y noticias, á veces infundadas, no justifican el cambio completo y repentino en la dirección de las tropas, pues sobrevienen dificultades, las órdenes dadas para el envío de los víveres, armas, etc., se hacen inútiles y las marchas sin objeto pueden fácilmente quebrantar la fe del soldado en el jefe del ejército.

Las órdenes para el siguiente día, que se dieron á las once de la mañana, indicaron á ambos ejércitos la poco meditada dirección hacia Reims en vez de Châlons. A la caballería del ala derecha se le exigió que avanzase hasta Buzancy y Vouziers para tener completa seguridad sobre la intención del enemigo.

En la guerra se tiene que calcular muchas veces por probabilidades, y lo más natural es suponer que el contrario tome las medidas mejores. No se pudo imaginar que el ejército francés dejase sin defensa á París y se si-



tuara á lo largo de la frontera belga hacia Metz. Esto parecía extraño y hasta aventurado, pero no estaba fuera de lo posible. El jefe del Estado Mayor organizó, por consiguiente, al medio día un plan según el cual podían en tres marchas reunirse cerca de Damvillers, en la orilla derecha del Maas, los tres cuerpos del ejército del Maas y los dos bávaros que estaban cerca.

Llamando los dos cuerpos que habían quedado de reserva en las inmediaciones de Metz, se podía con ciento cincuenta mil hombres aceptar la batalla ú obligar al enemigo á que la aceptase con un avance á Longuyón. Sin la batalla era imposible impedir desde esta orilla del Maas la marcha del enemigo y emplear para las operaciones á otros cuerpos del tercer ejército.

Muy pronto debía efectuarse el nuevo plan. Durante la tarde se recibieron noticias. Los periódicos hicieron público el secreto. En la Asamblea Nacional se había dicho: «El general francés que abandone á su compañero es digno de la maldición de la patria.» Se declaraba que sería una vergüenza para el pueblo francés que el valiente Bazaine quedara sin socorro, y teniendo en cuenta lo que en Francia pueden los discursos se podía presumir que las consideraciones militares fuesen pospuestas á las políticas. Un telegrama del *Temps*, de Londres, participaba la noticia de que Mac-Mahón había tomado de repente la resolución de socorrer á Bazaine, si bien un abandono de las carreteras que conducen á París hacía peligrosa la seguridad de Francia.

Por la noche consintió el Rey en la marcha á la derecha, expidiendo las órdenes á los diferentes cuerpos. El 26 trasladó su Cuartel á Clermont. El príncipe de Sajonia marchó con el duodécimo cuerpo por la mañana temprano á Varennes y mandó el avance del cuerpo de guardia á Dombasle y el del cuarto á Fleury.

La caballería que reconocía el terreno en todas direcciones, encontró que el enemigo había abandonado las orillas del Suipe sin llegar aún á las del Maas, y que estaban Buzancy y Grand-Pré ocupados. En las alturas de Vouziers se encontró un gran campamento del séptimo cuerpo francés. La aparición de algunas insignificantes fuerzas de caballería produjo allí una confusión que apenas se explica.

El general Douay recibió en Vouziers las más exageradas noticias, tanto que creyó que se preparaba inmediatamente un ataque. El séptimo cuerpo durante toda la noche, en la que no cesó de llover, estuvo sobre armas, y el Mariscal resolvió avanzar á la mañana siguiente con todas sus fuerzas á Vouziers y Buzancy. De este modo se hubiera impedido la marcha hacia el Este en la madrugada del 27, pero á tiempo aún, se supo lo falso de las noticias.

Si la jefatura del ejército alemán tenía vivo interés en saber con certidumbre los movimientos del enemigo, no lo tenían menos los franceses. Dando un empleo adecuado á la caballería en el flanco derecho no hubiera sido posible una sorpresa como la mencionada, pero la primera división de caballería se encontraba ante el ala izquierda, que no estaba amenazada, y la segunda detrás de la retaguardia.

Parece que no se quiso aceptar el ataque, sino más bien evitarlo, para llegar á Montmédy, punto de unión con el otro ejército.

No teniendo ya ninguna duda respecto al avance del contrario desde el Sur, hubiera sido lo mejor un fuerte ataque en esta dirección para combatirle ó para alejarle por lo menos de las cercanías de la línea de marcha. De no lograr esto quedaba demostrado que la marcha era imposible y que su realización tenía que producir una catástrofe.

Era en verdad la caballería alemana un enigma difícilmente penetrable para los franceses. El Mariscal no podía saber que su contrario, escalonado en una distancia de ocho millas, desde Vitry hasta Varennes, no podía atacarle seriamente.

*27 Agosto.*—Habiéndose aclarado las equivocaciones continuó el Mariscal su marcha, por lo menos en parte. El séptimo y quinto cuerpo protegían en Vouziers y Buzancy el movimiento; el duodécimo avanzó á Le Chêne, la primera división de caballería á Beaumont al parecer para saber la llegada del mariscal Bazaine. El primer cuerpo y la segunda división de caballería quedaron á orillas del Aisne.

El cuerpo alemán (sajón) que marchaba á la cabeza, había recibido orden directa de dirigirse el 27 á Dun, para ocupar los pasos sobre el Maas en su orilla derecha hasta Stenay. A las tres de la tarde se llegó á este punto y se colocaron avanzadas en la orilla izquierda.

La caballería seguía de cerca al enemigo teniendo con frecuencia escaramuzas con él. Se reconoció la salida del quinto cuerpo francés de Buzancy en dirección á Le Chêne como también la marcha á Beaumont, y la división de caballería sajona avanzó por la noche hasta Nouart. Los cuerpos bávaros alcanzaron la carretera Clermont-Verdún; el quinto, Sainte Meheould y los restantes cuerpos del tercer ejército seguían en aceleradas marchas en dirección al Norte.

Se abrigaba la esperanza fundada de encontrar al enemigo en la orilla izquierda del Maas. Se notificó al ejército de ocupación de Metz, que no hacía falta el envío de dos cuerpos, pero éstos estaban ya en marcha.

Las últimas órdenes del mariscal Mac-Mahón atestiguan bastante claro la última tentativa de avanzar en la dirección emprendida hasta entonces. Se había escalonado en la carretera más al Norte que conducía á Metz y dejado una fuerte reserva á orillas del Aisne. Pero cuando supo que no se había visto en Montmédy nada del ejército del Rhin y que éste permanecía en Metz, resolvió la retirada para la cual dió en la mañana siguiente las órdenes y comunicó sus movimientos á París.

De la capital recibió durante la noche las más apremiantes contraórdenes. El Ministro de la Guerra telegrafiaba: «Si V. abandona á Bazaine estalla la revolución.» El Consejo de Ministros exigió de la manera más terminante que socorriese á Metz. Se le decía al Mariscal que el objeto del ejército enemigo que tenía delante no era otro que ocupar á Metz, que tenía á varios días de distancia al Príncipe heredero de Prusia y que además había salido de París para su protección el recién formado décimo tercer cuerpo bajo el mando del general Vinoy.

El Mariscal sacrificó su ciencia militar y dió nuevas órdenes, pero las tropas habían salido temprano, y se originaron varios cruces á causa de las variaciones, de los malos caminos y de la lluvia, y llegaron las tropas abatidas y mojadas por la noche, ya muy tarde, á sus cuarteles.

28 Agosto.—En la dirección del Este se habían ganado apenas dos millas. El duodécimo cuerpo llegó á La Besace, el primero á Le Chêne; el séptimo hizo alto en Boult-aux-Bois porque había recibido la falsa noticia de que dos cuerpos prusianos habían ocupado á Buzancy. La misma noticia había hecho tomar posición contra este lugar al quinto cuerpo, pero por la tarde se marchó á Bois-des-Dames. La caballería alemana había recibido orden de observar al enemigo muy de cerca, pero de no molestarle ni apremiarle. También evacuó Nouart la caballería sajona á la aproximación del enemigo. En la parte alemana había que esperar la llegada del tercer ejército que aún estaba en Sainte-Menehould.

29 Agosto.—Se ordenó no provocar durante este día al enemigo; quedando en resolver lo que debía hacerse el día 30.

En su Cuartel general de Stonne supo el mariscal Mac-Mahón que el enemigo ocupaba Dun y que el puente sobre el Maas había sido cortado. Sin pontones se podía pasar el rio, más abajo, cerca de Mouzon y Villers. Sin ser

molestados llegaron su duodécimo cuerpo y la primera división de caballería á la orilla derecha; el primer cuerpo y la segunda división de caballería se marcharon á Raucourt. Detenido por pequeños encuentros en el flanco derecho no llegó el séptimo cuerpo á La Besace y entró en vivacs cerca de Oches. El quinto cuerpo debía marchar á Beaumont, pero el portador de la orden fué hecho prisionero por la caballería prusiana. El general de Failly se dirigió por consiguiente, según órdenes anteriores, á Stenay.

Exceptuando la caballería sólo el cuerpo sajón había alcanzado al enemigo, pero ahora avanzó también el cuerpo de guardia en igual altura hasta Buzancy; aquél sin embargo pasó cerca de Dun otra vez á la orilla izquierda del Maas. Su vanguardia ocupó la altura del bosque al Noreste de Nouart, expulsó la caballería francesa y entró en Champy donde el enemigo desplegó masas importantes de la división Lespart. Se había obtenido el fin deseado del reconocimiento, y se dió orden de retirada á la vanguardia. Al mismo tiempo retrocedieron los franceses á consecuencia de las órdenes del Mariscal.

En la parte alemana había del tercer ejército cuatro cuerpos á distancia de dos millas del ejército del Maas. La quinta división de caballería estaba en Attigny, en la línea de unión del enemigo, la sexta había seguido á su retaguardia y tomado por asalto á Voncq por caballería desmontada. El Cuartel general alemán había avanzado hasta Grand-Pré y en consecuencia de las comunicaciones recibidas, se ordenó atacar en el siguiente día al enemigo, antes que pasara el Maas. El ejército del Maas debía avanzar hasta Beaumont y el tercero hasta Le Chêne. Para que ambos llegasen á la misma línea no debía emprender el ala derecha su marcha antes de las diez, mientras que la izquierda tenía que ponerse en movimiento á las seis. De los convoyes podían seguir sólo los más necesarios.

## BATALLA DE BEAUMONT

(30 de Agosto.)



**E**l 30 de Agosto había ido el Rey á las diez desde Buzancy á Sommauthe; á este último punto se dirigieron también los dos cuerpos bávaros, en el centro marchaba el quinto, hacia Ochés el undécimo y la división wurtemberguesa hacia Le Chêne, el sexto á Vouziers. A la derecha avanzó el cuarto cuerpo sobre Belval y el duodécimo á lo largo del Maas, mientras que el cuerpo de guardia seguía como reserva.

El mariscal Mac-Mahón había ordenado que en este día llegaran todos los cuerpos á la orilla derecha del Maas; convoyes y enfermos debían quedarse en la izquierda.

Ya á las siete habían salido el primer cuerpo y la segunda división de caballería de Raucourt, que pasaron el río cerca de Remilly; la infantería en pontones.

El séptimo cuerpo había levantado el campamento de Ochés á las cuatro de la mañana, pero llevó en la marcha todos los carros, incluso los vacíos. Formaban una columna de dos millas de larga; siete batallones debían marchar como protección á ambos lados de la carretera, y la brigada que formaba la cola no podía echar á andar antes de las diez. Muy pronto tropezaron con la caballería prusiana, y la artillería disparó algunos cañonazos, obligándoles de este modo á colocarse en orden de batalla. Antes de la una no podían continuar la marcha á La Besace, y oyéndose un vivo cañoneo en dirección á Beaumont, creyó el general Douay que tendría que abandonar la dirección á Mouzon y tomar la de Remilly.

El quinto cuerpo debía tener probablemente la misión de proteger la marcha de los otros dos. Las tropas habían llegado á las cuatro de la mañana á las cercanías de Beaumont, y estaban muy cansadas de escaramuzas y marchas de noche.

El general Faily se decidió por esto á aprovechar las horas de la mañana para alimentar las tropas y emprender luego la marcha. Si bien se sabía que el enemigo se encontraba muy cerca, parece que no se había tomado ninguna medida de precaución, y cuando á la una y media las

tropas y los oficiales estaban ocupados en su comida, cayeron granadas alemanas en el campamento.

Los dos cuerpos del ala derecha alemana tenían que pasar sobre el suelo resbaladizo, á causa de la lluvia, la zona de bosques, en cuatro columnas completamente separadas. El Príncipe heredero de Sajonia ordenó, por consiguiente, que ninguna atacase antes que la columna vecina estuviese también preparada.

El cuarto cuerpo había salido muy temprano, y después de un corto descanso continuó la marcha á las diez. Cuando al medio día salió la octava división del bosque, vió desde las alturas el campamento del enemigo en el estado descrito, á una distancia de ochocientos pasos. El general Scholer creyó que debía sacar provecho de una sorpresa tan completa, con tanta más razón, cuanto que no podía quedar oculta por mucho tiempo su presencia al enemigo. Su artillería abrió el fuego. Los franceses se pusieron enseguida sobre las armas, y avanzaron en compactas masas de cazadores, que con su armamento de gran alcance causaron muchas bajas á las baterías prusianas. Mientras tanto vino en ayuda el grueso de la octava división, y muy pronto apareció también á la derecha la séptima, contra la cual dirigieron los franceses un vivo ataque, que fué rechazado á la bayoneta. Pero los dos batallones de ambas divisiones que iban á la cabeza, penetran en el campamento de Beaumont, luego en la ciudad, y finalmente también en un segundo campamento que se hallaba al Norte del pueblo.

Siete cañones, cuyos enganches no estaban á mano, pero que no cesaron el fuego hasta el último momento, cierto número de soldados, carros y caballos, caen en manos de los asaltadores.

A las dos cesó el combate de la infantería, pero la artillería continuó la lucha contra la de los franceses, en las alturas al Norte de Beaumont, con catorce baterías del cuarto cuerpo, que se reforzaron á la derecha por la artillería sajona, y á la izquierda por la bávara. En frente de esta poderosa línea de cañones, que avanzaba en forma de escalón, desaparecieron primeramente las ametralladoras, y luego, á las tres, los restantes cañones del enemigo.

A la izquierda del sexto cuerpo prusiano, avanzó contra La Thibaudin el segundo cuerpo bávaro, y se vió atacado muy bruscamente por una fuerte división enemiga.

Era ésta la división Conseil-Dumesnil del séptimo cuerpo francés que equivocadamente, siguiendo instrucciones anteriores, había continuado la marcha á Mouzon. Ella misma, muy sorprendida y atacada en el frente y en el flanco, perdió la esperanza de abrirse paso y se retiró á las cuatro en dirección al Norte, abandonando dos cañones.

Entre tanto los bávaros habían tomado Thibaudine y los prusianos Harnoterie. Las alturas, cubiertas de niebla, impidieron ver el valle; el enemigo había desaparecido por completo.

Bajo la protección de una retaguardia colocada en La Sartelle se esforzó el general Failly en reunir sus dispersas tropas delante de Mouzon; el general Lebrum había hecho retroceder á la orilla izquierda del Maas, para la ayuda de su compañero, una brigada de infantería y otra de caballería del duodécimo cuerpo.

Contra esta nueva posición de defensa, avanzó á las cinco próximamente por el espeso bosque de Givodeau, la octava división á cuya cabeza marchaba la décima tercera brigada. A la salida del bosque fueron recibidos los batallones por un cercano y vivo fuego. Los tiradores intentaron en vano avanzar; no se podían formar masas compactas y escalonadas por impedirlo los matorrales. Después que el cuerpo sajón hubo salido con las mayores dificultades del terreno forestal y pantanoso del arroyo Wamme, y llegado á Létanne, se vió que era imposible avanzar más en el valle del Maas, á causa de que las baterías francesas se hallaban en una posición inatacable al otro lado del río, dominando todo el valle. El cuerpo sajón subió sin embargo la altura, avanzó igualmente por el bosque de Givodeau y si bien aumentó el número de las tropas reunidas al borde Norte, no fué posible desplegarse en un ancho frente. Por esta razón cesó á las seis el combate de la infantería.

A la izquierda de la décima tertia brigada, avanzó en igual línea la décima cuarta, á la cual siguió la octava división en dos columnas.

El regimiento núm. 93 había tomado por asalto la altura al Norte de Voncq, y en la persecución del enemigo había llegado al pie del Mont-de-Brune. Cuatro ametralladoras y ocho cañones, en parte con todo su enganche, cayeron en poder del regimiento de Anhalt.

Habiendo llegado la artillería y el regimiento núm. 27, empezó el general Zychlinski el ataque á las cinco y media.

Los franceses habían ocupado el aislado monte; sus baterías estaban al Este contra el bosque de Givodeau desde donde amenazaba el ataque; pero muy pronto hicieron frente al Sur, y dirigieron un violento fuego contra las tropas del regimiento núm. 39 y el segundo batallón del regimiento número 27, que avanzaron de este lado, mientras que el tercer batallón venía del Oeste. Sin preocuparse de las pérdidas asaltaron estas tropas el monte; á su cabeza iba el jefe de la brigada y el del regimiento. Se tomaron seis cañones franceses, á pesar de la valiente defensa de los artilleros, y el enemigo fué perseguido hasta la Römerstrasse. En esto cayeron

cuatro cañones, completamente enganchados y abandonados de las tropas, en manos de los vencedores.

Sin esperar la ayuda de la décima tercera brigada, avanzan los tres batallones hacia Mouzon, pero pronto se vieron amenazados por un ataque de caballería.

El mariscal Mac-Mahón había reconocido que no se trataba ya de nada más que de la evacuación ordenada de la orilla izquierda del Maas, y por esto hizo retroceder de nuevo las fuerzas que ya habían pasado el río. Sólo el quinto regimiento de coraceros se quedó sin pasar. Cuando éste se vió alcanzado al Norte de Faubourg-de-Mouzon por los proyectiles de los prusianos, se arrojó con gran valentía sobre sus enemigos.

El empuje se dirigió contra la décima compañía del regimiento número 27. Sin formar pelotón, espera el mando de su jefe el capitán Hel-muth, y hace á boca jarro una descarga á cuyos efectos sucumben once oficiales y más de cien hombres; á quince pasos cae el valiente jefe de la caballería francesa. Los que quedaron huyen hasta las orillas del Maas y encontrando todos los puentes destruidos procuran alcanzar nadando la orilla opuesta.

Todavía quedaban delante de Mouzon considerables masas del enemigo, y contra ellas se dirigió el fuego de las baterías del cuarto cuerpo que llegaron poco á poco. Dos cuerpos bávaros tomaron el puente más abajo de Villers é impidieron su uso. Luego se tomó el arrabal, sosteniendo un vivo combate desde las casas; también aquí se ocupó el puente sobre el Maas.

El enemigo, privado de toda retirada, recibió con un nutrido fuego la octava división que salía del valle de Voncq, pero fué rechazado nuevamente contra el río. Sin esperanza alguna estaban todavía las divisiones francesas delante del bosque de Givodeau. Estos fueron atacados por la séptima división y se dispersaron en todas direcciones, después de una obstinada defensa. Al anochecer cesó la resistencia de los franceses por este lado del río. Muchos de los rezagados fueron hechos prisioneros, otros se escondieron en cortijos ó en el bosque, y los que pudieron se salvaron nadando.

También en esta batalla costó el ataque más pérdidas que la defensa. El ejército del Maas perdió tres mil quinientos hombres; el mayor número corresponde al cuarto cuerpo. Los franceses dicen haber perdido mil ochocientos hombres, pero dejaron en manos del vencedor durante el día y la siguiente mañana tres mil prisioneros, en su mayor parte no heridos, cincuenta y un cañones, treinta y tres carros de munición, muchos otros carros y una caja de guerra con ciento cincuenta mil francos. Pero, ante todo, esta batalla les había colocado en una situación apuradísima.



Mientras que el cuarto cuerpo sostenía el combate, avanzó la caballería sajona por la orilla derecha y observaba al enemigo hacia Mouzon y Carignán. La Guardia llegó á Beaumont; el general der Tann había avanzado sobre La Besace hasta Raucourt, sosteniendo pequeños combates; el segundo cuerpo se reunió en Sommauthe, el quinto llegó á Stonne y el undécimo á La Besace, de modo que había siete cuerpos reunidos entre el Maas y Bar.

Después de la conclusión de la batalla tuvo el Rey que volver á Buzancy, porque todos los pueblos más cercanos estaban llenos de heridos.

Como antes en Clermont, se notó aquí la molestia que causan centenares de huéspedes con su séquito, cuando se quiere, según las necesidades estratégicas, colocar el Cuartel general en los pueblos pequeños y no en las ciudades. Sólo con gran trabajo se pudo obtener muy tarde, ya por la noche, un alojamiento para los que tenían que preparar los planes para la mañana siguiente.

Se mandó que el 31 pasaran dos cuerpos del ejército del Maas á la orilla derecha del río, para evitar un avance de los franceses sobre Montmédy á Metz. Dos cuerpos del ejército de sitio estaban preparados en esta dirección cerca de Etain y Briey. El tercer ejército tenía que continuar sus movimientos hacia el Norte.

En vista del estado de las cosas, se había previsto ya el caso de que el ejército de Châlons pudiese pasar á terreno neutral. Por la vía diplomática se solicitó del Gobierno belga que cuidase en este caso del desarme de las tropas; si el enemigo no deponía las armas, pasaría inmediatamente la frontera el ejército alemán.

Mientras que el quinto cuerpo francés luchaba en Beaumont y los restantes pasaban el Maas, había mandado el mariscal Mac-Mahón la reunión del ejército en Sedán. No tenía la intención de librar allí una batalla, pero un corto descanso de las tropas y su provisión de víveres y municiones eran muy necesarios. Se quería efectuar la retirada sobre Mézières, donde se presentó el general Vinoy con el recién formado cuerpo décimo tercero. El primer cuerpo, que llegó por la tarde á Carignán, había hecho tomar posiciones por la noche á dos de sus divisiones en Douzy, para evitar la persecución del enemigo.

Si bien después de la batalla toda persecución era imposible á causa del río, tomó la retirada de los franceses el carácter de una disolución. Las tropas estaban muy fatigadas por los esfuerzos hechos durante día y noche, y las continuas lluvias y mala alimentación las hicieron desesperar. Inútiles marchas de un lado para otro minaron el prestigio de los jefes, y una serie de desgraciados combates les hicieron dudar de sí mis-

mos. Miles de fugitivos, pidiendo pan, emprendieron los caminos llenos de carros para llegar á la pequeña fortaleza que tan inesperadamente se había hecho punto de reunión de grandes ejércitos.

Muy tarde, después de oscurecido, llegó el emperador Napoleón desde Carignán á la fortaleza. Durante la noche del 31 se presentó en Floing el séptimo cuerpo y por la mañana el duodécimo en Bazeilles. Muy abatido se reunió el quinto cuerpo en el arrabal al Este de la fortaleza. Por la tarde llegó también el primer cuerpo, sosteniendo combates con la retaguardia de la caballería alemana y tomando posiciones en el valle de Givonne. No se podía pensar en este día en la continuación de la marcha á Mézières. Por la noche tenía que hacer frente el duodécimo cuerpo en Bazeilles donde el estampido de los cañones anunciaba la llegada de los alemanes. Se había ordenado la destrucción de los puentes allí mismo y en Donchery, pero no se efectuó la orden á causa del cansancio de todos.

*31 de Agosto.*—La Guardia y la duodécima división de caballería del ejército del Maas habían pasado este río cerca de Pouilly y en un puente de pontones en Létanne, cruzando la comarca entre el Maas y el Chiers. Siguiendo al enemigo hasta sus nuevas posiciones hicieron prisioneros á los rezagados. El cuerpo de guardia pasó en Carignán el Chiers, é hizo alto en Sachy; el duodécimo llegó hasta cerca de Douzy al Maas, y su vanguardia tocó en Francheval. El cuarto cuerpo quedó en Mouzon.

La cuarta división de caballería del tercer ejército hizo reconocimientos hasta Sedán y rechazó á las avanzadas francesas de Wadelincourt y Frénois desde donde el fuego de la artillería pudo alcanzar el ferrocarril. En el ala izquierda avanzó la sexta división de caballería en dirección á Mézières y Poix.

En cuanto el primer cuerpo bávaro hubo llegado por la mañana á Remilly, fué atacado desde la otra orilla por la artillería francesa. La de aquel cuerpo tomó enseguida posiciones en la pendiente del valle por este lado del río, y se desarrolló aquí un vivo fuego en el cual tomaron parte sesenta cañones bávaros. Entonces intentaron los franceses derribar el puente del ferrocarril al Sur de Bazeilles, pero el fuego eficaz del batallón de cazadores rechazó al enemigo; los barriles de pólvora fueron arrojados al río y al medio día pudieron las tropas pasar el puente. A pesar de una verdadera lluvia de balas penetró el batallón de cazadores en Bazeilles y ocupó el borde al Norte de este gran pueblo.

Así se vió obligado el duodécimo cuerpo francés á tomar posiciones

entre Balán y La Moncelle, y reforzado por baterías del primer cuerpo se opuso con considerables fuerzas á este atrevido batallón.

El general der Tann no juzgó conveniente entrar con un cuerpo aislado en un serio combate contra grandes fuerzas del enemigo, y como el débil destacamento en Bazeilles no pudo esperar ninguna ayuda, se retiró á las tres y media sin ser perseguido.

Mientras tanto se habían construído sin molestia alguna dos puentes de pontones cerca de Allicourt. Los tres puentes se hicieron intransitables por la noche, y ochenta y cuatro cañones aseguraban que los franceses no pudieran avanzar de nuevo. El primer cuerpo bávaro entró en vivacs cerca de Angecourt, el segundo cerca de Haucourt.

A la izquierda de los bávaros marchaba el undécimo cuerpo, seguido del quinto en dirección á Donchery. La vanguardia encontró ocupado este lugar y se extendió á la orilla opuesta del río. Más abajo de Donchery se levantaron dos puentes, mientras que el del ferrocarril, que se encontró sin defensa, fué destruido.

En el ala izquierda tropezaron los württembergueses y la sexta división de caballería, con el décimo tercio cuerpo francés que había llegado á Mézières.

El Rey trasladó su Cuartel general á Vendresse.

A pesar de una serie de marchas en parte muy molestas á causa del mal tiempo, y no teniendo otra alimentación que la de la requisa, se habían acercado en dirección al Este, al núcleo de las fuerzas francesas, el ejército del Maas, y por el Sur el tercer ejército. El mariscal Mac-Mahón había conocido seguramente que la salvación de su ejército, ó por lo menos de una parte del mismo, consistía en la inmediata continuación de su retirada. En este caso hubiera atacado inmediatamente al enemigo por el flanco el Príncipe heredero de Prusia en el reducido espacio de una milla que le separaba de la frontera belga. Sólo el estado interno de las cansadas tropas había determinado al mariscal Mac-Mahón no intentar la retirada. El ejército francés no pudo emprender en este día una marcha ordenada, únicamente pudo batirse donde encontraba al enemigo.

En la parte alemana se creyó en la marcha á Mézières, y se ordenó, por consiguiente, que el ejército del Maas atacara al enemigo en sus posiciones para tenerle ocupado, y que el tercer ejército pasara á la orilla derecha del Maas dejando sólo un cuerpo en la izquierda.

La posición de los franceses estaba protegida en la espalda por la fortaleza de Sedán. El Maas y los valles del Givonne y Floing proporcionaban buenos obstáculos. Esta línea tenían que defenderla los franceses. Un punto muy importante era el Monte del Calvario de Illy, reforzado por el

bosque de Garenne que se encuentra detrás y desde donde se extiende hasta Bazeilles un terraplén que por las muchas hondonadas ofrece buena defensa. Si los franceses querían pasar á terreno neutral tenían que tomar el camino de Illy. Bazeilles, el punto de apoyo del frente de Givonne, forma una punta saliente que se podía atacar por dos lados después de la pérdida de los puentes sobre el Maas.



## BATALLA DE SEDÁN

(1.º de Setiembre.)

**A**l practicar la unión del ejército del Maas para detener al enemigo, hizo avanzar el general der Tann, á las cuatro de la mañana envuelta en espesa niebla, á su primera brigada sobre los puentes de pontones hacia Bazeilles. Esta entró en el lugar pero encontró barricadas en las calles y fué recibida á tiros desde todas las casas. Con grandes pérdidas, avanzó la compañía de la cabeza hasta la salida Norte del pueblo, mientras que las restantes, ocupadas en el ataque de las casas, fueron rechazadas de la parte Oeste por la segunda brigada francesa del duodécimo cuerpo que vino en su auxilio. Los alemanes se sostenían en los edificios de la salida al Sur y se preparaban para un nuevo ataque. De las dos partes llegaban continuamente nuevas tropas; del lado francés una brigada del primero y otra del quinto cuerpo; y así se prolongó el sangriento combate, dirigido principalmente contra la quinta Beurmann que dominaba la calle principal del pueblo. Los habitantes tomaron parte en el combate y necesariamente tenían que volverse también las armas contra ellos.

La fuerte artillería en el borde izquierdo del Maas, no había podido tomar parte contra el incendiado Bazeilles. Habiendo llegado la octava división prusiana á las ocho á Remilly, empeñó el general der Tann sus últimas brigadas en el combate. El parque del castillo Monvillers, rodeado de un muro, y la entrada de la villa Beurmann fueron tomados por asalto. A las nueve avanzó la artillería sobre el puente, y á la octava división se la ordenó que apoyase el combate en el cual había tomado ya parte el ala derecha de los bávaros, al Sur de Bazeilles, cerca de Moncelle. En esta dirección envió ya á las cinco de la mañana el príncipe Jorge

de Sajonia, desde Douzy, siete batallones como vanguardia. Estos rechazaron á los franceses, llegando hasta Platinerie y el puente de este lugar y, á pesar del fuego del enemigo, ocuparon las casas situadas al otro lado del Givonne que se arreglaron enseguida para la defensa. De este modo se efectuó la unión con los bávaros; la batería de la vanguardia se colocó en la pendiente al Este del valle pero no ayudó más porque no se pudo realizar por el pronto el atrevido avance.

El mariscal Mac-Mahón había sido herido en Moncelle á las seis de la mañana, por un casco de granada. Haciendo omisión de los derechos de antigüedad de dos jefes de cuerpo, había entregado el mando al general Ducrot al cual se notificó á las siete, la resolución del Mariscal. El general Ducrot dió enseguida las órdenes para reunir el ejército en Illy y emprender en el acto la retirada á Mézières. Ya había enviado de su cuerpo la división Lartigue para asegurar el paso cerca de Daigny, y mandado á las divisiones Lacretelle y Vassoigne tomar la ofensiva contra los sajones y bávaros, á fin de ganar tiempo para la retirada de los restantes destacamentos. Las divisiones que se encontraban en segunda línea tomaron enseguida la dirección al Norte.

El Ministro de la Guerra había dado al general Wimpffen, llegado recientemente de Argel, la jefatura del quinto cuerpo que mandaba interinamente el general de Failly. Al mismo tiempo le había entregado el Ministro un poder según el cual debía tomar el mando superior en caso de un impedimento del Mariscal.

El general Wimpffen sabía que las tropas del Príncipe heredero se habían acercado á Donchery; juzgó imposible la retirada á Mézières y quiso hacerla á Carignán, no dudando que atropellaría á los sajones y á los bávaros, restableciendo de este modo la unión con el mariscal Bazaine. Cuando supo las órdenes del general Ducrot y tomando posiciones para un ataque á Moncelle, hizo valer, por su desgracia, el poder otorgado á él.

El general Ducrot se sometió sin resistencia; probablemente aprovechó gustoso esta circunstancia para no tomar sobre sí la responsabilidad. Enseguida se volvieron á llamar las divisiones de la segunda línea, y bajo el empuje del avance se vieron muy apuradas las débiles avanzadas de las divisiones bávaras y sajonas.

A las siete de la mañana, cuando un regimiento de la vanguardia sajona penetró en Moncelle, tenía que dirigirse el otro contra la división Lartigue que avanzaba de la derecha á Daigny. Muy pronto se desarrolló un vivo fuego. El regimiento había dejado las mochilas y olvidado sacar las municiones; se agotaron las de las cartucheras y los violentos ataques

de los zuavos en el ala derecha tenían que ser rechazados con la bayoneta.

A la izquierda se había formado poco á poco una fuerte línea de artillería que se elevó á las ocho y media á doce baterías. La división Lacre-telle había avanzado también al valle de Givonne y grandes masas de cazadores obligaron á retirarse á las nueve á las baterías alemanas. A alguna distancia se detuvieron y su fuego rechazó al enemigo, pudiendo luego ocupar de nuevo sus anteriores posiciones.

Mientras tanto había llegado á Moncelle la cuarta brigada bávara y avanzaba la cuadragésima sexta sajona. Con este refuerzo se puso fin á los pocos progresos que había hecho la división Vassoigne.

También la muy apurada ala derecha de los sajones recibió una ayuda con la vigésima cuarta división y pudo emprender la ofensiva. Los franceses fueron rechazados á Daigny perdiendo cinco cañones. En unión con los bávaros que avanzaron al Norte por el valle, se tomó después de una empeñada lucha este pueblo, el puente y los cortijos de La Rapaille.

A las diez, hora en que se verificaron estos sucesos, llegó el cuerpo de guardia. Habiendo salido de noche, marchaba en dos columnas acelerando el paso, cuando se oyeron los estampidos de los cañones desde Bazeilles. Para llevar la ayuda por el camino más corto, hubiera tenido que pasar la columna izquierda dos hondonadas y el bosque de Chevallier, pero prefirió hacer el rodeo sobre Villers Cernay, llegando la cabeza de la columna derecha á tiempo para tomar parte en la lucha de los sajones contra la división Lartigue y para quitar al contrario dos cañones.

Las divisiones llamadas por el general Wimpffen habían ocupado otra vez sus posiciones, en la pendiente al Oeste del valle, contra las cuales abrieron el fuego catorce baterías de la Guardia.

Al mismo tiempo, á las diez, había llegado á Bazeilles cerca de Lamécourt la séptima división del cuarto cuerpo, y cerca de Remilly la octava del mismo cuerpo que dirigió su cabeza á la estación del ferrocarril.

La primera tentativa de los franceses de abrirse paso para Carignán había fracasado, pero también se les cortó la retirada á Mézières. El quinto y undécimo cuerpo del tercer ejército y la división württemberguesa tenían la orden de avanzar al Norte hacia la carretera que se dirigía á este punto. Las tropas habían salido por la noche, y pasado ya el Maas cerca de Donchery, en los tres puentes de pontones. Las patrullas encontraron la carretera completamente libre, y el cañoneo que se oía en dirección á Bazeilles, hizo creer que los franceses habían aceptado la batalla en sus posiciones de Sedán. El Príncipe heredero mandó por consiguiente, que ambos cuerpos que habían llegado á la altura de Vrigne, avanzasen á la

derecha hacia Saint-Menges, mientras que los württembergueses debían quedar para la observación de Mézières. El general Kirchbach señaló á su vanguardia Fleigneux como punto de operaciones, para evitar que el enemigo se escapara á Bélgica y además conseguir una unión con el ala derecha del ejército del Maas.

El desfiladero de dos mil pasos de largo entre el monte y el río, á través del cual conduce la carretera á Saint-Albert, no había sido ni ocupado ni vigilado por los franceses. Primeramente, al entrar en Saint-Menges, tropezó la vanguardia con un destacamento enemigo que se retiró muy pronto, desplegándose en dirección á Illy. Dos compañías penetraron á la derecha en Floing, donde se defendieron durante dos horas contra los ataques del enemigo.

Las primeras baterías prusianas tenían que sostener un empeñado combate contra las fuerzas muy superiores de la artillería francesa de Illy. Al principio, protegidos únicamente por caballería y unas pocas compañías, según estas podían desplegarse á la salida del desfiladero, formaban un buen punto de ataque de la división Margueritte que ocupaba la altura. Eran las nueve cuando el general Gallifet se preparaba para el ataque, con tres regimientos de Chasseurs d'Afrique y dos escuadrones de lanceros. El primer empuje se dirigió contra dos compañías del regimiento número 87 que reciben al contrario con un fuego graneado á sesenta pasos. El enemigo avanza algo más, pero evoluciona á ambos lados y llega bajo el dominio de las tropas de ayuda que habían tomado posición en los espesos matorrales. Las baterías prusianas arrojan sus granadas en el torbellino de la caballería francesa que sufriendo grandes pérdidas vuelve y busca protección en el bosque de Garenne.

A las diez, por consiguiente al mismo tiempo en que se rechazaron en Bazeilles y en Daigny los ataques de los franceses, se colocaron ya catorce baterías del undécimo cuerpo, sobre el terraplén al Sudeste de Saint-Menges, á las cuales se agregaron más tarde las del quinto cuerpo. Fuertes columnas de infantería marcharon contra Fleigneux, y de este modo quedaba cerrado casi por completo á esta hora el círculo alrededor de Sedán.

Bastaba en la orilla izquierda del Maas un cuerpo bávaro y la reserva de artillería para impedir por este lado la salida del enemigo; á la orilla derecha había cinco cuerpos preparados para un ataque concéntrico.

Apoyados por la cabeza del cuarto cuerpo salieron los bávaros y los sajones del incendiado Bazeilles y Moncelle, rechazando los destacamentos del duodécimo cuerpo francés al Este de Balán hasta la hondonada de Givonne.

Poseyendo de este modo la punta al Sur del terraplén de Illy y esperando nuevos ataques del enemigo, se reconoció como lo más apremiante reunir y ordenar las mezcladas tropas de distintos cuerpos. Hecho esto, avanzó la quinta brigada bávara contra Balán. En este lugar halló poca resistencia, pero costó mucho trabajo tomar el parque del castillo situado al otro extremo del pueblo. Desde allí se desplegó al medio día el primer batallón muy cerca de las murallas de la fortaleza y cambió tiros con la plaza. Se originó entonces un combate contra el enemigo que había tomado otra vez posiciones en la hondonada de Givonne. Con bastantes refuerzos, emprendió éste pronto una valiente ofensiva preparada por el fuego de los cañones y de las ametralladoras. La quinta brigada bávara fué rechazada, pero con el auxilio de la sexta reconquistó despues de un combate de una hora sus anteriores posiciones.

Entre tanto desplegó el cuerpo sajón en el valle al Norte hacia Givonne. Allí y en Haybes habían entrado ya destacamentos del cuerpo de guardia. La artillería prusiana obligó á las baterías enemigas á cambiar varias veces sus posiciones y ocasionó la retirada de algunas de ellas. Los franceses intentaron varias veces un avance, pero diez cañones que entraron en el ocupado Givonne fueron tomados sin dejarles disparar un tiro, en cambio las granadas prusianas, cayeron con toda precisión en el bosque de la Garenne, donde se habían observado movimientos de grandes masas de tropas.

Habiendo sido expulsados los francotiradores de París, de Chapelle, avanzó la caballería de guardia, pasando Givonne y siguiendo el valle, para establecer la unión inmediata con el ala izquierda del tercer ejército. Al medio día lo habían efectuado los húsares.

La brigada cuarenta y una del tercer ejército había bajado de Fleigneux al valle superior del Givonne. La retirada de los franceses empezó en dirección al Sur de Illy. Treinta carros enganchados y centenares de caballos sin jinete cayeron en manos del regimiento núm. 87 que tomó también ocho cañones. La caballería de la vanguardia del quinto cuerpo hizo prisionero al general Brahaut, á numerosos soldados de infantería dispersos, ciento cincuenta caballos y cuarenta carros de municiones y equipajes.

También en la dirección á Floing intentaron los franceses salir, pero poco á poco se reforzó allí la infantería y el enemigo que había entrado en el pueblo fué expulsado. El fuego de veintiseis baterías del ejército del Maas, se cruzó con el de las baterías de la Guardia que habían tomado posiciones en la pendiente al Este del Givonne. El efecto fué terrible; los cañones franceses fueron destrozados y muchos carros de municiones reventaron.



El general Wimpffen había creído al principio que el avance de los alemanes desde el Norte, había sido nada más que un simulacro, pero al medio día se convenció en el terreno mismo de la seriedad de este ataque. En su consecuencia mandó que las dos divisiones del primer cuerpo que estaban en segunda línea detrás del frente del Givonne, saliesen de nuevo para las alturas de Illy en el refuerzo del general Douay. Volviendo al duodécimo cuerpo le encontró en plena retirada á Sedán. Al general Douay pidió que enviara socorro en dirección á Bazeilles. Efectivamente salieron para este punto la brigada Maussion y la división Dumont, que relevó á la división Conseil-Dumesnil. Todas estas marchas cruzadas se verificaron en el terreno al Sur del bosque de Garenne dominado de dos lados por la artillería alemana. La caballería en retirada aumentaba la confusión y varios batallones volvían á la dudosa seguridad del bosque.

El general Douay apoyado por destacamentos del quinto cuerpo ocupó de nuevo el Monte del Calvario, pero á las dos tuvo que evacuarlo y desde entonces se dirigió al bosque el fuego de sesenta cañones de la Guardia.

Sólo la división Lièbert se había sostenido en sus fuertes posiciones en las alturas al Norte de Casal. Poco á poco se pudieron reunir en Floing fuerzas suficientes del quinto y undécimo cuerpo alemanes, una parte de las cuales subió después de la primera la pendiente del monte y otra se dirigió al Sur contra Gaulier y Casal, mientras que varios destacamentos avanzaron desde Fleigneux. Las tropas tan mezcladas excluían toda unidad en la dirección y durante largo tiempo quedó el combate indeciso. Atacada por dos lados y apurada por las granadas decayó al fin la fuerza de la division francesa. Las reservas del séptimo cuerpo habían sido llamadas ya á otros sitios del campo de batalla y para salvar la situación se sacrificó, aquí también, la caballería francesa.

Con cinco regimientos de caballería ligera y dos de lanceros viene en socorro desde el bosque de Garenne el general Margueritte. Gravemente herido al principio, cede el mando al general Gallifet. Teniendo que pasar por un terreno desfavorable para la caballería, y apurado por el violento fuego de flanco de las baterías prusianas, se pierde antes del ataque la unión interna. Con toda decisión se arrojan los escuadrones sobre la cuadragésima tercera brigada de infantería, que estaba en parte en terreno cubierto, en parte en campo libre, en línea y en pelotones. En varios puntos rompen la línea y desde Casal penetran algunos ginetes entre los cañones, pero las compañías que están más atrás impiden el avance. Los coraceros salen de Gaulier y atacan por la espalda al contrario, pero tropiezan con

húsares prusianos y huyen en dirección al Norte. Otros destacamentos llegan hasta el desfiladero de Saint-Albert donde los reciben los batallones colocados allí, ó penetran en Floing, siendo rechazados por los cazadores del regimiento núm. 5, que tienen que hacer frente á dos lados. El ataque de los franceses se repite varias veces; una media hora dura la desesperada lucha, pero cada vez con menos éxito. El fuego de la infantería á corta distancia cubre todo el campo con ginetes muertos ó heridos. Muchos cayeron en las canteras y de las pendientes, pocos pasaron nadando el Maas y apenas la mitad de los valientes encuentra protección en el bosque.

Tampoco estos grandes sacrificios de una lucha gloriosa de la caballería francesa, podían cambiar la suerte del día. La infantería prusiana había tenido pocas bajas y continuó enseguida el ataque contra la división Lièbert. Este avance costó grandes pérdidas; así, por ejemplo, sólo quedaron tenientes para mandar los tres batallones del regimiento núm. 6. Habiendo tomado por asalto Casal, se retiraron los franceses, después de una valiente defensa, á su último refugio, el bosque de Garenne.

Cuando entre una y dos el combate en Bazeilles había tomado al principio un curso favorable, el general Wimpffen quiso ejecutar de nuevo su primitivo plan, es decir, arrollar á los bávaros, cansados por la lucha, y abrirse camino á Carignán con el primero, quinto y duodécimo cuerpo, mientras que el séptimo debía resguardar este movimiento por la espalda. Las órdenes de este plan no llegaron en parte á los cuerpos respectivos, ó llegaron tarde, ó llegaron cuando ya era imposible darles cumplimiento.

A consecuencia de las instrucciones antes mencionadas se podía disponer aún de las divisiones Goze y Grandchamp, además de la división Vassoigne. A las tres de la tarde avanzaron las dos primeras desde el valle de Givonne sobre la altura al Este y la vigésima tercera división sajona que se encontraba en marcha en la orilla izquierda del Givonne, valle arriba, se vió inesperadamente atacada por batallones y baterías cerrados. Ayudados por el ala izquierda del cuerpo de guardia y el fuego de artillería desde la pendiente al Este se logró muy pronto hacer retroceder al enemigo y hasta entrar en el valle de Givonne. Parecía haber sido agotada la fuerza de los franceses; á centenares se entregaron. Tan pronto como se hubieron tomado posiciones en las alturas al Oeste de Givonne se colocó allí la artillería y á las tres formaban veintiuna baterías una línea de cañones que llegó de Bazeilles hasta Haybes.

Se tenía que tomar todavía el bosque de Garennes en el cual andaban destacamentos de todos los cuerpos y de todas armas. Después de una des-

carga de metralla subió desde Givonne la primera división de guardia y los batallones sajones se agregaron, mientras que desde Illy avanzó el ala izquierda del tercer ejército. Se originó una gran confusión, defendiéndose algunos destacamentos franceses con gran valentía, otros se entregaron á miles y á las cinco de la tarde se posesionaron del bosque los alemanes.

Entre tanto se vieron bajar á Sedán largas columnas. Dentro y en las cercanías de esta plaza, se formaban masas apiñadas de tropas en las cuales caían las granadas de las baterías alemanas, desde las dos orillas del Maas. Pronto se levantaron llamaradas en la ciudad, y los cazadores bávaros que habían avanzado sobre Torcy, se preparaban á subir por las empalizadas de una de las puertas, cuando á las cinco y media se vieron banderas blancas en las torres.

El emperador Napoleón se había negado á seguir al general Wimpffen en su tentativa de romper el círculo; antes por el contrario, le invitó á entrar en negociaciones con el enemigo. El Emperador reiteró esta orden y cesó repentinamente el fuego de los franceses.

En la altura al Sur de Frénois, donde el Rey había observado desde la mañana la marcha del combate, apareció el general Reille con una carta autógrafa del Emperador, de cuya presencia en Sedán no se había sabido nada. Napoleón puso su espada en manos del Rey, pero como él sólo se constituía prisionero con esta acción, se exigió en la respuesta, que se mandara á un oficial con poderes, para que concertase con el general Moltke las condiciones de la capitulación del ejército.

El encargado de efectuar esta dolorosa misión era el general Wimpffen, que no tenía parte alguna en la situación desesperada en que había sido colocado el ejército francés.

Se hicieron las negociaciones en la noche del 2 de Setiembre en Donchery. Los alemanes tenían que aprovecharse de las ventajas obtenidas sobre tan poderoso enemigo como lo era Francia. Si los franceses habían tomado como ofensa la victoria de las armas alemanas sobre una nación extranjera, no podía ahora ninguna magnanimidad mal empleada hacerles olvidar la propia derrota. No quedaba más que insistir en la entrega de las armas y de hacer prisionero á todo el ejército; únicamente se concedía libertad á los oficiales, bajo palabra de honor.

El general Wimpffen declaró que no podía aceptar bases tan duras; se interrumpieron las negociaciones, y los oficiales franceses volvieron á la una á Sedán, advertidos de que, si las condiciones no quedaban firmadas á las nueve de la mañana siguiente, la artillería abriría el fuego.

Comprendiendo la imposibilidad de la resistencia, firmó el general Wimpffen en la mañana del 2 de Setiembre la capitulación.

El mariscal Mac-Mahón tuvo suerte en ser herido al principio de la batalla, pues de otro modo hubiera tenido él que firmar las condiciones, y si bien había seguido estrictamente las órdenes de París, no se hubiera sentado más tarde para juzgar á su compañero de armas, á quien no pudo libertar.

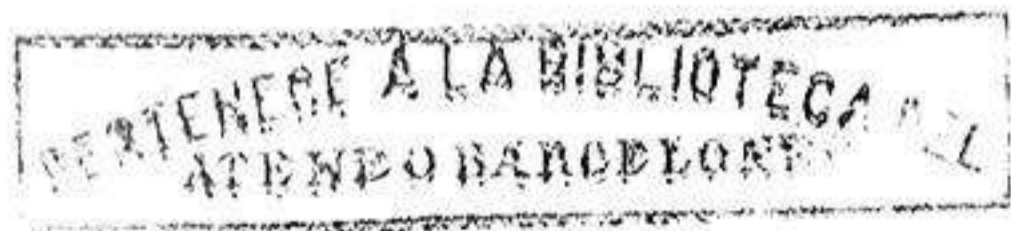
No se explica por qué festejamos el 2 de Setiembre, no habiendo sucedido nada de memorable en ese día, pues todo era la inevitable consecuencia del verdadero día de gloria para las armas alemanas, del 1.º de Setiembre.

La brillante victoria de este día costó al ejército alemán cuatrocientos sesenta oficiales y ocho mil quinientos hombres. Mucho mayor fué la pérdida de los franceses, que tuvieron una baja de diecisiete mil hombres, principalmente ocasionada por el completo desarrollo de la artillería. Ya durante el combate se hicieron veintiún mil prisioneros, y por la capitulación ochenta y tres mil, en junto ciento cuatro mil prisioneros, que se llevaron por de pronto á la península Iges que forma el Maas. Faltando completamente los víveres, permitió el comandante de Mézières la utilización del ferrocarril hasta Donchery para llevar alimentos. Dos cuerpos de ejército tenían que encargarse de la vigilancia y transporte de los prisioneros, que se hizo en destacamentos de dos mil hombres por las carreteras de Etain y Clermont á Pont-à-Mousson, donde los recibió el ejército de sitio de Metz, repartiéndolos luego por toda Alemania.

En el territorio belga fueron desarmados tres mil hombres.

Se tomaron; tres banderas, cuatrocientos diez y nueve cañones de campaña y ciento treinta y nueve de plaza, sesenta y seis mil fusiles, más de mil carros y seis mil caballos útiles.

Con la aniquilación completa de este ejército cayó el Imperio en Francia.

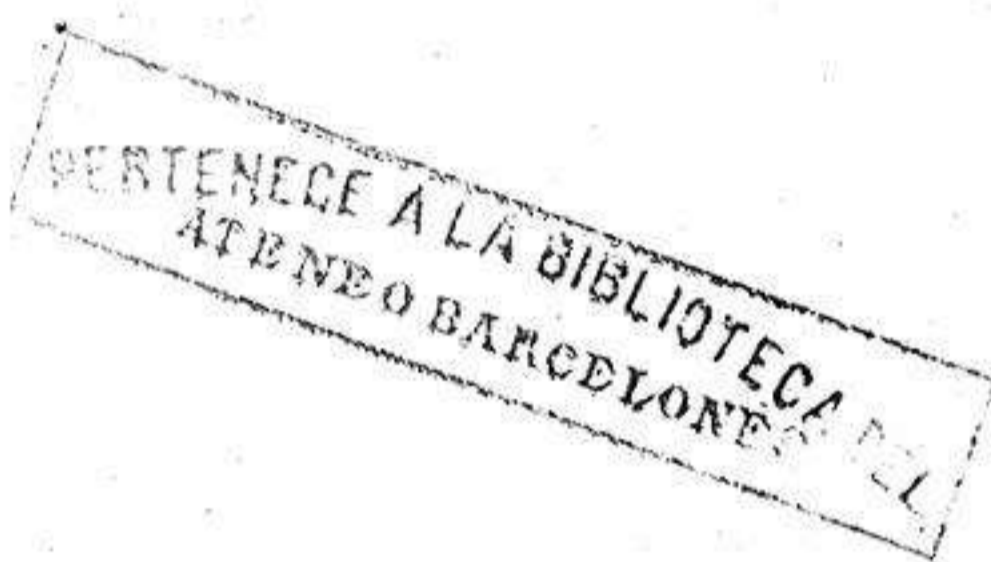


# HISTORIA

DE LA

## GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

II



**M**ientras que una parte de los ejércitos alemanes avanzó victoriosamente, la otra quedó detenida en Metz.

El círculo de las avanzadas del sitio tenía una extensión de más de seis millas; por consiguiente, si el enemigo trataba de romperla, sólo se le podrían oponer en el primer momento débiles fuerzas; era, pues, indispensable fortificar las posiciones aisladas. Estos trabajos, el saneamiento de los cercanos campos de batalla, la atención continua á todos los movimientos del enemigo, y finalmente, la construcción de alojamientos, absorbían todas las fuerzas de las tropas y de sus jefes. No sólo había que cuidar á los heridos, sino también á los enfermos que aumentaban continuamente á causa del tiempo lluvioso y frío y por la falta de alojamientos. En cambio la permanencia allí facilitaba la alimentación de las tropas, que recibían abundantes dádivas de sus casas.

Los primeros días pasaron sin que los franceses hubiesen emprendido algo hacia fuera. Estaban ocupados en organizarse y en reponer sus municiones.

El 20 de Agosto había escrito el mariscal Bazaine á Châlons: «Daré noticias de mi marcha si puedo efectuarla.» El 23 escribió al Emperador: «Si la noticia de la disminución del ejército de sitio se confirmase, quiero emprender la retirada sobre las fortificaciones del Norte para no exponerme.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
 ATENEO BARCELONÉS

SALIDA DE METZ

(26 de Agosto.)

**E**l Mariscal reunió el 26 de Agosto sus fuerzas principales en la orilla derecha del Mosela, cuando el ejército de Châlons estaba aún á una distancia de quince millas y no se tenía noticia de su avance hacia Metz.

Este movimiento no se les escapó á las avanzadas, que lo notificaron enseguida por telégrafo.

Para reforzar la tercera división de reserva en Malroy, pasaron diez batallones del décimo cuerpo de la orilla izquierda á la derecha, y se situaron en Argancy. La vigésima quinta división estaba preparada en el puente de Hauconcourt, y el primer cuerpo estrechó más sus fuerzas alrededor de Servigny. Suponiendo que la salida al Norte hubiese tenido un éxito satisfactorio, podían todavía impedir en Diedenhofen la marcha del enemigo el tercero y cuarto cuerpo, y una parte del noveno.

El paso por los pontones desde la isla Chambière había retrasado mucho el avance de los franceses; al medio día, sin embargo, estaban estrechamente concentrados su tercero, segundo, cuarto y sexto cuerpos entre Mey y Grimont. Algunos destacamentos franceses rechazaban á los alemanes en el Sudeste de Metz, en varios puntos, pero en lugar de emprender un ataque general, reunió el Mariscal á todos los jefes de los cuerpos para una conferencia en Grimont. El comandante de Metz declaró que no había más municiones de artillería que las necesarias para un combate, y que el ejército se encontraría sin defensa después de haberlas gastado, en medio del enemigo; la fortaleza no estaba aún en estado de defensa, y no podía resistir un sitio si el ejército abandonaba la plaza. Todo esto se debía haber sabido en Metz antes de emprender la salida. Era lo más importante, ante todo, conservar el ejército, pues nada puede prestar mejores servicios á un país, especialmente si se quiere entrar en negociaciones de paz. Todos los generales hablaron en contra del movimiento ya emprendido, y el Jefe superior, que no había expresado su opinión, dió á las cuatro la orden de retirada.

Cuanto se hizo el 26 de Agosto no fué otra cosa que un simulacro. El

Mariscal notificó al Ministro de la Guerra que era «*imposible*» romper las líneas del contrario por la falta de municiones si no obligaban á retirarse al enemigo ataques de fuera. Con premura se pidieron á París noticias sobre «*la opinión del pueblo.*»

No tiene duda alguna que el mariscal Bazaine no obró solamente por razones militares, sino también por razones políticas; la cuestión es si podía haber obrado de otra manera en vista de la desorganización que había en Francia. De las arriba mencionadas comunicaciones y su comportamiento en las batallas, se comprende que estaba muy poco dispuesto á separarse de esta plaza. Dentro de sus muros podía conservar intactas sus fuerzas hasta un momento dado. A la cabeza del único ejército entero que quedaba en Francia, adquiriría una posición sin igual en el país. Estaba, pues, obligado á libertar este ejército. Romper el círculo, aun con éxito satisfactorio, lo hubiera debilitado mucho, y no podía el Mariscal, como primer autoridad en el país, ofrecer tan alto precio por su salida, pues si se tratase de concertar la paz, preguntarian los alemanes: «¿Dónde está la autoridad con la cual puede tratarse, después de la caída del Imperio, que tenga fuerza bastante para garantizar los compromisos?» No está probado ni hay que suponer que el Mariscal, si hubiese podido efectuar sus planes, hubiera obrado de otro modo que en interés de Francia.

Pronto se reunió en París un número de hombres que, sin preguntar á la nación, figuraban por iniciativa propia como Gobierno, y tomaban en sus manos la dirección de los asuntos. Enfrente de éstos, apoyado en su ejército, podía el Mariscal presentarse como rival y hasta como enemigo; podía, y esto era un crimen á los ojos de los parisienses, restablecer la autoridad del Emperador, á quien había jurado fidelidad. No se puede decir que no hubiera ahorrado con esto al país mayores sufrimientos y sacrificios. Si después se le acusó de traición, fué únicamente porque la vanidad nacional de los franceses necesitaba un traidor para explicar la derrota.

Pocos días después del simulacro del ejército sitiado, fué disminuido el ejército sitiador en virtud de órdenes superiores, mandando que el 29 se enviasen el segundo y tercer cuerpos á Briey y Conflans. En esta posición podían operar tanto contra el uno como contra el otro Mariscal. El décimo tercero cuerpo, formado de la diecisiete división, que había guardado hasta ahora las costas, y el Landwehr, se encontraba ya en marcha á Metz.

El mariscal Bazaine reconoció mientras tanto que con negociaciones nada conseguiría, y decidió abrirse camino con las armas. Las tropas recibieron alimentos para tres días, y la administración se proveyó además

de los almacenes de la fortaleza. Se comprende que también se intentaba la salida por la orilla derecha del Mosela. En la izquierda estaba atrinchada la mayor parte de las fuerzas enemigas. El país montañoso era además difícil de pasar, y siempre hubiera chocado en su marcha á París con el ejército del Príncipe heredero. Al Este de Metz, por el contrario, se encontraba espacio para el completo desarrollo de los cuerpos. Si se dirigiesen luego al Sur, tropezarían con la parte más débil del ejército sitiador en un campo abierto. La marcha al Norte y á lo largo de la frontera belga ofreció mayores dificultades y más serios peligros. Este fué, sin embargo, el camino elegido por el Mariscal. Allí se dirigió también el ejército de Châlons, se supo que se aproximaba, y el 31 de Agosto, cuando este último llegó á Stenay en deplorables condiciones, hizo su salida de Metz el ejército del Rhin.

BATALLA DE NOISSEVILLE

(31 de Agosto.)

**D**e los cuerpos que se hallaban á la orilla derecha del Mosela, debía el tercero cubrir el flanco derecho y apoyar el avance de los restantes, alarmar desde muy temprano al enemigo en dirección Sudeste con una división, y tomar posiciones contra Noisseville. Para el avance del resto del ejército se habían tendido tres puentes de barcas y arreglado los caminos que conducen á la altura de Saint-Julien. El paso del cuarto y sexto cuerpos debía empezar á las seis para tomar posición desde Mey y Grimont, en unión con el tercer cuerpo, detrás del cual se reunirían en segunda línea el segundo y el cuerpo de guardia. Con la reserva de la artillería y caballería se esperaba terminar el paso sobre el Mosela á las diez; los convoyes estaban en la isla Chambière. De este modo se podía disponer al medio día de cinco cuerpos en una extensión de milla y media en la línea de sitio Retonfay-Argancy ocupada sólo por dos divisiones alemanas.

A las siete de la mañana avanzó la división Montaudon desde el fuerte Queuleu, en dirección al Este, y rechazó á las avanzadas hasta Aubigny. En el campo alemán nadie se dejó engañar por esta apariencia de retirada. Se había reconocido á tiempo el movimiento en el campo enemigo, y las



grandes masas de tropas que se veían delante del fuerte Saint-Julien, hicieron esperar con seguridad la tentativa de salir en dirección al Norte. Para oponerse á esta evolución se hicieron enseguida los preparativos necesarios.

Del octavo cuerpo marchó la vigésima octava brigada á Courcelles, y la tercera del primer cuerpo se acercó más á Servigny. Las tropas del décimo cuerpo, de las cuales se podía prescindir en la orilla izquierda, se encaminaron á la de la derecha; el noveno cuerpo se reunió para entrar en acción tan pronto como hiciera falta. También el tercer cuerpo y la primera división de caballería se acercaron en dirección al terraplén de Saint-Privat, y el segundo recibió la orden de estar preparado para el viaje.

La marcha de los franceses se efectuó esta vez peor aún que el día 26; el cuarto y sexto cuerpos se cruzaron en los puentes y llegaron al lugar de la cita, distante una media milla, á la una; renunciaron al ataque y prepararon la comida. También en las escaramuzas de Aubigny, al Este y al Norte de Rupigny, suspendieron las hostilidades. A las tres se presentó el cuerpo de guardia; la artillería y la caballería no habían llegado aún; reinaba calma completa, y pudo conseguirse dejar el ataque para el día siguiente, pues se había retirado ya una parte de los refuerzos, cuando de repente, á las cuatro, empezaron los franceses un violento fuego de artillería.

El Mariscal había llamado á los jefes á Grimont para comunicarles sus disposiciones de ataque.

El avance de los franceses hacia el Norte debía ser preparado por una ofensiva en dirección al Este para asegurar el flanco derecho, pues saliendo por Malroy-Charly, no podían continuar la marcha mientras el enemigo estuviese en Servigny, y dominase con sus fuegos la pendiente de sólo cinco mil pasos que hay hasta el Mosela. De ningún modo podía el Mariscal pensar en pasar la reserva de artillería que se presentó á las seis en el campo de batalla, y menos aún los convoyes que estaban en la isla Chambière. La caballería desfilaba aún, y no podía llegar antes de las nueve de la noche.

Las órdenes del Jefe francés correspondían á esta manera de entender la situación.

Dos cuerpos, el tercero y el segundo, al mando del mariscal Le Boeuf, recibieron la orden de avanzar á ambos lados del valle de Sainte-Barbe para rodear desde el Sur la primera división prusiana en Servigny; el cuarto cuerpo debía atacarla de frente. El sexto debía marchar contra la división de reserva en Charly-Malroy. Los dos últimos estaban al mando del general Canrobert, quedando la guardia de reserva.

Según estas disposiciones, tenía que aceptar el combate el general Manteuffel con débiles fuerzas contra una gran superioridad. Podía suceder esto en Saint-Barbe, posición que no era difícil de rodear, ó en la más expuesta de Servigni-Poix-Failly, que ofreció buen campo para el tiro de cañón. Por consejo del jefe de la artillería, el general Bergmann, se eligió esta última posición y se mandó allí la brigada de Landwehr d'Antilly, que fué repuesta por la vigésima quinta división. Diez baterías se colocaron mil pasos delante de los puntos ocupados por la infantería. La eficacia de sus fuegos era muy superior á la del contrario, que muy pronto tuvo que cesar sus disparos. El ataque del cuarto cuerpo francés, flanqueado desde Rupigny por tres baterías, se interrumpió durante algún tiempo, y como habían podido rechazar á los prusianos de Saint-Barbe, no emprendió el cuarto cuerpo un ataque serio contra la división de reserva en Malroy-Charly. Por el contrario, el mariscal Canrobert recibió orden de enviar algunas tropas contra el pueblo de Failly, formando el punto de apoyo al Norte de la posición de Servigny. En cumplimiento de esta orden salió á las siete y media la división Tixier de Villers-l'Orme, pero encontró en Failly una obstinada resistencia. Atacados por dos lados y recibiendo una verdadera lluvia de balas, se mantuvieron los prusianos en la posesión de este lugar, hasta que la brigada de la Landwehr vino desde Vremy en su ayuda.

Mucho más favorables para los franceses que en este rincón entre dos posiciones enemigas, era su posición al Sur de Servigny, donde se opuso al tercero y segundo cuerpo sólo la tercera brigada del primer cuerpo prusiano desde Retonfay. En el valle del arroyo Vallières habían avanzado las divisiones Montaudon y Metman sobre Nouilly; la brigada Clinchant tomó por asalto, á pesar de una fuerte resistencia, la fábrica de cervezas, y obligó á las siete á los defensores de Noisseville á la retirada. Montoy y Flanville fueron ocupados, y más al Sur rechazada la cuarta brigada sobre Coincy y Château-Aubigny. También tuvieron que retroceder las baterías de la primera división atacadas por fuertes pelotones de cazadores desde la hondonada, refugiándose á las siete en la posición de la infantería Poix-Servigny, defendiéndose al mismo tiempo con disparos de metralla contra el enemigo que siguió avanzando.

En esta posición se mantuvieron los prusianos, si bien cercados completamente por el flanco izquierdo. Sube la brigada Potier la pendiente al Norte del valle Vallières sin poder acercarse á Servigny, y poco después sale la brigada Cisse y desde el Oeste y se posesiona del cementerio en las afueras del pueblo. También el cuarto cuerpo francés se pone en movimiento contra el frente, pero sin éxito. A la tentativa de salir entre Poix

y Servigny, se oponen los batallones de reserva de la segunda brigada por un ataque en el cual toman parte todas las compañías que se hallaban más próximas. Se arrojan sobre el enemigo, le obligan á evacuar el cementerio y le rechazan hasta detrás de la pendiente.

Para apoyar en este punto el violento combate, avanzó también á las ocho y media de la noche la tercera brigada contra Noisseville y rechazó la débil guarnición, pero hubo luego de retroceder por la superioridad del enemigo, y se retiró á Petit-Marais.

El combate cesó en todos los puntos y parecía terminado. La infantería de la primera división se alojó en los pueblos y la artillería entró en vivacs, cuando de repente, á las nueve, una fuerte masa, saliendo de la oscuridad, avanzó contra Servigny. Era la división Aymard, que sin disparar un tiro entró en el pueblo y rechazó á la guarnición. De este acontecimiento no se habían enterado ni los destacamentos más próximos, pero muy pronto, sabedores de él, corrieron á las armas y rechazaron al enemigo más allá del cementerio, que fué ocupado de nuevo.

Eran las diez. La primera división se había resistido á la superioridad del número, pero en el hueco entre la tercera y cuarta brigada penetraron los franceses, y amenazaban el flanco de Noisseville desde Servigny.

(1.º de Setiembre.)—Haciendo una marcha de noche había llegado á las cuatro de la mañana la décima octava división de la orilla izquierda á la derecha y reforzó con una brigada las dos alas de la línea Malroy-Charly-Bois de Failly. La vigésima quinta división pudo salir entonces de Antilly para Sainte-Barbe, y formó con la sexta brigada de la de Landwehr la reserva para la posición Poix-Servigny.

Una espesa niebla cubría el 1.º de Septiembre el campo, cuando todas las tropas estaban ya sobre las armas.

El mariscal Bazaine señaló entonces también á los jefes de los cuerpos la toma de Sainte-Barbe como principal objeto para hacer posible la salida al Norte. « No pudiendo salir, decía, nos mantendremos en nuestras posiciones. » Estas posiciones eran las protegidas por el fuego de Metz, pero esas palabras dicen claramente su desconfianza en el éxito de la empresa.

Para impedir el avance del enemigo en el flanco de la primera división, se había desplegado ya á las cinco la tercera brigada en la carretera de Saarlonis. Veinte cañones dirigían su fuego contra la pendiente de Montoy y habiendo sido cañoneado Noisseville durante algún tiempo por la artillería de la segunda brigada, tomó á las siete el regimiento núm. 43 e

pueblo por asalto. Se desarrolló un violento combate en las casas, pero dos brigadas francesas vinieron en ayuda, y después de una larga lucha tuvo que retroceder el regimiento. Este ataque había fracasado ya cuando llegaron los batallones de la tercera brigada y no fué renovado.

No ofreciendo duda ninguna la dirección de la tentativa de salida, se había puesto en marcha á las seis de la mañana la vigésima octava brigada desde Courcelles para apoyar al primer cuerpo. Sus dos baterías hicieron callar á las francesas colocadas en Montoy y dirigieron luego el fuego contra Flanville. Pronto evacuó el contrario el pueblo incendiado en el cual entraron los prusianos por el Sur y el Norte. El mariscal Le Boeuf hizo avanzar de nuevo la división Bastoul contra Montoy, pero el fuego muy certero de la artillería prusiana le obligó á retirarse.

Entre tanto había tomado posición la tercera brigada en la altura de Retonfay á la cual se agregó la vigésima octava. A la tercera división de caballería se unió la brigada de caballería de Hesse y habiendo sido reforzada la artillería con ciento catorce cañones, formó un límite que impidió todo avance del tercero y segundo cuerpo.

En el ala derecha del ejército francés cesó el combate. El cuarto cuerpo tenía orden de esperar el ataque antes de renovar el avance contra el frente de artillería y la posición de Servigny-Poix, ataque muy difícil según se había observado el día anterior. A las once avanzó contra esta posición desde el Sur la tercera brigada prusiana apoyada por la de Landwehr y los franceses evacuaron el pueblo incendiado.

En el frente del ataque al Norte había colocado el mariscal Canrobert sus baterías, á las ocho y media, en Chieulles. Su fuego, apoyado por la artillería de la fortaleza, ocasionó la evacuación de Rupigny que pronto fué recuperado. Dos tentativas de ataque de la división Tixier contra Failly no tuvieron éxito, al contrario, tomó allí la décima tercia división con su trigésima sexta brigada la ofensiva y con ayuda de la división de reserva rechazó á las diez á los franceses sobre el arroyo de Chieulles. También fracasó el ataque renovado contra Failly por el flanco francés.

A causa de la presencia de la tercera brigada prusiana en su flanco derecho, creyó el mariscal Le Boeuf que debía emprender la retirada, si bien disponía aún de dos divisiones. Al medio día, al recibir esta noticia, ordenó el mariscal Bazaine la suspensión de las hostilidades en todos los puntos restantes de la línea. Enfrente de los ciento treinta y siete mil hombres del ejército del Rhin que salieron el 31 de Agosto de Metz, no había más que treinta y seis mil prusianos.

Por primera vez habían atacado los franceses defendiéndose únicamente los alemanes. Si la pérdida de los primeros importó sólo tres mil

hombres mientras que los alemanes perdieron tres mil cuatrocientos, tiene esto su explicación en la mejor calidad de su fusil de infantería. La artillería prusiana había decidido el combate y sólo por ella fué posible la resistencia del general Manteuffel.

Desde entonces quedó el séptimo cuerpo en la orilla derecha del Mosela y el cerco fué reforzado por el décimo tercio cuerpo que llegó al mando del gran duque de Mecklemburgo. En la orilla izquierda podían avanzar el segundo y tercer cuerpo. En el mismo día y á la misma hora en que fué aniquilado un ejército francés en Sedán regresaba el otro á su prisión de Metz. Sin duda de ningún género quedaba decidida la suerte de la campaña á los dos meses de duración, pero no había terminado aún la lucha.

CAMBIO DE GOBIERNO EN PARÍS  
PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**C**uando en la noche del 4 de Setiembre llegó á París la noticia de la derrota de Sedán y la prisión del Emperador, se hallaba reunido el Cuerpo legislador en sesión para nombrar Gobierno. Numerosos grupos del pueblo que penetraron en el salón de sesiones abreviaron éstas y en el Ayuntamiento se proclamó la República con gran júbilo del pueblo. Aunque estaban preparadas las tropas en los cuarteles, las masas no hallaron resistencia alguna. La Emperatriz abandonó París y el general Trochu y algunos miembros de las minorías de las Cámaras se reunieron constituyéndose en Gobierno bajo el título de «Defensa y resistencia nacional.» Su santo y seña eran: «Guerra hasta lo último,» y toda la nación fué llamada á las armas, con objeto de no entregar al enemigo ni una pulgada de terreno, ni una piedra de las fortalezas.

Un Gobierno que carecía de toda base legal, necesitaba éxitos á toda costa y no pudo inclinarse á terminar la guerra pacíficamente.

A pesar del curso desgraciado de la lucha, tenía Francia, tan rica en recursos, bastantes medios de defensa. El general Vinoy estaba aún en campaña. A él se le podían agregar las tropas dispersas de todos los cuerpos, las de la Marina y de la gendarmería, debiendo el país á la circunspecta «aunque interrumpida reorganización del mariscal Niel una milicia territorial de 468.000 hombres. Se disponía además de 100.000 reclutas de 1870 y de la Guardia nacional. Si incluimos en la cuenta los francotirado-

res y los cuerpos francos, resulta que Francia podía poner en pie de guerra un millón de hombres.

La existencia de dos mil cañones y cuatrocientos mil fusiles de Chassepot, aseguraba el armamento para cuyo complemento trabajaban los talleres de Inglaterra que permanecía neutral, haciendo un buen negocio. Tales medios de defensa, unidos al vivo patriotismo de la nación y puestos en movimiento por una voluntad fuerte cual la de Gambetta, podían ofrecer larga resistencia.

Según el sistema observado en Francia tenía Gambetta como Ministro de la Guerra la dirección de las operaciones y no podía entregar el mando superior á otro, pues en la República, un general victorioso, pronto se hubiera erigido en dictador. A sus órdenes oficiaba como una especie de jefe del Estado Mayor otro paisano, el señor de Freycinet, y su jefatura de energía pero de *dilettantismo* ha costado muy cara á Francia.

Con rara actividad é inquebrantable firmeza supo Gambetta armar la nación entera, pero no supo dirigir las huestes con un plan fijo. Sin dejarles el tiempo de educarse ni de adquirir aptitud para la guerra, enviaba con una crueldad brutal las tropas, defectuosamente armadas, á acometer empresas aisladas contra un enemigo ante cuya firmeza habían de estrellarse su valentía y entusiasmo. Pudo así prolongar la lucha con grandes sacrificios por ambas partes, pero no pudo cambiar la suerte de Francia.

La jefatura del ejército alemán tenía que vencer aún grandes dificultades. La lucha había costado inmensas pérdidas y no se hallaba medio de reponer los oficiales. Una parte del ejército estaba detenida delante de Metz y Strasburgo, y el transporte y vigilancia de más de doscientos mil prisioneros ocupaba gran parte de las tropas que en la patria recibían su instrucción. Las numerosas fortalezas no habían impedido la entrada en Francia de los ejércitos alemanes, pero tenían que ser cercadas y observadas para asegurar el envío y la alimentación de las tropas; cada avance en el país enemigo exigía un aumento de soldados. Después de la batalla de Sedán únicamente quedaban ciento cincuenta mil hombres disponibles para emprender de nuevo las operaciones en campo abierto. No cabía dudar; era necesario dirigirse contra París, centro del nuevo Gobierno. En el día de la capitulación se hicieron ya todos los preparativos para el avance.

Este movimiento tenía que hacerse en un frente muy ancho para no fatigar á las tropas, lo que se podía efectuar porque el décimo tercio cuerpo francés no sólo no podía detenerlas, sino que en Mézières ya no quedaba más que la división Blanchard, habiendo recibido las dos restantes orden de volver atrás.

## RETIRADA DEL GENERAL VINOY

**E**l general Vinoy tenía el propósito, muy bien formado, de llegar con todas las fuerzas posibles á París. No era fácil efectuarlo, pues el séptimo cuerpo, que no había tomado parte en la batalla de Sedán, ocupaba el terreno de Attigny hasta Laon y podía de este modo llegar antes, ó al mismo tiempo que el enemigo, á cualquier punto de la línea de retirada. Ya en la noche del 1.º de Setiembre había hecho ocupar el general Tümping el pueblo de Rethel por la duodécima división y cercado de este modo el camino directo á París.

Sólo una marcha extraordinaria y felices circunstancias, podían salvar de la derrota á la división Blanchard, que en pequeñas escaramuzas había agotado casi todas las municiones.

El general Vinoy, después de proveer á las tropas con raciones para varios días, recomendó el mayor orden en la marcha y salió en la noche del 2 de Setiembre para la carretera de Rethel, donde esperó encontrar á la división Exéa, pero ésta había retrocedido á Soissons aprovechando la parte no destruida del ferrocarril.

Ya temprano, por la mañana, tropezó la columna francesa con destacamentos de la quinta división prusiana y luego con la sexta de caballería, pero sin ser atacada seriamente. A las diez supo el general francés, estando á una distancia de milla y media de Rethel, que este pueblo estaba ocupado por el enemigo y se decidió á hacer el rodeo sobre Novion-Porcien. A la artillería montada opuso su retaguardia, pero no siendo ésta más que de caballería, siguió pronto la marcha. A las cuatro llegó á Novion donde entró en vivacs.

El general Hoffmann había tomado posiciones en Rethel y esperado al enemigo, cuya llegada le había sido notificada. Marchando á la cabeza de su tropa, se convenció de que los franceses se habían apartado á un lado y marchó á las cuatro de la tarde hacia Ecly, á donde llegó por la noche. Una parte de sus tropas reconoció el terreno hasta Château-Porcien.

También supo el general Vinoy que se le había obstruido este camino, y á la una y media de la noche abandonó su vivac cuidando de que los fuegos se mantuvieran encendidos, y continuó su marcha soportando una lluvia torrencial y en medio de la más completa oscuridad.

Al principio se dirigió al Norte para llegar con rodeos, siquiera á Laón. Hundiéndose en el lodo del camino y venciendo muchas dificultades llegó á las siete y media de la mañana á Chaumont-Porcien, donde descansó dos horas. El estado de los caminos le obligó á tomar otra vez la dirección Sur, y cuando la cabeza había llegado á Séraincourt, anunciaron algunos cañonazos que su retaguardia había sido atacada por el enemigo.

La caballería prusiana había descubierto por la mañana la marcha de los franceses, pero esta importante noticia no alcanzó ya al general Hoffmann en Ecly. Había salido éste en busca del enemigo á Novion-Porcien, donde se le debía suponer después de su primera marcha nocturna, pero á las nueve y media se encontró evacuado ese pueblo. La división alemana y la francesa habían marchado en dirección opuesta á una milla de distancia. El tiempo nebuloso les había impedido verse. El general Vinoy llegó el mismo día á Montcornet aunque en un estado lastimoso. La duodécima división tomó la dirección Oeste pero alcanzó sólo la retaguardia del enemigo que marchaba á toda prisa y entró en cantones de alarma en Chaumont-Porcien.

No había podido pasar desapercibida esta marcha del contrario á las dos divisiones de caballería, pero éstas fueron llamadas en un momento desfavorable para impedirlo.

Bajo la impresión de una noticia en la que se decía hallarse reunidas en Reims importantes fuerzas del enemigo, había ordenado la jefatura del tercer ejército salir inmediatamente para esta villa el sexto cuerpo y las dos divisiones de caballería. Estas abandonaron en seguida al enemigo y el general Tümping ordenó la marcha de sus dos divisiones de infantería en dirección á Reims. La undécima, que había ocupado Rethel, salió también de este pueblo. El general Hoffmann, al contrario, tomó sobre sí la responsabilidad y siguió al enemigo hasta donde le fué posible alcanzarle sin caballería. A la mañana siguiente salió la duodécima división en dirección al Suippe.

*4 de Setiembre.*—El general Vinoy llegó al Norte hasta Marle, donde supo la prisión del Emperador y la proclamación de la República en París. Su aparición allí era de la mayor importancia, y el 13 de Setiembre se reunió en la capital francesa con las otras dos divisiones de su cuerpo que venían de Laon y Soissons.



## MARCHA DEL TERCER EJÉRCITO Y DEL EJÉRCITO DEL MAAS Á PARÍS.

**D**urante estos acontecimientos se había emprendido el 4 de Setiembre la marcha hacia París. Lo primero fué ordenar las masas que estaban hacinadas en un terreno muy reducido en Sedán. El tercer ejército, del cual quedaron allí el undécimo y el primer cuerpo bávaro, tenía que hacer dos fuertes marchas hacia adelante para que el ejército del Maas pudiese ocupar otra vez su línea escalonada.

Pronto se supo que la noticia de la reunión de grandes fuerzas enemigas en Reims, no tenía fundamento alguno.

El 4 de Setiembre entraron destacamentos de la caballería prusiana en la citada población, y por la tarde la undécima división; al día siguiente llegó el Cuartel general del Rey á la antigua ciudad en que se coronaban los reyes de Francia.

El 10 de Setiembre alcanzó el tercer ejército la línea de Dormans-Létanne y avanzó el sexto cuerpo hasta Château-Thierry. El ejército de Maas se había colocado entre Reims y Laon después de fracasar un golpe de mano contra Montmédy. La caballería, muy avanzada, aseguró la marcha efectuada en tan ancha línea. En todas partes encontraron muy belicosos á los habitantes y en varios pueblos hubo que rechazar á los guerrilleros. En muchos puntos estaban las calles interrumpidas y los puentes destrozados.

A la llegada de la sexta división de caballería había capitulado Laon. Débiles destacamentos de tropas de la línea fueron hechos prisioneros, se tomaron veinticinco cañones, cien fusiles y repuesto de municiones, dos mil hombres de Guardia Móvil fueron enviados á sus casas, obligándoles á prometer que no volverían á tomar parte en la guerra.

Mientras que amigos y enemigos estaban reunidos en gran número en el patio de la ciudadela, reventó el almacén de pólvora y ocasionó grandes destrozos en la ciudad. Esta explosión, que no debió ser casual, costó la vida á quince oficiales y noventa y nueve hombres prusianos, figurando entre los heridos el jefe de la división y su ayudante; los franceses perdieron trescientos hombres. El comandante de la plaza había sido herido mortalmente.

El 16 estaba el ejército del Maas entre Nanteuil y Lizy á orillas del

Qurcq, la quinta división de caballería en Dammartin y la sexta en Beaumont; esta última hizo reconocimientos hasta Saint-Denis. El tercer ejército ocupó el terreno desde Meaux hasta Comte-Robert. En Trilport y Lagny se levantaron puentes de guerra sobre el Marne en lugar de los puentes destrozados, y el 17 llegó el quinto cuerpo á orillas del Sena superior.

Para asegurar el levantamiento del puente cerca de Villeneuve-Saint-Georges avanzó la décima séptima brigada por la orilla derecha contra París y tropezó en Montmédy con la división Exéa que había enviado el general Vinoy para entrar en París importantes provisiones ó batir al enemigo. El combate que se desarrolló en esta ocasión terminó con la retirada de los franceses hasta el alcance de los cañones del fuerte de Charenton.

También el segundo cuerpo bávaro avanzó en este día hasta el Sena y levantó un puente en Corbeil. La segunda división de caballería hizo reconocimientos desde Saclay. El Cuartel general del Rey se trasladó de Château-Thierry á Meaux. El sitio de la capital francesa estaba muy cerca de ser un hecho.

Las fortificaciones, construídas en época de Luis Felipe, estaban á prueba de asalto. La plaza tenía más de dos mil seiscientos veintisiete cañones, de ellos, doscientos de marina de gran calibre. Para cada cañón había quinientos tiros y además tres millones de kilogramos de pólvora. Por lo que se refiere á las fuerzas activas había además del décimo tercio cuerpo, retirado de Mézières un décimo cuarto que acababa de ser formado en París. Estos mismos cincuenta mil hombres de tropas de línea, catorce mil especialmente aptos y seguros, soldados de la marina, ocho mil gendarmes, carabineros é ingenieros de montes, formaban el núcleo de la guarnición. A éstos se agregaron ciento quince mil hombres de la Guardia Móvil que habían sido llevados ya anteriormente á París. De los Guardias nacionales se organizaron ciento treinta batallones que, mal armados y mal disciplinados, podían ser empleados únicamente en la defensa de la valla interior. Completamente inservibles resultaron los cuerpos formados por propia iniciativa.

En total había más de trescientos mil defensores, el doble de los que atacaban; en las afueras se podían emplear cerca de sesenta mil hombres, cinco mil soldados de caballería y ciento veinticuatro baterías de campaña. En el Sena había cinco baterías y nueve cañoneros que habían sido destinados para el Rhin; también en los ferrocarriles había algunos cañones en vagones acorazados.

Especiales dificultades ofrecía la alimentación de cerca de dos millones

de hombres por largo tiempo; sin embargo fué posible llevar á París tres mil bueyes, seis mil cerdos, ciento ochenta mil carneros y otras clases de vituallas y se creía tener lo suficiente para seis semanas lo menos.

Las órdenes dadas en el Cuartel general de Meaux mandaron al ejército del Maas al cerco de París á la orilla derecha, y al tercer ejército á la izquierda del Sena y Marne. Como medida general no debían avanzar las tropas hasta el alcance de los cañones de las fortalezas, pero sí acercarse lo posible para estrechar el círculo del sitio. La unión de ambos ejércitos tenía que efectuarse más arriba de París por varios puentes, y más abajo por la caballería sobre Poissy. El tercer ejército tenía que hacer reconocimientos en dirección á Orleans. En el caso de que se intentase desde este punto llevar socorros á París, se debía dejar acercar al enemigo á corta distancia y entonces, dejando el cerco á destacamentos débiles, arrojarle con las fuerzas principales sobre el contrario. Sin necesidad de atacarlo debía rendirse París si no recibía socorros de fuera, pero este acontecimiento podía retardarse semanas y hasta meses. El bombardeo era el medio más adecuado para obligar á París á la rendición.

En el tiempo en que se fortificó París, no se pensaba que el perfeccionamiento de las armas duplicaría y hasta triplicaría las distancias. Las fortificaciones exteriores, principalmente las del frente Sur, estaban tan cerca de la capital que ésta podía ser alcanzada muy fácilmente por el fuego de la artillería de plaza.

Se ha censurado el no haber empleado antes, como luego se hizo, este medio de bombardear, pero no se ha pensado ciertamente en las dificultades que se oponían á su ejecución.

Puede afirmarse que se hace casi imposible el ataque de una gran fortaleza en el interior del país enemigo mientras no se esté en posesión de todos los caminos de hierro y ríos que conducen á ella para llevar el inmenso material necesario. El transporte por las carreteras es un trabajo gigantesco aun á cortas distancias. El ejército alemán no tenía más que un ferrocarril en su poder en el país enemigo y éste hacía falta para la conducción de los víveres y tropas y el transporte de heridos, enfermos y prisioneros. Esta línea férrea estaba interceptada por la plaza de Toul y la tentativa de rodear ésta con un camino de hierro, fracasó por las invencibles dificultades que ofrecía la conformación del suelo.

Más allá de Toul había sido destruido completamente el túnel de Nanteuil, cuya reconstrucción podía durar semanas.

Venciendo todos estos obstáculos, hacían falta para el transporte de trescientos cañones de gran calibre y quinientos proyectiles, desde Nanteuil á París, cuatro mil quinientos carros de cuatro ruedas, por consi-

guiente, carros de los que no se usaban en el país, y diez mil caballos. No se podía pensar por de pronto en un bombardeo, como tampoco podía tener éste el objeto de destruir París, sino sólo ejercer presión sobre los habitantes á los que les causaría mayor efecto cuando un largo sitio hubiera minado su firmeza.

18 de Setiembre. — Correspondiendo á las órdenes recibidas, organizaron los jefes su avance contra la capital enemiga.

El 18 de Setiembre llegó, evolucionando á la izquierda, el ejército del Maas con el duodécimo cuerpo á Claye, cuerpo de guardia á Mitry, el cuarto cuerpo á Dammartin, una marcha distante de París.

Todos los pueblos delante de Saint-Denis estaban ocupados por los franceses; parecía que se opondrían al cerco de París por el Norte y el Príncipe heredero de Sajonia dió órdenes para que pudiera ser auxiliado el cuarto cuerpo, que marchaba á la cabeza, por los que seguían, en caso de que hiciese falta. A la quinta y sexta división de caballería se agregaron dos compañías de cazadores y un convoy de pontones; después de haber levantado un puente pasaron el Oise.

Del tercer ejército pasó el quinto cuerpo el Sena cerca de Villeneuve Saint-Georges y avanzó hasta Palaiseau á orillas del Bièvre superior. La vanguardia tropezó con la brigada de caballería francesa Bernis. En el acto atacó el regimiento núm. 47 y tomó por asalto los cortijos, rodeados de muros, Dame-Rose y Erivaux. Pero el borde Sur del bosque de Meudon estaba formado todo el décimo cuarto cuerpo y á la izquierda de éste una división del décimo tercero. El regimiento retrocedió hasta Petit-Bicêtre sin ser perseguido, y se preparó allí para la defensa.

El segundo cuerpo bávaro marchaba de Corbeil sobre Longjumeau á igual altura con el quinto, y á la derecha ocupó el sexto ambas orillas del Sena. También estos cuerpos tropezaron varias veces con el enemigo.

La división württemberguesa tenía que levantar puentes sobre el Marne cerca de Lagny y Gournay para efectuar de este modo la unión de ambos ejércitos.

## CERCO DE PARÍS

(19 de Setiembre.)

**E**l cuarto cuerpo no encontró resistencia en su marcha á Saint-Brice el 19 de Setiembre. Rechazó á los destacamentos enemigos de los pueblos hasta que alcanzaron la protección de los cañones de Saint-Denis y avanzó hasta el Sena inferior.

El cuerpo de guardia siguió hasta Dugny y ocupó el arroyo Morée cuyas aguas se estancaron en su embocadura ofreciendo de este modo una buena protección de la línea del cerco á una considerable distancia. Más á la izquierda tomó posición el duodécimo cuerpo hasta el Marne, en cuya orilla izquierda avanzó la división wúrtemberguesa hasta Champigny.

Del tercer ejército avanzó el quinto cuerpo en dos columnas sobre Versailles. De la protección de la marcha se encargó de nuevo el regimiento núm. 47. Al parecer, querían los franceses sostenerse sobre las importantes alturas alrededor de París, y ya muy temprano salieron del cercano bosque de Meudon dos divisiones del décimo cuarto cuerpo francés contra Petit-Bicêtre y Villacoublay. Apoyados por numerosa artillería que incendió al primero de estos pueblos, rechazaron á los alemanes, pero á Villacoublay llegaron pronto refuerzos del quinto cuerpo y á Abbayeaux-Bois los del segundo cuerpo bávaro.

La brigada del ala izquierda se había cruzado en el valle del Bièvre con la columna que marchaba hacia Versailles, pero el ruido del combate determinó al general Dietl á avanzar á ambos lados de la carretera de Bicêtre con sus destacamentos. Operando con los prusianos que luchaban aún en el bosque de Garenne, fué posible rechazar á los franceses hasta Pavé-Blanc. Entre tanto, á las ocho y media, habían desarrollado éstos una batería de cincuenta cañones, y tres regimientos se preparaban para un nuevo ataque contra Petit-Bicêtre y el bosque de Garenne. Fueron recibidos por un eficaz fuego de infantería y ni la presencia del general Ducrot logró que los jóvenes soldados avanzasen. A los zuavos colocados en Trivaux-Ferme, les hizo huir hasta París el efecto de algunas granadas.

El General tuvo que abandonar su empresa. Bajo la protección de la artillería y de la caballería que había aguantado el fuego, se retiraron sus

divisiones en gran desorden á Clamart y Fontenay seguidas por los alemanes. Los bávaros asaltaron Pavé-Blanc, los prusianos volvieron á tomar Dame-Rose después de un ligero combate y penetraron sobre Trivaux-Ferme en el bosque de Meudon. Todavía mantenían los franceses Plessis-Piquet, muy bien pertrechado para la defensa y situado sobre una importante altura, y el reducto de Moulin-de-la-Tour cerca del cual había nueve baterías de campaña que dominaban todo el campo de ataque al Oeste.

Mientras tanto había llegado al Sur el grueso del cuerpo bávaro y desde las nueve avanzó hacia Fontenay-aux-Roses, donde fué recibido con un vivo fuego desde la altura, así como también del reducto de Hautes-Bruyères. Informado de la situación del combate en el campo de Bicêtre envió el general Hartmann en seguida un refuerzo de artillería y mandó á la quinta brigada buscar la unión sobre Malabry hacia la izquierda. Tan pronto como ésta se hubo desplegado bajo el fuego del Chassepot y de la artillería entre Pavé-Blanc y Malabry, emprendió el general Walther el ataque á Plessis-Piquet. La artillería se acercó mucho al muro del parque, la infantería salió del cercano bosque de Verrières y se posesionó, después de un corto pero violento combate, del molino situado al Sur. Tras una lucha de media hora entraron los bávaros en Hachette y el parque de Plessis. Los franceses dirigieron un violento fuego desde el reducto Moulin-de-la-Tour contra los pueblos que se les habían arrebatado, sufriendo grandes pérdidas las baterías de campaña bávaras que, no obstante, apoyaron el avance de la infantería que se colocó delante del reducto, cuya guarnición se retiró, dejando los cañones abandonados, cuando una compañía bávara se disponía á tomarlo por asalto.

La división Caussade había marchado de Clamart á París; la división Maussion había abandonado á consecuencia de una orden equivocada, según se dijo, la altura de Bagneux, y la división Hugues se sostuvo con trabajo cerca del fuerte Montrouge.

El cuerpo bávaro tomó posiciones en la llanura de Bicêtre á la derecha del quinto cuerpo. El combate costó al primero doscientos sesenta y cinco, al segundo ciento setenta y ocho y al contrario seiscientos sesenta y un hombres y más de trescientos prisioneros.

El estado en el cual volvió el décimo cuarto cuerpo á París causó tal efecto, que el general Trochu se vió obligado á salir con una división del décimo tercero cuerpo de Vincennes para la defensa del muro principal.

Se ha dicho después que se podía haber entrado ya este día en alguno de los fuertes y que todo el sitio hubiese sido más corto. Pero los fuertes no tenían para qué abrir sus puertas á los fugitivos que tenían las de París de par en par. Jamás se ha podido trepar á muros de dieciocho pies de

altura sin especiales preparativos. Por otra parte, no se pueden mandar desde lejos atrevimientos tales; sólo pueden ser ejecutados por los que están más cerca, aprovechando un momento favorable. El probable fracaso de tal empresa hubiera hecho perder los importantes éxitos que se habían obtenido en este día.

El quinto cuerpo continuó mientras tanto su marcha á Versailles; algunos Guardias nacionales reunidos á la entrada de la ciudad, huyeron al acercarse los húsares ó entregaron las armas. La novena división ocupó las salidas al Este de la ciudad, la décima acampó en Rocquencourt y fuertes avanzadas fueron colocadas en la línea Bougival-Sèvres. La décima octava brigada que había quedado en Villacoublay para ayudar á los bávaros, llegó á hora avanzada de la noche.

Del cuerpo bávaro quedó la tercera división en la altura de Plessis-Piquet, colocó sus avanzadas contra el bosque de Meudon cuyo castillo estaba aún en poder de los franceses y preparó el reducto Monlin-la-Tour, sin perder ni un minuto, con su frente al Norte. La cuarta división acampó en Fontenay y hacia atrás hasta Châtenay.

El grueso del sexto cuerpo había tomado posiciones en Orly; sus avanzadas llegaron de Choisy-le-Roi sobre Thiais hasta Chévilley. La tentativa de la división Maud'huy de rechazar las avanzadas en Chévilley, no tuvo éxito. En Limeil, á la orilla derecha del Sena, se oía el tiroteo de una brigada con el enemigo situado en Créteil.

Mas hacia la derecha ocupó la división württemberguesa la orilla del Marne desde Ormesson hasta Noisy-le-Grand; á espaldas de este lugar se había levantado un puente de pontones en Gournay que establecía la unión con los sajones.

El 19 de Setiembre quedaba terminado el cerco de París. Seis cuerpos estaban en una extensión de once millas delante de la plaza enemiga, en parte al alcance de sus cañones, resguardada la espalda por numerosa caballería.

#### PRIMERAS NEGOCIACIONES DE PAZ

**E**n la esperanza de un combate ante el frente Norte de París salió el Rey con el cuerpo de guardia y trasladó su Cuartel general á Ferrières.

En este punto se presentó al instante Julio Favre para entablar nego-

ciaciones de paz sobre la base de su programa *sin un pie de terreno*. Creyó contentar á los alemanes, después de tantas victorias y sacrificios, con una indemnización en metálico. No se podían de ningún modo aceptar tales proposiciones y sólo se trató sobre las eventualidades de un armisticio.

El interés político de los alemanes era dar á la nación francesa la posibilidad de elegir un Gobierno con el cual se pudiese tratar una paz verdadera según el derecho de gentes; pues el Gobierno creado de *facto* en París había salido de la revolución y podía ser derrumbado por otra revolución.

Toda interrupción de las operaciones militares ofrecía grandes desventajas, porque daba tiempo al enemigo de continuar sus armamentos y de abastecer á París. Por consiguiente sólo se podía consentir en el armisticio á cambio de compensaciones equivalentes.

Para asegurar la alimentación del ejército alemán, tenían que entregarse Estrasburgo y Toul que impedían el uso de los ferrocarriles. Ante Metz debía continuar el estado de guerra y ante París seguir el cerco, ó de levantarlo, entregar en compensación uno de los fuertes al ejército alemán. La representación nacional podía reunirse en Tours con libertad absoluta.

Estas condiciones, en especial la entrega de plazas fuertes, fueron rechazadas por los franceses y rotas las negociaciones. Ocho días más tarde estaban Toul y Estrasburgo en manos de los alemanes.

#### TOMA DE TOUL

(23 de Setiembre.)

**N**o habiendo sido amenazadas las costas alemanas por las tropas enemigas, se mandó la décima septima división al ejército en Francia. Esta llegó el 12 de Setiembre á Toul.

La plaza, completamente segura contra el asalto, pero atacable por las cercanas alturas, había sido cercada por tropas de etapa del tercer ejército y bombardeada sin gran resultado por cañones tomados en Marsal y artillería montada. La infantería, por el contrario, se colocó detrás del dique del ferrocarril y en los arrabales hasta muy cerca del glacis haciendo de este modo casi imposible cualquier tentativa de salida de los sitiados. En consideración á esta circunstancia se envió la mitad de la división á Châlons, donde á causa de los sentimientos belicosos de los habitantes, ape-



nas bastaban diez y seis batallones y quince escuadrones escalonados para ocupar las calles y los enlaces con la patria. Según esto quedaban delante de Toul sólo siete batallones, cuatro escuadrones y cuatro baterías de campaña. El 18 llegaron por el ferrocarril hasta Nancy diez cañones de quince centímetros y diez y seis de doce. Se tenía la intención de atacar el frente al Oeste enfilado desde el Mont-Saint-Michel y abrir brecha en el bastión al Sud, pero antes se quiso intentar la toma de la fortaleza por un avance de la artillería de campaña.

En la noche del 23 levantó la infantería los parapetos para los cañones de sitio; tres sobre el Mont-Saint-Michel, siete sobre las alturas en la orilla izquierda del Mosela y uno en la derecha. Por la mañana comenzaron sesenta y dos piezas el fuego y á las tres y media apareció la bandera blanca en la torre de la catedral.

La entrega de la plaza se efectuó el 23 de Setiembre bajo las mismas condiciones que la capitulación de Metz. Se despidieron ciento nueve oficiales bajo palabra de honor; dos mil doscientos cuarenta hombres fueron hechos prisioneros. Por la noche ocuparon seis compañías la ciudad que había sufrido muy poco. Se tomaron setenta y un cañones de grueso calibre, más de tres mil fusiles y grandes provisiones de víveres y forrajes.

#### TOMA DE ESTRASBURGO

(28 de Setiembre.)

**D**espués de la victoria de Wörth se pensó en la toma de Estrasburgo. La poderosa plaza cerca del Rhin era una continua amenaza para la Alemania del Sur.

Cuando el mariscal Mac-Mahón evacuó la Alsacia no le quedaron al comandante de Estrasburgo más que tres batallones de línea. Pero la guarnición subió á 23.000 hombres compuestos de tropas dispersas de diversos regimientos, de varios batallones y destacamentos de repuesto, y finalmente, de soldados de la Guardia Nacional y de la Guardia Móvil. No había ingenieros, pero ciento treinta soldados de marina formaban magnífico núcleo; además quedaba suficiente armamento en la fortaleza.

El 11 de Agosto llegó la división badense para la observación de Es-

trasburgo. Sin embargo de su insignificante número, avanzó sin ser molestada por el enemigo hasta Rubertsau y el canal Rhein-Ill; ocupó el pueblo Schiltigheim, á un tiro de fusil de las fortificaciones, que arregló en el acto para la defensa y penetró en el arrabal Königshofen.

En el transcurso de ocho días se agregaron á esta división, al mando del general Werder, la Landwehr de la guardia y la primera división de reserva junto con una brigada de caballería, cuarenta y seis batallones, veinticuatro escuadrones y diez y ocho baterías de campaña; además un convoy de sitio con doscientos cañones rayados, ochenta y ocho morteros con seis mil artilleros á pie y diez compañías de ingenieros; en junto cuarenta mil hombres.

El 18 de Agosto empezó un destacamento del batallón de ferrocarriles, en la estación Vendenheim, el desembarque de los cañones que llegaron de Magdeburgo, Coblenz y Wesel.

El depósito de ingenieros fué levantado en Hausbergen y un parque de carros en Lampertheim; también se arreglaron almacenes. Se efectuó el cerco completo, y el telégrafo de campaña unió todas las avanzadas.

Para conseguir la rendición en corto tiempo, se hizo, en contra del consejo del general de ingenieros Schulz, pero con el consentimiento del Cuartel general, la tentativa de obligar á la plaza á entregarse con sólo el anuncio del bombardeo. La petición de sacar á las mujeres y los niños fué negada.

La construcción de las baterías había tropezado con grandes dificultades en las noches tormentosas y completamente oscuras. Por de pronto dirigieron sólo las piezas de campaña su fuego contra la ciudad; en la noche del 24 las piezas de grueso calibre que habían sido armadas comenzaron el fuego, y bien pronto alumbró el horizonte la llama del incendio. Los franceses, por su parte, hicieron fuego sobre Ken, que también ardió.

El obispo de Estrasburgo llegó á Schiltigheim para pedir que se tuviera compasión de los habitantes. Por más que era de lamentar el daño que se causaba á esta ciudad alemana, tenía que continuarse el bombardeo en la noche del 26, puesto que el prelado no tenía plenos poderes para las negociaciones. En el Cuartel general de Mundolsheim no se pudo menos de reconocer que el ataque no podía conducir á ningún resultado práctico, y que no había otro remedio que establecer el sitio y luchar metódicamente. El general Mertens dirigió los trabajos de los ingenieros, y el general Decker el empleo de la artillería.

En la noche del 30 se abrió la primera paralela muy cerca del glacis, que fué ampliada luego desde el canal Rhin-Marne sobre el cementerio de Sainte-Helene, hasta el cementerio de los judíos en Königshofen.

Pronto se aumentó también á veintiuna el número de las baterías en la orilla izquierda del Rhin: en la derecha á cuatro, de modo que había ciento veinticuatro cañones de grueso calibre para aceptar el combate con la artillería de la fortaleza.

Los demás trabajos para el ataque se dirigieron contra los bastiones undécimo y duodécimo, en la punta saliente de la fortaleza en dirección Noreste. En la noche del 2 de Setiembre se terminaron los trabajos de la segunda paralela. Al amanecer fué rechazada una salida de catorce compañías de la guarnición de la fortaleza, tanto en la isla Waken como en Kronenbourg y Königshofen.

Luego abrió la plaza un violento fuego, sembrando el campo donde se hacían los trabajos con tantos proyectiles, que los operarios tuvieron que abandonar la faena, hasta que á las nueve la artillería del sitiador hizo callar á la de la plaza.

El 3 de Setiembre dieron otro ataque que sólo en la segunda paralela pudo ser rechazado.

A petición del comandante se concedió un breve armisticio para enterrar á los muertos que había extramuros de la fortaleza. En el mismo día anunciaron las salvas la victoria de Sedán.

La continua lluvia había llenado la segunda paralela y no se la podía arreglar antes del 9. Cinco baterías de la primera fueron trasladadas. Contra el tenallón décimo cuarto, que destruía todos los trabajos de sitio, hubo que construir baterías especiales que le hicieron callar; la guarnición lo abandonó.

En este momento empezó desde muy cerca el fuego con noventa y seis cañones rayados y treinta y ocho morteros. Cada cañón tenía que tirar durante el día veinte granadas y durante la noche diez bombas. Los grandes cuarteles *Finkmatt* se incendiaron, y el *Steinthor* fué destruído de tal modo, que tenían que taparlo con sacos de arena. El defensor retiró sus cañones detrás del parapeto, y empleó para el tiro únicamente granadas.

Se supo que detrás del tenallón quincuagésimo tercero se habían construído minas, y se hizo bajar con cuerdas el capitán Ledebur, que quitó con ayuda de sus ingenieros, las cargas de pólvora.

En la noche del 14 se llegó á la cresta del glacis delante de los tenallones quincuagésimo segundo y quincuagésimo tercero; el coronamiento se hizo por medio de la doble zapa transversal, y en cuatro días estaba concluido.

El ataque ulterior se dirigió exclusivamente contra el bastión undécimo.

Para secar los fosos de la fortaleza, se tenía que destruir la presa del

*Indector*, que no se veía desde ningún punto del campo de ataque, y á una distancia de un cuarto de milla era muy difícil resolver este problema con los cañones. Destacamentos del regimiento núm. 34 avanzaron bajo un vivo fuego de los sitiados, el día 15, contra la presa, y quitaron la compuerta.

Al mismo tiempo ocuparon los badenses la *Sporen-Insel*.

Habiendo sido traspasadas en su mayoría las baterías de morteros á la segunda paralela, y habiendo avanzado las baterías de cañones, lograron los destacamentos armados con fusiles de percusión, por su seguro tiro, que durante el día no saliera ninguno de los defensores.

La muralla de revestimiento del tenallón quincuagésimo tercero podía ser alcanzada sólo por el tiro indirecto, pero mil granadas abrieron brecha, y dos minas derrumbaron en la noche del 19 de Setiembre la contraescarpa hasta el nivel del agua. Se empezó entonces el levantamiento de un dique de fagina á través del foso. Los soldados que se trasladaron al otro lado en una barquilla, encontraron la fortificación abandonada. Bajo un fuego eficaz de la artillería de la plaza se terminó el parapeto.

El tenallón quincuagésimo segundo era una fortificación levantada con tierra y el ataque había llegado ya hasta el foso, pero tenían que colocarse rails y vallas de tierra para defenderse contra las bombas del bastión duodécimo. La construcción de un dique de fagina y otro de tierra sobre el foso, de una anchura de sesenta pies y lleno de agua, hubiera costado mucho trabajo; se resolvió por esto levantar un puente de barriles de cerveza encontrados en Schiltigheim. Este trabajo empezó por la noche del 21 sin más protección que la de un tabique de tablas que impedían ver lo que se hacía. A las diez de la noche ya estaba terminado. Tampoco aquí esperó el defensor la subida á la valla; abandonó el tenallón que fué arreglado para la defensa. En los dos tenallones se colocaron cañones y morteros para luchar contra los cañones del frente de ataque contra el cual dirigieron además su fuego cinco baterías.

Habiendo salido en la noche del 23 del tenallón quincuagésimo segundo se efectuó el coronamiento del glacis delante de la contraguardia quincuagésima primera. En seguida empezaron los cañonazos por abrir brecha en el lado Este del bastión undécimo y el lado Oeste del duodécimo. Fragmentos de piedras obligaron al enemigo á abandonar las contraguardias. El 24, después de seiscientos tiros, cayeron los muros del bastión undécimo; la apertura del codo de tierra se había dejado hasta principiar el asalto.

Más difícil fué la apertura de la brecha contra el bastión duodécimo, porque no se podía observar tan bien el efecto de los tiros. El 26 se consi-

guió, por medio de granadas, el derrumbamiento del muro en una anchura de treinta y seis pies.

Para principiar el asalto había que pasar el profundo foso de este bastión.

En Estrasburgo se supo la caída del Imperio, pero el general Uhrrich no hizo caso de los ruegos de los habitantes que le pedían pusiera fin á sus sufrimientos. Se hizo la proclamación de la República.

El sitio había durado treinta días, pero quedaban aún suficientes provisiones. La guarnición no estaba debilitada por la pérdida de sólo dos mil quinientos hombres, pero su composición de varias armas no permitía su empleo en los afueras de la fortaleza. Al principio se dejó acercarse demasiado á los sitiadores, y se aprovechó muy poco el tiempo en que los defensores de una plaza tienen siempre grandes ventajas sobre el enemigo.

La artillería alemana era muy superior á la francesa, tanto en lo que se refiere á su material como á su buen empleo. Apoyados por ella, progresaron sin detención los atrevidos y bien dirigidos trabajos de la infantería y de los ingenieros. Enseguida podía empezar el asalto de la valla principal; la fortaleza no debía esperar ningún socorro de fuera.

El 27 de Setiembre apareció la bandera blanca en la torre de la catedral y se interrumpieron el fuego y los trabajos de zapa.

A las dos de la noche se firmó la capitulación, siendo las condiciones las mismas que las de Sedán. Quinientos oficiales y diez y siete mil hombres cayeron prisioneros, pero aquéllos podían marcharse bajo palabra de honor. Los Guardias nacionales y los guerrilleros iban á sus casas después de entregar las armas. Las existencias del Banco en dinero contante; mil doscientos cañones, doscientas mil armas de fuego y considerables provisiones constituían el rico botín de guerra.

*(Se continuará)*

## CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Reinado de la muerte.— Muertos famosos en Agosto y Setiembre últimos.— Latino Coelho, Grevy, Peruzzi.— Suicidio directo de Boulanger y suicidio indirecto de Parnell.— Esbozo del aspirante á dictador en Francia.— Reproducción del general romano Marco Antonio en el general contemporáneo Boulanger.— Retrato político de Parnell.— Suicidio suyo indirecto.— Aciertos en la primer mitad de su vida; errores en la segunda.— Diferencias entre Boulanger y Parnell.— Analogías de su fin.— Conclusión.

Los días últimos parecen de difuntos. La conmemoración, remitida por el calendario eclesiástico al 1.º de Noviembre, debe anticiparse, pues al caerse las hojas en el suelo, hánse caído personajes tantos en el sepulcro, que toda la REVISTA de la quincena se confundirá con un oficio fúnebre. Ya el mes de Agosto fué un mes luctuoso. Latino Coelho en Portugal, Peruzzi en Florencia, Grevy en Francia, murieron dejándonos la tristeza subsiguiente á las separaciones eternas. Lustre de las letras peninsulares el primero; sostén de la unidad italiana el segundo; Presidente de la República el tercero; todos nos tocaban por algún lado y tenían ese parentesco espiritual que produce la comunidad íntima de ideas y de afectos múltiples con nosotros. A Latino le queríamos como á un hermano en el número de nuestros afectos, y como á un patriarca respetábamos en los anales de nuestros recuerdos á Grevy. Los muertos de los últimos días están más alejados del corazón y del pensamiento, como que Boulanger se llama el uno y Parnell el otro. Sin embargo, no podemos des-

conocer que con los dos tuvimos afinidades un tiempo todos cuantos amamos la libertad en Europa. Mientras Boulanger fué ministro fiel de la República francesa y Parnell defensor autorizado de la libertad céltica, ciñeron los sendos lauros debidos á sus merecimientos y gozaron de todo nuestro respeto. Pero así que antepusieron uno y otro sus personas respectivas á sus respectivas causas, precipitáronse ambos en la impopularidad y en el descrédito. Yo recuerdo la primera vez que ví á Boulanger y tropecé con él en mi vida. Era el año 87 á mediados de Octubre poco más ó menos. Lockroy daba un banquete político en honor mío, y Ministro de Bellas Artes é Instrucción pública entonces, había invitado también al Presidente de la Cámara, Floquet, y á varios de los compañeros suyos del Ministerio, entre los cuales se hallaba el general Boulanger, Ministro en aquella sazón de la Guerra dentro de un Gobierno presidido por Freycinet. Antes de haberlo visto, conocíalo ya por la multiplicidad de retratos suyos pendientes en todos los escaparates parisienses. Y debo decir que los retratos correspondían con el original. De mediana estatura, su amplitud en espalda y pecho, su robustez en músculos y nervios, la proporción de todo su cuerpo le daban un aspecto militar indudable, aun vestido de civil frac y encerrado en elegante salón. De aire marcial, de sueltos y desembarazados modales, de gallarda presencia, de atractiva figura, de varonil prestancia, sugerían la sonrisa de sus labios con la mirada de sus ojos cierto amargo dejo antes aún de que lo sugiriera el trato. En aquel ovalado rostro de un color algo encendido, que mitigaban sus rubios cabellos de un oro mate muy agradable, veíase por la estrechez de su cerebro y la configuración de sus mandíbulas, que la médula intelectual estaba en él muy deprimida y muy vigorosos los animales instintos. Las matemáticas, indispensables al oficio suyo, poco frecuentadas por él á causa de un predominio del cuerpo sobre la idea, no le daban á la expresión de su rostro aquel aire de gravedad reflexiva que suele adquirirse por los militares en los ejercicios del cálculo, y menos las olvidadas obligaciones á su figura el porte de austeridad estóica proveniente de las obligaciones anejas á las dobles cargas de la autoridad y de la obediencia en el soldado. He visto generales, más alejados y por mucho mayor tiempo de los campamentos y los cuarteles, guardando en su actitud y en su conservación una liturgia correspondiente á ciertas Corporaciones que tienen algo de

sacerdocio, desconocida de Boulanger por completo. Tras una conversación general en la comida, cuando llegó la hora del café, nos apartamos á un lado y departimos por espacio largo á solas. Yo enseguida lo calé, y le dije á todo el mundo cómo le creía muy dispuesto á iniciar en Francia los malditos pronunciamientos militares y á levantarse por ese proceloso camino á peligrosa dictadura. Nadie quería creerme cuando afirmaba yo tal sospecha sugerida por dos rasgos característicos de aquel extraño personaje; primero su ambición desapoderada sin límites y segundo su radicalismo instintivo sin medida. Boulanger no erraba en comenzar siendo radical para concluir siendo dictador. Y como en todo su diálogo conmigo se mostró partidario de la revolución sistemática para instrumento y del socialismo cesarista para fin de la política republicana; yo nada más necesité, estimándolo desde este momento en el aprecio mío con arreglo á su mérito y leyendo en las palabras que me había dicho su infalible horóscopo. El instinto predominaba en sus facultades y el instinto goza de una verdadera infalibilidad. No veréis que las especies consagradas principalmente á reproducirse y alimentarse marren jamás en los me-

dios conducentes á la satisfacción de sus necesidades primordiales. Con mayor facilidad adolecerá de cólico una persona que un buey. El instinto animal de su propia conservación y el conjunto de propensiones acordes con su finalidad, prestaban al aspirante á dictador indudable infalibilidad animal para la inteligencia y la práctica de cuanto le convenía y le cuadraba. Por tal razón sabía que á la consecución de su dictadura, idea metida entre ceja y ceja, como un sueño continuo hipnótico, le correspondía perfectamente y á maravilla un radicalismo vago, en cuyas incertidumbres y sombras tomaba él con extrema facilidad actitudes y proporciones de dios.

Con esta doble propensión, tan propias de la política especie, á que llamamos dictadores, unía singularísima destreza en sacar partido de lo accidental para elevarse á lo general y en aturdir á la opinión francesa con anuncios y reclamos de mucho estruendo para los oídos y de mucho relumbrón para los ojos. Aquel Holloway, atrevido al punto de poner los multicolores carteles donde anunciaba sus píldoras en la bola más alta de la cúpula de San Pedro y en el punto más excelso de las Pirámides de Egipto, y aquel Barnúm que se había procurado para sus espectáculos y



compañías la negra nodriza de Washington y el blanco elefante de Siam, se quedaron tamañitos ante la fortuna con que Boulanger aprovechó su barba rubia y su caballo negro para imponerse al cándido populacho y reclamar el sumo Imperio. Con un alma inconsciente, con una voluntad indeliberada, con un instinto animal dirigíase al poder como á la presa el bruto, saltando sobre todo y acometiendo á todos. Valerosísimo soldado en sus mocedades, según demuestran las heridas ganadas en los heroicos empeños de Argel é Italia, entróle á la madurez de su vida el achaque de un egoísmo, cuyos consejos é impulsos le determinaron á hechos, en que predominaba el instinto de la propia conservación sobre todos sus instintos. Un hombre que únicamente buscaba el poder para sí, veíase por fuerza en el caso de salvarse y conservarse á sí mismo sobre todo y ante todo. Cuando se siente con fuerza la pasión por un ideal cualquiera, parece poco el sacrificio y holocausto de la vida; mientras parece cosa excesiva el menor riesgo donde la propia persona parezca, si no se siente otra pasión más que un violento amor propio. Con modesto rasgo de valor pasivo, muy connatural á penitentes y ascetas, con haberse resignado á la prisión, pusiera Boulanger en cal-

zas prietas al Gobierno y prosperara la causa personal. Pero entonces adiós las procesiones en que llovían claveles; adiós los banquetes en que rebosaban las copas con vinos bien olientes; adiós los bailes y sa-raos concurridos por duquesas en que las miradas de fuego enardecían la sangre y trastornaban el cerebro: un cuarto húmedo, una reja fuerte, un sayal de prisionero, una vida de privaciones y tristezas le repugnaban entre los placeres, en que su complexión voluptuosa y sensual se había por completo anegado, como si las indispensables asperezas de todo empeño político no demandaran combates tan dolorosos como los combates guerreros y como si todas las batallas del mundo debieran de reducirse á batallas de flores. En los blancos hombros de bellas mujeres destinadas á canéforas del templo de su dictadura; por príncipes y reyes y emperadores más ó menos honorarios acompañado; llenas las manos de oro con los millones de la nobleza y los céntimos de la miseria reunidos para su obra; entre dos coros de muchedumbres ciudadanas y soldadescas, hipnotizadísimas por el prestigio entre pretoriano y catilinario unido al nombre suyo, muy ensalzado por corifeos á sueldo y cantantes de café-concierto; Boulanger habíase propuesto renovar á

Iturbide y á Rosas, cuyos pasajeros imperios se fundaron en la indeterminación del novísimo régimen americano y en la incertidumbre de una política que no había pasado del periodo de gestación, desconociendo así en su inconsciencia y en su ignorancia el cuitado que operaba sobre una tierra muy antigua, toda llena de ruinas, y contra una democracia muy experta y sagaz, aleccionada por dolorosos escarmientos. Mas, ¿cómo y por qué había de conocer el medio histórico antiguo y el medio ambiente nuevo en que movía su política, cuando treinta y más años de servicio en la milicia nada le habían revelado respecto de sus deberes militares y del culto debido por todo soldado á la Ordenanza? Cuando en Túnez desconocía el poder de las autoridades competentes y en Guerra captaba por continuos favores y bajas familiaridades la tropa, y en Limoges arremetía con los ministerios como un conspirador al frente de sus facciones y no como un jefe al frente de su ejército, y en Consejo pugnaba contra Saussier porque á los planes ambiciosos suyos molestaba la íntegra lealtad y el estoico silencio de un militar verdadero, Boulanger aparecía como la repetición del tipo de Marco Antonio; de aquél que aportó las pretorianas regiones al cesarismo antiguo en la triste

monotonía y en la eterna repetición de los hechos históricos. Como Antonio se acompañó de Clodio, él de Naquet; como Antonio abominó de Cicerón y de Casio, él de Freycinet y de Ferry; como Antonio movió los cesaristas contra el Senado, movía él todos los monárquicos y todos los imperiales contra el Parlamento; como Antonio levantó la demagogia del Foro y la gente de Pretorio contra la República romana, él á su vez la gente de Bellville y los pretorianos de cuartelada contra la República francesa; como Antonio usó del vino y del amor á guisa de instrumento político, él usaba de todos los placeres y explotaba todas las sensualidades de aquella parte del mundo social que adolece de una enfermedad verdadera; como Antonio se dejó á Octavia por una querida de ocasión, él se dejó á la santa mujer legítima por Mad. Bonnemain, y por Mad. Bonnemain ha muerto, como murió Antonio por Cleopatra. ¡Quiera Dios que haya enterrado consigo el odioso régimen pretorianesco y la horrible teoría cesarista!

¡Cuál diferencia entre Parnell y Boulanger, diferencia de caracteres, diferencia de ideas, diferencia de móviles, diferencia de métodos, diferencia de fines! El uno la inquietud, mientras el otro la perse-

verancia en persona; el uno aspirante á la dictadura, mientras el otro aspirante á la libertad; el uno conspirador, el otro parlamentario; el uno con los vanos egoismos de la medianía endiosada y el otro con la estóica impersonalidad de la idea creída; y sin embargo, en los dos entraron por igual costilla hasta el corazón la desgracia y la muerte. Parnell no se ha marchado aparatosamente, como Boulanger, en alas del delirio y á impulsos de la fiebre, hacia un cementerio, para matarse con estrépito al pie del sepulcro de cualquier Eloisa ó Julietta, cayendo sobre un almohadón de frescas flores á la sombra de un cono y de un sauce fúnebres, entre violentos espasmos y trágicas imprecaciones, cual un héroe de los melodramas románticos, ó cual un traductor á la vida del Werther que había Goëthe escrito entre los ardores de la juventud más fantaseados que reales y efectivos; todo reserva, todo calma, todo reflexión, después de haber por un momento dejado á los vértigos de reconcentrada cólera los estribos sobre que tan firmemente descansara toda su vida; maltrecho, vencido, abandonado, solitario, se ha muerto á la callada, envenenado por la hiel difusa y extendida en sus venas al golpe de la suprema y triste desesperación interior, como un cartujo que se condena con resolución al silencio eterno y se cava con perseverancia todos los días la propia sepultura. Inglés, protestante, noble, rico; de sangre sajona y normanda; de ideas británicas que llegan á constituir como una sobrepuesta compleción; más estadista que tribuno; ha representado en la historia irlandesa un periodo importantísimo, el periodo de las reivindicaciones parlamentarias y legales, sucediendo con sus victorias prácticas á la exaltación poética de los apóstoles antiguos y á las violencias continuas de los revolucionarios sistemáticos. Así, usando un lenguaje diverso en los Clubs y en las Cámaras; indistintamente sirviendo á los partidos ingleses más opuestos si podía de sus combates aprovecharse y servirse; ora obstruccionista tenaz, ora parlamentario consumado; apartadísimo de la revolución por sus actos pero sin jamás condenarla en sus palabras; tan pronto á las intrigas como á las violencias, con tal que ni en unas, ni en otras, se viera su mano, especie de ganzúa mágica que penetraba todas las puertas y no aparecía en ninguna; superior é indiferente á la calumnia y á la ofensa; muy amigo de quien á sus fines se prestaba é ingrato con los mismos á quienes había explotado; bajo una contrariedad como los asesinatos de Fenix-Park y

los procesos del *Times* tan frío y sereno como entre los loores y los inciensos del triunfo; había maniobrado con tal destreza y conseguido en estas maniobras para su gente tal número de bienes, que dos naciones, la cismarina, en la isla Erin arraigada, y aquella otra, la ultramarina, por los bosques y ríos americanos errante, le discernieron una corona y le adoraron como á un dios. Pero, triunfante de la Gran Bretaña, toda entera, en términos de conseguir que aceptase un día sin reservas el primer britano, el inmortal Gladstone, su programa, le venció el amor ilegítimo y adúltero, hasta despojarle con un simple proceso de toda su autoridad y toda su fuerza. El, que pasara las mayores dificultades, cayó cogido entre los cabellos de una hermosa mujer, á quien, perteneciendo por la religión y por las leyes á otro, había hecho en los extravíos de las humanas pasiones exclusivamente suya. Venció la persecución subsiguiente á la muerte brutal inferida en Dublin por unos celtas fanáticos al delegado célebre de Inglaterra; venció la justicia oficial que lo tuvo un año en la cárcel; venció la resistencia británica que concluyó por ceder al programa irlandés el primer orador suyo; venció el proceso intentado por todos los conservadores con el

órgano por excelencia de la ciudad á su frente; venció la calumnia pagada viendo como el calumniador se infería por su propia mano la muerte merecida en una posada de Madrid; venció las cóleras amontonadas por los siglos en los caballeros feudales detentadores por la conquista del patrio-suelo; y no pudo vencer las consecuencias obligadas de una denuncia, como la que hizo el paciente capitán O'Shea, impulsado por no sabemos quien, ante la justicia, delatándole como reo de adulterio con su propia legítima esposa. Los apologistas de todo cuanto sucede allende aseguran que no le habría sucedido esto á un estadista latino, sin duda olvidados de que no castigan los ingleses en Parnell el pecado antiguo, castigan el proceso. Y aquí estuvo el error de Parnell, en desconocer la herida que sus procederes privados le abrieran desde la hora en que fueron públicos. Aquí marró Parnell, atribuyendo á inquina de los demás el descenso de autoridad y poder consiguiente á la divulgación de su delito y en revolverse contra todos los que le abandonaban cuando sólo él había motivado tal irremediable abandono.

Nunca hemos visto un cambio de condición como el producido en Parnell por su adversidad, sólo á él propio imputable. De reservado se

trueca en locuaz; de soberano sobre sí en desatentadísimo siervo del despecho. En todo cuanto le pasa de contrario ve su conciencia, no el pecado personalísimo, el odio de los extraños. Sus procederes con Gladstone aparecen á todas las opiniones sin excusa posible. Porque le advierte como ha tenido un tropezón semejante al que á un eminentísimo inglés costara en días no lejanos una envidiable posición, revuélvese iracundo contra el inmortal valedor de su patria; y llega, en los anhelos de venganza y desquite, á la complicidad con los enemigos de su patria. Furiosísimo, loco, fuera de sí; con los estremecimientos del epiléptico en los nervios y los dichos del borracho en los labios; maldice al clero católico, porque le ha obligado él mismo á mostrar en este caso excepcionalmente grave, como no cede al clero anglicano y al sacerdote cuáquero en castigar el adulterio. Su carrera por los comicios irlandeses, en el ansia de recoser su descosida popularidad, parécese á la carrera del javalí herido por las fuertes malezas. Un día le apedrean con marmolillos de las vías públicas y otro le dejan ciego con agua fuerte lanzada barbáramente al rostro. Pues no le creáis capaz de ceder á la evidencia de su infortunio. Cree anejo á su persona y á su vida el poder moral antiguo, sean cualesquiera los cauces por donde su vida corra y la transformación que su persona tome. No pudiendo hacer otra cosa el demente sacude las columnas del templo patrio para destruirlo y sepultarse bajo los escombros con todos los irlandeses. En su delirio cree coonestar la falta recrudeciéndola y agravándola. Al separar de su marido á la capitana O'Shea y casarse legalmente con ella, en vez de la triste absolución esperada, encuentra el despego de gentes para quienes un matrimonio nuevo tras un divorcio en antiguo matrimonio aparece como verdadero adulterio, que podrán consagrar las leyes civiles, pero que reprueban las divinas leyes. Imposible irse con este bagaje de crasos errores al trono erigido principalmente sobre la fe y la nacionalidad católicas del pueblo irlandés, trono que había Parnell ocupado con fortuna mientras lo poseyera con dignidad. Por fin, contra todas las terribles sublevaciones de su conciencia, contra todos los espasmos epilépticos de sus nervios, contra todos los delirios de su calenturienta fantasía, contra todos los dicharachos de sus envenenadas arengas la fría realidad se fué imponiendo hasta dejarlo solo en el hogar con su amada, ya que la prefiriera en su desvarío á la patria opresa. Convencido, tras el desmayo nece-

sario que trae un empuje frustrado, de la impopularidad irremediable que le acompaña, Parnell se recluye dentro de sí mismo y se aperci-be á la muerte. Un aturdido, como Boulanger, se mata. Un reservado, como él, se muere. La muerte violenta no estaba en su carácter; mas para mí, no por tranquila y natural, ha dejado de ser muerte voluntaria. Quien se arroja con ánimo resuelto al Océano de todas las amarguras y en su hiel se anega, concluye por ahogarse poco á poco en suicidio, menos claro y notado que los suicidios vulgares, pero no menos efectivo. Lejos de huir al dolor, lo busca; lejos de pedir al olvido bálsamos, clava su puñal, envenenado por el recuerdo, en las heridas y no deja que nunca éstas cicatricen; lejos de cuidarse, la desgana con el insomnio vienen á cancerar el estómago, á destruir el cerebro, á descomponer el hígado, hasta que, tras penas intensísimas y torcedores insufribles, por fiebre ó por consunción irremediable, llega la muerte traída como de la mano. Lo cierto es que, á manera de los enamorados verdaderamente, quienes no pueden sobrevivir al desengaño, no pueden sobrevivir al deshonor los enaltecedores honrados por una verdadera gloria. He ahí la diferencia entre los suicidios clásicos y los suicidios cristianos.

Catón y Bruto se matan; el penitente y el asceta y el mártir se mueren. Julieta y Romeo en la clásica Italia desaparecen al puñal y al veneno manejados por la voluntad; en esta nuestra católica España se mueren Isabel de Segura y Diego Marsilla en su iglesia de Teruel. Pero la muerte de todos los cuatro es una muerte voluntaria. Y una muerte voluntaria también ha sido la muerte del pobre Parnell. Cuando vió que las frentes, inclinadas en otro tiempo á su presencia, se levantaban rebeldes y despedían rayos de soberbia propia sobre su descoronada cabeza; cuando, en vez de oír vítores y loas, oía maldiciones y anatemas; cuando el pueblo, que le arrojó laureles gloriosos un tiempo, ahora le arrojaba aguas corrosivas; cuando aquel hogar donde acudían en tropel todos los cortesanos de la palabra y de la influencia se tornaba desierto mientras iba poblándose de remordimientos la íntima conciencia; Parnell, á solas con la mujer, por cuyo amor todo lo había sacrificado, devoró con tantas amarguras pedazos de su corazón y de sus entrañas en largo y triste suicidio. Así contrajo una debilidad tal, que á los primeros fríos de un otoño prematuro se ha caído su vida como una hoja por el cierzo helada y han comenzado sobre su persona y sobre su nombre

los juicios de la posteridad y de la historia. Dos complexiones opuestas, dos naturalezas enemigas, dos métodos encontrados y contrarios, dos hombres de índole contradictoria en todo han acabado lo mismo; Parnell al pie de Mad. O'Sea y Boulanger sobre la sepultura de Mad. Bonnemain. ¡Secretos del destino!

EMILIO CASTELAR.

# REVISTA ECONÓMICA

La crisis económica de Portugal.— Los cambios sobre el extranjero.— Fusión de ferrocarriles.— Producción de trigo en 1891.— Tranvía de Madrid.— Recaudación de impuestos.— El comercio exterior.— La Bolsa de Madrid.

**L**a crisis económica de Portugal y el alto tipo de nuestros cambios sobre el extranjero son las cuestiones que en mayor grado preocupan á los hombres de negocios.

Nuestra opinión en orden á la primera, por modo bien explícito la hemos expuesto. Portugal no puede con sus deudas. Dentro de su presupuesto es imposible destinar partida de tanta consideración para el pago de intereses y amortización. 3.500 millones de pesetas es un pasivo abrumador para un Estado tan pequeño.

¿Qué puede y qué debe hacer para salir de tan calamitosa solución? Parecerá muy radical y hasta empírico el remedio que aconsejamos; pero califíquese como quiera, la dura necesidad lo impone. Portugal no tiene otro camino que buscar un arreglo con sus acreedores que le permita reducir estos gastos por lo menos en la mitad. El 50 por 100

de sus presupuestos lo consumen sus deudas. Todo lo más que puede pagar, y es ya mucho para una nación tan pobre, es el 25 por 100.

Si los acreedores de Portugal conocen el estado porque atraviesa, no pueden mostrarse más exigentes. Si muy pronto no reducen en esta medida sus intereses, quizá mañana tenga que conformarse con bastante menos ó con nada.

La reducción de réditos y una buena administración económica para lo sucesivo, pudiera cicatrizar las profundas heridas que la crisis ha causado, si no en un año ni en dos, en periodo no muy lejano.

La prensa europea ha hablado de ciertos propósitos que se atribuyen á algunos personajes portugueses de vender ciertas posesiones del Africa á los Estados Unidos ó á Inglaterra, para con su producto amortizar buena parte de las deudas. Esto no debe tomarse en serio. Son rumores que han hecho circu-



lar algunos acreedores extranjeros, para los cuales no hay que negar que pudiera ser tal expediente una buena solución.

\*  
\* \*

La prensa francesa prosigue su campaña de enlazar nuestro crédito con el de Portugal, intentando hacer ver una solidaridad que está muy distante de existir en la realidad.

Esta campaña y el desnivel, que continúa, en los cambios extranjeros (de 8 á 9 por 100 de beneficio con las plazas de París y Londres), son motivos y causas que explican las vacilaciones de nuestras Bolsas y la tendencia incierta que acusan las cotizaciones de nuestros valores.

Ya hemos dicho que poner remedio en corto plazo á este desnivel no es obra fácil y sencilla. Todas las naciones dependen en cierta medida, económicamente, de otras. Ninguna se basta á sí propia, y según la división del trabajo internacional se estienda, dependerán más y más. Casi toda la Europa precisa de los trigos de Rusia, de la India y de los Estados Unidos. Los vinos de España se consumen por donde quiera. Inglaterra impone sus hierros y sus tejidos; Francia los productos de sus Artes Bellas é industriales; Alemania sus alcohó-

les, sus azúcares de remolacha, y otra infinidad de géneros.

Pero esta mutua dependencia lo es en distintos órdenes y en diversos grados. Naciones hay que por causas múltiples—unas por haber anticipado su renacimiento industrial, otras por las bondades de su clima ó de su suelo, y otras, en fin, por sus iniciativas y su espíritu de previsión ó de ahorro—han logrado mayor adelantamiento y progreso económico que las restantes, y claro es que estos afortunados Estados en sus relaciones con los demás, ayudan más que son ayudados, envían más que lo que reciben, exportan más de lo que importan en una palabra.

En el tecnicismo de la economía política se dice que estas naciones tienen una balanza activa ó acreedora, y que las restantes la tienen pasiva ó deudora.

España comenzó medio siglo después que Francia é Inglaterra su renacimiento industrial, y esto, unido á que aquí, por pecado tradicional, no nos distinguimos demasiado ni por amor al trabajo, ni por iniciativa para los negocios, ni por arte y habilidad para el Gobierno, han sido motivos suficientes para que necesitemos de capitales extraños y de iniciativas extrañas también, y que al llegar el momento de *liquidar* ó *pagar*, unas y otras ten-

gamos que echar mano de una buena parte de nuestras rentas, lo cual da lugar á ese desequilibrio entre nuestro activo y nuestro pasivo que se traduce en el mercado por una mayor exportación que importación de metálico, y en último término, por un exceso de demanda entre la oferta de las letras de cambio sobre las plazas de París y Londres.

Salta á la vista que situación semejante no se remedie ni corrija en un día, como tampoco en un día se ha creado. Para esto sería preciso pagar todas nuestras deudas que están en manos de extranjeros, y todas las obligaciones y acciones de ferrocarriles y minas que lo están también, y aún cuando sea difícil calcular en cifras exactas su importe, bien puede asegurarse que no bajará mucho de 2.000 ó 3.500 millones de pesetas.

De un modo algo lento y paulatino, no cabe duda que puede hacerse. España como nación produce más que consume, ó lo que es lo mismo, ahorra y progresa. Ahí está para demostrarlo el hecho evidéntísimo del aumento que tienen las cuentas corrientes de los Bancos y la importación creciente de los títulos del 4 por 100 exterior.

Forzosa consecuencia de esta mejora, habría de ser la liquidación de nuestras deudas exteriores y la

redención de nuestros ferrocarriles y minas, siempre, claro está, que los Gobiernos atemperen el gasto al ingreso y no den lugar con sus despilfarros y faltas de juicio, á que las emisiones y empréstitos se multipliquen y absorban y aún traspasen el ahorro nacional.

Trabajar mucho y con inteligencia, ahorrar y hacer producir estos ahorros y administrar con espíritu recto de economía el patrimonio del Estado, son los únicos remedios heroicos de que podemos disponer para mejorar y poner término á la crisis — que crisis es — del comercio de giros.

En la actualidad, en estos momentos, mejor dicho, es posible que no sea éste el único origen del desnivel de nuestros cambios. Nos hacen pensar así las oscilaciones un tanto violentas que los tipos sufren con frecuencia. Hace cuatro meses y aún menos, se encontraban en Madrid letras sobre París con sólo el beneficio de un 2 ó 3 por 100. Los mismos créditos pasivos (y más todavía, porque las exportaciones superan á las importaciones del comercio) teníamos entonces que ahora. ¿A qué es, pues, debido que hoy dicho beneficio oscile entre 7 y 8 por 100?

Indudablemente ni es una sola la causa, ni es fácil señalarlas todas. No se puede negar importancia,

por ejemplo, al comercio activísimo que han estado haciendo en los años pasados los cambistas ó exportadores de oro. Mientras hubo metal amarillo en abundancia que recoger y exportar, hubo medios suficientes y directos de enjugar el pasivo. Hoy el oro comienza á escasear y por alto que sea el premio que se ofrezca, es muy poco lo que se recoge y lo que se exporta, y de aquí la mayor demanda de letras.

A los arbitrajes de Bolsa, fuera torpeza negarles tampoco influencia. Las Bolsas de París y Londres andan con nuestros valores en exceso recelosas. Para ello se apoyan en los temores de que el Banco de España puede llegar á extremar la emisión de sus billetes y en la solidaridad soñada de nuestro crédito con el de Portugal. La Bolsa de Madrid no estima conducentes ni una ni otra razón, y mantiene las cotizaciones y resiste cuanto puede todo impulso de retroceso. De aquí las diferencias de precios y de aquí los arbitrajes y las importaciones de *exterior* excesivas, cuyo reembolso exige dinero y letras de cambio por consecuencia.

En este punto no hay más camino que elegir, entre dos puntos igualmente lamentables: ó esclavizar nuestro mercado bursátil á los movimientos de Londres y París, ó sufrir las consecuencias de que el

exterior se nos entre por las puertas en mayor cantidad que la que pueden reclamar nuestros ahorros y nuestro estado monetario, perturbando los cambios y provocando el agio de los giros.

Señala *El Economista*, y á nuestro entender con fundamento, otra causa perturbadora del mercado de cambio, el corto plazo del anticipo hecho al Banco de España por algunas casas francesas. El temor constante de que haya de hacerse este reembolso en periodo brevísimo y que sean para entonces precisas gran suma de letras, puede influir en ciertos acaparadores (que también el comercio los tiene), contribuyendo á que guarden su papel en la esperanza de más altos beneficios.

Posible es que los que así discurren se lleven á la postre solemnisimo chasco, porque al Banco de España no han de faltarle medios, si los necesita, de prorrogar la operación y realizar sus pagos en época conveniente y apropiada.

Algo más de lo que se hace para regularizar nuestros cambios, no cabe duda que debiera intentarse, y en este punto también estamos de acuerdo con la Revista citada, en que solamente el Banco de España dispone de medios suficientes. Un buen mercado de cambio no existe entre nosotros; en el de la Bolsa

apenas se ocupan en él. Una organización seria, robusta, de crédito reconocido en España y fuera de España que lo practique, tampoco la conocemos. Solamente el Banco Nacional pudiera intentarlo. El que ha organizado los giros en el interior, debiera acometer empresa parecida con los exteriores.

Mucho bien pudiera hacer al país por este lado, y al hacerlo al país, se lo haría á sí mismo.

\*  
\* \*

Ha sido firmado en París el convenio entre las Compañías del Norte de España y de los Ferrocarriles Portugueses.

Mediante un pago anual alzado de 900.000 francos durante el periodo de concesión, los portugueses se desentienden de un modo absoluto de todos los riesgos que asuman con la explotación de las líneas de Madrid á Cáceres y del Oeste.

La Compañía del Norte de España propondrá á los obligacionistas de Cáceres (150.000 obligaciones) una garantía de dos obligaciones por tres, con la condición de que la última emisión sea de interés variable.

Las 50.000 acciones de Cáceres serán reemplazadas por 30.000 obligaciones de 15 francos anuales, sufragadas por el Noroeste de España. Existen en circulación 94.000 obli-

gaciones de 500 francos con interés de 20, de las cuales 15.000 se cubrieron en suscripción, que quedarán garantidas por el Norte de España sin reducción alguna.

En cuanto á las 79.000 restantes, la propuesta del Norte es la siguiente: 39.000 serán garantidas por el Norte con interés fijo, 19.750 gozarán de un interés variable, y las 19.750 restantes serán abonadas por los obligacionistas á la Compañía del Oeste, para que ésta pueda terminar sus líneas sin necesidad de nuevas emisiones.

Todo ello equivale á que el tenedor de cuatro obligaciones obtendrá del Norte la garantía de dos obligaciones solamente, conservará después la tercera estampillada, pero sin interés fijo, y abonará la tercera á la Compañía para evitar nuevas emisiones. El Norte de España asegura, en cambio, la construcción del ferrocarril del Oeste con los recursos de esta Sociedad y con las 19.750 obligaciones que abandonarán en favor de las mismas sus actuales obligacionistas.

\*  
\* \*

El *Bradstreet's* publica el siguiente estado sobre la producción probable del trigo y la cantidad disponible para la exportación de los países productores del mundo:

PAISES IMPORTADORES.	PRODUCCIÓN PROBABLE EN 1891.	NECESITA PARA EL CONSUMO EN 1891-92.
	<i>Bushels</i> (1).	
Francia.....	248.000.000	80.000.000
Italia.....	104.000.000	24.000.000
Alemania.....	76.000.000	24.000.000
España.....	68.000.000	8.000.000
Reino Unido.....	64.000.000	160.000.000
Austria.....	40.000.000	32.000.000
Bélgica.....	16.000.000	32.000.000
Portugal.....	8.000.000	4.000.000
Grecia.....	8.000.000	2.400.000
Dinamarca.....	4.800.000	1.600.000
Holanda.....	4.000.000	16.000.000
Escandinavos.....	4.000.000	3.200.000
Suiza.....	2.000.000	13.600.000
India occidental.....	»	20.000.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>646.800.000</b>	<b>420.800.000</b>
<b>PAISES EXPORTADORES.</b>		<b>SOBRANTE DEL CONSUMO.</b>
Estados Unidos.....	520.000.000	152.000.000
India.....	264.000.000	44.000.000
Rusia.....	192.000.000	64.000.000
Hungría.....	120.000.000	40.000.000
Sudeste de Europa.....	112.000.000	40.000.000
Turquía Asiática.....	56.00.0000	12.000.000
Australia.....	44.000.000	6.000.000
Canadá.....	40.000.000	8.000.000
Argentina.....	44.000.000	4.800.000
Argelia, Túnez y Trípoli.	24.000.000	12.000.000
Persia.....	16.000.000	2.400.000
Chile.....	14.000.000	1.200.000
Egipto.....	8.000.000	2.400.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.454.000.000</b>	<b>388.800.000</b>

(1) Un bushels equivale á 36,35 litros.

Los ingresos del Tesoro, en descenso. Es una desdicha, y grande, que los impuestos y contribuciones más importantes se hayan pronunciado en baja, sin razón, á nuestro modo de ver. La cosecha de cereales no ha sido mala; la de vinos promete bastante; el comercio exterior progresa, y las empresas de ferrocarriles van en aumento también. ¿De qué procede, pues, la reducción de ingresos? Por mucho que nos duela consignarlo, no encontramos otro fundamento que la falta de celo en la Administración. La recaudación no debía salir de manos del Banco. El Banco tenía bastante bien organizado este servicio. Cobraba, á pesar del caciquismo y de los obstáculos locales, esas cuentas que detienen y perturban la administración directa.

A cinco millones asciende la baja en los principales tributos, durante los dos primeros ejercicios de este año. Es mucha baja. Y lo peor de todo, es que afecte á las rentas más importantes. Pierde la contribución territorial más de un millón de pesetas; la industrial cerca de medio millón; un millón los derechos de Aduanas; otro el impuesto especial sobre consumo de aguardientes y licores, y otro la renta de tabacos.

\*  
\* \*

El comercio exterior sigue me-

yorando, sobre todo las exportaciones. El valor de las importaciones en los ocho meses primeros del año actual subió á 480.385.400 pesetas, ó sean 919.773 más que en igual periodo del año anterior. El valor de las exportaciones ha sido de 527.206.782, que representa un aumento de 23.572.550 pesetas.

Por el estado de los cambios con el extranjero, la tendencia de las importaciones es á la baja, y al alza las exportaciones.

\*  
\* \*

El mercado bursátil poco movido y con incierta tendencia. París y Londres, sobre todo la última plaza, nos está enviando todo el *exterior*. Hoy hay ya en España de este valor al pie de 1.500 millones, quedando en el extranjero solamente unos 400 millones.

En cuanto la crisis ministerial se resuelva, es casi seguro que se emitirá el empréstito de 240 millones de amortizables. No es buena la situación de los mercados, y la campaña que en el extranjero se viene haciendo contra nuestro crédito, ha producido sus efectos; pero como la operación la patrocina el Banco y es de esperar que las obligaciones del Tesoro que andan por el mercado se conviertan en el nuevo amor-

tizable, estimamos que el empréstito se hará con relativa facilidad.

Los últimos precios de la Bolsa de Madrid (6 Octubre), son los siguientes:

4 por 100 perpetuo interior, 75,45.  
—4 por 100 exterior, 76,50.—4 por

100 amortizable, 88,10.—Billetes de Cuba, 5 por 100, 98,25.—Id. 6 por 100, 104,60.—Acciones Banco de España, 413,00.—Compañía de tabacos, 85,00.—Cédulas del Banco Hipotecario, 5 por 100, 101.—Idem 4 por 100, 89,75.

UN EX MINISTRO.

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>La carta de Cristóbal Colón con la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo, por José M. Asensio.....</i>	5
<i>El Fausto en la música, IV y último, Escenas del «Fausto» de Goethe, por Arturo Campión.....</i>	22
<i>Elegía á la memoria de mi hija Carmencita, por Calixto Oyuela.....</i>	37
<i>Sitio de Gibraltar por el segundo Conde de Niebla, por José de Guzmán el Bueno y Padilla.....</i>	41
<i>Marido y mujer, novela, segunda parte, por el Conde León Tolstoy.....</i>	47
<i>Autobiografía, por Teófilo Gautier.....</i>	90
<i>Recuerdos de mi juventud, El Seminario de Yssy, por Ernesto Renán.....</i>	100
<i>Recuerdos de mi vida, continuación, por Ricardo Wagner.....</i>	107
<i>Las dos hermanas (poema en prosa), por Ivan Turguenef.....</i>	113
<i>La señorita Neblina, por Juan Richepin.....</i>	115
<i>La canción del Peral, por P. Feval.....</i>	118
<i>A la luna, por Alfredo de Musset.....</i>	122
<i>El jardín de la calle de los Rosales, por Alfonso Daudet.....</i>	123
<i>La Guerra Franco-Prusiana, continuación, por el general Conde de Moltke..</i>	126
<i>Crónica Internacional, por Emilio Castelar.....</i>	190
<i>Revista Económica, por Un Ex-ministro.....</i>	200

